



**CÓRNER**

**Orfeo Suárez**

**PALABRA  
DE  
ENTRENADOR**

Prólogo de Carlos Toro

Confesiones, anécdotas y método de los  
mejores técnicos del fútbol español

**Lectulandia**

Palabra de entrenador es un conjunto de reflexiones, vivencias y anécdotas de los técnicos más relevantes del fútbol español, elaborado a partir del contacto directo y las conversaciones mantenidas con el periodista Orfeo Suárez. El libro descubre las razones por las que Vicente del Bosque huyó del patriotismo más inflamado en la charla previa a la final del Mundial. Nos muestra la velocidad mental de Cruyff, que está en la base de su fútbol.

Comprobaremos cómo se enoja Di Stéfano porque la Champions, para él, no se puede comparar con la Copa de Europa. Michel asegura que la cantera del Madrid necesitaría un Del Bosque en el banquillo, en la dirección técnica y en la presidencia. El miembro de la Quinta del Buitre escribe, además, sobre Pep Guardiola, definido por su entorno como una «esponja» y un «enfermo». Aquí están las imágenes de Pep y sus confidencias con Mourinho, un personaje tan irascible como sensible, que compensa con el éxito en el banquillo su sueño de ser jugador. Clemente dice que, como futbolista, habría encajado mejor en esta selección que en la que él dirigió, y Manzano recuerda cómo falsificaba fichas de jugadores en Regional.

Aragonés, Floro, Caparrós, Emery, Garrido, Benítez e Irureta son ejemplos de la escuela española, y también se ven reflejados los dos mundos que ejemplifican Valdano, Bielsa, Pochettino, Laudrup, Capello y Van Gaal, entre otros. Dos mundos que unen, en sabroso diálogo, Cappa y Lillo. Todos comparten más que un trabajo, comparten una pasión.

Lectulandia

Orfeo Suárez

# Palabra de entrenador

ePUB v1.0

14.6.13

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Orfeo Suárez, 2011

ePub base v2.1

## ACERCA DEL AUTOR

Redactor jefe de la sección de deportes de *El Mundo*, diario al que se incorporó en 1995, después de su paso por La Vanguardia, donde inició su trayectoria profesional con 22 años, en 1985. Ha cubierto como enviado especial cinco Mundiales de fútbol y cuatro Juegos Olímpicos. Es autor de los libros *Javier Clemente, mitad monje, mitad guerrero*, junto con José María Sirvent, *Los cuerpos del poder* y *Hablamos de fútbol*.

Participa como tertulio habitual de Radio Marca y en el programa *Estudio Estadio* de TVE.

## ACERCA DE LA OBRA

«Orfeo Suárez establece con los entrenadores una instantánea relación de familiaridad propicia a las confidencias, quizás porque el entrenador ve en Orfeo a alguien más que a un periodista.»

*CARLOS TORO*

«Quienes en este libro solo busquen fútbol en estado puro, aunque nunca simple, lo encontrarán. Quienes vayan tras la pista de metáforas de la existencia, las hallarán también. Entrenadores, hombres con sueños, decepciones, conflictos, éxitos, fracasos....»

*CARLOS TORO*

# Prólogo

## *Fútbol, hombres, vida*

Algunos prólogos empiezan así: «Cuando uno de tus mejores amigos te pide un prólogo...». Bueno, pues este prólogo empieza del mismo modo. Y es que cuando uno de tus mejores amigos te pide un prólogo te sientes, simultáneamente, emocionado, encantado, agradecido y asustado. Te emociona, te encanta y agradeces formar parte de un proyecto tan importante para él, a quien tanto aprecias y valoras. Y te asustas porque no sabes si estarás a la altura de su trabajo y, sobre todo, de vuestra amistad, a cuya confianza se acoge.

Orfeo y yo hemos forjado esa nuestra amistad en las trincheras. En las trincheras deportivas, por descontado. Allí donde las balas son balones y los disparos no van a la cabeza, sino a puerta. Allí donde los números no indican bajas, sino récords. Tales batallas y batallitas han establecido entre nosotros una afinidad expresada en sobreentendidos cómplices y en gags exclusivos que han servido, en según qué casos, en según qué plazas y en según qué circunstancias, para sobrevivir. Y perdón por la dramática exageración. Pero es que el periodismo deportivo se parece al de guerra. Si bien, por fortuna, y aunque ya se sabe que el fútbol, ¡ejem!, trasciende la vida y la muerte, con más efusión de lágrimas y sudor que de sangre, Orfeo y yo hemos sudado mucho por esos estadios de Dios. Y hemos llorado casi más. Pero de risa. Y nos volvemos a reír cada vez que recordamos lugares, episodios y personajes.

Orfeo es un hombre joven, pero muy experimentado. Y la experiencia ha potenciado sus cualidades. Y también su único defecto. Aclaremos: es demasiado desordenado para unas cosas y demasiado cuadrado para otras. Pero eso no tiene importancia. Su defecto, su auténtico defecto, reminiscencia quizás de una infancia traviesa, es su afición por polemizar y por pinchar a quienes no dudan (dudamos) en entrar al trapo a la menor provocación, aunque a esta se le vea el plumero bromista.

Infancia traviesa, decíamos. Pero algunos dudamos de que Orfeo haya sido alguna vez niño; porque desde que nació en la suiza Ginebra del voluntario exilio paterno, o más o menos por esas fechas, se comportó con el sentido de la responsabilidad de un adulto. Y de un adulto fue su cosmogonía y su organización vital. Su visión del deporte siempre ha ido más allá del deporte mismo. O, por decirlo de otro modo, amplió en su cabeza y en sus escritos la naturaleza, dimensión y trascendencia del deporte, uno de los más grandes fenómenos de masas de nuestro tiempo.

Del deporte. También del fútbol. Y del mismo modo que en un jugador ve algo más que un jugador, en un entrenador ve mucho más que un entrenador. En las páginas que siguen hay un mosaico humano de primer orden. Un retablo personal ordenado alrededor del fútbol, pero que trasciende ese mundo y penetra en la propia

vida para tratar de definirla, entenderla y acaso corregirla y mejorarla. Orfeo establece con los entrenadores una instantánea relación de familiaridad propicia a las confidencias, quizás porque el entrenador ve en Orfeo a alguien más que a un periodista.

Quienes en este libro solo busquen fútbol en estado puro, aunque nunca simple, lo encontrarán. Quienes vayan tras la pista de metáforas de la existencia, las hallarán también. Entrenadores, hombres con sueños, decepciones, conflictos, éxitos, fracasos... Entrenadores, tranquilos y entrenadores viscerales. Hombres extrovertidos y hombres reservados. Entrenadores y hombres metódicos e instintivos. Amables y ásperos. Vanidosos y modestos. Rígidos y tolerantes. Idealistas y pragmáticos. Hombres que han compartido césped con otros hombres. Hombres que han dirigido a otros hombres y por otros hombres han sido dirigidos. Hombres alrededor de un balón que rueda, alegoría del planeta que gira.

*CARLOS TORO*



# Introducción del autor

*Palabra de entrenador* nace a partir de la admiración por un personaje capital en el fútbol, con conocimientos técnicos y con capacidad de liderazgo, pero, sobre todo, con una cualidad fuera de lo común para convivir con la presión, para habitar permanentemente sobre una silla eléctrica. En mi opinión, es el principal pilar de un proyecto, pero al mismo tiempo la parte más débil del cordaje. Es analizado día a día por sus futbolistas, enjuiciado por sus presidentes, como césares con el pulgar preparado, sometido a la crítica de la prensa y alabado y lapidado por los aficionados. Todos encuentran, encontramos, razones para explicar las victorias y las derrotas. Ellos no lo consiguen muchas veces, pero no pueden decirlo, no pueden demostrar que dudan como los inteligentes, no les está permitido reconocer lo incontrolable de este juego que tanto desconocemos todavía, porque se supone que les pagan, y muy bien, para tenerlo todo bajo control. Quien no sea capaz de cohabitar con semejante locura, no sirve para este oficio.

Durante veinticinco años en el periodismo, he tenido la oportunidad de conocer a numerosos entrenadores, personajes que aparecen y desaparecen en este tiovivo que es el fútbol español, demasiado endogámico. He asistido a entrenamientos, a partidos en todas partes de España y del mundo, a ruedas de prensa y he realizado numerosas entrevistas a la mayoría de los protagonistas en distintos momentos de su carrera. Pero, sobre todo, he convivido con numerosos de ellos a lo largo de viajes, estancias en hoteles y concentraciones. He conocido las preocupaciones que anidan tras el rostro público en noches de *hall*, a veces demasiado largas, en momentos en los que se dejaba ver el hombre, no el entrenador. He sabido, asimismo, de las opiniones de sus jugadores, siempre en busca de motivos para seguirlos o de debilidades para abandonarlos, y también las de sus presidentes, deseosos de interpretar su papel.

De la misma forma que en el resto de profesiones, no existe una personalidad común para el entrenador, un perfil que se pueda homologar. Introversos o extroversos, hilarantes o reflexivos, todos tienen en común la pasión como motor de su profesión. No es el dinero, puedo asegurarlo. Es el sonido de la pelota, es el olor a hierba mojada, es ese domingo sin fútbol convertido en un hastío. Habrá excepciones, seguro, pero todo entrenador es la culminación de un sueño, o su continuación, en el caso de quienes antes fueron grandes jugadores. Tampoco se trata de una condición necesaria el tener antecedentes como futbolista profesional, y ahí están Rafa Benítez, José Mourinho, Víctor Fernández o hasta José Ramón Sandoval para demostrarlo. Todos ellos coinciden en que son más importantes el conocimiento y la capacidad de transmitirlo, de liderar, que el pasado.

Como a cualquier aficionado, el jugador me produce fascinación por las cosas que es capaz de realizar en un campo, pero el entrenador ha despertado en mí siempre

mucha curiosidad e interés por su perfil psicológico y por la dificultad que implica tomar decisiones en décimas de segundo que resultan trascendentales para millones de personas. Son hombres a los que se encierra en un laberinto con una única salida: la victoria. La situación conduce a un estrés inhumano que, lamentablemente, desemboca en ocasiones en procesos de autodestrucción personal. Jorge Valdano, que cerró pronto su etapa como entrenador pero no su alta exposición al riesgo desde otros cargos, como el último que desempeñó en el Madrid, asegura en estas páginas que conserva el equilibrio porque entra y sale del primer plano del fútbol, y eso le permite reciclarse neurológicamente. Ese prodigio del autocontrol que es Vicente del Bosque explica que, después de más de treinta años vinculado al Madrid en todos los cargos posibles, la presión forma parte de su ser. Jamás, añade, ha sentido tanta como cuando debutó con el Madrid, todavía adolescente, contra un equipo del Atlético de Madrid, en Carabanchel. Ni siquiera en la final del Mundial de Sudáfrica.

De todas sus reflexiones, sea sobre el juego, la convivencia, la conducción de grupos o la relación entre el fútbol y la sociedad, trata este trabajo. Aborda 32 casos, treinta más un diálogo entre Ángel Cappa y Juan Manuel Lillo, argentino y español, pero con mucho más en común que las patrias y las banderas. Es el juego, algo insobornable e inexplicable. Lo intentan descifrar para cerrar la obra o, seguramente, para abrirla a más interrogantes sobre este fenómeno de masas que vertebra el planeta como ningún otro. La primera advertencia es que la selección de los entrenadores es subjetiva, porque la primera condición es que, como autor, hubiera tenido contacto personal suficiente como para atreverme a interpretarlos. La segunda es que alguno puede no estar en su cargo cuando accedan los lectores al libro. Es su sino, aunque sus reflexiones no sean en ningún caso circunstanciales.

Existen técnicos que han sido muy importantes en nuestro fútbol, pero con los que no llegué a tener el contacto suficiente, como John Benjamin Toshack o César Luis Menotti, al que observaba hablar de fútbol, todavía en mi etapa como estudiante, por las noches, subido en un taburete, whisky en mano, en el centro de la pista de baile de una discoteca de Barcelona. Ya entonces me pareció un genio. Es una entrevista pendiente. Tampoco a Pacho Maturana, Vicente Cantatore o Víctor Espárrago, pozos de ciencia futbolística. Algunos de los actuales, como Marcelino, declinaron participar en el proyecto. Por una cuestión de edad, no estuvieron a mi alcance Helenio Herrera, Marcel Domingo o Rinus Michels, y solo tuve un breve encuentro, que relato, con Vujadin Boskov. Ellos, al igual que Miguel Muñoz y otros muchos, son citados por sus discípulos en estas conversaciones. Por esa razón, siempre será un trabajo inacabado. Intenta, al menos, atravesar épocas, desde Luis Aragonés, Javier Clemente o Johan Cruyff a José Mourinho, Josep Guardiola y hasta José Luis Oltra, con el objetivo de abarcar un tiempo del fútbol español. Para ello, se organiza en capítulos y se contextualizan los personajes, aunque posteriormente cada

uno de ellos es un alma libre.

Todos los episodios están basados, fundamentalmente, en conversaciones, en muchos casos en varias, que se superponen en el tiempo. Tres casos son algo excepcionales: Guardiola, Mourinho y Marcelo Bielsa. Del primero, fiel a su norma de no conceder entrevistas individuales, se incorpora una charla de su etapa como futbolista en la que ya definía su fútbol, y su progresión posterior explicada por las personas de su entorno profesional y personal. A Mourinho lo conocí en Barcelona, y de aquel personaje y sus palabras arranca la descripción, completada por sus futbolistas, aunque no me haya sido posible concluirla ya en Madrid. En el caso de Bielsa, seguí su corta etapa en el Espanyol y posteriormente su trabajo en las selecciones de Argentina y de Chile, en los Mundiales de Corea y Japón y de Sudáfrica respectivamente. El preparador argentino, un ser muy especial, es analizado por jugadores en los que dejó un sello inconfundible.

El trabajo aborda las culturas del banquillo, las grandes influencias, la escuela española que nace en la tierra y a la que hay que reivindicar, porque son quienes han entrenado a los héroes de nuestra mayor utopía, el Mundial, e incluso a aquellos que, llegados de otros mundos, nos hicieron mejores y se hicieron mejores junto a nosotros. No son biografías, son interpretaciones de los personajes realizadas por un periodista que mezcla su experiencia, y en ocasiones hasta su vida, con los actores del éxito, con los personajes de sus sueños. Es, pues, el libro de un privilegiado.

# **LO QUE SIEMPRE QUISIMOS SER Y NUNCA FUIMOS**

Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo.

ARQUÍMEDES, 287 - 212 a. C.

## Vicente del Bosque

*La patria es la moral y la pelota*

—Rómpalo, míster, rómpalo.

Vicente del Bosque, incrédulo, sostenía en su mano un bolígrafo Bic que le acababa de entregar Gérard Houllier.

—¡Rómpalo! —insistió, ya en tono de entrenador, mientras el seleccionador español le devolvía la mirada de la desconfianza.

Finalmente, Del Bosque obedeció. Cogió el Bic entre sus manos y lo partió. Houllier sonrió. Posteriormente, el técnico francés cogió dos y se los ofreció a Joaquín Caparrós, acompañados de la misma orden. El andaluz, tan decidido como siempre, no dudó. Los agarró por los extremos y los golpeó contra sus rodillas. Houllier dio un paso lateral, tomó esta vez un puñado y los puso en las manos de Miguel Ángel Lotina.

—¡Rómpalos!

—Es imposible... —respondió Lotina, sin intentarlo.

—¿Por qué? —cuestionó el francés.

Antes de que se rompiera el breve silencio del entrenador vasco y de todo un auditorio repleto de candidatos al banquillo, Houllier se respondió a sí mismo.

—Yo se lo diré: porque son muchos y están juntos.

El técnico, entonces al frente de la dirección deportiva de la Federación Francesa de Fútbol, poco antes del inicio del Mundial de Sudáfrica, acababa de reproducir una escena que había llevado a cabo en el vestuario del Liverpool, en la temporada 2000 - 01, cuando condujo al conjunto inglés a conquistar cinco títulos, entre ellos una Copa de la UEFA, a costa de dos clubes españoles, el Barcelona y el Alavés, al que batió en la final. Houllier explicó que antes del cruce con el poderoso equipo azulgrana, la admiración por el rival se había instalado de tal forma en el vestuario de Anfield que sus futbolistas consideraban imposible pasar la eliminatoria. La semana anterior al primer partido, mientras el equipo se preparaba para un entrenamiento en Melwood, ciudad deportiva del Liverpool, el técnico llamó a su capitán y le entregó un Bic tras otro mientras le sometía a las mismas preguntas delante de toda la plantilla. Eliminaron al Barça.

A Del Bosque le impactó positivamente la interpretación del teatral Houllier, por la claridad del mensaje y su plasticidad. En realidad, el francés había desarrollado, con bolígrafos, la *teoría del fascio*. La palabra, en italiano, significa haz, referida fundamentalmente a un haz de varas, símbolo de la autoridad republicana en la antigua Roma, de la «fuerza a través de la unidad». La perversa aplicación posterior

de la palabra, hacia el fascismo, en nada empaña su significado inicial, de gran valor para el trabajo en equipo. Del Bosque la retuvo mentalmente, la incorporó a su acervo, a una interpretación del liderazgo muy autodidacta, en un mundo en el que cada detalle, cada gesto, por nimio que resulte, puede ser como ese aleteo de la mariposa capaz de cambiar lo que suceda en el otro hemisferio del planeta. Su hemisferio es ahora la banda. Por eso, si alguna vez acuden al entrenamiento de la selección española el día después de un partido, cuando titulares y suplentes se ejercitan por separado, observarán siempre a un hombre a lo lejos, con los brazos cruzados y el rictus contraído, la estampa de un personaje escapado de un soneto de Lope de Vega, mitad dicha, mitad tormento. Poco importa que se haya ganado o perdido, Del Bosque sufre por quienes no han podido jugar, sufre por sus propias decisiones. Esa es la razón por la que contiene sus emociones en el banquillo, aunque sea en la final de un Mundial, y por la que, en los días que suelen ser de gloria para los grandes, y España por fin lo es, el entrenador prefiere estar junto a los que no pueden evitar sentirse atrapados en su interior por una suerte de frustración, junto a los suplentes.

Ese fue uno de los consejos que ofreció el seleccionador a los centenares de asistentes al segundo Congreso Internacional de Entrenadores, celebrado en la Ciudad del Fútbol, en Las Rozas, poco antes del Mundial. Tomó la palabra después de Houllier para cerrar el certamen con una clase magistral, no únicamente de fútbol, sino de lo que significa realmente el liderazgo moral. El acto no era para la prensa, solo para profesionales, pero yo había sido invitado por el director de los cursos. Además de aspirantes a entrenadores, se encontraban numerosos técnicos de Primera y de Segunda División. De lo que allí dijo, con la ayuda de apenas cuatro notas, podría construirse mucho más que un decálogo del banquillo, pero basta con organizarlo en cinco puntos para comprender la filosofía y el proceder de este entrenador que ha ganado los títulos más importantes en el Madrid y en la selección, la Champions y el Mundial, y que si algo lamenta es no haber experimentado qué se siente al levantarlos como futbolista, aunque mentalmente nunca ha dejado de serlo, de soñarlo. Son los mandamientos del líder que nos condujo a la utopía, que nos hizo sentirnos como lo que siempre quisimos ser y nunca fuimos. Empecemos, pues, por recordarlos.

**1. Integridad.** «El técnico debe ser ejemplar, moralmente íntegro y con principios, que son los que le van a llevar a ganarse la confianza de sus jugadores. Debe ser un líder moral. No tiene por qué saber de todo, pero sí saber dirigir a quienes saben. Ha de rodearse de los mejores, no de los más fieles, aunque no le regalen siempre los oídos. No es bueno preocuparse de cosas menores, porque restan energías para lo que es importante», empezó. Puso Del Bosque el ejemplo de su ayudante Toni Grande, que sabe todo lo que pasa en el vestuario y conoce las

interioridades de los jugadores, lo que le permite a él tomar un distanciamiento mayor con los profesionales. «¿Qué significa equidad?», se preguntó a continuación. «Pues tratar a cada uno en función de sus méritos», se respondió el seleccionador, contrario a esa máxima de que la justicia es tratar a todos por igual, porque «no todos responden igual a los mismos estímulos». «Sé que tengo fama de permisivo, pero no lo soy. Parece que ahora estamos buscando de nuevo al entrenador *látigo*, cruel, pero eso no tiene nada que ver con la realidad. Con cordialidad, se lleva mejor un equipo. La disciplina se consigue desde el convencimiento, con normas y con respeto; no con broncas y miedos. Tampoco soy partidario de las multas. No sirven para nada», añadió.

«El entrenador debe ser un líder moral. No tiene por qué saber de todo, pero ha de saber rodearse de los mejores, no de los más fieles.»

**2. Trabajo.** Del Bosque dividió la labor del entrenador en dos grandes facetas: «La acción y estrategia deportivas, y el estilo de vida». Sobre el trabajo, en concreto, dijo algo poco habitual: «Nuestro deber es emocionar al jugador con el contenido del entrenamiento, que tiene que ser dinámico y específico, lo más real posible, con transferencia a lo que ocurrirá en el partido». Cuando se habla de trabajo, en cualquier ámbito, raramente se suele relacionar con la emoción. Para el seleccionador, sin embargo, «la pasión es el motor de todo».

**3. Convivencia.** «Cada vestuario tiene sus singularidades y sus cosas comunes — continuó Del Bosque—, por lo que hay que saber adaptarse al perfil de los jugadores, lo mismo que en el juego a sus características. Yo defino a los futbolistas como empleados especiales. Son jóvenes, célebres y desiguales en lo económico. Son muy observadores y están muy pendientes de buscar las debilidades del entrenador.» «Descubren hasta la colonia que te pones», bromeó. Distinguió la labor en un club de la que se lleva a cabo al frente de un equipo nacional: «En una selección es muy difícil que se creen ese tipo de roces que llevan al mal ambiente en los equipos, porque van siempre los mejores. Tiene que ser muy torpe un seleccionador para dejar que se fomenten». Del Bosque aconsejó a los entrenadores y aspirantes que intenten estar cerca siempre de los que tienen menos protagonismo, y entonces puso el ejemplo práctico al que nos referíamos: «El día después de un partido, casi siempre los titulares hacen un entrenamiento más suave, aparte de los suplentes. Yo creo que en esa sesión, el técnico ha de estar dirigiendo a los segundos». Dos cosas más importantes para la convivencia de un vestuario son, en su opinión, el «sentido del humor» y la «ausencia de escepticismo». Son muchos los entrenadores que se refieren a los pesimistas como jugadores tóxicos.

**4. Liderazgo.** De la misma forma que Del Bosque dice que «la victoria no mejora

necesariamente las relaciones», tampoco tienen por qué ser los futbolistas más decisivos quienes más contribuyan a la cohesión de un grupo. El técnico recordó a dos *outsiders* del Madrid galáctico que dirigió como fundamentales para el ánimo del vestuario: «Eran McManaman y Geremi, un inglés y un camerunés. Muchos otros jugadores, de los más decisivos, se apoyaban mucho en ellos, aunque no se supiera. Geremi encandilaba a los demás con las cosas que les contaba. Hablaba, además, cinco o seis idiomas. A veces creemos que aquí estamos por encima de otros, pero los africanos nos dan lecciones en muchas cosas».

**5. Dirección.** «Un entrenador alterado es imposible que tome decisiones acertadas», manifestó para justificar que no cree en estar todo el tiempo en la zona técnica, aunque lo dijo desde el respeto a todos sus colegas. Tampoco deben hacerlo los ayudantes, y es que «un segundo está para resolver problemas, no para crearlos». Defendió, no obstante, ese rol y dio mucha importancia al *staff* técnico, porque «seis ojos ven más que dos». La relación con los medios de comunicación la valoró como una parcela clave. Ante ellos recomendó «equilibrio tanto en las victorias como en las derrotas». «A mí me gustaría que si alguien llega a una rueda de prensa mía y no sabe cómo hemos quedado, no lograra saberlo después de escucharme», apuntó. «Creo que en las comparencias ante los medios, el entrenador ha de mostrarse sobrio y natural, sin demasiada retórica», continuó, para acabar con un consejo con mucha miga: «Nunca, nunca filtréis una información a un periodista por vuestro interés, porque seréis su esclavo para toda vuestra vida».

«Nunca filtréis una información a un periodista por vuestro interés, porque seréis su esclavo para toda la vida.» Los silencios son, a menudo, más elocuentes que las propias palabras y tienen una virtud: nunca mienten. Esa mañana, en la ciudad universitaria de Potchefstroom, decían muchas cosas que encontraban su eco en las amplias salas del espartano alojamiento de la selección durante el Mundial. Al atravesar una de ellas, encontramos a Vicente del Bosque acompañado de sus ayudantes Toni Grande, Paco Jiménez y Javier Miñano, el preparador físico, entre otros. Hombres sentados uno al lado del otro sin palabras, solo miradas, mientras en una pantalla gigante se repetían jugadas del partido contra Suiza, del encuentro de la derrota, sin sonido, como una vieja película de cine mudo. Una y otra vez, una y otra vez... Del Bosque me hizo una señal y me acerqué.

—He visto el partido varias veces y lo que más me preocupa es que no sé por qué hemos perdido —confesó, cabizbajo.

Lo primero que pensé, de inmediato, es que la selección estaba hundida, que si su líder era incapaz de encontrar una razón a lo que había sucedido, como habíamos hecho todos los periodistas, obligados por la celeridad y por la necesidad de explicar lo inexplicable a nuestros lectores, lo más probable es que todo se desmoronara. El seleccionador no tenía previsto dirigirse a los medios de comunicación aquella



mañana, pero decidió improvisar una comparecencia. Luis Aragonés, su antecesor, había sido crítico con el partido de España y, sobre todo, con el sistema de juego, por la posición de Busquets junto a Xabi Alonso en el centro del campo, un elemento diferencial con respecto a la triunfal Eurocopa. Del Bosque estaba dolido por ello, por un oportunismo muy poco elegante, pero no entró al debate y se limitó a realizar una defensa personal del joven centrocampista azulgrana, al que había incorporado a la selección esa temporada. Se mantuvo en la misma línea demostrada en la rueda de prensa posterior al choque, en Durban, cuando dijo que había que aceptar la derrota como deportistas y trabajar para superarla.

Mientras regresaba al hotel con esas notas que generalmente después nunca entiendo, pensaba en la forma de enfocar la crónica de aquel funesto día después, que en nada coincidía con los que había presenciado en los cuatro Mundiales anteriores. Había asistido a enfrentamientos en las salas de prensa, había escuchado excusas, había comprobado, en definitiva, cómo entrenadores de prestigio y larga trayectoria sucumbían al *síndrome del seleccionador*, no solo en el marco de la selección española, sino en el de otras muchas de las grandes campeonas, como Italia o Brasil. Esa reflexión me llevó al convencimiento de que nos encontrábamos ante una situación distinta, de que España podía ganar o perder, pero de que ahora la dirigía un líder que, lejos de señalar a otros para espantar sus miedos, los admitía con naturalidad, que es la mejor forma de dominarlos. Aristóteles dijo que lo importante para alcanzar una certeza es saber dudar a tiempo. Del Bosque lo hizo: al no encontrar explicación, tampoco encontró razón para cambiar nada.

—¿Seguramente fue el momento de mayor presión que ha conocido en su carrera? —pregunto a Del Bosque, durante un encuentro distendido, ya a la vuelta del Mundial.

—Si le digo la verdad, no recuerdo haber sentido más presión que en mi primer partido con el Madrid, cuando acababa de llegar de Salamanca siendo un adolescente. Fue ante el Atlético, en el campo de la Mina, en Carabanchel. ¡Madre mía! Eso sí fue presión —recuerda, mientras agita las manos—. He crecido con la realidad de que la victoria apenas se saborea, porque no hay tiempo, y de que la derrota es un drama. Encontré un buen ejemplo en los futbolistas veteranos que estaban en el Madrid, muy responsables en su trabajo, y por lo tanto, con mucha madurez para afrontar esos trances. El sentido de la responsabilidad también procede de mi educación, de mi casa. Está muy presente en mi vida.

Si algo ha lamentado el seleccionador es que sus padres no estuvieran vivos para presenciar el éxito de Sudáfrica. Hijo de un ferroviario, Del Bosque nació en Salamanca, en 1950. La personalidad del padre, los valores de un hombre de izquierdas que padeció los tiempos más duros de la dictadura, han forjado los cimientos de su carácter, aunque su amplia perspectiva le ha ayudado a apartarse de

los radicalismos. Quizás por ello, Del Bosque albergaba el viejo deseo de conocer a Felipe González, icono de la izquierda durante largo tiempo, algo que consiguió durante una cena privada. El técnico ha hecho compatibles la vocación republicana con un nombramiento monárquico, el de marqués, que siempre ha entendido como un reconocimiento colectivo al fútbol, no personal, y la pertenencia a un club como el Madrid, al que siempre se asoció de forma maniquea con el franquismo, producto de una historiografía simple y tendenciosa. Como me dijo en una ocasión Josep Ramoneda, el Madrid de Santiago Bernabéu y Raimundo Saporta, una bicefalia muy calculada, era una sociedad adelantada a su tiempo, muy por delante de un país retrasado y autocrático, por lo que era imposible que fuera una creación del régimen. Dominaba la Europa que había mantenido bloqueada a España y que, mucho antes de la eclosión de la televisión o los medios de comunicación de masas, ya desarrollaba una vocación universal. No solo Del Bosque, también otros futbolistas como José Antonio Camacho, pasaron de una casa de *perdedores* a encontrar su segundo hogar en el club de Chamartín. Otro caso fue el de Juan Bautista Planelles, que llegó a los juveniles del Madrid desde Castellón, concretamente desde Burriana, y coincidió con el actual seleccionador. A Del Bosque le incomodaba si alguien se mofaba cuando Planelles utilizaba el valenciano para hablar con los suyos. Todavía hoy, en la cima, lo recuerda como uno de los futbolistas más importantes con los que ha jugado. Ambos lo hicieron posteriormente en el Castellón, equipo en el que Del Bosque permaneció cedido durante dos temporadas.

A menudo, ser de izquierdas se ha asociado a una forma *light* de sentirse español, una contaminación más del debate político en España, acuciado por los nacionalismos, que el fútbol ha barrido con la fuerza de un tsunami. Si algo consiguió la selección con sus victorias es que aquellos que deseaban sentirse españoles sin verse señalados de forma inquisidora, lo pudieran hacer abiertamente, con sus colores pintados en la cara. Colores que sutilmente pueden observarse entreverados en una pulserita en la muñeca del seleccionador. No obstante, el técnico ha sido siempre muy cuidadoso con el contexto, de la misma forma que con las sensibilidades de los aficionados y de sus futbolistas. Por ello, y a pesar de la marea de patriotismo que se vivía en las calles de toda España, Del Bosque descargó su discurso de cualquier responsabilidad con la nación en la charla previa a la final, en las tripas del Soccer City de Johannesburgo, un estadio con forma de caldero africano junto a todo un monumento a la ignominia, el gran *township*, el suburbio de Soweto.

«No quería que los jugadores sintieran ninguna responsabilidad trascendental, ni deber patriótico, antes de la final del Mundial. Por eso les dije que defendían al fútbol, a su profesión y a su pasión.» —No quería que los jugadores soportaran ninguna responsabilidad trascendental, tampoco un deber patriótico —explica Del Bosque—. Les dije, eso sí, lo que significaba para España el título, pero no pretendía

que se sintieran como los defensores de la patria, sino como los defensores del fútbol. Les insistí en que estaban ante el partido soñado por cualquier jugador, en que defendían al fútbol, a sus sueños, a su pasión, a su profesión... Me gustaría que la exaltación por todo aquello se quedara en lo popular y en lo futbolístico, que con el tiempo no adquiriera más tinte político, aunque un poco de patriotismo, controlado, nunca es malo. Quiero decir que como la victoria en el Mundial no va a ser un motivo para unirnos a todos para siempre, pues que tampoco sirva para alejar aún más a los que están desunidos. No sea que a algunos los triunfos de la selección les enojen más con todo lo español.

—¿Durante ese momento tan soñado, pensó en algún momento también como jugador? —pregunto a un técnico que todavía patea cualquier balón que se encuentra, como un niño.

—No lo dude... Creo que nunca he dejado de hacerlo —responde, nostálgico.

Como futbolista, Del Bosque vivió los peores tiempos de la selección, ausente de dos ediciones del Mundial durante su etapa en activo, en 1970 y 1974. En ese tiempo, *la Roja* era el caladero de todas las frustraciones y para los jugadores de los grandes equipos, a veces, una incómoda cita. Eran muchos los que simulaban lesiones para evitar las convocatorias. Del Bosque fue internacional en 19 ocasiones.

—Ha encontrado usted la cuadratura del círculo como entrenador en lo personal, en lo técnico y en lo institucional —continúo.

—El entrenador tiene que saber moverse en el campo, en el despacho y ante los medios, consciente de lo que representa. Como usted dice, en ese terreno institucional, sobre todo si se es seleccionador.

—¿Eso se entrena?

—Una parte es innata y autodidacta, creo. Tomas cosas de entrenadores anteriores, de lo vivido, pero al final está tu intuición.

—¿Cómo le gustaría ser recordado en el futuro?

—Como alguien que fue correcto en la victoria.

—¿Y en la derrota...?

—En la derrota no estaríamos aquí hablando usted y yo; así que dejémoslo...

—Toni Grande siempre me advierte de que a usted le fastidia que le califiquen constantemente como una buena persona.

—No... (*risas*), no es eso. Lo que ocurre es que todos queremos ser reconocidos por lo que hacemos, además de por cómo lo hacemos. Queremos ser buenos, y la realidad es que somos imperfectos, todos. En mi caso, creo que a menudo se me ha disfrazado con el paternalismo —responde, aunque sin la sensación de esconder reproche alguno.

Jorge Valdano, el hombre al que correspondió anunciar su despido, o su no renovación, en el Madrid, acuñó la expresión «perfil bajo» para referirse al modelo de

entrenador que representaba el salmantino. Ofreció mucho juego, como tantas otras hipérbolos y eufemismos de este domador de palabras. Pero no era, en mi opinión, un menosprecio, sino una definición por contraposición: el antidivo frente a los divos.

—Vayamos al banquillo —propongo—. ¿Cómo consigue ese nivel de autocontrol?

—Va un poco con mi personalidad, pero, además, es que creo que un entrenador fuera de sí no se encuentra en la situación más idónea para tomar una decisión correcta. Dicho esto, respeto a todos mis colegas, no estoy contra el técnico eufórico; seguramente se expresa tal y como es. Yo, si me exalto, me da vergüenza verme en televisión, y eso no quiere decir que no sea emotivo, incluso de lágrima fácil. Por otra parte, considero que en el banquillo hay que mantener intacta toda la energía para concentrarse y no distraerse, porque solo así es posible tomar la medida más adecuada en unos segundos. Si la pierdes con el árbitro, con el público..., malo. El entrenador no debe desgastarse con las cosas secundarias. Admito que el Mundial era algo nuevo para mí y, por ello, me preparé junto a Fernando Hierro. Desde su experiencia con seleccionadores anteriores, como futbolista me ayudó a mentalizarme para la adversidad. ¡Y llegó de golpe, en el primer partido! En vez de rebelarnos contra lo que se decía, intenté ser didáctico. En el vestuario, alguien dijo que no nos podíamos volver locos. En ese momento, vi claro que no me podía traicionar, ni tampoco a mis futbolistas. Por eso defendí a Busquets y dije que me veía en él. Es de las cosas de las que más orgulloso estoy. No fue un pulso contra nadie, ni frente a los medios de comunicación que habían sido críticos. Fue solo ser fiel a mí mismo. Yo no tengo la verdad, ni soy un modelo de nada. Solo tengo mis convicciones.

Hierro es quien recomendó a Del Bosque para el cargo cuando la marcha de Luis Aragonés era ya un hecho. Habían compartido años juntos en el vestuario del Madrid, club que abandonaron enfrentados a Florentino Pérez. «Vicente es un personaje digno de estudio. Va muchos años por delante de todos nosotros. Tiene una psicología especial, te convence con las cosas más básicas», explica Hierro. Después de superar la derrota contra Suiza y vencer a Honduras, todavía entre dudas, el exdirector deportivo de la federación le dijo a Del Bosque: «Tranquilo, no jugamos tan mal». Al día siguiente, Xavi, sin saber nada, hizo lo mismo: «Míster, he visto el vídeo esta noche; jugamos bien». El convencimiento empezaba a recomponerse, aunque la música «ratonera», como la define el técnico, no volvió al autocar hasta después del partido contra Chile, hasta superar la primera fase.

—Xavi dice que estuvo usted muy fino en las decisiones técnicas, en apuestas como las de Llorente o Pedrito. Tiene un doble valor, por tratarse de un futbolista muy fiel a Luis Aragonés —comento, intencionadamente, aunque servirá de poco.

—Creo que encontramos la sensibilidad justa para cada partido. Insistimos con Fernando (Torres), pero la realidad es que no estaba en condiciones óptimas.

Entonces nos decidimos por Pedro, que es una alegría para un equipo...

—Explique eso de la alegría; no parece un concepto que manejen demasiado los entrenadores.

—El fútbol es técnica, es organización de juego... Pero la vitalidad y la energía son la leche, y a veces parecen estar siempre en un segundo plano. El centro de todo es la emoción, sin la cual todo lo demás son palabras vacías. Digamos que Pedro representaba esa vitalidad, esa emoción, esa alegría. Nuestro deber, como técnicos, es emocionar al futbolista y empezar a hacerlo en los entrenamientos.

—Usted heredó un equipo campeón de Luis Aragonés, la mejor y la peor de las situaciones —continúo.

—Sinceramente, creo que la mejor. Siempre lo creí, porque estaba convencido de que la selección estaba en un ciclo inacabado. Los jugadores tenían la ambición de ganar el Mundial, y ahora hay que conseguir que quieran ser los primeros de la historia en enlazar Eurocopa-Mundial-Eurocopa. Yo sabía que desde el principio me iba a encontrar con la comparación, y quise liberarlos a ellos. Les dije: «Vosotros tenéis que hablar muy bien del anterior técnico (Luis Aragonés), pero de mí no tenéis que decir nada. De los jefes no hay que hablar. ¿Qué se va a decir del que manda? No queda bien».

—Luis criticó su planteamiento tras perder contra Suiza y usted le ofreció un lugar de privilegio en el teatro Campoamor, en la gala de los Premios Príncipe de Asturias.

—Yo solo hice lo que era justo... —contesta, seguro, antes de detenerse un instante y continuar—. Desde mi llegada, incorporamos futbolistas a la selección que no habían disputado la Eurocopa y que adquirieron un papel relevante en el Mundial, como Busquets o Piqué, pero no quiero reivindicarme por eso. Sinceramente, estoy convencido de que Luis hubiera hecho los mismos retoques, o parecidos, que nosotros, porque los equipos no se pueden parar. El inmovilismo es malo. Yo no sé cómo entrenaba Luis, ni cómo preparaba los partidos, pero la sustancia del juego es la misma.

—Desde el triunfo en Johannesburgo, apenas dijo que no a ningún acto. ¿Cómo cambió su vida tras el título?

—En lo personal, en nada. Sigo disfrutando de las cosas simples, de esos momentos que estás contigo mismo, de un aperitivo con mi hijo Álvaro, por ejemplo. Me he puesto *colorao* cada vez que he entrado en un restaurante y la gente se ha puesto en pie para aplaudirme. No sabía dónde meterme (*más risas*). Sí he dicho que no a algunos actos, aunque he ido a casi todos. Me dicen que estoy loco..., pero he creído estar en la obligación de hacerlo. Es por lo que hablábamos antes de las funciones de un seleccionador. Por otra parte, yo sé qué es lo sustancial, los partidos, los entrenamientos, la preparación..., todo eso ha sido innegociable.

Álvaro, con síndrome de Down, es uno de sus tres hijos, convertido en epicentro de su existencia, en un pilar familiar, como bien sabemos quienes tenemos hijos discapacitados. De alguna forma, ha dado un sentido especial a su vida, un relativismo que le ayuda, inconscientemente, a colocar cada situación en su justa dimensión. No habla en balde cuando dice que pocas cosas igualan ese momento en el que organiza un aperitivo en su casa junto a Álvaro. La felicidad es una utopía que no se puede hacer realidad si no se observa como una suma de instantes alejados pero que la pasión por vivir ayuda a enlazar. Del Bosque ha aprendido a hacerlo. De la equidistancia entre los valores del padre y las necesidades del hijo emerge un sólido equilibrio.

—¿Qué sintió al observar a su Álvaro alzar la Copa rodeado de los campeones, en la Moncloa?

—Emoción, mucha emoción... —contesta, más sonriente que nunca—. Fue algo espontáneo, nada preparado. Queríamos algo íntimo, sin que Álvaro entrara en la Moncloa, pero todo se precipitó. He recibido cartas de todo el mundo, de personas discapacitadas que se sintieron fortalecidas por ese gesto. Nadie debería estar al margen de este problema, porque son personas con capacidades distintas, pero capacidades y, sobre todo, con una envidiable limpieza de espíritu.

—¿Y cómo es el espíritu de sus internacionales? ¿Se parece al de los galácticos?

—No me gustan las comparaciones, pero algo le diré: el futbolista, cuanto más grande, más generoso —asegura, ahora serio—. El espíritu de un futbolista es el de un niño, insaciable. Esperemos que nunca se pierda, porque el juego es la esencia de esta profesión, no lo olvidemos. Los internacionales españoles lo viven de esa forma. Mire el caso de Xavi, por ejemplo. Es un vicioso del fútbol, lo sabe todo, habla de todo, conoce hasta a los pequeños de la cantera del Barça. Está metido totalmente en este mundo. Tenemos mucha suerte con estos jugadores, impresionantes por su calidad pero ejemplares en su comportamiento, sean del equipo que sean, del Barcelona, del Madrid... Quiero, además, defender a los futbolistas catalanes, de los que a veces se ha puesto en duda su compromiso. ¿Quién puede dudar de Xavi, de Puyol...? ¡Ya está bien! En este país, a veces parece que estamos siempre en contra de nosotros mismos, buscando enfrentamientos, siempre pesimistas sobre lo que sucede y lo que sucederá...

—Es que la crisis es dura, una realidad en la que el título mundial parecía un episodio de irrealidad —interrumpo.

—No solo España está en una situación difícil, también el mundo, pero este país ha salido de situaciones peores. Se ha modernizado una barbaridad. Hay que ser más positivos, por favor, hay que mirar siempre hacia adelante, siempre.

Inevitables recuerdos rinden su rostro cuando mira por los amplios ventanales que

forman un marco ideal para los cielos de Madrid, los cielos de Velázquez. Desde el vigésimo noveno piso del hotel Eurostars Tower, Vicente del Bosque observa el lugar en el que pasó 36 años, los terrenos donde se levantaba la antigua Ciudad Deportiva del Real Madrid, *la Fábrica*, como la llamaba Alfredo di Stéfano. Ha llegado apurado a la cita porque su hijo Álvaro jugaba un partido con otros niños discapacitados. Lo primero que hace es elogiar a su entrenador. Señala su casa, muy cerca, y el lugar donde dice que le enseñaron a ser hombre, no solo futbolista. Después tomó el testigo, un largo tiempo dedicado a la formación, que ahora recuerda como la mejor época de su vida. Nunca pensó entonces que entrenaría en la élite.

—¿Lo dice en serio, aun después de haber ganado la Champions o el Mundial? ¿Los mejores años de su vida? —pregunto a Del Bosque, sorprendido, después de esa confesión, sin apartar la mirada de las vidrieras.

—Muy en serio... Aquí, donde estamos, pasé más de la mitad de mi vida. Sé lo que el Real Madrid ha significado para mí y eso nadie puede cambiarlo. Lo que ha pasado después ya no me corresponde. Insisto en que el tiempo que estuve en el terreno de la formación, dedicado a la cantera, rodeado de personas anónimas que vivían pendientes de los chavales, fue la época más bonita. Ganaba mucho menos dinero, pero no necesitaba más.

—¿Cuánto gana ahora? ¿Menos que como entrenador del Madrid?

—Si le digo la verdad, no lo sé exactamente. Hace años que no lo sé, y admito que es una suerte, que soy un privilegiado —responde, como si pidiera permiso para hacerlo.

—Continúe con el Madrid.

—En aquella época, nunca pensé que llegaría a dirigir un equipo ni siquiera en Primera, ni me lo planteaba. Ramón Mendoza me llegó a hacer de agente, incluso. A pesar de que yo no quería, me organizó una cita con Marcos Eguizábal, expresidente del Logroñés, que pretendía contratarme. En cambio, yo no me veía y le dije que no al hombre, muy amable. Cuando, años después, me llamó Lorenzo Sanz para pedirme que me hiciera cargo del primer equipo, le dije: «Solo os pido una cosa: tener un mínimo de confianza, un mínimo».

Antes de esa llamada, tras la que ya se consolidaría en el cargo, camino de las dos Champions, la octava y la novena del Madrid, una con Lorenzo Sanz y otra con Florentino Pérez, Del Bosque había pasado dos veces por el banquillo del primer equipo, en sustitución de Benito Floro y de Jorge Valdano, respectivamente. En la primera, contó con Rafa Benítez como ayudante.

—Usted tiene una personalidad que ha ido siempre por delante de su condición técnica como entrenador —propongo a Del Bosque, en busca de una reivindicación—. El Mundial, con sus decisiones desde la banda, la revalorizó, pero mucho antes, en el Madrid previo a la llegada de Florentino Pérez, usted ya conquistó la

Champions con maniobras muy propias de entrenador, como la utilización de tres centrales, algo que parecía contranatura para el juego del Madrid.

—Empezamos en Old Trafford, lo recuerdo bien. Tenía miedo de Beckham y Giggs, del poder del equipo de Ferguson por las bandas, y por eso opté por tres centrales, para multiplicar las ayudas y coberturas defensivas en sus llegadas. Antes de tomar una decisión, debes mirar qué tienes por delante y por detrás. En nuestro caso, era Redondo, que no solo podía, sino que prefería jugar solo por delante de la defensa. A partir de ahí, proyectamos a los laterales al ataque, más liberados por la presencia de tres centrales. Teníamos a un futbolista único, en mi opinión, como Roberto Carlos, uno de los extranjeros más importantes en la historia del club. Pasamos aquella eliminatoria de forma brillante, diría yo, y tras la final volvimos al fútbol que un club como el Madrid debe tener, dominador.

Cuando se refiere al Madrid, Del Bosque pronuncia más veces la palabra club que equipo. Puede ser algo inconsciente, insustancial, pero denota su manera de entender el cargo, como un entrenador de club, no solo un entrenador de primer equipo. De los que, cuando toman decisiones, piensan en toda la entidad, lo hacen con responsabilidad corporativa. Pep Guardiola o Juan Carlos Garrido pertenecen a esa categoría, porque entrenan donde se han formado. Si no, es difícil.

A esa conclusión llegué de inmediato, en el primer encuentro privado que tuve con Del Bosque. En mis artículos sobre el juego del equipo blanco había sido crítico sobre algunos aspectos tácticos, pero no había tenido la oportunidad de discutirlos personalmente con el técnico. Un compañero *El Mundo* me llamó una mañana para decirme que Del Bosque me había citado en una entrevista en Onda Cero. «¡Vaya palo me debe de haber dado!», le contesté. «No, no... Te ha puesto como ejemplo de periodistas que critican con argumentos», me dijo. De inmediato, creí que debía agradecersele y le propuse una cita a través de un empleado del Madrid. Acudimos los tres a comer, a intercambiar opiniones. En un momento de la sobremesa, el técnico le aseguró al ejecutivo: «En el Madrid se trabaja para el Madrid, no para un presidente ni para un entrenador: para el Madrid».

—Un club es una idea, una filosofía, una manera de ser, de jugar y de comportarse —explica tiempo después—. Para ganar, no basta con tener buenos jugadores, y de eso ha aprendido mucho el Barcelona, que tuvo casi siempre a los mejores pero no era capaz de formar equipos ganadores. Es evidente que eso lo ha corregido. Hay que tener unidad y, en el campo, orden para que aflore el talento, a través de los mecanismos de juego.

Del Bosque convivió con presidentes distintos, incluso en las antípodas, y tuvo discrepancias, pero siempre optó en resolverlas de forma interna, sin que el interés del club se viera expuesto. Eso ha producido reproches de algún futbolista. Durante la etapa galáctica, con Florentino Pérez como presidente y Jorge Valdano como director



general, la relación entre los tres era tensa por momentos, pero esa tensión produjo un equilibrio de éxito. La decisión de no renovar su contrato, que según Del Bosque había sido apalabrado, a pesar de ganar la Liga, produjo una hecatombe que arrastró al presidente y a Valdano, por dos veces, y de la que el Madrid no ha acabado de reponerse. Las heridas no se han cerrado, como prueba que años después, ya con el Mundial conquistado, Del Bosque rechace la insignia de oro y brillantes del club, por considerar que no se trata de un ofrecimiento sincero.

—Me sentí dolido, claro, pero como le dije antes, nadie cambia lo que el Madrid significa en mi vida —insiste, con un resquemor inevitable que Del Bosque combate interiormente—. La gente es del Madrid, no es de personas. Yo he sido empleado del club, no de nadie en concreto. En aquella época, cogimos una tendencia muy buena. Fichábamos un gran jugador por temporada: Figo, Zidane, Ronaldo... Eso nos permitía dar salida a algunos futbolistas de la cantera. Fue una política sin grandes revoluciones y esa continuidad es la que dio sus frutos...

—¿Habría dado más de haber continuado usted en el banquillo?

—Sinceramente, creo que sí, que habríamos ganado más títulos. Pero eso ya no es posible saberlo...

—¿Cómo fue su convivencia con los galácticos?

—Más normal de lo que se cree, mucho más. Eran y son futbolistas muy generosos —dice, visiblemente emocionado—. Raúl, por ejemplo, tiene un carácter ácido, es cierto, pero que es muy bueno para la competición. Se rebelaba contra las cosas que no le gustaban. Pero también lo hacía Zidane. Te miraba con una cara que parecía que te iba a matar. Era producto de su afán competitivo, de ese deseo irrefrenable de ganar; un gran ejemplo. Es cierto, y lo he repetido varias veces, que no todo reside en la victoria, que hay que acompañarla de una conducta edificante, y por eso insisto en el valor del triunfo conseguido en el Mundial por nuestros internacionales. Creo que ha sido redondo, completo, porque la sociedad nos da mucho y nosotros debemos corresponderle. Pero dicho esto, a veces creo que resulta idílico decir que educamos a los niños en las categorías inferiores para que se diviertan, porque si no hay competición de por medio, no hay estímulo. Cualquier ejercicio con la pelota lo necesita. Pero volvamos a los jugadores de aquel Madrid... Roberto Carlos, como le he dicho antes, era una bestia en el campo. Su despliegue físico nos permitía exprimir a Zidane como mediapunta, sin alejarlo de su hábitat, pero porque Makelele les llevaba el agua a todos los demás. Que eso funcionara era mi trabajo...

—¿Con muchas instrucciones, o esos jugadores necesitaban menos?

«Raúl tenía un carácter ácido, se rebelaba contra lo que no le gustaba. Pero también Zidane, que te miraba como si te fuera a matar.»«En el rol de entrenador entra la responsabilidad: en la banda y en las ruedas de prensa. No puede comportarse

como un caradura. Rijkaard, Pellegrini o Laudrup son técnicos a los que me siento próximo.» —Unos necesitan más y otros menos. Las charlas, cuanto más concisas y concretas, mejor. Si no, el jugador se queda dormido. Es como en los descansos. Has de corregir tres cosas muy claras, nada más. Ahí, sin embargo, no acaba el rol de un entrenador del Madrid. Tiene que ofrecer una imagen responsable en la banda y en las ruedas de prensa, no comportarse como un caradura. Rijkaard, Pellegrini o Laudrup son entrenadores con los que me he sentido muy próximo en ese sentido.

—Ha citado anteriormente a Ronaldo. También con el brasileño tuvo usted mucho *feeling*—recuerdo a Del Bosque.

—Creo que ha sido uno de los futbolistas que mejor ha entendido un vestuario, de los más cariñosos, siempre amigable, con bromas. No pude compartir su última etapa en el Madrid, pero creo que se le puso a los pies de los caballos al decir que era un mal profesional. Fue una mala publicidad para él y para el club.

—¿Lo dice en serio?

—Muchísimo.

La afirmación no ha ido, esta vez, acompañada de sonrisa alguna, pese a que el humor es, aunque no lo transmita su semblante, un rasgo de la personalidad del técnico y una herramienta en su trabajo. Lo había en aquel vestuario donde algunos jugadores lo llamaban, cariñosamente, *Obélix*. Una prueba de su retranca fue su intervención en una rueda de prensa en la que leyó la fábula *Dos en un burro*, del Conde Lucanor. La escena inspiró el libro *Método Del Bosque*, escrito por Joaquín Maroto, que le acompañó como jefe de prensa durante gran parte de su etapa en el Madrid. Después de muchas críticas sobre los cambios que afectaban a Morientes y Guti, principalmente, Del Bosque apareció en el estrado tras un entrenamiento y explicó el siguiente cuento: «Iban un abuelo y su nieto tirando de la cuerda de un burro y, al verlos, un hombre, dice: “Los dos andando y el burro sin carga”. El abuelo, al oírlo, replica: “Para que no nos critiquen, niño, súbete tú al burro”. Al verlos, otro lugareño opina: “Mira el pobre abuelo andando y el niño sobre el burro”. Ante esta crítica, se baja el niño y se sube el viejo. Cuando alguien los ve, exclama: “El abuelo en el burro y el pobre niño andando”. Así que el abuelo decide que se suban los dos al burro, a lo que otro hombre opina: “Pobre burro”. Moraleja de la fábula: por críticas de gentes, mientras no hagáis mal, buscad vuestro provecho y no os dejéis llevar».

Al concluir, Del Bosque dijo a los periodistas: «Ahora sacad vuestras conclusiones».

# Luis Aragonés

*No metan el segundo gol antes que el primero*

La cabeza de Luis Aragonés se mueve de un lado a otro, compulsivamente.

—¡No, no, no...! Ese no es el tema.

Continúa el movimiento, que enlaza negaciones hasta formar un murmullo constante, ininteligible.

—¡Qué no, qué no...! —exclama, antes de entrar en la conversación con la primera pregunta, antes de ir directo al «tema».

—¿Sabe usted cuántos goles lleva marcados Iniesta esta temporada?

—¿Tres? —contesto, entre dudas.

—Dos. ¿Sabe cuántos ha logrado Lampard?

—¿...?

—Ocho. Y Xavi, ¿cuántos?

—¿Dos?

—¡Uno! ¿Cuántos lleva Gerrard? —pregunta de nuevo, en tono inquisidor, y el propio Luis se responde sin dar tiempo a la respuesta ni a la duda.

—¡¡Seis!!

España no ha conquistado todavía la Eurocopa, pero está ya en el camino, porque Luis Aragonés ha roto con todo y se encuentra decidido a una apuesta maximalista, al pleno. Llegó al cargo con la voluntad de realizar una *sentada* para debatir qué le pasaba a la selección, descubrir su mal endémico; pero la irregularidad de los resultados, sus errores y enfrentamientos lo han llevado al final del desfiladero. O salta o se despeña. Ha roto con media España, o más, por el debate de Raúl. Ha roto con su imagen, con las buenas formas y hasta con el Gobierno después de un «negro de mierda» pronunciado a destiempo. No le queda nada más que los conocimientos de una ciencia que no sabe explicar, porque es inexplicable, y la fidelidad de un vestuario en el que no solo ha reunido a futbolistas de alta calidad técnica, sino que ha concitado un buen puñado de causas pendientes. Los internacionales no tenían reproches hacia Raúl, pese a las leyendas que acompañaron su salida de la selección, después del Mundial de Alemania en 2006, pero se les hacía insoportable escuchar su nombre en todos los aeropuertos, estaciones o campos, porque esa reivindicación los infravaloraba. A Casillas, su compañero en el Madrid, el primero. Villa cargaba su 7 con el sufrimiento de un costalero. Los jugadores del Barcelona, destinados a cumplir un rol capital en el futuro de España, se encontraban, por su parte, en un momento muy delicado. A Xavi y, especialmente a su familia, lo mortificaba la comparación con Guardiola en el entorno azulgrana, que no lo dejaba sentirse como el verdadero

líder del juego. Puyol estaba, asimismo, ante la posibilidad de dejar el Barcelona, harto de los caprichos de los gallos de la caseta, Eto'o y Ronaldinho. Quien sabe si España, en la Eurocopa, cambió su destino. Lo cierto es que, tras el éxito, los azulgrana no recibirían ni un solo mensaje oficial de felicitación desde su club, mientras ese mismo año la revista oficial del Barcelona dedicaba una de sus portadas al triunfo olímpico de Messi en Pekín. Desde entonces, saben cuánto le deben a la selección. Xavi, declarado mejor jugador del torneo, asegura que fue Luis el primero que le hizo sentirse como el gran líder del juego, como el futbolista clave de una nueva era.

Luis tenía todo eso en la cabeza ya entonces, lo mismo que la determinación de reunir a los jugadores más técnicos, pero le faltaba algo: le faltaba gol.

—Necesitamos que los centrocampistas lleguen, chuten y marquen, porque vamos a jugar sin extremos, y un equipo no puede depender del delantero. Los goleadores a veces se secan y nadie sabe por qué. Se lo digo continuamente, a Iniesta, a Cesc, a Silva... Les digo: «¡Usted, usted... Míreme a los ojos, usted puede marcar ocho goles por temporada!». En el fútbol actual un centrocampista sin gol está incompleto — explica Luis, cada vez más enérgico.

—Usted también era centrocampista...

—Y buscaba el gol, siempre que podía... Pero ya no hay centrocampistas como entonces... —dice y sonrío sibilinamente.

—¿A qué se refiere?

—A esos que iban de arriba abajo —explica, mientras mueve las manos, como en un vals, y continúa—. Yo tenía un entrenador que decía que los mejores medios, los que no se paraban nunca, eran los que tenían chepa.

—¿Chepa?

—Sí, chepa, joroba, como Mesa, el del Sporting... ¿Sabe por qué?

—¿...?

—Porque ahí llevan la gasolina...

Las risas toman la mesa, como tantas veces se habían apoderado del vestuario, con eso que Xabi Alonso llamaba los «puntazos» del míster. Compartíamos mantel con el desaparecido periodista Juan Manuel Gozalo, que no paraba de darme golpes en la rodilla bajo la mesa para que provocara a Luis, ya en su salsa. Después de teatralizar un encuentro que tuvo con Rocío Jurado, junto a otros compañeros, en su etapa como futbolista del Atlético, le dije al seleccionador que observaba a algunos de los internacionales muy bajos moralmente, y que eso también había que imputárselo a quien los dirigía, a él.

—¿Moral? Como explicaba uno de mis entrenadores —cita por segunda vez a uno de sus técnicos, algo recurrente en el personaje—, la moral se compra en la tercera planta de El Corte Inglés. No te jode... También venden camisetas con el

*despertador* (en referencia al escudo del Real Madrid), pero nada de eso te garantiza ganar. Un futbolista no puede decir que no tiene moral. Si lo dice, es un perdedor.

Meses después, España cambió ese sino en una tanda de penaltis contra Italia, en Viena. Ganó su segunda Eurocopa, 44 años después, y puso la semilla del Mundial. Xavi acabó esa temporada con nueve goles en el Barcelona y cuatro con la selección. Iniesta, con cuatro y dos. Silva, con siete y tres.

—¿Usted cree que yo soy racista?

La voz, grave y lejana, llega desde la conciencia más que desde el auricular del teléfono.

«Los mejores centrocampistas eran los que tenían chepa. ¿Sabe por qué? (...) Porque ahí llevan la gasolina.» —No lo sé, no le conozco lo suficiente. Lo que sí creo es que usted ha tenido una actitud racista —contesto.

—Pues pregúnteles a los compañeros negros que he tenido, a los jugadores... A Jones, a Eto'o...

Eso hice durante un tiempo y todos, todos defendieron a Luis Aragonés, después del polémico episodio que marcó el ocaso de su carrera, al dirigirse a Reyes en un entrenamiento de la selección y, para motivarle, decirle que era mejor que «ese negro de mierda», en referencia a Thierry Henry, su compañero en aquel momento en el Arsenal. Desde entonces, manifesté mi opinión de que Luis debía dejar el cargo de seleccionador, porque el puesto implica una responsabilidad institucional que el técnico no respetaba en sus apariciones públicas; por una mezcla de incontinencia e incompreensión del entorno. Es algo habitual en el fútbol, un mundo que sufre la contradicción entre su endogamia profesional y su tremenda exposición mediática. Luis tenía las claves del primer hábitat, pero no del segundo. Era, pues, un buen entrenador, pero un mal personaje público. Su caricatura iba a menudo por delante de él.

El episodio «racista», y eso no quiere decir que piense lo mismo del técnico, minó el interior de Luis. Era incapaz de entenderlo. En su opinión, solo había utilizado la jerga de vestuario, de campo, donde son habituales apelaciones de contenido machista, xenófobo u homófobo. Es una realidad, afortunadamente, cada vez más licuada por el perfil de los nuevos entrenadores y jugadores. Si uno reflexiona, busca en su interior, es posible que encuentre algún «negro» o «maricón» dicho a destiempo. Es la mejor forma de combatirlo.

«Un jugador que dice que está bajo de moral, es un perdedor. Si no, como decía un entrenador mío, que vaya a comprarla a la tercera planta de El Corte Inglés.» El Consejo Superior de Deportes (CSD) presionaba a la Federación Española para que relevara al técnico. La prensa británica había convertido el incidente en un problema diplomático mientras el eco de los «simios» se extendía por los estadios españoles, producto de un efecto dominó. Su familia le pedía que lo dejara, mientras sus nietos

escuchaban en el colegio cosas muy feas del abuelo. Lloraban. En esa época, su mujer Pepa había estado delicada de salud, algo que aumentó mucho la sensibilidad del entorno familiar. Ángel María Villar, el hombre al que correspondía la decisión, sin embargo, se mantuvo fiel a la única regla que conoce: resistir. Nadie como el presidente de la federación ha desarrollado anticuerpos contra todos los poderes, incluido el cuarto, la prensa. Luis ha contado siempre con un cerco de periodistas afines en Madrid, pero en esos momentos ni siquiera podían levantar un dique de contención para el seleccionador.

Algunas de esas preocupaciones me las había explicado el propio técnico. Cuando las escribí en un artículo, aunque no en forma de declaraciones, me llamó rápidamente.

—¿Quién le ha dicho todo eso? No es cierto.

—Me lo dijo usted.

—Bueno, no exactamente... Escribe lo que quieras sobre mí, pero no cites a mi familia, por favor.

Era evidente que las presiones se habían multiplicado. No era la primera vez, por otra parte, que Luis matizaba algo que había dicho, se desdecía de una declaración o negaba un titular. A menudo se desbordaba por su propia incontinencia, entraba en laberintos de los que no podía o no sabía salir, como si viviera dos realidades y una de ellas le superara. Es elocuente una de sus confidencias en su etapa como seleccionador: «Yo ya no quiero conocer a más gente». En el pasado, el técnico había sufrido episodios depresivos y problemas de ludopatía. Durante una de sus épocas más delicadas a nivel personal, dirigió al Barcelona unos meses, en una etapa convulsa del club, justo antes de la llegada de Johan Cruyff. Los jugadores se rebelaron por reclamaciones fiscales contra la directiva de José Luis Núñez, en el conocido *Motín del Hesperia*. Pese a la confianza que le habían otorgado el propio Núñez o su vicepresidente Nicolau Casaus, Luis se posicionó al lado de los futbolistas. Ganaron la Copa del Rey. Un día antes de la final de Viena, el seleccionador dijo que se marchaba al Fenerbahce turco, dolido con la actitud de la federación. Siempre receló desde la llegada de Fernando Hierro. Fue un anuncio impropio de ese momento, algo temerario. Sus futbolistas, sin embargo, ganaron la Eurocopa. Ha sido una constante en su carrera: el fútbol como antídoto contra la autodestrucción.

«Luis es fútbol puro. Su partido ideal es salir fuerte, presionar, marcar, retroceder unos metros y matar al rival con rapidez, *pam, pam*». La explicación es de Xavi Hernández, un futbolista que se siente muy identificado y agradecido con el técnico, y con el que mantuvo un *feeling* especial dada su devoción común por el fútbol. Podían hablar largamente sobre jugadores, sobre partidos, como lo harían dos

aficionados. Xavi, en cambio, no es un jugador diseñado para el contraataque. Todo lo contrario. Se ha criado en su némesis, en la posesión, en lo que el azulgrana llama la «conservación infinita» del balón. La búsqueda de esa utopía lo ha erigido en el mejor director de juego. Luis, en cambio, lo hizo en la contra, algo idiosincrásico para el Atlético de Madrid, al menos en sus tiempos, fuera como jugador o como entrenador.

—En cambio, usted apostó por la posesión en la selección —comento a Luis, en un encuentro distendido, pasada la Eurocopa y ya destituido como técnico del Fenerbahce.

«Aposté por los mejores y por lo que sabían hacer. Si no teníamos la condición física de ingleses o alemanes, pero la tocábamos mejor, había que apostar por tenerla más que el contrario.» —Aposté por los mejores y por lo que sabían hacer. Si no teníamos una gran condición física de base, como alemanes o ingleses, u otros países enriquecidos por la aportación de los descendientes de los inmigrantes, como Francia, pero tocábamos mejor la pelota, había que intentar tenerla más que el contrario. Es cierto que muchas selecciones buscan la contra como arma principal, porque es simple y no se dispone del tiempo suficiente para desarrollar otros mecanismos de juego. Un mes en un equipo es como un año en una selección. Lo más importante no es el sistema, sino la elección de los futbolistas. No hay tiempo para trabajar determinadas cosas, como la coordinación en el movimiento de una defensa adelantada. Yo lo intenté al principio. Para lo que quiere la mayoría, en cambio, te basta con gente rápida y delanteros altos, y con cerrar bien los pasillos de seguridad, por donde pasa el balón. Pero esas no eran nuestras virtudes, al menos no las mejores. Al decidir prescindir de extremos, por ejemplo, ya no tenía tanto sentido un delantero como Morientes. La técnica era nuestro principal argumento, pareja a la de Brasil en mi opinión, y por ahí había que volcarse —explica, convencido de su elección.

—Pero el fútbol español siempre fue técnico. En cambio, los éxitos no llegaban.

—Las causas de los fracasos de la selección eran dignas de estudio, la verdad. No era normal tanto tropiezo dado el nivel de las generaciones de futbolistas anteriores, muy buenas en muchos casos, aunque no sé si comparables a la actual. En España teníamos tanta ansiedad por ganar que queríamos meter el segundo gol antes que el primero y, a veces, hay que ganar sabiendo no perder.

—Explíquese.

—Hay que saber competir, que no es lo mismo que jugar —prosigue, más serio—. Lo segundo lo hemos sabido hacer siempre; lo primero, no. Creo que la selección aprendió definitivamente tras los penaltis contra Italia. Después, frente a Rusia, hizo el mejor partido. Ha sido, probablemente, uno de los encuentros con mayor nivel de juego, en mi opinión. Esto que le digo también se ve entre los clubes. En este país, el equipo que ha jugado mejor siempre, no ahora, ha sido el Barcelona; el que tenía

mejor contraataque el *Atleti*; y el que ganaba el Madrid. ¿Por qué? Porque son cosas que no siempre van unidas. El Madrid ha sido un equipo ganador en su historia porque tuvo un jugador, Di Stéfano, mi ídolo, y un presidente, Bernabéu, que dejaron esa impronta para siempre. En la selección confluían todas esas cosas pero por separado, aunque en la última etapa se enriqueció también por algo nuevo: la aportación de los futbolistas que se habían ido fuera, como Torres, Reina, Xabi Alonso, Cesc... A Torres, por ejemplo, lo vi cambiado cuando nos reencontramos en la selección y él ya estaba en el Liverpool. Lo vi realizado, pero con la exigencia de estar en un equipo que tiene que ganar, no con la ansiedad de ir para atrás. También le pasó a Xabi Alonso. Cambió su posición en el Liverpool, pero sobre todo su mentalidad. Aportaron otros códigos a España. Nunca he sido muy fan del fútbol inglés, lo reconozco, pero su intensidad curte y lo hace muy atractivo. Quienes juegan allí, además, aprenden a valorar la autoridad más que aquí.

—Ganar, ganar y ganar... Era lo que mejor sabía hacer Raúl.

—Habría sido muy injusto si un futbolista español hubiera estado muy bien y yo no lo hubiera llamado, pero ahí estaban Silva, Villa, Torres... ¿Qué me dice? Un exjugador me dijo que también había que tener en cuenta la implicación del futbolista con España, y yo le dije que a los que había que escoger era a los que estaban en mejor forma, porque la implicación de todos yo la daba por hecha. No tenga duda de que los futbolistas deseaban más la Eurocopa que la Champions con sus clubes. Ya me criticaron por llamar a Oleguer a una preconcentración, pero a mí me daba igual un falangista que un comunista. Lo que quería eran buenos futbolistas...

—¿No lo era Guti? —interrumpo.

Se detiene unos segundos y, en voz baja, murmura como si se lo dijera al viento, como si no fuera una respuesta.

—Esto te tiene que gustar, ha de ser lo primero en tu vida.

Uno de los compañeros de Luis en el equipo juvenil del Pinar de Hortaleza sostenía que por entonces tampoco el fútbol era la prioridad del futuro seleccionador. «Como era muy dormilón, le teníamos que sacar de la cama para que metiera los goles. Pero mucha afición no tenía, se lo digo yo. Le entró de golpe cuando lo fichó el Madrid y vio que daba dinerito», explicaba Florencio Elipe, al que buscamos en el barrio de Luis para bucear en los orígenes de *el Sabio de Hortaleza*. Lo que era entonces un pueblo, donde nació en 1938, es en la actualidad un barrio de Madrid. «El sabio no era yo, era mi hermano», ha dicho en varias ocasiones. También es conocido como *el Mono* o como *Zapatones*.

«Un exjugador me dijo que había que tener en cuenta la implicación de los futbolistas con España, y yo le contesté que había que llamar a los mejores, porque el compromiso lo daba por hecho. Me daba igual un falangista que un comunista; quería a los mejores.» El tamaño de sus pies y su estatura son herencia de su padre Hipólito



Aragónés, cuyo físico imponente en su época le permitió convertirse en alabardero del rey Alfonso XIII. A pesar de pertenecer a una familia de diez hermanos, sus progenitores ayudaron a muchos vecinos en la posguerra, y por ello el ayuntamiento acabó por poner a una calle el nombre del cabeza de familia. Luis realizó numerosos trabajos en su adolescencia, hasta conducir sin carné para repartir tejas junto a unos familiares. Después de un paso por el Getafe, fichó por el Madrid en 1958, seis años antes de recalar en el Atlético. El equipo blanco lo cedió al Huelva, donde conoció a Pepa, su mujer. Pasó por el Hércules, volvió al Plus Ultra, filial madridista, y tras concluir una pequeña diáspora que le hizo pasar por el Oviedo y el Betis, llegó finalmente al Manzanares, el lugar donde trazó su carrera y donde, de un día para otro, pasó de ser jugador a entrenador.

—El Madrid me fichó muy joven, con 20 años, pero tenía un equipo impresionante, donde era difícil encontrar una oportunidad. Esa es la verdad. Lo volvió a intentar como entrenador una vez más, pero entonces le dije que estaba comprometido con el Atlético —explica Luis.

—¿Habría aceptado?

—El club en el que me he hecho como hombre, como jugador y como entrenador, en el que me he educado, estará siempre dentro de mí. Eso es irremediable. Pero si estoy profesionalmente en otro lugar, en otro equipo, en ese momento será lo primero. Me ha pasado. He vuelto al Calderón como entrenador de otros conjuntos y he ganado varias veces.

—¿Fue fácil pasar de ser jugador a entrenador?

—La verdad es que a mí me hubiese gustado jugar hasta los 60 años. Además, me apetece más obedecer que mandar, pero la edad te echa de los sitios. Como entrenador, lo más importante es ser justo, porque el jugador es lo que más valora. Yo lo he intentado, pero me he equivocado muchas veces. El futbolista también lo hace. A menudo se queja del entrenador, aunque con quien tiene que hacerlo es consigo mismo. A mí me trajeron un futbolista para suplirme a los 30 años. Estuve unos diez partidos sin jugar, cabreado, y esa rabia me hacía entrenar con más intensidad. Volví al equipo y me retiré con 37.

Fue en 1974 cuando el propio Atlético destituyó a Juan Carlos Lorenzo y le ofreció hacerse cargo del equipo como técnico. Se habían disputado solo diez jornadas de Liga. Al siguiente día, llegó con una carpeta y habló de usted a los que habían sido sus compañeros. Navarro, portero suplente, recordaba que recurría a todos los trucos para controlarlos: «Pagaba a los aparcacoches para que le avisaran si íbamos a discotecas. Les daba 5.000 pesetas, que era un dinero. Un día que Leivinha y yo estábamos con unas amigas, apareció en el bar. Al día siguiente, nos pusimos los primeros en la fila para hacer carrera. Corrimos como cabrones durante varios días. Nunca nos dijo nada. Con Luis, si cumples en el campo, puedes hacer lo que

quieras». Al frente del Atlético, ganó una Liga y una Copa en esa primera etapa. Volvió a dirigirlo en otras tres ocasiones. En las dos primeras, sumó otras dos Copas y una Supercopa. En la última, en Segunda, logró devolver al club a Primera. También como jugador conquistó la Liga en tres ocasiones, y la Copa dos veces, aunque nunca podrá olvidar un fatídico día en que, después de marcar de falta, su especialidad, a Maier, portero del Bayern de Múnich, Schwarzenbeck igualó el partido cuando el Atlético ya levantaba mentalmente la Copa de Europa, en el estadio Heysel. La final de 1974 se repitió y los alemanes los arrollaron.

—No sueño con ese gol, con ninguno —responde, airado—. Además, yo no me acuerdo de lo que sueño, porque lo hago en voz alta, y los que lo hacemos así dicen que no podemos recordarlo. De jugador era sonámbulo y por eso muchos no querían dormir conmigo en la habitación. El pobre *Panadero* Díaz era de los pocos que me soportaban. Además, le diré una cosa: yo, de *pupas* nada.

# LA CULTURA DE LA VICTORIA

Tiene mérito vencer en el campo de batalla  
pero se necesita sabiduría y destreza  
para hacer uso de la victoria.

POLIBIO, 200 - 118 a. C.

## Alfredo di Stéfano

*¿Qué come la vaca?*

Cuando anuncio que tengo una cita con Alfredo di Stéfano, en la sala de veteranos del Santiago Bernabéu, Amancio ladea la cabeza, entre sonrisas, y con una retranca muy gallega, me indica: «Pasa, pasa... ¡Al toro!». Di Stéfano despacha con un empleado que lo trata con reverencia cardenalicia, mientras maldice al teléfono móvil y a todo lo que tiene a su alrededor. Lleva medio siglo en España, en Madrid, pero al escucharlo es como si estuviéramos en La Boca, en Buenos Aires. Sobre la mesa, unos papeles que agita bruscamente. No le gustan. De pronto, se percata de mi presencia y espeta:

—¿Qué *querés* ahora?

—Habíamos quedado para una entrevista, don Alfredo.

—Entrevistas, entrevistas... —contesta, malhumorado, y continúa a lo suyo.

Los papeles, en concreto, son fotocopias de un anuncio de la firma Audi, vinculada por patrocinio al Madrid y al Barcelona. Aparece Di Stéfano en partidos contra el equipo azulgrana en los años 50. El presidente de honor del Madrid los tira de golpe.

—¡En la campaña hemos de salir Laszi y yo! —zanja, al referirse a Kubala, mientras el empleado del club los recoge todos, algunos del suelo, y se marcha rápidamente.

—¿Qué? ¡Pregunta, pregunta! —me apremia.

—¿Cómo era su relación con Kubala?

—Laszi era un gran jugador, eso lo primero. Potente, técnico, veloz y goleador, aunque diferente a mí. Y como persona, ni hablemos. Bernabéu decía que tenía un agujero en la palma de la mano, que dejabas ahí el dinero y se le iba para ayudar a la gente —contesta, con el tono de voz mucho más bajo, solemne, como si hablara de un padre, de un hermano.

Kubala simbolizó una época para un club y una ciudad que entonces era un respiradero del franquismo, y que marcó la juventud de escritores como Mario Vargas Llosa o Gabriel García Márquez. «El Barça me salvó la vida al sacarme de un campo de refugiados», me dijo el desaparecido Laszi en la última conversación que mantuvimos, ya golpeado por el alzhéimer. Su vida fue un vodevil, un pedazo de la historia de Europa, como lo es la de Di Stéfano, nacido en Buenos Aires en 1926, nieto de un emigrante que salió de Capri rumbo a Argentina, y que, dice, debe el color rubio de su pelo a un gen irlandés. Ambos pudieron jugar juntos en el Barcelona, pero el argentino acabó en el Madrid, después de una disputa contractual y

política sobre la que la historiografía no se ha puesto aún de acuerdo. Ni es el objeto de este libro, ni a los protagonistas les interesó nunca. Les importó su amistad. El ocaso los reunió finalmente en el Español.

El Barça de las Cinco Copas dominó el arranque de los años 50, con la conquista, entre otras, de la Copa Latina, precursora de la Copa de Europa. Su creación, en cambio, no se produjo hasta 1956, a iniciativa de Gabriel Hanot, editor de *L'Équipe*. Di Stéfano, llegado tres años antes, había cambiado para entonces el presente del Madrid, junto a Bernabéu y Raimundo Saporta, un trípode capital en la historia del club, porque personificaban la dirección, la diplomacia y la victoria. A pesar de la dictadura y gracias a Saporta, Kubala pudo traer a su madre a España y Josep Tarradellas conocer en su exilio a los futbolistas del Madrid, según contó en un libro biográfico el desaparecido expresidente de la Generalitat de Catalunya. El húngaro, ya nacionalizado y crepuscular, tuvo una oportunidad de levantar la Copa de Europa, en 1961 ante el Benfica, pero los palos del estadio de Berna, cuadrados, lo impidieron. Para entonces, Di Stéfano había conquistado ya cinco.

—Con sus nuevas Champions, el Madrid está a punto de doblar aquella marca, a una de *la décima* —sugiero a Di Stéfano.

—¡Champions, Champions de qué! ¿Sabes qué significa la palabra? —pregunta, airado.

—Campeones.

—¿Y cuántos campeones hay?

—Uno.

—Eso es lo que tendríais que decir los periodistas, que *champion* solo hay uno. A lo mejor la competición es ahora más interesante, hay más equipos, más posibilidades, pero es menos dura. Si por cuestiones económicas deben jugar más clubes, que cambien el nombre. ¡Pero si puedes quedar cuarto en tu liga y ser campeón! ¿Cómo puede ser eso? Te puedes permitir un mal partido, dos y recuperarte. En mis tiempos eso no pasaba.

—¿Quiere decir que era más difícil la antigua Copa de Europa? —pregunto, aunque intuyo la respuesta.

—Pues claro, cuarenta mil veces... Era siempre a doble partido. Pasamos cinco años sin que nos eliminaran, porque sabíamos llevar a los rivales a nuestro terreno, a nuestro juego.

—Un juego más lento... —interrumpo, con el afán de provocar su alma de cascarrabias.

—¿Cómo? ¿Qué *decís*? ¡Qué tonterías! No parábamos de correr, arriba y abajo. A veces tenía que decirle a Paquito (Gento): «Para ya, que no puedo más». Pero él seguía, arrancaba y frenaba rapidísimo durante todo el partido. Correr es importante, pero solo si sabes jugar, porque una cosa es darle a la pelota y otra interpretar el

fútbol. Peucelle me dijo una vez, mostrándome la pelota: «¿Sabes de qué está hecha?». «De cuero», le respondí. «¿Y de dónde sale el cuero?», continuó. «De la vaca», contesté. «¿Y qué come la vaca?», añadió. «Pasto», dije yo. «Pues ahí quiero la pelota, en el pasto», concluyó.

En todos los encuentros que he tenido con Di Stéfano, siempre atropellados, sincopados, me ha contado esa anécdota. Lo mismo que me ha repetido la mejor delantera que ha conocido nunca, sin referirse a sus compañeros en el Madrid. Recita seguido: Muñoz, Moreno, Labruna, Pedernera y Loustau. Formaban en River Plate, donde Di Stéfano se hizo un nombre, y eran conocidos como *la Máquina*. Carlos Desiderio Peucelle, *gambeteador* y después entrenador, fue quien los alineó en el terreno de juego. Eran cinco, como Kopa, Rial, Di Stéfano, Puskas y Gento.

«Si puedes quedar cuarto en tu liga y ser campeón de Europa, ¿por qué le llaman Champions? Era más difícil en mi época.» —Eso de que antes se jugaba con cinco delanteros es un cuento, desconocimiento —matiza Di Stéfano—. No éramos delanteros como tales, porque teníamos volantes que se incorporaban, bajaban, subían y ayudaban en defensa. El equipo jugaba desde el compromiso colectivo y el estilo lo definían los jugadores, unos futbolistas bárbaros; no el entrenador. Siempre ha sido así.

Di Stéfano ha llegado, a través de Peucelle, a la figura del entrenador, que es la que nos ocupa, a las enseñanzas que recibió y a su rol ya en el banquillo, incomparable a su legado como futbolista, por supuesto, pero notable en lo cualitativo. Como técnico, conquistó una Liga con el Valencia, la última antes de las conseguidas tres décadas después por Rafa Benítez, y puso la semilla de uno de los periodos más florecientes del Madrid contemporáneo, al subir desde el filial a los componentes de *la Quinta del Buitre*.

—El entrenador no es únicamente alguien que pone futbolistas en el campo y les da instrucciones. Es, o debe ser una persona que enseñe al jugador, que lo haga mejorar también en lo individual. Ahora hay tanta prisa, duran tan poco todos en los clubes, que esa faceta se ha perdido. La experiencia, la edad te ayuda a esas cosas. En una gran institución como el Madrid, además, el trabajo del técnico no es solo ganar, también formar. Peucelle me corrigió muchas cosas en River, cuando era joven, cosas que parecían insignificantes sobre el golpeo de la pelota, por ejemplo, pero que no lo eran —explica Di Stéfano, que coincide con Johan Cruyff en la importancia de la faceta didáctica del técnico.

—¿Qué enseñanzas se trajo de Argentina?

—La básica, el toco y me voy. Es decir, jugar y mostrarse al compañero, pero con una intención clara de lo que quieres hacer después. Si no... Me obligaron a jugar con la izquierda, una y otra vez, me enseñaron el concepto del desmarque. Fue una escuela tremenda. Tuve suerte.

—¿Todo eso enseñó después?

—A los que quisieron aprenderlo y pudieron, claro; porque algo está claro: el buen jugador tiene una base natural. Si no la posee, ya puedes estar diez años hablándole, que nada. Lo primero es el futbolista, es el principio de todo —afirma.

Un año después de su retirada como jugador, en 1966, accedió a entrenar al Elche, del que guarda un buen recuerdo. De ahí pasó al Boca Juniors, rival del River Plate, club que había sido su casa hasta su marcha al Millonarios de Bogotá. Con Boca ganó el campeonato en Argentina y repitió luego en Valencia, dos años mástarde. Se iniciaba una carrera que parecía ir en paralelo a su trayectoria como jugador, pero ni tuvo continuidad, ni le colmó de la misma forma.

—En Boca *campeonamos*. Jugábamos como en el Madrid, sin importarnos el adversario, a desarrollar nuestro juego. Nunca creí que el fútbol significara adaptarse al contrario. Eso es media derrota. Para nada. Hay que creer en lo que haces, salir convencido de que tus armas te llevarán a ganar, lo consigas o no...

—Esa creencia es parte del gen ganador que usted dejó en el Real Madrid —interrumpo a Di Stéfano.

—¡Yo no dejé nada, ni quise ser líder de nada! Fui un jugador de equipo, rodeado de otros excepcionales. Todos trabajábamos en el campo, nos entendíamos, nos conocíamos, salíamos juntos al cine, con nuestras familias. El presidente nos exigía y nos respetaba. De ahí y de la calidad de los jugadores nacieron las victorias. Eso era aquel Madrid.

—¿Entonces no fue usted un galáctico?

—No vuelva a pronunciar esa palabra. Fue un invento de la prensa y le hizo mucho daño al Madrid.

Volvemos, mejor, al banquillo. Estábamos en Boca.

«Nunca creí que el fútbol significara adaptarse al contrario. Eso es media derrota.» «La palabra galácticos le hizo mucho daño al Madrid. No vuelva a pronunciarla.» —Ahí empecé a poner en práctica la disposición que a mí me gusta, con el delantero centro un poco tirado hacia atrás. De esa forma ayuda a los centrocampistas y casi siempre tienes más hombres en el centro del campo, que es por donde más veces tiene que pasar la pelota. Nunca me gustó el punta que solo espera el remate —explica, más tranquilo—. Tras ganar el torneo, regresé a España, a la espera. La llamada del Valencia me sorprendió. Una vez allí, me sentí muy cómodo, porque encontré algo básico para un entrenador: el apoyo del club. Si un técnico no tiene cubiertas las espaldas, muerto. Ya tienes bastante con la presión de la afición, con el periodismo... Si además no cuentas con el soporte total de los que mandan en el club, no lo notas, te hundes. Vicente Peris, el secretario general de entonces, me facilitó mucho las cosas. «Al jugador que proteste, me lo mandas», me decía. Siempre me preocupó la parte del trato con el jugador, aunque es mejor ser un

poco duro que blando. Una de las cosas que más me pesaron en un banquillo era la situación de los muchachos que no jugaban. Yo sabía lo que sentían. Es terrible. En el Valencia de esa época tuve futbolistas excepcionales como Claramunt o Paquito, que hacía una jugada tremenda. Le llamaba *el melocotón*. Pisaba la pelota, la movía de un lado a otro y, de golpe, burlaba al contrario. ¡Bárbaro! Ganamos la Liga en la última jornada, pese a perder en Sarrià con el Español, porque empataron Atlético y Barcelona, que también aspiraban al título. Los dos habían primado a nuestro rival, pero, al no ganar, el título fue para nosotros. Lo fuimos a celebrar y nos encontramos con los jugadores del Español: ellos contentos por su prima y nosotros por el título.

—*La Quinta del Buitre* quizás no habría existido sin su decisión de incorporar a sus componentes cuando estaban en el Castilla. Fue valiente —digo a Di Stéfano.

«Tengo la espina de no haber ascendido a Michel al primer equipo a la vez que a los demás de *la Quinta del Buitre*. Pero ha sido uno de los grandes de la historia del Madrid, y mejor persona que ninguno.» —Los grandes equipos se han distinguido siempre por tener buenos jugadores en la casa, preparados. En aquel momento, tuve que tirar de los que tenía, porque el club solo había fichado a Lozano y se lesionó. Como técnico, puedes ser exigente con los futbolistas, pero nunca con la caja. Eso no es leal con quien te paga. A los primeros que llamé fueron a Sanchis y Martín Vázquez. Recuerdo que debutaron en Murcia y el primero marcó el gol de la victoria. Después Butragueño y Pardeza, al que malvendieron. Entendían que era demasiado parecido a Butragueño, pero era un futbolista muy polivalente en el ataque, que se adaptaba a jugar de extremo o interior. No se debió marchar. Tengo una espina clavada con Michel, al que no ascendí el primer año. Lo hizo después Amancio. Tenía categoría, elegancia, pero había menos hueco para él por las posiciones. Se enrabietó, pero creo que con el tiempo reflexionó. Cuando llegó, triunfó. Ha sido uno de los grandes jugadores de la historia del Madrid, y mejor persona que ninguno. Siempre tuvo hacia mí un trato delicadísimo.

—Si la Copa de Europa que jugaron hubiera sido la Champions, en el actual formato, a lo mejor la habrían ganado.

—Si no lo hicieron fue porque habría equipos mejores —responde, seco.

Tiene prisa y la charla ha sido larga, más de lo normal con Don Alfredo. Llama a uno de los veteranos y se levanta, encorvado, sobre su bastón. La conversación se ha acabado. Di Stéfano tuvo más experiencias como entrenador: en el Castellón, el Sporting de Lisboa y otra vez en el Valencia. También nuevamente en el Madrid, en una última etapa que le dejó un sabor de boca amargo. Era un puesto para el que tenía la ciencia, pero en el que nunca se encontró del todo a sí mismo. En el excepcional testimonio ofrecido a Enrique Ortego y Alfredo Relaño para el libro biográfico *Gracias, vieja*, confesó que la dependencia de los futbolistas le provocaba en el banquillo lo que nunca había sentido en el campo: miedo.



# Michel

## *Madridismo solo hay uno*

Es difícil ver a Michel sin afeitarse, ni siquiera en su casa, donde sobran espacios para quien se hizo jugador y hombre allá donde no existían. Cuando encuentra confianza, no hay obstáculos entre la profesión y la intimidad de un personaje inquieto y curioso, sea por el fútbol como por la vida. En activo o no, madruga, se afeita, lee la prensa y observa partidos y a jugadores, porque la inactividad no es sinónimo de paro para quienes se sienten parte de una pasión. Michel le compró la casa a Gordillo. Se halla en una población residencial, al noroeste de Madrid. Tuvo como vecino a un lado, al fallecido escritor Paco Umbral, al otro, a unas monjas de clausura. Oración, letras y fútbol, actividades que parecen en las antípodas pero que pueden encontrar un equilibrio si descubren cosas que decirse. Michel lo ha alcanzado en la madurez, ya como entrenador, preocupado por el autocontrol, pero sin negar el alma de niño que todo juego exige, y con ese hedonismo controlado de quien siempre se gustó a sí mismo lo suficiente como para intentar convencer a los demás de lo que dice. Entrenar también es seducir.

—Esto sí es una profesión —confiesa Michel, al referirse a su nuevo rol en el banquillo—. Lo de antes, jugar, nunca lo entendí de la misma forma.

Lo dice espontáneamente, nada más encontrarnos y descubrir mi propósito. Para empezar, sin embargo, le pido que hablemos del club al que, dice, le debe lo que tiene, aunque algunas de las personas que le rodean no lo vean de la misma forma.

—¿Cómo se aprende a ganar siempre?

—No tienes ni tiempo de aprenderlo. El día a día en el Real Madrid te enseña, porque se convierte en un constante ejercicio de supervivencia —explica Michel—. Desde el primer momento que pisas la Ciudad Deportiva, compites contra ti mismo, contra el compañero y contra el rival. Si permaneces, al final no sabes vivir sin ese estrés, muy útil para otras cosas de tu vida diaria, de tu educación. Eres inquieto, audaz, fuerte y no te gusta la compasión. Además, quieres hacer las cosas bien, porque no hay solamente que ganar. Existe una estética alrededor de todo eso, una manera de comportarse. Cuando te das cuenta, la exigencia parte de ti mismo. Recuerdo mi primer viaje con el Madrid. ¡Fue a Guadalajara...! Tenía 15 años, uno después de incorporarme a las categorías inferiores. Me subieron a un equipo tres veces superior para disputar una liguilla de ascenso con el Castilla juvenil. «Esto de jugar en un equipo que viaja ya es serio», me decía a mí mismo. Sentía una responsabilidad tremenda. En aquellos 90 kilómetros me mentalicé para el partido, lo visualicé. Desde entonces, no me he enfrentado a ningún encuentro que no haya

vivido antes.

—Dice Cruyff que el jugador de la cantera de un grande está acostumbrado a la presión desde pequeño, al peso de la camiseta.

—Claro, lleva la presión incorporada, la ha normalizado. Toda nuestra vida ha sido así. Además de conocer la cultura del club. Es como mi hijo. Ya no vive en casa, pero cuando llega, conoce las costumbres.

—¿Es importante que también las conozcan los entrenadores? ¿Tienen ventaja los de la casa? —pregunto.

—Para empezar, son realmente los únicos que realizarán una apuesta clara por la cantera, porque miran hacia abajo y se reconocen en los jugadores. Si Del Bosque hubiese seguido como entrenador del Madrid, a lo mejor habría encontrado un futbolista en la cantera que dirigiese al equipo como lo hace Xabi Alonso. Pero si Del Bosque llega del Norwich, por ejemplo, no va a perder tiempo en eso, seguro. No lo tiene. Pep subió a Pedrito y a Busquets porque los había entrenado, porque los conocía y sabía lo que podían dar.

«Si sobrevives en el Madrid, ya no sabes vivir sin estrés, lo necesitas. Te vuelves inquieto, audaz, fuerte y no te gusta la compasión.» —Usted dirigió a un filial del Madrid con futbolistas que no tuvieron una oportunidad en el primer equipo pero que se han consolidado en Primera y, en algún caso, han llegado a la selección. ¿Ha sido una generación perdida?

—Negredo, Mata, De la Red, Borja Valero o Granero, que era un díscolo... Todos, cuando me los encuentro, me recuerdan aquella época. Hasta entonces casi no habían jugado. Conmigo fueron titulares indiscutibles. Adelantamos su progresión porque en un filial lo importante no es la clasificación, en mi opinión, sino la formación de jugadores para el primer equipo. Tenían 18 años.

—¿Cuántos habrían llegado al primer equipo de permanecer en el Madrid?

—Creo que el 60%. Tengo la curiosidad por saber qué habría pasado con Del Bosque como técnico... —se pregunta, con media sonrisa—. Bueno, lo ideal es que Del Bosque hubiese sido el técnico, el director deportivo y el presidente... O un Del Bosque, para no hablar siempre del *Bigotes*.

—¿Y usted? ¿Se siente preparado para ser técnico del Real Madrid?

—Claro. Estoy un poco cansado de esas cosas de la experiencia. La mía empieza con 14 años. ¿No es bastante? En serio, no tendría ninguna dificultad para dirigir a un grande.

Nacido en Madrid en 1963, José Miguel González Martín del Campo, *Michel*, llegó a la antigua Ciudad Deportiva, a *la fábrica*, como la llamaba Alfredo di Stéfano, en 1976. Seis años después, con solo 18, y debido a una huelga de futbolistas que obligó a los filiales a disputar una jornada de Liga, debutó en Primera División y marcó el tanto de la victoria ante el Castellón. El salto definitivo al primer equipo no

se produjo hasta 1984. Fue el último componente de *la Quinta del Buitre* en hacerlo.

—¿Se sintió frustrado por tener que esperar un año más que Butragueño, Sanchis, Martín Vázquez o Pardeza? —pregunto a Michel, en referencia a su inicio en el primer equipo.

«El 60% de los jugadores que dirigí en el filial podrían haber llegado al primer equipo. Quizás con un Del Bosque entrenador, un Del Bosque director deportivo y un Del Bosque presidente...»

—Me hubiera gustado hacerlo con ellos, como a cualquier otro de los jugadores del Castilla. Pero, al mismo tiempo, pensé que si seguía preparándome, la oportunidad llegaría, porque existía. Ellos eran la prueba. Los entrenadores conocían nuestras cualidades y, además, el club estaba en una situación económica delicada, por lo que no podía hacer fichajes. De alguna forma, *la Quinta* fue producto de la crisis.

—¿Qué entrenadores le marcaron durante sus doce años en la primera plantilla?

—Leo Beenhakker fue un técnico muy importante para nosotros —contesta rápidamente, sin pensarlo—. Vivíamos en una época muy germánica del fútbol, especialmente en lo que se refiere a lo físico. El jugador debía jugar bien, claro, pero sobre todo debía ser fuerte. En cambio, Beenhakker ordenó el trabajo alrededor de nuestras condiciones técnicas, aunque todos sabemos que sin físico no se puede jugar. Radomir Antic también tuvo un papel muy relevante con nosotros. A diferencia de otros entrenadores y de la prensa, nos protegió. Se preocupó por el conocimiento personal de los jugadores, algo que desde entonces he valorado mucho. John Toshack era un hombre inteligente, autodidacta, pero muy particular; al que nunca conocías lo suficiente. Sabía bien lo que quería en el campo, pero nunca entendió al Real Madrid. Eso le hizo ser bueno pero no brillante, a pesar de que tenía las condiciones. Le daba importancia a los futbolistas, pero sobre todo cuando las cosas fallaban. Es como si su obra fuera perfecta, pero éramos nosotros, los jugadores, los que impedíamos muchas veces que así fuera. Le faltó afición por el Madrid.

—Como internacional, también tiene usted encuentros y desencuentros —digo a Michel, con una intencionalidad clara: Javier Clemente.

«Beenhakker ordenó el trabajo alrededor de nuestras condiciones técnicas. Antic nos protegió mucho, aprendí grandes cosas de él. Toshack sabía bien lo que quería en el campo, pero nunca entendió al Madrid.»

—Hubo una cruzada contra nosotros, contra *la Quinta*. Se apoyaron en Clemente, que llegó al cargo convencido de que debía hacer una revolución. Emilio (Butragueño) fue convocado una vez, Sanchis no lo fue nunca y yo unas cinco veces... Es cierto que ya se producía un cambio de ciclo en el fútbol español, de *la Quinta* al *Dream Team*, pero si nos fijamos, la parte que Clemente aprovechó del Barcelona fue la del músculo, con Ferrer, Nadal, Sergi, Bakero... A Begiristain lo

utilizó poco y Guardiola no jugó casi nada. La selección, en su etapa, tampoco encontró el modelo que correspondía al futbolista español. Ahora, afortunadamente, sí. Lo consigue Luis Aragonés y continúa Del Bosque, y de eso ya no creo, espero, que se pueda dudar en el futuro. En este país se había infravalorado la figura del seleccionador durante años. Siempre era algún técnico en paro o en situaciones delicadas. Nunca lo entendí.

Míchel debutó con la selección absoluta de la mano de uno de los entrenadores más representativos de la historia del Madrid: Miguel Muñoz. Lo hizo un año antes del Mundial'86 en México, donde fue protagonista por un gol fantasma, no concedido, ante Brasil. Tenía 23 años.

—A Muñoz lo distinguía la calma, la tranquilidad —recuerda Míchel—. No era un técnico extravagante, de grandes dosis tácticas. Su virtud, como en el caso de Luis Molowny, era el reconocimiento del jugador. Sabía muy bien quién tenía las cualidades necesarias y, sobre todo, quién iba a aguantar la presión.

—¿Cuándo decide usted que quiere ser entrenador?

—Ya lo era cuando jugaba, de la misma forma que ahora me siento jugador todavía. Mi misión es que el futbolista sea capaz de ofrecer todo lo que tiene, crearle las condiciones. A veces se habla de entrenadores que robotizan a los jugadores. Pues yo quiero robots que sientan.

—Después de una vida en el Madrid, ¿no es frustrante dirigir en el segmento de abajo, como durante su paso por el banquillo del Getafe?

—La frustración la sientes de verdad cuando estás en el Madrid y no puedes aspirar al máximo. En un banquillo de otro equipo es diferente. Ya dije antes que ahora sí observo mi trabajo como una profesión. Analizas tus argumentos, tu plantilla, y entonces te marcas el objetivo. Eso no quiere decir, sin embargo, que con equipos pequeños no se pueda jugar bien; nada de eso. Yo, además, siempre pienso que voy a ganar, juegue con quien juegue, y a lo que juegue. Hasta a la Playstation, si pruebo.

—¿Le dolió que no le renovaran? —pregunto a Míchel con respecto a la decisión del presidente Ángel Torres, a pesar de clasificar al Getafe sexto el primer año y lograr la permanencia en la categoría en el segundo.

—Lo acepté. Pero no debía estar tan equivocado con lo que yo había dicho cuando después de mi salida se cambiaron a siete u ocho jugadores.

Durante su etapa en el banquillo del club azulón, Míchel recurrió a un psicólogo, José Carrascosa.

—Antes me parecía fundamental mejorar la relación con el jugador, saber llegar a él para transmitirle mi idea. Ahora no es que me resulte fundamental, sino que lo considero imprescindible. Trabajar con un psicólogo personal en todas esas cosas, también en lo referente a las comparecencias públicas, fue muy enriquecedor. Siento

que soy más fiable profesionalmente. Además, la formación tiene que ver con la inquietud, y yo quiero mejorar un poco cada día —explica Michel.

*La Quinta del Buitre* protagonizó uno de los periodos de esplendor del Madrid contemporáneo. Su etapa, sumada a la del *Dream Team*, completa un decenio que hace girar al fútbol español e inspira a los jugadores y técnicos del futuro.

—Era nuestra identidad, la del futbolista español, eminentemente técnico —reivindica Michel—. Lo digo ahora que ya no tengo posibilidad de incorporarme, lástima. La referencia la ofrecen actualmente el Barça y la selección, que son hermanos de juego. Los entrenadores españoles, con alguna excepción, se inscriben en esa tendencia estén en el equipo que estén. Creíamos que los de fuera nos enseñaban mucho y no era para tanto. El técnico español es ahora fiel a una idea y está muy bien preparado.

—¿Está el Madrid en esa tendencia?

—Para encontrarla se necesita, primero, estabilidad, y el Madrid no la ha tenido desde hace muchos años, con independencia de algunos títulos. Hace falta paz social, con un presidente y una dirección técnica estables. En unos años, han pasado más de doce entrenadores de estilos distintos. Así no se pone la base de nada. Llega Mourinho y hace aquello que ha hecho siempre, y para lo que se le contrató. Digamos que, en vez de adaptarse a un club estable, es el club el que se adapta a él, a sus formas...

—¿A su madridismo?

—No, no nos equivoquemos. Madridismo solo hay uno. Podrás creer en Dios o no, ser judío o cristiano, pero si eres del Real Madrid, nada más puedes serlo de una forma y es como han dictado sus más de cien años de historia.

—¿Su hijo Adrián se ha criado también en ese madridismo? ¿Qué consejos le da?

—Que no se queje nunca de su entrenador.

# LLEGA LA REVOLUCIÓN

Seamos realistas; pidamos lo imposible.

PROCLAMA DEL MAYO FRANCÉS, 1968

# Johan Cruyff

## *La velocidad está en tu mente*

—¿Por qué su hijo se ha hecho imprimir nada más que Jordi en la camiseta, sin el apellido Cruyff?

—Porque Cruyff solo hay uno.

Con el dedo índice levantado, contestó como un relámpago, sin dejar apenas que concluyera la pregunta. De hecho, Johan Cruyff es capaz de hacerlo a varias cuestiones simultáneamente, con una velocidad mental y una anticipación que se encuentran en la base no solo de su fútbol, sino de la personalidad de un superviviente, nacido en una Holanda muy diferente a la actual, en la posguerra europea y sin padre desde los 12 años. El obligado paso adelante del niño huérfano, del futbolista enclenque, le llevó a convertirse en un personaje avanzado a su tiempo. En el reservado de un restaurante de la zona alta de Barcelona, durante el final de su etapa como entrenador azulgrana, Cruyff no paraba de hablar en un encuentro con tres periodistas, acompañado de su sagaz consejero Jaume Roures, erigido tiempo después en un emperador de la comunicación. Era difícil encontrar una concentración mayor de inteligencia natural y sentido del humor, incluso para reírse de sí mismos, que es, precisamente, la mejor prueba de inteligencia. Cuando a Roures le preguntabas cómo estaba, te contestaba: «Tan feo como siempre». Si a Cruyff le recordabas alguna sonora derrota, como en la final de Atenas contra el Milan, decía: «Si te tienen que atropellar, mejor un Mercedes que un 600».

Durante años escuché esa muestra de reflejos por parte del entrenador holandés, capaz de desarmar dialécticamente a cualquiera, a un toque, lo mismo que con la pelota. Es conocida la contestación que le dio a Zubizarreta, después de que el portero le replicara, contrariado por la insistencia del técnico de que avanzara su posición. «¿Y qué pasa si me marcan un gol por arriba desde el centro del campo?», le preguntó, airado. «Pues te giras y aplaudes», respondió Cruyff. No lo es el consejo que ofreció a Jorge Valdano después de derrotarle, como entrenador del Madrid, en el Bernabéu. Al subir las escaleras que conducían al vestuario, una vez acabado el partido, el hispano-argentino encontró a su homólogo de pie, esperándole, con los brazos cruzados. «Has perdido... ¿Qué vas a hacer ahora?», le preguntó Cruyff. Valdano, cabizbajo, no sabía qué contestar, y el holandés le espetó: «Sal ahí (*a la sala de prensa*) y mata al presidente». Su capacidad para estar en todas las cosas, no solo las relacionadas con el juego, era conocida por sus propios jugadores. Tras el partido que ponía fin a su penúltima temporada, saldado con una victoria en San Mamés que permitió al Barcelona mantenerse como el único equipo de España que ha disputado

siempre competiciones europeas, el club había pactado la asistencia de al menos dos futbolistas a un acto del periódico *Marca*. En la sala de espera del aeropuerto de Sondika, el desaparecido Ricard Maxenchs, un autodidacta inigualable de las relaciones públicas, se dirigió al entrenador: «¿Míster, quién va a la fiesta?». Cruyff contestó: «*El Chapi y el Pitu*», apodos de Ferrer y de Abelardo. Al comunicárselo a los jugadores, el asturiano rogó, con gesto de preocupación, al propio Maxenchs: «Pero es que tengo una mudanza...». Al otro extremo de la sala, el entrenador lo escuchó y, raudo, se levantó y gritó: «¿Y...? ¡Yo he hecho catorce y no he estado en ninguna!».

El seguimiento del *Dream Team* me permitió como periodista descubrir las interioridades de un personaje al que de niño había idealizado. Llegó al Barcelona cuando yo tenía 10 años, en 1973, y el primer partido en el que asistí a un estadio de Primera para ver un partido, de la mano de mi padre, fue al Camp Nou, durante el primer Gamper que disputó el holandés al año siguiente, puesto que se había incorporado al equipo con la temporada iniciada. En mi barrio, en el extrarradio de Barcelona, con mayoría de emigrantes, casi todos los niños querían, queríamos ser Santillana. Pero Cruyff era algo diferente, no solo por su juego, sino por su altivez, incluso por su aroma, aunque no llegara a descubrir, como Ovejero y Valdano, lo bien que olía: a colonia en un fútbol de hombres, de machos. Donde los demás corrían y peleaban, él daba la sensación de levitar. Butragueño, Zidane o Iniesta me producirían, años después y ya como periodista, la misma sensación. Distinta a Maradona, incluso, la mayor muestra de pasión, exuberancia y juego sobre un campo de fútbol. También pude seguir el primer partido del argentino en el estadio azulgrana, en 1981, aunque fue con la selección albiceleste, durante el homenaje a Carles Rexach. Realmente solo observé media parte, porque el resto del tiempo lo pasamos intentando saltar de la zona de general a las gradas con asiento, para lo que había que aprovechar un córner, que era cuando el vigilante del sector se distraía con el lanzamiento.

Años después, como profesional, tuve el privilegio de conocer a esos tres ídolos de la infancia y la adolescencia, no solo a Cruyff. De Santillana me impactó su humanidad, su generosidad. Después de una entrevista, me llamó antes de que se publicara para pedirme que, por favor, incluyera el nombre de su entrenador de la infancia en Cantabria, enfermo en una silla de ruedas. De Maradona, su autodestrucción. La devoción del niño se tornó muy pronto en la compasión del hombre, al advertir cómo el rastro de la cocaína transformaba sus razonamientos en compulsiones, durante un encuentro que no pudo desembocar en entrevista. De Cruyff, además de esa inteligencia natural, su capacidad de seducción y la tremenda seguridad en sí mismo. Probablemente, por el peso de aquellos recuerdos infantiles, durante la pretemporada del Barcelona, en 1994, en Holanda, pedí marcar al técnico



en el tradicional encuentro entre técnicos y periodistas, españoles y holandeses, que él mismo se encargaba de organizar. Su presencia en el campo convocaba al público de los pueblos de la zona. Las sensaciones fueron las mismas que se sienten cuando, en un apeadero, observas pasar el AVE. Harto de mi incapacidad defensiva, el fotógrafo Jordi Cotrina me gritó: «¿Pero no te da vergüenza que se te vaya un tío de cincuenta años?». Cruyff se detuvo en seco, pisó el balón, levantó el índice y replicó: «¡Cuarenta y nueve!».

Quizás fuera también por esa fascinación, que en aquella larga charla junto a Roures acabamos por hablar mucho más de su apasionante vida, y de las historias de un inconformista que utilizó la economía y la política para definir dos de sus principios existenciales y profesionales. «La principal utilidad que te da el dinero es que puedes decir siempre lo que quieras y a quien quieras», manifestó sobre la riqueza que le había dado su carrera. «El fútbol empieza como una democracia porque todos opinan, pero acaba como una dictadura, porque solo decide uno», dijo acerca de su trabajo como entrenador, incomparable en su opinión al de jugador.

«El fútbol empieza como una democracia, porque todos opinan, pero acaba como una dictadura, porque solo decide uno.» —¿Cuál fue el ídolo de su infancia? —pregunté a Cruyff, sin confesarle que él lo había sido para mí.

—Di Stéfano —contestó sin dudar, como siempre—. Le vi jugar. Era tremenda su capacidad para estar en todas las partes del campo, adelante, atrás..., en todas partes. Jugaba y hacía jugar, organizaba y marcaba.

No era el único madridista que Cruyff nombró a lo largo de la conversación. Dijo que se había llegado a ver en gestos de Butragueño, que precisamente tuvo al holandés como álgter ego, y al hablar sobre los jóvenes a los que consideraba en su línea, con gran futuro, se refirió a «el Guti». Tiempo después, el talentoso aunque indolente centrocampista blanco escogería el 14, el número de Johan Cruyff, elegido por el técnico en su etapa como jugador porque a esa edad ganó su primer título con el equipo juvenil del Ajax. Al llegar a nuestra Liga, sin embargo, no pudo lucirlo, ya que entonces era obligatorio numerar a los titulares del 1 al 11.

—Yo también estuve a punto de vestir de blanco. El presidente del Ajax me había vendido al Madrid sin que yo estuviera al tanto de la operación, prácticamente, y es que había varios equipos europeos que querían contratarme. No estaba dispuesto a aguantar eso y me rebelé, como siempre he hecho ante lo que he considerado injusto. En Barcelona, además, estaba Rinus Michels, que para mí era una garantía, y no me detuve hasta que conseguí cambiar la situación, llegar al despacho del presidente Montal y firmar el contrato —explicó.

Michels había dirigido parte de la carrera de Cruyff, nacido en Amsterdam en 1947. A los 17 años, firmó su primer contrato profesional y le dijo a su madre, Petronilla, que ya nunca más tendría que lavar la ropa de los demás. Junto a Michels,

conquistó la primera de sus tres Copas de Europa con el Ajax, en 1971. Dos años después, llegaría a Barcelona, donde ya se encontraba el técnico, y posteriormente afrontarían el Mundial de 1974, en Alemania, en el que cayeron en la final ante los anfitriones.

—Perdimos, es cierto, pero creo que se ha hablado más de nosotros, de *la Naranja Mecánica*, que de los ganadores —reivindicó, enérgico—. Es importante ganar, claro, pero lo es también dejar un sello en la historia, y nosotros lo hicimos aun en la derrota. Jugamos, sin duda, el mejor fútbol del mundo hasta entonces.

—En su primera temporada, el Barcelona ganó la Liga, después de una sequía de trece años, y usted lideró un 0 - 5 en el Bernabéu. Cuentan algunos de sus excompañeros que en el vestuario, con un pitillo en la mano, usted les preguntaba por qué aquello significaba algo tan importante —dije a Cruyff.

—Bueno, bueno... Siempre se cuenta que yo fumaba en los vestuarios, pero hay mucho de leyenda en eso —contestó, años después de haber dejado el tabaco, como consecuencia de un infarto—. Yo había ganado cosas muy importantes con el Ajax, Copas de Europa, pero aquello parecía ser algo más por el ambiente. No lo entendía muy bien, pero creo que ese día empecé a comprender qué significaba el Barcelona, su rivalidad con el Madrid, todavía con Franco en el poder. Es difícil que pueda olvidarme de ese día, porque además era el señalado para el nacimiento de mi hijo Jordi, por cesárea. Para poder jugar, adelantamos el parto una semana.

—Un gran año, sin duda. En cambio, su rendimiento posterior como jugador en el Barcelona fue muy criticado.

—Siempre hay críticas, pero le diré que a los extranjeros tampoco nos ponían las cosas fáciles. Al contrario. Solo gané una Copa, por ejemplo, cuando ya era Copa del Rey, porque antes no nos dejaban jugar. Imagino que no querían que brillaran los extranjeros —se justificó.

Cruyff no fue solo un jugador innovador en el campo, también fuera. Se pintó las botas para exigir que las marcas pagaran por calzarlas, como ocurre actualmente, y empezó a lucir ropa de calle patrocinada, sobre todo en las grandes galas, como en una entrega del Balón de Oro a la que se presentó con un americana de Puma. Al llegar a España, explicó a los futbolistas españoles que debían luchar por sus derechos, durante una asamblea de la AFE, en 1976. Aconsejó que se implantara el modelo holandés, cuyo sindicato retenía una parte de los ingresos de los profesionales para crear un fondo de pensiones, del que el propio técnico se beneficiaría en el futuro. Fue de los primeros europeos en jugar en Estados Unidos, en el Cosmos de Nueva York, los Aztecas de Los Ángeles y los Diplomats de Washington. De todas esas ciudades podía recordar detalles, barrios o restaurantes. A su vuelta, todavía le quedaron energías para jugar diez partidos en el Levante, volver al Ajax y fichar por el rival del equipo de su vida, el Feyenoord, con una peculiar fórmula contractual de

su propia invención.

—Como no tenían suficiente para pagarme, les propuse que me pusieran un fijo bajo y me dieran una parte de la taquilla si esta pasaba de la media de asistencia en los encuentros que yo jugara. Acabamos por llenar el estadio en todos los partidos y, además de ganar dinero las dos partes, el club y yo, conquistamos la Liga y la Copa —recordó, orgulloso.

Cruyff fue un precursor de las primas, de las ganancias por objetivos, algo que quiso empezar a imponer en su etapa como técnico del Barcelona. Creía, de la misma forma, en los contratos de corta duración, que favorecían la estimulación de los jugadores, y en que fueran graduales para los jóvenes. Por ello criticó públicamente que Iván de la Peña se comprara un coche deportivo. Ese criterio chocaba, en ocasiones, con el de José Luis Núñez, a menudo temeroso, como el resto de un barcelonismo anclado en el victimismo, incluso en el complejo. «Si alguien no está contento, que se vaya; esto es el Barça», solía contestar el holandés, desafiante. Se marchó Luis Milla al Madrid, como antes había hecho Bernd Schuster, y Cruyff, sin inmutarse, llamó a Pep Guardiola. Esa arrogancia, bien entendida, es una de las grandes contribuciones al cambio del Barcelona, en paralelo al juego. El club azulgrana siempre tuvo una querencia por el fútbol técnico, pero el éxito de la era Cruyff consiguió sistematizar su funcionamiento y a la vez mutar su mentalidad. Fue un proceso bipolar: futbolístico y psicológico. Del *avui patirem* (hoy sufriremos) que murmuraba la grada, a la instalación definitiva en la cultura de la victoria, esa en la que siempre vivió el Madrid. Es cierto que el *Dream Team* ganó tres de sus cuatro Ligas en la última jornada y gracias a los errores de sus rivales, el Madrid y el Deportivo, pero en ninguna de las tres ocasiones falló el equipo azulgrana. En otras épocas, con otros *Barças*, se habían dado desenlaces adversos, aunque las situaciones no fueran del todo homólogas.

Aquella larga sobremesa ya reflejó la tensión que iba a conducir a su destitución en el Barcelona, mientras Núñez se «cargaba de razones», como repetía el dirigente, para prescindir de un empleado con el que nunca tuvo química. Javier Clemente era, de hecho, su candidato para entrenar al Barcelona, pero ante la dura campaña electoral que se avecinaba frente a Sixte Cambra, candidato respaldado por CiU, decidió arrebatarse a su rival en las urnas su principal as: Cruyff.

—Al llegar me encontré un Barça muy similar al que conocía: enfrentado —continuó—. Los futbolistas se habían rebelado, con *el Motín del Hesperia*. Alexanko lo había apoyado. La directiva me pidió que lo eliminara, pero me negué. Había hecho lo que tenía que hacer, por eso era el capitán. Tenía claro que, además, nadie me iba a imponer nada. Si llegaba, era para hacer las cosas a mi manera.

—¿Por qué empezó?

«Los jugadores de la cantera del Barcelona o del Madrid tienen la ventaja de que

les han insultado en todos los campos desde niños por ser los poderosos, y eso les ha hecho asimilar la presión.» «En el fútbol solo hay un arma para atacar: el balón. Si lo tienes tú, no pueden atacarte. Por eso la posesión, además de darte el arma, te defiende.» —Por buscar futbolistas. Queríamos gente que supiera jugar, *peloteros*. Prefería que estuvieran en el filial, porque los jugadores que se han estado formando en la cantera del Barcelona, del Real Madrid o de cualquier grande, tienen de entrada una ventaja mental: durante años les han insultado en todos los campos y han tenido que ganar. La presión para ellos es algo normal. Si los traes de fuera, en cambio, no sabes si podrán adaptarse. Es un riesgo. Entonces, de todas formas, había que buscarlos donde fuera. En el fútbol solo hay un arma para atacar: el balón. Por lo tanto, si lo tienes tú, no pueden atacarte. Por eso, la posesión, además de darte el arma, te defiende. Lo bueno de este juego es que caben todos, los bajos, los altos, los gorditos o los delgados. Me decían: «¿Si jugamos con muchos bajos, qué haremos en los córners?». Yo respondía: «Pues evitemos los córners». «¿Si jugamos con tres defensas y nos roban el balón?» «Pues que no nos lo roben en el centro del campo», contestaba. Sé que mucha gente se reía de los rondos, pero el rondo es la base del fútbol: velocidad, toque, espacios cortos...

—Los inicios no fueron fáciles. Si no llegan a ganar la Copa al Madrid, en Valencia en 1990, quizás el *Dream Team* no habría existido —repliqué.

—Y habría sido injusto —proclamó—, porque ganamos la Recopa en el primer año. El Madrid de *la Quinta del Buitre* era un gran equipo, estaba hecho, y nosotros lo teníamos todo por hacer. Es cierto que aquella victoria nos dio tranquilidad para afianzar nuestras ideas.

Dos años más tarde, Wembley, la final que marca el cambio en el destino del Barcelona. En el camino hacia ese Santo Grial azulgrana, el holandés acuñó la palabra «entorno» para calificar la más perniciosa pero a la vez inevitable dimensión del *més que un club*, de un Barça cuya tremenda imbricación en la sociedad catalana lo convierte en una caldera de opiniones que complica el trabajo interno. Pese a sus efectos y a los momentos difíciles que el Barcelona ha pasado, en lo deportivo y lo institucional, desde la marcha del holandés, el club no ha dejado de ganar, con el mejor saldo de los equipos españoles desde los años 90.

—Es conocida su frase a los futbolistas en Wembley: salid y disfrutad —recordé al entrenador—. ¿Cómo estaban realmente?

—Se notaba un poco de miedo, era normal. Por eso les insistí en que debían ser fieles a su calidad, hacer nuestro fútbol. También les dije que era posible que muchos no volvieran a tener la oportunidad de jugar un partido de ese nivel y que, por tanto, debían disfrutarlo, no sufrirlo. Si a esto no disfrutas, no juegas. Si no juegas, es más difícil que ganes. Está claro.

«En Wembley les dije que disfrutaran, porque si no disfrutas, no juegas; si no

juegas, es difícil que ganes.»

—Pero la mayoría sí volvieron a jugarlo, en Atenas...

—Era imposible ganar aquella final —interrumpió, sin que concluyera la explicación acerca del encuentro perdido contra el Milan en 1994—. Habíamos hecho un esfuerzo tremendo para ganar la Liga y estábamos sin gasolina. Era imposible.

La derrota fue el principio del final. Zubizarreta fue despedido por Joan Gaspart, según orden de Cruyff, en la jardinera que conducía a los futbolistas en la misma terminal del aeropuerto londinense. Laudrup, que había presenciado la goleada en la grada, ya que solo podían alinearse tres extranjeros (Koeman, Stoichkov y Romario), se marcharía al Madrid, mientras naufragaba el cambio que el holandés quiso dar al equipo con *la Quinta del Mini* como base. La reedición del *Dream Team* debía de esperar para ser llevada a cabo por quien conocía todos sus secretos, compartía su pasión, pero también sabía de sus pequeños defectos. Como un hijo de un padre cuando alcanza la madurez.

Con el rostro más ajado, pero los mismos reflejos, Cruyff saluda como si el tiempo no hubiera pasado y, claro, toma la palabra, la iniciativa, durante un acto de su fundación. Decidió no volver a entrenar tras su salida del Barcelona, pero ha mantenido su agenda muy viva, con actividades de carácter social y el mecenazgo de una escuela dedicada a la formación de deportistas para el día después. Siempre, por supuesto, que le dejen tiempo para una de sus grandes pasiones, el golf, que suele practicar en El Muntanyà, donde se concentraba el Barcelona ante las citas especiales. Ha seguido, asimismo, ligado al fútbol, cómo no, incluidos cargos técnicos y honoríficos en el Ajax, en la selección catalana de fútbol y también en el Barcelona. El último de ellos, la presidencia de honor del club azulgrana, distinción que le concedió Joan Laporta en unas de sus últimas decisiones como presidente. Dejó el puesto al ponerse en cuestión su cargo con la llegada de Sandro Rosell. Próximo a Laporta, Cruyff se vio en mitad de un debate que no le correspondía, pero mantuvo su posición y una de sus máximas: la lealtad. Nunca, en realidad, fue amigo de consensos.

—Ser presidente de honor es algo serio, responsable, pero has de tener el respeto de todos, de arriba abajo. Si no, mejor marcharse. Le expliqué a Rosell por qué le devolvía la insignia. Él está en su derecho de pensar lo que quiera y yo en el mío. Por eso he dicho que no me ha gustado lo que han hecho con la camiseta y con Unicef —explica, en un corro de periodistas.

«Encontré a Guardiola en la cantera y me dijeron que era débil físicamente. La excusa de siempre. Pedí que lo pasaran al filial y que jugara en otra posición para que se exigiera.» Con cargo o sin él, el personaje, el *cruyffismo*, se encuentra más en alza que nunca, ya que el holandés está considerado como el padre de los mayores éxitos de la historia azulgrana, con Guardiola como nexo de unión.

—Todavía recuerdo cuando me dijeron, al llegar al Barcelona, que en la cantera había un chico que era de lo mejor técnicamente. ¿Por qué entonces no estaba en el filial, ni en el juvenil A? Lo encontré en el segundo equipo juvenil. La excusa era la de siempre: que era débil físicamente. Pedí que lo pasaran al filial y que lo colocaran en una posición en la que se exigiera más. Al sentirse valorado, dio un salto. Si a los chicos de la cantera no les creas la expectativa, los matas. Los menos fuertes, además, han desarrollado una inteligencia especial, una habilidad para buscar alternativas, porque si no lo haces y chocas, estás perdido. Aprendes en base a tu propio cuerpo. A mí me sucedió. Yo no era fuerte —asegura.

Jordi Cruyff me explicó que su propio padre le repetía que para progresar debía llegar antes al lugar del remate que el defensa, trabajar en la anticipación. En una entrevista a Andrés Iniesta, el manchego me dijo que él siempre tenía «una jugada más». Al preguntarle a qué se refería, explicó que se trataba de una tercera opción que había desarrollado desde niño para compensar su diferencia física con los demás. «Una jugada es la que tú piensas; otra la que espera el rival, la más lógica, pero yo tengo siempre una tercera, inesperada», decía. A esa capacidad se refería Cruyff.

La final del Mundial de Sudáfrica, decidida con un gol del azulgrana, lo encontró dividido entre su país y su idea.

—Tenía claro, antes de la final, que fuera cual fuera el resultado, yo ganaba. Holanda no lo había hecho mal hasta ese día, pero en la final quien quiso jugar, quien quiso crear fue España.

—¿Esperaba un éxito semejante de Guardiola como entrenador?

—Era ya un futbolista interesado en el fútbol, en los aspectos colectivos. Pensaba por todos. Como técnico, observo su preocupación por los detalles individuales. Quiere hacer mejorar a cada jugador en las cosas más mínimas, pero con eso consigue que lo haga mucho el conjunto. Siempre he dicho que hay entrenadores y enseñadores, que no es lo mismo. Guardiola es las dos cosas. Pero el trabajo de entrenador no es siempre agradable: diría que es desagradable en demasiadas ocasiones. Has de tener carácter para tomar decisiones duras, y hasta ahora lo ha hecho. Solo me preocupa una cosa...

—¿Cuál?

—La intensidad con la que se toma su trabajo, el querer estar en todos los detalles. Si no lo regulas, te puede llevar a convertirte en un enfermo.

—¿Tiene comparación este Barcelona de Guardiola con el *Dream Team*?

—Odio esas cosas —contesta, ante una pregunta recurrente—. A cada época, lo suyo. El fútbol ha cambiado en veinte años. Los jugadores, también. Nosotros jugábamos con tres defensas y este Barça ha conseguido sus títulos con cuatro atrás. La posición y el ritmo de balón se mantienen, pero otras cosas son diferentes. Ahora, por ejemplo, es impresionante el nivel de presión del equipo sin la pelota; la forma

que tiene de recuperar el balón.

Es el paso adelante de un Barça que mejora el sueño, ordenado por quien cuando se refiere a Cruyff utiliza una sola palabra: *Déu*, Dios.

«Hay entrenadores y enseñadores. Guardiola es ambas cosas. Mejora el detalle del futbolista.»

# Carles Rexach

*Toco y me voy. ¿Adónde?*

El rostro de Carles Rexach es como una talla realizada a través de los siglos, con rasgos romanos, árabes, fenicios... Es la expresión de una cultura que es una suma de culturas con el Mediterráneo como perímetro. *Charly* hace honor a ese mar del hedonismo a pesar de haber soportado más de cincuenta años de tempestades con buen humor y unas saludables dosis de cinismo. El sentido de la vida puede ser el sentido del fútbol cuando se opina que al campo se sale «a disfrutar, no a morir», y también cuando se está más cerca de Baco que de Santa Teresa, aunque el personaje tiene, asimismo, mucho de Séneca. Han sido muchas las citas con Rexach, muchas las conversaciones, como segundo de Johan Cruyff, como técnico en las *cañerías*, como primer entrenador... Esta última vez se encuentra lejos ya de todo eso, pero nada ha cambiado. Es el mismo que cuando le acosaba el fuego de la primera línea y él respondía entre risas. Siempre *Charly*.

Alto y rubio, nació en Pedralbes en 1947, un barrio bien de Barcelona, muy cerca de donde trabajaría prácticamente toda su vida. «Bueno, trabajar yo nunca he trabajado; esto ha sido otra cosa», dice, de nuevo, entre risas. Un tipo, en definitiva, al que la vida le ha mostrado siempre su buena cara. Continúa con su aspecto juvenil, distinto de otros veteranos que llegan a su sede, en las tripas del Camp Nou. No es el lugar preferido de Rexach, todo hay que decirlo, porque no se considera un veterano de nada. Empieza a hablar y no para... Hasta que se oye una samba *brasileira*. Es el móvil. Su hijo, tenista, acaba de regresar de París. Llegó a tener ránking ATP y ahora, en la treintena, aprovecha su talento en torneos de rango inferior. «Mi hijo se lo ha pasado muy bien», dice. Como papá.

—Si la pelota suena bien... —empiezo con una sugerencia que nos devuelve a anteriores conversaciones.

—Es que detrás hay un buen jugador. Yo siempre digo que podría ser ojeador ciego. *Tac, tac...* Este sí, este no, a este fíchalo... —contesta mientras se tapa los ojos y señala con el dedo. Ya no pararemos de reír.

Xavi Hernández, centrocampista del Barcelona, lo cuenta mucho mejor, al recordar los entrenamientos en los que *Charly*, de espaldas a los rondos, sentado sobre el balón, les abroncaba. Cuando le reprochaban que no estaba mirando, el técnico contestaba: «Pero lo oigo, y no va bien».

Los rondos, las conservaciones infinitas; la marca Barça, en definitiva. El club azulgrana siempre tuvo querencia por el fútbol técnico, desde los años 20, antes de la fundación de la Liga. El juego de húngaros y austriacos, del Honved de Budapest o



del Ferencvaros, del Austria de Viena o del Sparta de Praga dejaron su impronta gracias a un fútbol de triangulación y asociación muy preciso. La llegada de Ladislao Kubala, en los años 50, fue una revolución, por tratarse de un futbolista adelantado a su tiempo. A su alrededor se aglutinó un Barça de época, pero la marcha de Alfredo di Stéfano al Madrid y su hegemonía, en coincidencia con la creación de la Copa de Europa, más la posterior venta de Luis Suárez al Inter de Milán, llevaron al Barcelona a un tiempo de desorientación, de cambios. Helenio Herrera sustituyó el juego por el personalismo, para hacerlo todo más directo. Dejó sello por su carácter, pero no por lo que pasaba en el campo. Eso correspondió a Rinus Michels, con Cruyff como jugador y Rexach a su lado. Años después, se encontrarían en el banquillo para devolver al Barça al pasado y al futuro al mismo tiempo.

«Yo siempre digo que podría ser ojeador ciego. *Tac, tac*. Este sí, este no... El sonido de la pelota te habla de un buen o mal pase.» «Tuve como técnicos a Michels, HH, Kubala, Olsen, Weissweiler... Todos me decían cosas distintas y yo pensaba: “Alguno me engaña”. Al retirarme, decidí quedarme con el fútbol del primero.» — Como jugador, recuerdo un tiempo de absolutos cambios, demasiados, porque siempre teníamos urgencias, nada más que urgencias. Ya lo dijo Valdano... — reconoce—. Tuve a Michels, Salvador Artigas, H.H., Kubala, Roque Olsen, Hennes Weisweiler... Todos me decían cosas distintas. Yo pensaba: «Alguno me engaña». Cuando me retiré, me dije: «¿Con qué me quedo?». Con el Barça del 73 - 74, con Michels, y eso intentamos reproducir al llegar al banquillo con *el Flaco*.

—¿Por dónde empezaron?

«¡Tocamos y quietos ahí; no se mueve ni Dios! El 4 hace esto, el 2 aquello... Si haces una excursión al lugar del 8, tienes que cumplir su función.» —Por la posición, que es lo fundamental. Que cada uno supiera lo que tenía que hacer en cada momento —explica, muy didáctico—. Entonces se decía eso de «toco y me voy», y yo preguntaba: «¿Adónde vas, a tu casa?». Necesitábamos jugadores diferentes. En la casa había algunos: estaban Amor, Roura, Milla... pero había que buscar más. Le dije a Johan que había uno en el Atlético que me gustaba. Era Eusebio. Fuimos a verlo con la selección y me soltó: «¡Pero si no la ha tocado!». Lo fichamos, a pesar de eso. Empezamos por decirle a todos los jugadores que tenían que interpretar funciones, las que correspondían a cada número. «¡Tocamos y quietos ahí; no se mueve ni Dios! El 4 hace esto, el 2 aquello... Si vas al sitio del 8, si haces una excursión, tienes que cumplir con su función.» Cambiábamos mucho a los futbolistas para que se habituaran a eso, Hristo al lugar de Laudrup, la llegada de Txiki... Al principio, pocos creían en nuestra idea, tuvimos que demostrar que era posible ganar de esa forma. Finalmente, nuestros éxitos nos permitieron trasladar el modelo al fútbol base y ahora el Barcelona no crea jugadores al uso, rápidos o fuertes; crea intérpretes de una idea. La calidad es la que decide luego si ganas o pierdes, la calidad del solista,

de jugadores como Messi, pero la idea, la orquesta se mantiene. El fútbol es muy fácil cuando se juega a un toque. Si no conduces, el esfuerzo es menor, hay menos contacto y menos lesiones. A Kaká, y no es que quiera hablar del Madrid, es solo un ejemplo, yo le diría: «*Nen*, nueve pases a un toque y el décimo para ti, para la finalización». Los futbolistas del Madrid conducen mucho la pelota; los del Barça, la tocan. Messi, por ejemplo, toca 60 veces el balón; ahora más en su nueva posición. Cristiano lo hace mucho menos. Ir tocando, aunque sea solo eso, aumenta tu confianza, te hace disfrutar, porque al fútbol se juega para eso. Lo de morir en el campo o manchar la camiseta es una chorrada. Cuando a mí me lo decían, pensaba: «Para eso me largo. Yo no me quiero morir a los 20 años». De diez partidos, los actuales jugadores del Barcelona disfrutaban en cinco, se lo pasan bien en tres y sufren en dos. Keita lo explica con gracia, cuando dice que le gusta jugar aquí porque el balón le llega en lugar de tener que ir a buscarlo, que es lo que pasa en la mayoría de equipos.

Cruyff y Rexach se distanciaron, dejaron de hablarse a iniciativa del holandés, que consideró una traición que su segundo se hiciera cargo del equipo durante dos partidos, después de haber sido despedido por José Luis Núñez. «Cuando le echaron, él tenía un contrato de 300 millones de pesetas que le tenían que pagar y yo no veía ni un duro», cuenta en el libro autobiográfico *Ara parlo jo* (Ahora hablo yo). Charly descubre lo bueno que es el humor en la vida y en el fútbol, algo que ya ha quedado claro en la conversación, e incluso reconoce que llegaron a hacer alguna alineación del *Dream Team* lanzando monedas al aire. También como Michels, el mejor técnico que ha tenido y al que apodaban *míster Mármol*: les lanzó una botella de cava que habían abierto varios jugadores en una habitación de un hotel de Sevilla justo después de perder un partido. «Es que no había agua mineral, ni Coca-Cola...», se justifica.

Fuera unos partidos después de Cruyff u otros tras la marcha de Luis Aragonés, Rexach había sido siempre un entrenador circunstancial. Lo mismo le sucedió tras el despido de Llorenç Serra Ferrer, pero su buen trabajo en ese tramo le brindó la oportunidad que nunca creyó que tendría: empezar una temporada como técnico nombrado, no interino. Solo lo había hecho en una corta experiencia japonesa, en el Yokohama Flugels, de la que no se trajo nada, salvo dinero y algo que contar. Desempeñó el cargo, sin embargo, en un tiempo convulso en lo institucional, en los estertores del nuñismo, representado entonces por Joan Gaspart, y frente al Madrid en el que todavía convivían Vicente del Bosque y Florentino Pérez, entonces aplaudido en Barcelona como un magnánimo general enemigo. Eso sucedió, por ejemplo, cuando acudió al entierro de Kubala. Fue una época en la que resucitaba el victimismo —después del renacentista periodo del *Dream Team*—, un sentimiento que tanto tiempo tuvo al club azulgrana en el varadero de la historia. Charly se dejó llevar muchas veces por esa cómoda coartada, pero nunca creyó en su contenido.

«Cuando un equipo está bien, no hay árbitro que lo pare», decía, sin levantar la voz. Aquel poderoso equipo blanco lo apartó, con una victoria en el Camp Nou (0 - 2), de la final de la Champions. El Madrid la ganó en Glasgow. Fue su *Novena*.

—Yo había cogido al equipo ya tocado y, además, no pudimos contar en ningún partido con Rivaldo, el Messi o el Cristiano de entonces —recuerda—. Ellos estaban en pleno apogeo de los galácticos. A pesar de los resultados, conceptualmente jugamos bien en ambos partidos, aquí y en el Bernabéu, y sin problemas en el ambiente.

Rexach fue el personaje clave, el que impuso su criterio para que el Barcelona se quedara con Messi, a pesar de su corta estatura. «De niño ya era como ahora: diferente a todos los demás, impresionante», recuerda. También explica cómo se desplazó a Lisboa para comer con un joven Cristiano Ronaldo. Buen ojo. Coincidió, asimismo, con José Mourinho, durante el paso del portugués por el Barcelona como asistente.

—Lo conozco y me parece un buen tío, con buenos golpes. Creo que el problema es que lo fueron a buscar para destruir la hegemonía del Barcelona más que para construir algo, porque de la *madriditis* se ha pasado a la *barcelonitis*. La presión le pudo en el primer año —lamenta Rexach.

—La presión es algo consustancial al Real Madrid y al Barcelona —sugiero.

—A mí me ha salvado el humor... —dice, una vez más, entre risas—. Ya en serio, en estos equipos no basta con jugar bien. Para ser futbolista del Barça hace falta algo más que buen toque.

«Cuando un equipo está bien, no hay árbitro que lo pare.»«Para jugar en el Barça hay que ser valiente y, después de un fallo por el que te han pitado, pedir la pelota e intentarlo otra vez.» —¿Qué?

—Ser valiente...

—¿Valiente?

—Sí, para que cuando fallas un pase y tu público te pita, vuelvas a pedir el balón e intentar exactamente lo mismo.

# EL ANTAGONISMO

El odio a una persona tiene sus raíces  
en la estimación involuntaria de sus virtudes.

ARTHUR SCHOPENHAUER, 1788 - 1860

# Josep Guardiola

*Pasión rima con perfección, perfección rima con obsesión*

—Soy un entrenador de Tercera División. Cuando entrene al Milan, ya haremos la entrevista.

La respuesta aventuraba una intención: Josep Guardiola había decidido ya que, en su nueva etapa como entrenador, nunca ofrecería entrevistas individuales. Pocos futbolistas profesionales han conocido tan bien a los medios de comunicación y pocos, muy pocos han intimado tanto con periodistas, por lo que sabía que con esa decisión se enfrentaba a su primer desafío. Someterse únicamente a las ruedas de prensa era una forma de no hacer distinciones y de evitar la sobreexposición pública que ya había padecido en su etapa como jugador. Producto de una paternidad dual, el barcelonismo y el *cruyffismo*, Guardiola es al mismo tiempo un conservador y un iconoclasta, al que le importan los pilares de la tradición, pero suelta con facilidad sus lastres, los convencionalismos del pasado. Ahí está, por ejemplo, su decisión de que el equipo viaje en los días de los partidos, interpretada como un sacrilegio por el arcano del fútbol, o la de que los jugadores no se concentren el día anterior a los partidos. La realidad es que las normas de los equipos, en general, no han cambiado en paralelo al perfil de los jugadores, mucho más profesionales, al aumento en la densidad del calendario, que resta horas de intimidad, y al desarrollo de los medios de transporte. Guardiola, simplemente, ha puesto su actividad en paralelo a ese nuevo contexto. Creará escuela, seguro, igual que hicieron otros técnicos, como Louis van Gaal o Joaquín Caparrós, con respecto a la alimentación. Actualmente, en la mayoría de las plantillas son obligatorias un número de comidas y cenas en común después de los entrenamientos y de los partidos.

El filial azulgrana, al que llegó en el año 2007, fue un banco de pruebas excelente para Guardiola, porque le permitió observarse en el banquillo. Mucho más efusivo entonces en la banda, lo que provocó algunas expulsiones, ha domado a sus demonios y modulado su actitud en el primer equipo, en el *prime time* permanente. Lo ha conseguido más que como jugador, ya que tiene el récord de tarjetas amarillas en el Barcelona (88), además de ocho rojas. La gran mayoría por protestar. Existe, pues, un Guardiola irascible, pero en su nuevo rol lo deja ver lo menos posible gracias a un continuo ejercicio de autocontrol. Le hemos visto, a pesar de ello, «mear colonia», llamar «puto amo» a José Mourinho o decir que «ya sabemos que Busquets es un inútil» para defender, irónicamente, al futbolista de las críticas. No obstante, esas actuaciones excepcionales no alcanzan ni el uno por ciento de sus comparecencias, porque Guardiola no solo es Guardiola, sino que interpreta a Guardiola. Le importa

mucho su imagen y es consciente de que, además de entrenador, ostenta una representación institucional. El traje con el que dirige los partidos es indicativo de algo más que de su gusto por la ropa. Pero Guardiola sí ofreció una entrevista. Fue al Banc de Sabadell, con el que realizó una campaña publicitaria. La entidad bancaria se aprovechó con mucha habilidad de su silencio individual para presentarla como una exclusiva en las páginas de los periódicos. De todos los titulares que ofrecía, posiblemente el que mejor lo definía era el siguiente: «Al final, de lo que se trata es de sentirse querido». Por eso Guardiola necesita al Barça en la misma medida en que el club ha interiorizado su necesidad por este entrenador. Es la historia de un amor correspondido, pero no eterno.

Me atrevo a decir que esa correspondencia con la afición, con la masa social del Barcelona, es mayor en el caso de Guardiola de lo que nunca lo fue con Johan Cruyff, un personaje crucial en su historia, pero cainita. Guardiola, sin embargo, no se explica a sí mismo sin el Barça de la misma forma que no lo hace sin Cruyff, al que llama coloquialmente *Déu* (Dios). En sus reflexiones, ha llegado a reconocer que sin el paso del holandés por el Barcelona no sería quién es, no existiría como tal. Lo hizo en una larga conversación que mantuvimos durante el verano de 1994. Ese año coincidí con Guardiola durante toda la temporada, dado el seguimiento que realicé del Barcelona hasta la final de Atenas, mi presencia en la concentración de la selección española durante el Mundial'94 en Estados Unidos y la cobertura de la pretemporada posterior del conjunto azulgrana, en Holanda. La final europea perdida contra el Milan fue un punto de inflexión, un indicador del crepúsculo de un ciclo que pocos intuían entonces de una forma tan cruda. Ni siquiera Guardiola. En el pueblecito de Doorwerth conversé con el actual entrenador azulgrana sobre su formación y su fútbol, y fui testigo de los consejos que ofrecía a Jordi Cruyff. No eran hijos del mismo padre, pero sí de una forma de entender el juego que, en lo sustancial, no ha cambiado; solo ha evolucionado.

—Cuando era un niño y jugaba en el pueblo, en Santpedor, veía a los jugadores de los equipos del Barcelona y me parecían tremendos. Eran altos y fuertes. Jugaban bien, sí, pero por encima de todo privaba su fortaleza. Ahora te acercas al Camp Nou y la mayoría son pequeños, pero tienen una calidad grandísima. Esa es una gran aportación del místico. Busca un tipo de futbolista: extremos pequeños pero rápidos y hábiles en el uno contra uno; el 4, el conductor de juego, que toque bien; el 6, el pivote, que reciba bien de cara y tenga una buena llegada; los interiores, que tengan sobre todo buena colocación; los marcadores, rápidos y fuertes —explicaba el que ya entonces era el dueño del 4, la gran patente de La Masía, después de conquistar cuatro Ligas y la primera Copa de Europa en la historia del Barcelona.

—¿Pensaba que llegaría hasta aquí, y tan rápido? —pregunté a Guardiola.

—Si me lo hubieran dicho cuando jugaba contras las paredes en el pueblo, nunca

lo habría creído. Con once años, me llamaron para hacer la primera prueba en el Barça. Jugué un partido y no toqué la pelota. Tuve una segunda oportunidad. Igual de mal. ¡Y una tercera! Esa vez sí, marqué dos goles, jugando en el centro del campo. Me llamaron para fichar y lo hablamos en casa. Mi padre estaba serio, pero orgulloso; lo sé. En mi familia no había antecedentes de hombres que se hubieran dedicado al fútbol. El traslado a La Masía fue algo fascinante para mí, un chico del pueblo. Fue como independizarme con trece años. Cuando empecé, en infantiles, me colocaron de extremo, pero era débil, pequeño, y me costaba mucho. Fue Antonio Olmo quien me pasó al centro del campo.

«Si Cruyff y Charly no hubieran estado en el Barcelona, yo nunca habría llegado al primer equipo. Nunca fui a las selecciones hasta la sub-21, una prueba de que no destacaba para los técnicos.» «Cruyff era didáctico, te enseñaba a jugar a partir de tus aptitudes y carencias. Donde otro técnico te decía que saltaras y chutaras, él te decía: “No saltes, que es más fuerte que tú”.» —¿Se adaptó bien al puesto?

—¡Qué remedio! Si no te adaptas, no sobrevives. Como tenía menos físico que los demás, debía pensar más rápido, tocar más rápido, no chocar. De esa forma te vas formando inconscientemente, te adaptas a tus déficits. Si alguna vez choco mucho con otro mediocentro o marcador, es que he hecho algo mal, está claro.

—¿Cómo llegó su paso al primer equipo?

—Por la decisión del padre de este señor —señaló a Jordi Cruyff, sentado junto a nosotros, que atendía a la conversación, callado—. También de Charly, que hablaba entonces muy bien de mí, cuando jugaba en el filial que dirigía Quique Costas. Cruyff impuso que yo fuera titular en el B. Cuando me llamaba a algún entrenamiento con el primer equipo, me hablaba y me corregía constantemente.

—¿Recuerda el primer partido que jugó en el Barcelona?

—Claro. Lo hice ya como mediocentro, bien en mi opinión, pero vino el míster y me soltó: «Lento, muy lento». Pensé: «Ya no vuelvo». Pero volví. Creo que si Cruyff y Charly no hubieran estado en el Barcelona, yo nunca habría sido futbolista del primer equipo. Con Venables, por ejemplo, que tenía un estilo más físico, no habría tenido la oportunidad, seguro. Yo nunca fui a las selecciones hasta que no tuve 19 años. La primera vez fue a la sub-21. Es una prueba de que no destacaba para los técnicos.

—Defina a su entrenador —pedí a Guardiola.

—Diferente, perfeccionista, ofensivo y ganador. Para empezar, es distinto a otros de los entrenadores que he conocido. Es didáctico, porque te enseña a jugar a partir de tus aptitudes y carencias. Donde otro técnico te dice que saltes y luches, él te dice: «No saltes, que es más fuerte que tú...».

En ese momento, interrumpió Jordi la conversación.

—Es cierto. A mí siempre me dice, como soy más débil que los defensas en

general, que intente llegar antes que ellos al lugar donde lo hará el balón, que me anticipe —dijo el hijo del técnico.

—Eso es: anticipación, pensar antes de que sucedan las cosas. Yo he mecanizado tanto mi juego que antes de que me llegue la pelota, tengo más de una opción de pase en la cabeza. Eso me permite hacerlo a un toque. Ahora, en las categorías inferiores eso se ensaya hasta la extenuación —prosiguió Guardiola—. El perfeccionismo lo aprecias en la obsesión de Cruyff por el detalle. No te perdona un mal pase. Cuando llegué, me quitó presión para que arriesgara; me decía que la responsabilidad era de los veteranos. Pero a medida que me consolidaba, eso cambiaba.

—Laudrup se va al Madrid... Eso significa que la relación con Johan Cruyff es difícil —di por supuesto.

—No es fácil, lo admito, pero si entras en su dinámica, creces y te enriqueces como jugador de una forma increíble. Un ejemplo de la mentalidad del místico es que si te duele una pierna, no puedes pensar en la pierna. En el fondo, es cierto que todo depende de tu capacidad mental, con unos límites, claro. Cruyff quiere que vivamos permanentemente por el fútbol. Todo lo que nos ocurre tiene que dejar de ser importante en el momento de saltar al campo. Es que tuve mala suerte, es que me dieron un mal pase... Nada de eso, aquí no sirve.

«Mecanicé tanto mi juego que antes de que llegara la pelota, tenía más de una opción en la cabeza. Eso se ensaya hasta la extenuación en las categorías inferiores.» Después de aquella charla, que se prolongó con cuestiones más coyunturales sobre las incorporaciones al equipo y la situación de la Liga, Guardiola, nacido en 1971 en la Cataluña profunda, jugaría siete años más en el Barcelona hasta su marcha voluntaria al Brescia italiano, para completar un total de once temporadas en la primera plantilla, además de consolidarse como internacional con España, especialmente a partir de la llegada de José Antonio Camacho al puesto de seleccionador. Conocería a otros técnicos y otras interpretaciones del juego que le ayudarían a completar su formación, aunque ya entonces se expresaba con rotundidad sobre su credo futbolístico.

—El Milan nos barrió en Atenas, es cierto, pero no por eso me van a quitar de la cabeza mi idea del juego, la que me ha permitido ser lo que soy —concluía Guardiola—. Me gustaría conocer a Arrigo Sacchi, trabajar con él para observar su aplicación de la zona, cómo lo consigue. Pero yo creo en lo que hacemos, en este juego con el que el Barcelona ha ganado muchísimo. Si algún día quiero entrenar, este será mi camino.

El aludido no escuchó la dedicatoria de quien no solo era ya entrenador del Barcelona, sino que se encontraba en el momento cumbre. Cuando vio llorar a Guardiola y, sucesivamente, a su mujer, Evarist Murtra decidió apagar la televisión y poner música para relajar tanta emoción comprimida durante la final de la Copa



Mundial de Clubes, disputada en Abu Dabi en 2009. Habían pasado quince años desde aquella charla en Doorwerth y el Barcelona levantaba el sexto título en el mejor año de su historia. Unos minutos después, quienes lloraron atronadoramente fueron los teléfonos, en busca de uno de los personajes que mejor podían interpretar la intimidad del éxito. «No se puede poner», contestaron.

Después de acceder a nuestro encuentro, Murtra insiste en que no quiere que nada de lo que diga pueda interpretarse de forma partidista. En aquel momento, el Barcelona se abocaba a un proceso electoral. Desde los tiempos del Grup d'Opinió, plataforma de la que formó parte junto a ilustres barcelonistas como Ricard Huguet o Enric Llaudet, había estado en la oposición de José Luis Núñez pero también en sus directivas, al lado de Lluís Bassat y frente a Joan Laporta en la lucha por las urnas, hasta que aceptó, finalmente y solo por un tiempo, integrarse en la junta laportista. Lo justificó desde el convencimiento de que el Barça debía de ser una suma de voluntades, y de que sus luchas por el poder habían de ser entendidas como las primarias de un partido, no más. En su último paso por el club, fue clave en dos decisiones de gran calado: la apuesta por Guardiola y el acuerdo con Unicef. Ya en la sesentena, representa a la cuarta generación de Industrias Murtra, un negocio textil que sobrevive desde la calidad y la confianza, la misma que le inspira la llamada de un amigo común para hablar sin temor de Guardiola. «Pep dice siempre lo que piensa y hace siempre lo que dice», empieza, como si tuviera bien aprendida la frase, como si se tratara de un eslogan.

Sentir, decir y hacer son, en su opinión, las tres palabras que definen al técnico azulgrana, apasionado pero pragmático en sus decisiones, en continuo aprendizaje, hiperactivo y obsesivo. Se conocían, pero conectaron realmente en Italia. Guardiola jugaba entonces en el Brescia y Murtra tenía una empresa en Bérgamo. «Fue cuando decidimos integrarnos en la candidatura de Bassat. Lo primero que me impactó fue su independencia y el hecho de que no fuera nada sectario, ni rencoroso, y eso no es fácil en el entorno azulgrana, donde siempre te hacen elegir: entre Suárez y Kubala, entre Cruyff y Rexach, entre Laporta y Rosell... Pep no trocea la vida del club en función de sus conveniencias», explica, con un cigarrillo en la mano. Tras su polémico apoyo a Laporta ya como entrenador, interpretado como un desprecio por parte de su sucesor, el técnico habló de un problema sociológico del club, como señala Murtra. «Lo segundo fue su ausencia total de codicia —prosigue el empresario—. Él iba a ser director deportivo y yo vicepresidente con Bassat, por lo que me dijo cuál sería su proyecto. Me di cuenta de que teníamos poco dinero para el *staff* técnico, y me contestó: “Si los dos primeros años no he de cobrar, no cobraré”. Pero el socio no nos eligió.»

**Evarist Murtra:** «Pep siempre dice lo que piensa y siempre hace lo que dice. Es

una esponja.» Algo parecido le dijo años después a su representante, José María Orobitg, cuando recibió la oferta de dirigir al filial: «Firma sin preguntar por el dinero». Murtra fue decisivo para que Guardiola tomara la alternativa en el banquillo, a punto de malograrse por una cita con el dentista. «Txiki (Begiristain), entonces director deportivo del club, había propuesto a Luis Enrique como técnico del B y, como llegué tarde a la reunión, al salir le dije que llamara primero a Pep, porque sabía que quería entrenar. Pero le advertí: “Hazlo antes de hablar con Luis Enrique, porque si sabe que lo has hecho con él, no aceptará”. Me hicieron caso», recuerda. Realmente, Guardiola estaba como loco por entrenar y en más de una ocasión se había preguntado junto a personas de su entorno por qué él no podía dirigir al Barcelona o por qué Míchel no podía entrenar al Madrid.

«Todo ha sido un desafío desde su llegada. Lo fue trasladarse a la Ciudad Deportiva, que parecía maldita en el Barça; lo fue decidir no ofrecer entrevistas individuales y lo fue viajar el mismo día de los partidos», prosigue Murtra, muy refractario a aparecer en los medios de comunicación. Tenía tanta prisa Guardiola por ocupar su nuevo cuartel de entrenamiento en Sant Joan Despí que el club le ofreció ir antes de acabar el campo del primer equipo y mientras tanto ocupar el del filial interinamente, a lo que se negó. Entendió que eso suponía infravalorar el trabajo del B, a cuyos mandos estaba ya Luis Enrique, antes de iniciar su aventura en la Roma.

**Xavi Hernández:** «Es un *malalt*, un enfermo, un enfermo... Se machaca 24 horas, pero a nosotros, lo justo: *plis, plas* y vamos.» «Durante su etapa en el filial se ganó a todo el mundo, desde la directora general hasta el que cortaba el césped, porque era el primero en llegar y el último en irse», añade un personaje convertido en una especie de *consigliere* del entrenador. Una hiperactividad que llegó a preocupar a los padres del técnico, Valentí y Dolors, y que Xavi Hernández, que siempre lo tuvo como modelo, define con humor: «Es un *malalt*. Está enfermo, enfermo... Se machaca las 24 horas, pero a nosotros, lo justo: *plis, plas*, y vamos». Después de una vida en el vestuario, conoce la naturaleza del futbolista como para saber que es receptivo a mensajes cortos y directos, pero reacio a las disertaciones tácticas, en general. Por eso utiliza imágenes, vídeos fragmentados y conceptos simples y claros. En una ocasión bromeó con Míchel, cuando este dirigía al Getafe, al decirle que, afortunadamente, a sus jugadores tenía que decirles muy pocas cosas. Muchas de las veces que recibe un SMS de felicitación, suele responder: «Es que son muy buenos». Antes de su primera final de Champions como técnico, frente al Manchester United en Roma, encargó un vídeo de siete minutos con imágenes de la película *Gladiator*, el Coliseo romano y el estadio donde se desarrollaría el partido, combinadas con acciones de los futbolistas azulgranas. Solo puso una exigencia: que aparecieran todos los integrantes de la plantilla. El vídeo empezó por los tres porteros, los tres.

Eto'o y Ronaldinho fueron señalados por Guardiola nada más llegar al puesto para abandonar el vestuario. El brasileño, ya adocenado, lo hizo de inmediato, y el camerunés un año después, a pesar de contribuir con un gol a la primera Champions de la era Guardiola. La llegada de Ibrahimovic, una petición suya, tampoco frugó. Fue un error, porque además de su difícil adaptación al juego azulgrana, el divismo del sueco se vio aislado en el vestuario y comprometió el único apetito insaciable que tolera Guardiola: Messi. Ha modificado su posición, lo ha optimizado, pero sabe que el argentino habita en un mundo psicológico que se debilita sin la pelota. Messi admitió durante una entrevista que mantuvimos en la Ciutat Esportiva que «si no juego, me vuelvo loco». *Ibra*, que llama al técnico el «filósofo», dijo que únicamente puede dirigir a jugadores dóciles. Guardiola, que no respondió, seguramente los calificaría de otra manera.

Manel Estiarte, exjugador de waterpolo y amigo personal incorporado por el técnico a su círculo de confianza en el club, confiesa sentirse derrotado en su intento de que el técnico se dosifique: «Es incapaz de delegar. Quiere controlarlo todo tanto que pierde demasiada energía. Se lo digo, pero no siempre me hace caso». Estiarte añade: «No soportaría todo esto sin su estabilidad familiar, sin su compañera, que es mujer y madre a la vez». Murtra define a Cristina Serra, a la que el técnico conoció en la tienda de ropa de su familia política, como «una mujer excepcional, base de un núcleo familiar sólido, levantado en torno a principios y valores muy claros. Es su escudo». Lo que lamenta Estiarte no tiene, según Murtra, solución: «Todo lo que haga lo hará igual, porque es su forma de ser. Cuando jugaba al fútbol, ya era así; cuando empezó con el golf, lo mismo. Es cuestión de autoexigencia». Durante el tiempo en que estuvo fuera del club, desvinculado del fútbol, Guardiola preparó una serie de entrevistas por encargo del empresario audiovisual Jaume Roures que nunca se llegaron a emitir. Entre ellas, una a José Luis Rodríguez Zapatero. El día que debía hacerla, lo encontré en Madrid. Llevaba numerosas notas, estaba ansioso y le recriminaba al cámara que hubiera llegado unos minutos tarde.

**Manel Estiarte:** «No soportaría todo esto sin su estabilidad familiar, sin su compañera, que es mujer y madre a la vez.» Guardiola comparte con su pareja el gusto por los libros y por la moda. La amistad con el cineasta y escritor David Trueba le ha acercado además a numerosos textos, aunque a menudo bromea con que se exagera su fama de lector. Es cierto. *Saber perder*, del propio Trueba, o la excelente biografía del matador Juan Belmonte escrita por Manuel Chaves Nogales en los años 30 —una interesante reflexión sobre el éxito—, acompañaron el gran año que concluyó con el Mundialito de clubes. El interés por otros mundos responde, de hecho, a una curiosidad insaciable, a la certeza de que la enseñanza más insospechada puede tener una aplicación, como si se sintiera capaz de meter la vida en un campo de

fútbol. Es posible que Guardiola se observara en algunos pensamientos de un Belmonte que también reflexionó sobre el conjunto de la existencia sin salir mentalmente de la arena. Y es, como dice Murtra, una prueba de la ausencia de sectarismo que este símbolo de la Cataluña actual, agasajado por las autoridades que prohíben las corridas de toros, buscara, bien aconsejado, experiencias en la vida de un matador. «Yo era lo que ellos querían: bueno o malo, valiente o cobarde, feo o guapo, simpático o antipático, según pretendían la imaginación y el fervor de aquellos millares de seres que hacían de mí el objeto de sus discusiones y apasionamientos, de su capacidad para elaborar leyendas y hasta de lírica inspiración. Yo no solo era yo, sino también algo de cada sevillano. Se hizo de mí una figura patética, en la que cada cual veía el atributo de su propio patetismo (...). Llegué a odiar mi popularidad, carga terrible echada por el éxito sobre mis hombros», explicó a Chaves Nogales el propio Belmonte, un hombre, asimismo, de formación autodidacta que llegó a compartir mesa con Ramón María del Valle-Inclán, Ramón Pérez de Ayala o el pintor Julio Romero de Torres. Eso lo conecta al entrenador azulgrana.

Miguel Ángel Lotina recuerda en estas mismas páginas que, como jugador rival, Guardiola le preguntaba por sus decisiones tras los partidos. Murtra asiente: «Es como una esponja que se ha enriquecido de todos los entrenadores que ha tenido, en el Barcelona, en la selección o en el extranjero. Los tipos inteligentes aprenden cuando salen de casa». Durante mucho tiempo, Guardiola se sintió marcado por las debilidades defensivas, por lo que ha valorado mucho su aprendizaje en Italia. Descubrió claves nuevas con Carlo Mazzone en el Brescia, por el juego y por las sensaciones de tener que luchar para sobrevivir en la categoría, y supo del valor de las jugadas episódicas en su breve convivencia con Fabio Capello en la Roma. Fue en el *calcio* donde sufrió su peor trance profesional, al dar positivo por nandrolona en un control antidopaje. Defendió su honor hasta las últimas instancias judiciales y años después, ya retirado, fue absuelto de la acusación por el Tribunal de Apelación de Brescia. Ha definido ese capítulo como una de las luchas más importantes de su vida.

José Antonio Camacho, que lo dirigió en la selección, dice, ufano, que le encanta observar en el Barcelona conceptos que practicaban en el equipo nacional. El propio Guardiola decidió, asimismo, acudir a Argentina para entrevistarse con César Luis Menotti y Marcelo Bielsa, quien lo recibió en su rancho de Rosario. Hablaron de fútbol durante once horas con asado de por medio, según relató en *El País* David Trueba, testigo del encuentro. «¿Por qué usted, que conoce toda la basura que rodea el mundo del fútbol, el alto grado de deshonestidad de cierta gente, aún quiere volver ahí, y meterse además a entrenar? ¿Tanto le gusta la sangre?», le preguntó *el Loco* Bielsa, siempre según Trueba. Guardiola contestó: «Necesito esa sangre». Ha discutido, asimismo, largamente sobre la teoría del caos y su plasmación en el fútbol con Juan Manuel Lillo, con el que coincidió en su último equipo, los Dorados de

Sinaloa, en México, tras dejar Catar. Incluso pidió asistir a algunos de sus entrenamientos cuando el preparador vasco dirigía al Murcia. Lillo fue su arriesgada pero firme recomendación para entrenar al Barcelona, cuando formaba parte junto a Murtra de la candidatura de Bassat. Pasado ya mucho tiempo desde entonces, el empresario textil no se pronuncia sobre el futuro de Guardiola: «Le he oído decir que no hay ningún club que le pueda ofrecer tanto como le ofrece el Barça. La institución tiene que seguir seduciendo a personas como Pep. Si no, perderemos valor añadido. Eso dependerá de las personas que la dirijan, claro». Si tuviera que elegir, Murtra lo tiene claro: «Un Guardiola en los despachos».

Murtra pudo observar a Guardiola, aunque fuera solo por un día, mucho más arriba de lo que predecían sus deseos. Aunque no parece ninguna entelequia pensar que el técnico, si alguna vez se cansa del campo, cumpla el trayecto que lo llevaría de jugador de las categorías inferiores e interno en La Masía hasta la presidencia del Barcelona. Sucedió dos años después, en el Parlament de Catalunya, donde fue distinguido con la máxima condecoración de la institución, con todos los representantes del gobierno autónomo y los diputados a sus pies. En tiempo de crisis, nada mejor que un gran héroe deportivo para contrapesar con su imagen el descrédito de la clase política. La ceremonia estuvo precedida por breves discursos, entre ellos uno de Murtra, aunque su aquejada y cavernosa voz impidió que se escuchasen con nitidez sus palabras. La afonía distingue a los conversadores y a los entrenadores infatigables, esos que siempre encontrarán a un Guardiola dispuesto. Cuando le llegó el turno al homenajeado, rompió rápidamente el lenguaje del protocolo para definirse a sí mismo y explicar su trabajo en un discurso de once minutos. Solo dos veces pronunció la palabra «país», en referencia a Cataluña, pero sin que su parlamento tuviera, en absoluto, un contenido nacionalista, algo que defraudó a algunos sectores. Para otros colegas, en cambio, habló demasiado de sí mismo. Siempre en debate.

Guardiola nunca ha escondido, pero tampoco exhibido, una catalanidad que siente profundamente. Representó a la selección española absoluta en 47 ocasiones y, si no lo hizo más veces, fue por las lesiones o el criterio de los seleccionadores. La era Clemente favorecía un perfil distinto de futbolista. Cuando se le preguntaba si habría representado a Cataluña internacionalmente, contestaba afirmativamente, sin esconderse, siempre que ese supuesto se hubiese dado. «Si soy catalán y Cataluña jugara, es lógico que lo hiciera», decía. La pregunta-trampa ha perseguido a los deportistas catalanes, tanto en los medios locales como nacionales, de forma ventajista. Lo mismo a Guardiola que a Estiarte, campeón olímpico y mundial de waterpolo con España, o que a Xavi o Puyol. La contribución de todos ellos a España, sin embargo, es sobresaliente. De su época como internacional, a Guardiola no solo le quedan enseñanzas, sino también amigos, como Raúl González, otro

personaje que vive el fútbol con la misma intensidad y con el que intercambiaba experiencias, de barcelonista a madridista, o Kiko Narváez, que cariñosamente aún le llama *Pepino*. Cuando sonaba el himno y los internacionales estaban formados, se cuestionaba si su pose, mascando chicle, era la más adecuada, por lo que hasta el rey Juan Carlos bromeó con Guardiola durante una visita oficial a Catar, cuando jugaba en Al-Ahli de Doha. En ocasiones, el técnico ha reflexionado acerca de cómo viajar y vivir en otros lugares del mundo cambia la perspectiva.

Ese día de septiembre de 2011, en el Parlament, Guardiola empezó por decir que sus conocimientos, los que empleaba en el desempeño de la profesión de entrenador, no le pertenecían, que eran patrimonio de todos los entrenadores y jugadores con los que había coincidido a lo largo de su carrera, desde el desaparecido Oriol Tort, alma de las categorías inferiores, a Cruyff, además de otros, como el preparador físico Paco Seirul.lo, que diseñó un plan especial para que mejorara su físico en su etapa inicial como futbolista. Defiende, por ello, el valor didáctico del entrenador, no solo competitivo. Seirul.lo continúa todavía en el *staff* del Barcelona, cerca de Guardiola, cuyo equipo de trabajo está diseñado en base a la preparación, pero también en la confianza y la complicidad. Tito Vilanova, su segundo, estuvo con Guardiola en La Masía. El técnico convenció, asimismo, al preparador físico Lorenzo Buenaventura para que abandonara Cádiz, a lo que se resistía, y se trasladara a Barcelona. Un año antes, Buenaventura, un personaje de extrema confianza para los profesionales del fútbol, con pasos por varios clubes españoles y la selección argentina, había rechazado ofertas del Real Madrid y del Manchester United.

«Me encierro en mi despacho, en los sótanos del Camp Nou. Veo vídeos de los rivales, apunto cosas hasta que digo: “Cojonudo, ya lo tengo, mañana ganamos”. Ese instante da sentido a mi vida.» «Solo me imputo —dijo Guardiola ante los políticos— un mérito, y es que adoro este oficio.» Se refirió a los instantes mágicos, a esos momentos en los que se encierra en su despacho, en los sótanos del Camp Nou, para ver vídeos de los rivales. «Apunto las cosas buenas de los equipos a los que nos enfrentaremos, también los defectos, hasta que llega un momento en que digo: “¡Cojonudo!” Ya lo tengo. Mañana ganamos», explicó, antes de asegurar: «Ese instante da sentido a mi vida». Lo extrapoló a todas las profesiones, incluso citó a su padre, *paleta*, albañil. Valentí es un referente en la vida del técnico, como el hijo que, a cada éxito, piensa qué sentirá su padre. Desde que se hizo cargo del filial, Valentí ha asistido a numerosos partidos. En el palco de San Mamés le hizo una confidencia al expresidente del Athletic de Bilbao, Fernando García Macua: «Si alguna vez dejara el Barça, en España mi hijo solo entrenaría a vuestro equipo». Como a muchos de los enamorados del fútbol, a Guardiola le encanta la atmósfera de San Mamés y da a su modelo no solo el valor de la tradición, sino de la audacia. Es un fanático de la cantera porque se observa a sí mismo en cada joven futbolista de las categorías

inferiores. Son muchos los entrenadores que conservan ese pequeño sueño de dirigir al Athletic. Manolo Preciado lo confiesa más adelante.

La pregunta de saber cuándo y dónde está el final, de cómo anticiparse, de la misma forma que hizo como futbolista en el club azulgrana, le persigue constantemente, convencido de que quienes lo adulan y lo idolatran luego lo devorarán. Cuando se mira al espejo, se observa consumido, con menos pelo, y se dice: «Se acabó». Pero continúa deleitado por los que considera los mejores futbolistas, campeones de todo, de Europa y del mundo, con sus clubes y con la selección. Lucha contra sí mismo y contra el síndrome de Stendhal, al preguntarse si es posible mejorar la obra. Cuando no lo crea, abandonará.

Guardiola concluyó con una aleccionadora y polémica frase en el Parlament: «Si nos levantamos temprano y nos ponemos a trabajar, sin quejas ni excusas, somos un país imparable». A no quejarse, añadió, le enseñaron en el deporte, en el «microclima de un equipo de fútbol, donde aprendes a ganar y a perder, y a saber que si pierdes es tu responsabilidad. También aprendes a aceptar que un entrenador te diga que no juegas». El fútbol, pues, le hizo el hombre que es, compuso una escala de valores que se repite a diario como un monje en maitines. Sostiene que no es un ejemplo de nada, pero le preocupa mucho su ejemplo, su equilibrio. José Mourinho lo sacó de sus cotas, lo llevó al límite y lo obligó a interpretarse como menos le gusta. La presión ya le había llevado a otras salidas de tono, a la tentación del victimismo de un «pequeño país». Pero nada como el día en que calificó a Mourinho como el «puto amo». Se sentía acosado, con un equipo justo de fuerzas, y se sentía sobre todo solo, junto a sus jugadores, sin el apoyo institucional de su club. No fue, pues, una actuación improvisada. Eligió un lugar, el Bernabéu; el día, antes de las semifinales de la Champions, y hasta el idioma, en castellano. «A las 8.45, ahí fuera te espero», retó a *Mou*. Acabó como más difícil parece imaginar a Guardiola. Aunque, en realidad, ese otro Guardiola se encuentra dentro del entrenador y está convencido de un viejo dicho de su tierra: «Dos veces bueno, en catalán, es bobo».

Hasta la llegada de Cruyff al banquillo, Guardiola se crió en un barcelonismo temeroso y victimista, donde el bueno y el bobo se confundían y para el que el Madrid era el *leit motiv*, el principio y el fin que justificaba todo lo demás. Un triunfo ante el enemigo podía poner buena nota a una temporada gris. Frente al rey de Europa, fuera o no en blanco y negro, el Barcelona cargaba las frustraciones de Berna y de Sevilla, y rehabilitaba de forma recurrente el caso Di Stéfano para alimentar el enfrentamiento. Eran los tiempos del miedo y el odio al Madrid. Lo primero ha desaparecido; lo segundo, pervive, ahora con caminos de ida y vuelta, como un episodio principal del cainismo nacional, como en el cuadro de Goya.

La dinámica profesional suele licuar ese tipo de percepciones, sobre todo en las mentes más abiertas, porque la rivalidad no está reñida con el reconocimiento. En una

conversación con Raúl González, a la pregunta de qué se podía aprender en el fútbol que uno pudiera enseñar a sus hijos, me contestó: «El fútbol te enseña que puedes aprender algo de todos los que tienes alrededor, compañeros y rivales, si los observas sin odiarlos». Su primer gol como internacional lo consiguió Raúl a pase de Guardiola. La sintonía fue inmediata, hasta el punto de que el técnico del Barcelona consideraba al delantero madridista como el jugador más importante en la historia del fútbol español. Ahora que dirige a la mejor generación, quizás haya cambiado de opinión, o quizá no. Raúl, todo movimiento en el campo, siempre sintió que el dinámico juego azulgrana representaba aquello que ansiaba en un campo de fútbol. Cuando en pleno cruce de acusaciones desde el Madrid al rival por presuntos favores arbitrales, preguntaron al capitán del Madrid, en su última etapa en el club, contestó: «Lo que el Barcelona tiene se lo ha ganado en el terreno de juego».

En una ocasión, Cruyff mandó a Guardiola marcar a Butragueño, otro de los futbolistas que siempre le parecieron únicos. No era la primera vez. El actual entrenador azulgrana también llegó a actuar como libre en un partido contra el Bayern en Múnich. Durante su formación y llegada al primer equipo, mostraba su admiración por *la Quinta del Buitre* como colectivo y posteriormente ha valorado en gran medida su aportación a la evolución del fútbol español. Se ha enfrentado en los banquillos a Michel, con el que comparte una forma de entender un gran club. Uno se observa en el otro. El exjugador y exentrenador del Getafe me ha hablado mucho de Guardiola, al que interpreta sobre el campo. Observar con Michel un partido es como presenciar el trabajo de un cirujano en la sala de operaciones. Anticipa muchas de las cosas que van a suceder. En una ocasión me dijo que había escrito un artículo sobre cómo Guardiola debía sentirse, sobre sus futbolistas y sobre su evidente desgaste. Pedí a Michel incorporarlo a este trabajo por su valor, pero también como una muestra de cómo la rivalidad del fútbol es capaz de desprenderse de los peores instintos.



## **Pep o cómo sobrevivir al éxito**

*Por Michel (Este artículo no se ha publicado hasta ahora)*

Cuando te toca lidiar con ellos, a pie de campo, o te pones delante de la televisión para ver un partido del Barcelona, te preguntas: ¿Serán tan buenos o es solo producto de mi imaginación? Deben de serlo. No hay más que analizarlos sin pasión, echar un vistazo a su hoja de servicios o descifrar sus secretos para llegar a la conclusión de cómo coquetean con la perfección. A Pep se le cae el pelo, pero no por lo que mina a la mayoría de los que habitamos en el universo del entrenador, sino por el placer, a pesar de no controlarlo todo. Por si fueran pocas sus virtudes, la ayuda de la tropa está garantizada, tanto como para dormir a pierna suelta, aunque su voraz inquietud no lo consienta. Estoy convencido de que está en vela continua, porque prefiere no cerrar los ojos, no vaya a ser que todo fuera un sueño. Debe sospecharlo cuando se mira en la soledad del espejo.

Sus futbolistas juegan sin pudor y sin reparos, sin alardes pero con las dosis justas de ternura y decisión. Cada partido es un concierto sublime de prestaciones al servicio del equipo, sin fisuras egocéntricas. Nadie es mejor que nadie si no fuera por quien tiene a su lado. La única sospecha, la única duda es si el hambre por la grandeza continúa en el orden del día después de haberlo ganado todo. Vencer cansa cuando te examinas continuamente frente a ti mismo.

El Barça tiene un enemigo y está en su casa aunque no lo sospeche. Mejorar lo inmejorable no es de este mundo; mantener la motivación de quien ya se excita menos con el éxito, algo inevitable y humano, es el reto de Pep. No tengo duda alguna sobre las cualidades escondidas de este entrenador, sobre su permanente examen de superación, su capacidad para afrontar pruebas que no existen siquiera en los escritos comunes. No hablo de volver a la cima, sino del gusto por seguir en ella sonriendo. En esa nueva empresa se juega algo más que el flequillo. La hoja de ruta la escribe Pep, y me da la impresión de que en ella hay menos notas de tácticas y formaciones que de motivación e ilusión. Ellas también ganan campeonatos y mantienen vivos a los equipos.

# José Mourinho

*Después de Dios, yo*

—José, ¿tú no has viajado con tu mujer?

—Están todos locos, con sus mujeres en Londres y las tarjetas de crédito en el bolso.

Mourinho me contestó con la misma acidez que años después acompañaría su devenir por el éxito. Esperábamos las maletas, a pie de la cinta de una de las terminales del aeropuerto de Heath-row, donde acababa de aterrizar la expedición del Barcelona para enfrentarse al Arsenal en un partido de Champions. Mourinho no era entrenador, no era rico, no era popular, ni siquiera era *Mou*, ni mucho menos *The Special One*. Pero ya era como es ahora: reservado y distante, aunque con una tremenda seguridad en sí mismo. Era, en realidad, el *chico Martini*, como jocosamente le llamaban algunos integrantes del vestuario azulgrana por su aspecto de gigoló. Quizá le importara ese menosprecio, pero hacía esfuerzos por demostrar lo contrario. Había llegado al Barcelona de la mano de Bobby Robson en uno de los peores momentos para el club, en el año I después de C. La sucesión de Johan Cruyff y el crepúsculo del nuñismo fue una etapa traumática y guerracivilista; la peor para llegar al Camp Nou. Robson nunca entendió dónde estaba. Mourinho lo interpretó mejor, pero siempre sin galones, en la segunda línea. Soportó habladurías de mal gusto acerca de su relación con el desaparecido técnico inglés, y un cuestionable trato profesional por el estatus que debía de tener en el club. El Barcelona se negaba a darle la condición de ayudante exigida por Robson, por lo que le ofreció el rol de traductor. De hecho, para eso lo llamó el Sporting de Lisboa cuando contrató al entrenador británico, pero el paso posterior de ambos por el Oporto dimensionó su labor técnica. Robson solía asombrarse de la rapidez y acierto de sus análisis en el banquillo.

De traductor hizo, sin embargo, en la primera entrevista que realicé a Robson en Barcelona. Fue en el *hall* del hotel Princesa Sofía, propiedad del entonces vicepresidente Joan Gaspart, donde técnico y asistente se alojaron a su llegada. Desganado y algo displicente, daba las respuestas ciertamente a su manera. En realidad, las mejoraba en función del contexto, hacía mejor a Robson. Era listo. Me preguntó, al mismo tiempo, algunas cuestiones sobre la ciudad, porque una de sus preocupaciones era cómo se adaptarían su mujer, Matilde, y la niña que acababan de tener. Quería tenerlas lo más apartadas posible de su actividad cuando todavía podía andar por la calle de forma anónima. Años después, en Madrid, recurriría a un servicio de seguridad en una zona residencial.

Era lógico, pues, que *Tami*, como es conocida su esposa en la intimidad, no estuviera aquella mañana en Heathrow, con independencia de las compras. Mourinho la conoció cuando ella tenía 14 años y el entrenador 17. Prácticamente nunca va a los estadios donde juegan los equipos dirigidos por *Mou*, ni sigue los encuentros por televisión, porque, según ha confesado a personas próximas, observa las cosas que menos le gustan de su marido: lo peor. El propio entrenador ha reconocido la escasa atracción que su pareja tiene por su mundo profesional, pero al mismo tiempo la considera fundamental para recobrar el equilibrio en su difícil vuelta a la realidad; como mástil de la unidad familiar, sagrada para el técnico, padre ya de dos hijos, niña y niño. Se trata de un personaje de valores muy tradicionales, que se ha confesado religioso, con especial devoción por la figura de Juan Pablo II y políticamente de derechas.

José Mario dos Santos Félix Mourinho, nacido en 1963 en Setúbal, debe su segundo nombre a su tío, un empresario que poseía una fábrica de sardinas bien relacionado con el régimen de Salazar. Después de la Revolución de los Claveles, en 1975 el negocio fue a menos por las nacionalizaciones y eso erosionó el bienestar de toda la familia. En Portugal, atribuyen a *Mou* la siguiente frase: «Ser de derechas en Setúbal, como lo soy yo, es como ser hinchas del Oporto en Lisboa». *Tami*, por su parte, es hija de un militar que luchó contra las guerrillas en Angola, país donde nació. Los rumores y las publicaciones en la prensa sensacionalista sobre las presuntas infidelidades de su atractivo marido en Portugal, Inglaterra o Italia han sido soportadas con extraordinaria dureza por esta anónima mujer, licenciada en Filosofía. La preocupación por proteger su intimidad es uno de los rasgos que le acerca a Guardiola, aunque, al contrario que el entrenador del Barcelona, detesta la vida social. Fuera del campo, se define como un personaje de perfil bajo, sin apetencia por emplear el tiempo en otras actividades, ni realizar seguimientos permanentes de sus inversiones, preferiblemente a plazo fijo, sin riesgos. José Mari Bakero, que trabajó durante una época en el *staff* técnico de Louis van Gaal, junto a Mourinho, lo define como un personaje «simple». Simple pero ya entonces muy seguro de lo que quería y de cómo pretendía conseguirlo. Habitualmente se atribuye una tutela muy estrecha sobre el técnico a su agente y gran *lobbyista* del fútbol Jorge Mendes. Pero cuando se le pregunta, el representante responde: «Mourinho sabe cuidarse solo».

Hijo de una profesora y de un exjugador, José Mourinho supo muy pronto, ya en la adolescencia, que no tendría una carrera como profesional y orientó su vocación hacia la dirección. El padre pasó a ser entrenador tras su retirada y llegó a dirigir a su hijo en el club Rio Ave. A pesar de los esfuerzos de su madre por dirigirlo hacia el mundo de la cultura, *Mou* obtuvo la licenciatura en Educación Física. Después decidió irse a Escocia para mejorar su preparación y consolidar el conocimiento del inglés, idioma que le acercó a Robson cuando fue contratado por el Sporting de

Lisboa. Entonces sí llegó como traductor, una de las palabras que más detesta.

El Barcelona de Robson, con Ronaldo en sus filas, ganó la Copa del Rey y la extinta Recopa de Europa, pero una derrota contra el Hércules, primado por el Madrid, lo alejó de la Liga levantada por el conjunto de Fabio Capello. Dos títulos, un gran botín, fueron muy poco para un Barça histórico en lo institucional, y es que Núñez necesitaba mucho más para enterrar la figura de Cruyff. Nunca lo conseguiría, a pesar de la llegada de Van Gaal y de dos ligas y un doblete consecutivos. El holandés se marchó como el británico, sin comprender dónde estaba y por qué sucedían las cosas. Van Gaal, continuador de la cultura de Cruyff, aunque en todo lo demás significara su reverso, fue la apuesta desesperada de Núñez, que ideó una componenda para no despedir a Robson. Aplicó al inglés el principio de Peter y lo colocó en una presunta superdirección técnica, con el holandés Van Gaal al frente del primer equipo y Llorenç Serra Ferrer, conocido por los empleados del Barcelona como *el Generalísimo*, al mando de la cantera. Bobby Robson disfrutó de unas excelentes vacaciones, pero la siguiente pregunta era... ¿qué hacer con Mourinho? Lo dejaron como asistente en el primer equipo. El portugués no abrió la boca. Calló y tomó nota, muchas notas. Habló largamente con futbolistas de la cantera que ahora son referenciales y que se consolidaron en la primera plantilla con Van Gaal, como Xavi Hernández, y habló, por supuesto, con Guardiola. En más de una celebración del equipo, aparece abrazado a su lado. Fue el actual entrenador del Barcelona el que recriminó a Luis Fernández en una bronca que tuvo con el asistente portugués, en San Mamés. Cuando le han preguntado por su homólogo, *Mou* ha dicho claramente que es el entrenador ideal para el Barcelona, por su interpretación del modelo y su conocimiento del entorno del club. Es más, quienes sondearon al portugués como alternativa a Frank Rijkaard, cuando el Barcelona de un Ronaldinho adocenado reclamaba mano dura, cuentan que una de las condiciones que pensaba poner era que Guardiola fuera su segundo. No es extraño. Al llegar al Madrid, también solicitó a un exjugador, como había hecho en el Oporto. Fernando Hierro fue la primera opción, pero ante su negativa apareció la solución de Aitor Karanka.

La etapa en Barcelona fue para *Mou* como un máster en dirección de jugadores de alto nivel, a los que ha llamado «animales»; no en sentido peyorativo, sino por tratarse de una especie muy peculiar, con unas claves que hay que descifrar. Lo hizo, además, en un lugar y en un momento en el que pudo percibir lo nociva que resulta para el fútbol la desunión y el deterioro del principio de autoridad. Conoció las entrañas de un Barça al que ha amado y odiado, y al que se enfrentaría como técnico del Chelsea, del Inter y del Madrid. En todo este tiempo, sin embargo, el enemigo ha crecido, ha matado buena parte de sus peores virus. De eso y de otras cosas charló con quien ahora se le enfrenta en los banquillos. En virtud de ese pasado en común, Guardiola lo invocó como *Xose* en el día de la ira, el día del «puto amo». Ambos

creen conocer las debilidades de su némesis, aunque los reversos encajen en alguna parte. Guardiola no se salió de su molde hasta que sus futbolistas le pidieron un poco de *Mou*. Pero la ironía de Tito Vilanova, su segundo, había sabido ya llegar dónde más le duele al portugués, al referirse, en declaraciones a medios de comunicación, a sensibilidades que el entrenador del Madrid no podía comprender por no tener un pasado como jugador. Un dardo directo al alma de quien siempre quiso ser como su padre, en el que piensa tras cada éxito. Aparece ahí otro punto de coincidencia con Guardiola. El dedo en el ojo que cerró la Supercopa cargaba ese rencor, generador de una energía siempre dual hacia el éxito o la autodestrucción.

La frialdad y la combustión son dos polos opuestos de la personalidad de Mourinho, como si la ira acabara por emborronar la construcción de un personaje que va de la proximidad con sus futbolistas a la distancia con el entorno. Ha habido más dedos en el ojo, en términos metafóricos, a lo largo de su carrera. En unas semifinales de la Copa de la UEFA en 2003, agarró por la camiseta a Castroman, futbolista de la Lazio, por lo que fue expulsado. Cuatro años después, la prensa de su país se hizo eco de un incidente que tuvo con un niño que se habría metido, al parecer, con su hija en el colegio. Mourinho habría reconocido posteriormente haberse excedido, según las mismas fuentes. Eduardo Bettencourt, expresidente del Sporting de Lisboa, le acusó de haber deseado la muerte a Rui Jorge, un futbolista de su equipo. Son solo algunos episodios a los que le conduce la presión que Mourinho cree manejar como ninguno. Cuando la contiene, la sufren sus músculos y su estómago. Cuando alcanza su epidermis, se produce el estallido.

En Portugal se contaba el siguiente chiste: «Fallece Mourinho y llega al cielo con rostro de enfadado. Al verlo de esa forma, Dios le pregunta: “¿Qué le pasa?”. El técnico responde: “A mí nada, pero lo que no entiendo es qué hace usted sentado en mi silla”». Personaje de blancos y negros allá por donde pasa, capaz de provocar todas las reacciones menos la indiferencia, su condición referencial en el escenario más mediático que existe, inflama de alguna forma la autoestima de un país que siempre ha mirado a España con desdén y a Europa con distancia. Su compatriota Fernando Pessoa escribió que «el mundo es de quien nace para conquistarlo y no de quien sueña que puede conquistarlo». Es, pues, para los hombres de acción, no para los nostálgicos. Mourinho representa a los primeros en un lugar donde hay demasiados de los segundos. Es su nuevo Magallanes. Se siente muy portugués, está dispuesto en el futuro a realizar un servicio a su país al frente de la selección; pero no quiere vivir en Portugal. Si se realiza una búsqueda en Google sobre José Mourinho aparecen 27,9 millones de referencias. De Pessoa, 12,7 millones. De Durão Barroso, presidente de la Comisión Europea, 757.000. De Pep Guardiola, 8,8 millones. Antes de que ruede la pelota, no hay duda de quien es el número uno. El entrenador azulgrana tenía razón: es el «puto amo».

El balón empezó a hacerlo como realmente quería Mourinho en su país, en el Benfica. Robson le ofreció un puesto en el Newcastle después de dejar el Barcelona, pero el portugués creyó que había llegado el momento de empezar su carrera como titular en el banquillo. Hasta entonces, había respetado siempre las jerarquías, como recordaban en el Camp Nou. Ahora quería definir la suya. En 2000 sustituyó a Jupp Heynckes, pero los cambios en la directiva del club precipitaron su salida. A la temporada siguiente, dirigió al União de Leiria, un modesto al que llegó a situar quinto en la tabla.

Ese trabajo le hizo acreedor de una oferta procedente del hombre más poderoso del fútbol portugués: Nuno Pinto da Costa, presidente del Oporto. A su llegada, revolucionó la preparación y la hizo pública a través de la web del club, con métodos de entrenamiento hasta entonces desconocidos. Hablaba de la «presión alta» que debía ejercer su equipo. Pero sobre todo, dio muestras de la que sería una de sus grandes cualidades como técnico a lo largo de su carrera: la elección del futbolista. Carvalho, Deco o Costinha dieron un salto en su carrera bajo el mando de *Mou*, mucho más competitivos. El Oporto, un club poderoso, con una Copa de Europa en sus vitrinas pero a menudo algo indolente, se convirtió en un equipo tremendamente competitivo. Batió récords en el torneo portugués y volvió a conquistar el principal trofeo europeo, la Champions, ante el Mónaco, después de eliminar en semifinales al Deportivo de la Coruña y antes al Manchester United. En la celebración sobre el césped de Gelsenkirchen, Mourinho se fue al vestuario. En su cabeza estaba ya su siguiente paso.

«Por favor, no me llamen arrogante, pero soy campeón de Europa y pienso que soy alguien especial.» Con esas palabras se dirigió a los periodistas en su primera rueda de prensa como entrenador del Chelsea. Desde entonces, es *The Special One*. Ha dicho que Inglaterra se convirtió en su lugar ideal, adonde algún día le gustaría volver. No es el único de los profesionales del fútbol que muestra su predilección por la Premier League. Para uno de los países del *show business*, además, fue un personaje perfecto. En lo bueno y en lo malo le adoraban. Atractivo, arrogante y triunfador, Mourinho era incluso el álgter ego del mismísimo propietario del club de uno de los barrios más elitistas de Londres. La relación con Roman Abramovich fue de mejor a peor, especialmente cuando el ruso nombró director de fútbol a Avraham Grant, porque Mourinho interpretó que esa decisión menoscaba su autoridad. En todas partes, de hecho, ha sido igual: un insaciable y permanente pulso al poder, porque el portugués considera que es la única forma de alcanzar la unidad de mensaje, clave, en su opinión, para la victoria. A esa regla responde la caída de Jorge Valdano en el Madrid por encima de las cuentas pendientes del pasado. Johan Cruyff, muy crítico con el técnico de Setúbal por el juego de sus equipos, dijo que con *Mou* el Madrid había ganado en una cosa: «Ahora manda uno».

«No me llamen arrogante, pero soy campeón de Europa y creo que soy alguien especial.» Con Abramovich, curiosamente, la relación volvió a mejorar después de su salida del Chelsea, donde lo primero que hizo fue ganarse al vestuario. Con los jugadores, sin embargo, pasó algo similar a lo que sucedió con el presidente. Empezó por impactar a Frank Lampard, uno de los líderes del juego, cuando se acercó al inglés mientras se estaba duchando, desnudo, y le dijo: «Eres el mejor centrocampista del mundo». El futbolista ha contado que ese gesto le hizo multiplicar sus posibilidades. Claude Makelele, en cambio, explicó en sus memorias un cambio de tendencia en el trato. «Es un ganador nato. Sabe cómo utilizarte y cómo motivarte para sacarlo todo de ti. En esos términos es un gran entrenador. El problema es cuando quiere ponerte por debajo. En ese punto es calculador, cruel y ambicioso. Mantenía alejados de los focos a los jugadores; nos emborrachábamos juntos, nos gastábamos bromas. Pero de repente dejó de contar con nosotros y ya solo le valían las nuevas estrellas. Cuando quisimos darnos cuenta, estaba por encima de los jugadores y por encima de la institución. Ya era demasiado tarde», escribió en referencia a la etapa en que coincidieron en Stamford Bridge. El Chelsea ganó dos títulos de la Premier, algo que no había logrado en los últimos 50 años, lo que Mourinho aprovechó para lanzar grandes pulsos a Alex Ferguson, todo un poder fáctico en el fútbol inglés, capaz de presionar a las instancias arbitrales, a la Football Association y hasta a las televisiones para condicionar los horarios. Con él se enfrentó y de él aprendió. Encuentros y desencuentros tuvo con Rafa Benítez o Arsène Wenger, al que calificó de *voyeur*. Para los aficionados ingleses la Premier puede llegar a tener más rango que la propia Champions, pero ni Abramovich ni Mourinho son *british*, y a ambos se les hizo insoportable fracasar en Europa.

**Makelele:** «Es un ganador nato. Sabe cómo utilizarte y cómo motivarte para sacarlo todo de ti. En esos términos es un gran entrenador. El problema es cuando quiere ponerte por debajo. En ese punto es calculador, cruel y ambicioso.» En Milán fue diferente, un ciclo corto y redondo, como en Oporto. Para el Inter, dominador de la deprimida escena italiana después del periodo negro de la corrupción que castigó especialmente a la Juventus y al Milan, el *scudetto* era un premio menor. Mourinho lo sabía pero empezó por conseguirlos porque, en paralelo a los objetivos de los clubes por los que pasa, está su currículum. Quiere ser el primer entrenador que conquiste títulos en las tres grandes ligas: la inglesa, la italiana y la española. Tiene dos, como Fabio Capello o Carlo Ancelotti. También desea levantar tres Champions con equipos diferentes. Posee, asimismo, dos al igual que Ernst Happel, ya fallecido, o Ottmar Hitzfeld. La segunda la alcanzó tras vencer al Bayern de Múnich de su antiguo jefe Van Gaal, en el Bernabéu y después de eliminar al Barcelona con un planteamiento ultradefensivo. El triunfo homologa siempre las formas, y más en el país del

*catenaccio*. Los *tifosi* le adoran, a pesar de que no celebrara el triunfo con ellos, por haberles devuelto sensaciones que la mayoría no había conocido. Entre los jugadores, las conclusiones fueron, por supuesto, diferentes a las que arrojó Makelele. Zlatan Ibrahimovic, al que fue incapaz de domar Guardiola, asegura: «Me hizo obtener lo mejor de mí mismo. Creo que tiene una psicología especial con el jugador. Es un ganador del día a la noche». Marco Materazzi, otro espíritu controvertido, añade: «Ha sido como un padre para mí. Es el mejor entrenador que he tenido. No tengo ninguna duda. Hizo campeón al Inter y a mí me hizo sentirme importante». Para el argentino Javier Zanetti, «es un verdadero estratega que sabe comunicarse muy bien con sus jugadores. Esa es la gran diferencia, su modo de hablar y de relacionarse. Me sorprendió el talento que tiene para dirigir un grupo». Desde *la Grande Inter* de Mazzola, Facchetti o Luis Suárez, al mando de Helenio Herrera, el club no había vuelto a conocer un éxito semejante. Como el Chelsea con la Premier o antes el Oporto, este mesías los había devuelto a la cima de su historia.

**Zanetti:** «Es un verdadero estratega que sabe comunicarse muy bien con sus jugadores. Esa es la gran diferencia, su modo de hablar y de relacionarse. Me sorprendió el talento que tiene para dirigir un grupo.»

**Xabi Alonso:** «Mourinho llega directo a la mente del jugador, como un psicólogo.» El pasado del Madrid, el club más importante del siglo XX, es mucho más pesado, pero Mourinho fue contratado como el único anticristo posible contra el mejor Barcelona que jamás hayamos visto. Una Copa del Rey frente al adversario azulgrana y la sensación de estar cerca del cambio de poderes crearon una adhesión radical el primer año en el vestuario y en la grada pero, como todas las situaciones extremas, engendra riesgos. Xabi Alonso, que ejemplifica el equilibrio dentro y fuera del campo, me dijo durante la primera temporada del portugués en el Madrid que Mourinho era «el entrenador ideal, porque llegaba directo a la mente del futbolista, como un psicólogo». Ese mensaje al unísono, con el Casillas más visceral, decreció al iniciarse el año II de *Mou* en el Bernabéu, especialmente después del dedo en el ojo y una dura entrada de Marcelo a Cesc Fábregas en el Camp Nou que parecía estratégica por el lugar en el que se produjo, junto al banquillo. Los partidos, con dudas en el arranque de la Liga, dictarán la dirección del proceso para el Madrid de Florentino Pérez, sus consecuencias, el éxito o la hecatombe. Lo único cierto es que *Mou* no se detendrá. Lo dejó claro al salir de Portugal: «Si hubiese querido un trabajo fácil, me habría quedado en el Oporto con una espléndida poltrona: la Champions, Dios y, después de él, yo». Con dos grandes títulos europeos ya solo hay un ser a su nivel, y quizá sigue sentado en su silla.



«Aún recuerdo aquel día a la perfección. Eran las tres de la tarde y recibí en mi despacho a Robson y a Mourinho. Núñez y Gaspart le habían prometido al nuevo entrenador que le hospedarían en una casa en Sitges, así que se lo llevaron rápidamente hacia allí. En mi despacho se quedó Mourinho. Entonces entró Paco Seirul.lo (responsable de la preparación física del Barcelona y toda una institución académica en teoría del entrenamiento). Ambos empezaron a hablar sin parar, sentados en el sofá durante más de dos horas, sobre cuestiones técnicas y tácticas con enorme precisión. Insistía Mourinho en que los entrenamientos debían cambiar, que ya no podían ponerse todos a dar vueltas al campo cuando algunos podían necesitarlo y otros no. Seirul.lo admitía que sus conocimientos eran notables. Ni con Helenio Herrera había disfrutado tanto.» Este recuerdo lo trasladó Josep Mussons, exvicepresidente del Barcelona, a los periodistas de *El Mundo* Paco Cabezas y Amadeu García, asombrado por la preparación de una figura todavía sin contaminar, virgen en lo público. En paralelo a su ascenso, sus colegas han elogiado, por encima de todo, la capacidad emocional del técnico portugués para conseguir que los futbolistas de élite lo sigan hasta la extenuación. Quien eso logra, opinan, puede llegar más lejos que el entrenador mejor preparado.

Lo cierto, sin embargo, es que Mourinho también lo está, aunque los efectos colaterales que produce la dimensión del personaje consumen demasiada energía. Llega a los entrenamientos en Valdebebas antes que ninguno. Lo hace horas antes que los futbolistas, pasadas las 7 de la mañana, y muy pronto tiene un resumen de lo que dice la prensa. Además de los servicios del club, posee una persona de confianza para su comunicación personal: Eladio Paramés. De su portavoz han partido informaciones y malentendidos, y quién sabe si intenciones ocultas.

En la plantilla del Madrid, el portugués ha producido situaciones encontradas, buenas y malas. Durante los partidos, sin embargo, su reacción es rápida, inmediata a lo que sucede en el campo. La opinión del sector es que su fútbol busca la efectividad desde la simplicidad, basado en un hecho estadístico que maneja el gremio: la mayoría de los goles en el fútbol se consigue con cuatro o menos toques previos. Con los matices que imponen los futbolistas y los torneos, el juego del Madrid no se diferencia en lo sustancial del de sus anteriores clubes, poderosos físicamente y directos. El contraataque en el que, a menudo, se acomodan sus equipos es consecuencia asimismo de la naturaleza de las plantillas que el técnico confecciona, con independencia de que fuera más acuciado en el Inter y menos en el Madrid o en el Chelsea.

«El todo es mucho más que la suma de las partes.»«Un equipo está hecho de equilibrios: significa jugar bien con y sin balón, jugar bien ofensiva y defensivamente, ser psicológicamente fuertes, ganar partidos, sobre todo los importantes.» Mourinho pronuncia una frase que ha tomado de uno de los grandes

estudiosos del fútbol en Portugal, el catedrático Victor Frade: «El todo es mucho más que la suma de las partes». El libro *Mourinho, ¿por qué tantas victorias?*, publicado en su país y traducido al castellano, desgrana su método a partir de lo que se llama la «periodización táctica», que aborda los cuatro pilares del trabajo de un equipo: físico, técnico, táctico y psicológico. El entrenador portugués los globaliza, convencido de que el modelo de entrenamiento es la antesala del juego, y echa por tierra otros principios como las rotaciones o los picos de forma. Algunos preparadores físicos tradicionales creen que infravalora su labor. «Un equipo está hecho de equilibrios: significa jugar bien con y sin balón, jugar bien ofensiva y defensivamente, ser psicológicamente fuertes, ganar partidos, sobre todo los importantes», dice el portugués.

«No soy el mejor entrenador, pero no hay un entrenador mejor que yo.» Los equipos de *Mou* se han atenido casi siempre a formaciones fijas que han resistido bien los esfuerzos de la temporada, siempre en varios frentes y con un alto número de internacionales. Pero se ha tratado siempre de ciclos cortos, de dos o tres años, tiempo después del cual las plantillas han necesitado periodos de transición. Víctor Fernández, en el Oporto, y Rafa Benítez, en el Inter, sufrieron el día después de *Mou*. Con independencia del modelo de juego, el concepto global del fútbol, basado en las teorías sistémicas, lo acerca a técnicos de los que parece estar en las antípodas, como el propio Paco Seirullo, como Pep Guardiola o Juan Manuel Lillo. Otra cosa son las aplicaciones. Mourinho no se compara con ninguno, porque cree estar por encima de todos los demás y solo por debajo de sí mismo: «No soy el mejor entrenador, pero no hay ningún entrenador mejor que yo». Esta vez, no menciona a Dios.

# REY DAVID EN EL BANQUILLO

Los quebrarás con un cetro de hierro,  
los destrozará como un vaso de arcilla.

SALMOS, 2, 6 - 12

# Javier Clemente

## *El polemista contra el entrenador*

—Esta noche os vais de putas, ¿no?

Lo dice sin mirarle a los ojos. En su cara de mofletes sonrosados hay un rictus de ironía. Le habla como si fuera pura escoria.

—¿Cómo dice?

—Digo lo que pienso: que la mayoría de los periodistas se va de putas.

—Pues eso será en Bilbao, señor Clemente.

Este breve diálogo lo escogió José María Sirvent para empezar un libro sobre Javier Clemente. Había recibido el encargo de la editorial Plaza y Janés en 1995, y me pidió que lo escribiéramos entre ambos, puesto que habíamos compartido etapas diferentes de su carrera como entrenador. En su caso, el primer paso por el Espanyol, después de su destitución en el Athletic de Bilbao; en el mío, su periplo como seleccionador. He querido recuperarlo, además de por su significación, como homenaje a un profesional ya fallecido, que reunía todos los ingredientes del periodismo tradicional, hoy cada vez más licuados en la batidora de internet y las redes sociales, donde la herramienta, a menudo, va por delante del contenido, y donde agoniza el valor de la lentitud. Sirvent tenía olfato, sabía dejar una información en barbecho si era necesario, y era valiente, siempre en actitud de desafío frente al poderoso. Tanto él como yo manteníamos una relación fluida con el controvertido técnico vasco. Mejor dicho, una permanente «discusión» fluida. Sirvent insistió en ese comienzo, porque en su irreverencia y en su sentido provocador, residía la esencia de la personalidad de Clemente. Cuando el técnico recibió el libro, titulado *Javier Clemente, mitad monje, mitad guerrero*, nos llamó: «Menos mal que sois amigos míos». La relación, es decir la «discusión», continuó y en mi caso continúa con la misma fluidez.

El diálogo corresponde al primer encuentro que Sirvent tuvo con el entrenador, en Brujas, durante la pretemporada con la que este iniciaba su andadura en el Espanyol en 1986. El intercambio dialéctico no amilanó al reportero quien, al día siguiente, le pidió una entrevista.

—Acabas de llegar y ya estás pidiendo una entrevista. Vosotros los periodistas sois muy listos... Adivina la alineación del partido de esta noche y tendrás la entrevista después del partido —le retó Clemente.

El capitán del Espanyol, Zúñiga, filtró el equipo a Sirvent y el técnico cumplió su promesa pero con dos condiciones:

—Tendrás tu entrevista. Pero no me preguntes por Sarabia ni por el Athletic.

Todo el mundo sabe que un periodista me echó de Bilbao.

Esa respuesta y el contenido de aquella entrevista, especialmente el título y el subtítulo —«Somos una banda, pero bien organizada» y «Los jugadores no tienen ni idea de lo que pueden llegar a conseguir»—, sintetizan los dos ejes sobre los que Clemente hizo, a conciencia, que gravitara su carrera: la capacidad de convencimiento sobre el jugador y el desafío permanente al entorno a través de la agitación de su caja de resonancia: la prensa. Los resultados producidos eran fidelidad y tensión, una combinación esencial para la competición.

El proceso, sin embargo, le llevó a desarrollar una adicción a la polémica, a confesarse un periodista frustrado incluso. Sumaba enemigos en los medios de comunicación, pero a la vez necesitaba de la proximidad de los periodistas. Poco a poco, el polemista ganaba espacio al entrenador; lo alejaba de lo esencial, del campo.

Durante años, la selección de Clemente compartió alojamiento con los enviados especiales. Al técnico le encantaba pasearse por el *hall* después de la cena para departir con quienes tenía mejor relación, lanzar alguna provocación o cruzar alguna mirada inquisidora. La peligrosidad de esa cohabitación llevó a un estallido en la Eurocopa de 1996 en Inglaterra, en un desagradable enfrentamiento con un periodista de la Cadena SER, que en nada benefició a ninguna de las dos partes. Omito el nombre, como el de muchos otros compañeros a los que el técnico se ha enfrentado, no solo por respeto a los profesionales, aunque no se sentirían ofendidos, sino porque en mi opinión es menos relevante la identidad que la tendencia.

El juego provocador de Clemente había llegado entonces al límite, probablemente también su proyecto en la selección, considerable por sus resultados, aunque lastrado por desenlaces en los que no fue capaz de superar el fatalismo del equipo nacional, como los cuartos del Mundial de los Estados Unidos en 1994 y los de la Eurocopa de Inglaterra, en la que cayó en la tanda de penaltis ante los anfitriones. La temprana eliminación en el Mundial de Francia en 1998 escenificó el final de un ciclo, prolongado innecesariamente hasta una cruel derrota en Chipre. Comparado con lo que *la Roja* ha conseguido después, todo aquello puede parecer una minucia pero no lo fue. Con independencia del debate sobre el juego, España consiguió resultados, regularidad y el respeto de las grandes selecciones. Lo hizo gracias al trabajo de Clemente, y si no logró mayor reconocimiento fue por los daños colaterales de sus propias guerras, que lo abocaban siempre al precipicio de la autodestrucción. Después de una conversación reciente sobre aquel periodo, escribí un artículo sobre esa envenenada dualidad del personaje. Unos días después, recibí la llamada del entrenador.

—¿Pero todavía crees que yo tengo algún tipo de obsesión con la prensa? —me preguntó, airado.

—Claro.

—Te equivocas. Lo que pasa es que nunca he tolerado que me atropellen. Tengo argumentos para sostener lo que digo, y el que quiera comprobarlos solo tiene que ir a las hemerotecas para ver las fechorías que durante todos estos años me han hecho.

—Criticar no es hacer fechorías —repliqué.

«La realidad es que hay mucha ignorancia futbolística entre los periodistas. Algunos no saben nada y dicen burradas.» —Una cosa es criticar sabiendo lo que se dice, con rigor. Pero la realidad es que hay mucha ignorancia futbolística entre los periodistas. Algunos no saben nada. Dicen burradas y con sus palabras ayudan a fomentar la violencia. He conocido mucho chorizo periodista que quiere triunfar a base de mentiras y que utiliza esa máxima de que la realidad no debe estropear un buentitular. Se han inventado noticias, han distorsionado mi imagen...

—Habrá críticas bien hechas y otras no, como en todo. Lo demás es obsesión.

—No tienes ni puta idea.

Existen pocas imágenes de Clemente de corto, ya que a menudo viste pantalón de chándal largo para dirigir los entrenamientos. Quien las haya visto, habrá podido apreciar los colores emborronados de un sueño, cambiantes como el dolor. Tintan su pierna izquierda, más delgada, corva. La visión devuelve rápidamente una pregunta: ¿Existe una relación causa-efecto entre la brutal entrada de Ramón de Pablo Marañón, jugador del Sabadell, que lo apartó del fútbol un 23 de noviembre de 1969, en la Nova Creu Alta, y la acidez que lo ha llevado a ser más referencial por sus polémicas que por sus logros, opacados a menudo por sus cuentas pendientes? De todas se acuerda, porque, según dice, «si alguien hace algo, lo tiene que pagar, aunque pasen veinte años». «Eso no es rencor; es justicia», sentencia. No todo en su dialéctica responde a la fidelidad a la ley del Talión. También se debe a la frontalidad verbal propia de una idiosincrasia, de una latitud no siempre comprendida, y desde cuyo prisma Xabier Arzalluz llegó a comparar a Clemente con el tipo de hombres «honestos» que Diógenes buscaba en el ágora con su candil.

Contra el futbolista que le lesionó, sin embargo, Clemente no guarda ese sentimiento que es pariente del odio, que ayuda a estar vivo a quien lo segrega mientras lo mata por dentro, como una carcinoma. Fue una circunstancia del fútbol, sin más. «De lo que no tiene solución es inútil preocuparse», ha dicho, pragmático. El joven Clemente, de 19 años, volvió de Sabadell con una pierna y un futuro quebrados, y sin el billete de lotería premiado con el Gordo de Navidad que vendía el equipo rival. Sobreviviría, si era necesario, contra la propia suerte, contra todos.

«¡Salta, Javi, salta...!», le gritaba su compañero Fidel Uriarte cuando Clemente retuvo el balón para perder el minuto escaso que le quedaba al partido y garantizar de esa forma la victoria, el 1 - 2 del Athletic. El chasquido que sintió fue brutal. Estuvo a punto de desmayarse del dolor: rotura de tibia y peroné, y de los ligamentos del tobillo.

—Soy un producto de la violencia, pero a mí no me van nada las patadas. La violencia es sinónimo de incultura, pero la gente parece no querer entender que a mí la única violencia que me gusta es la dialéctica, la verbal. Me peleo con quien me tengo que pelear, con quien se mete en mi vida o con los clubes que me pagan, para los que trabajo —afirma el técnico tiempo después, al repasar su carrera distendidamente. Lo hace sin demasiada nostalgia por lo que perdió, como si pasara páginas a un álbum en blanco y negro desde la más absoluta asepsia.

En el vestuario, también Clemente ha tenido jugadores críticos con sus métodos, aunque son una minoría. Algunos han lamentado que perdiera tanta energía con lo que sucedía fuera del campo. Ninguno, en cambio, habla de instrucciones que indujeran al juego violento. Cuando después de la brutal entrada de Goikoetxea que lesionó a Maradona, le preguntaron cuánto valían las piernas del argentino, contestó: «Lo mismo que las de *Goiko*». Era su jugador. Violencia, nada más, con la palabra y con la pelota. Iñigo Liceranzu, defensa del Athletic, recuerda que le decía: «Si hay duda, cierra los ojos y manda la bola a la tribuna». «Como no vais a meter un gol ni al arco iris, mandar con fuerza el balón a la barrera para que se abra. A ver si hay suerte», ordenó en un partido de entrenamiento a los futbolistas del Espanyol, al poco de su llegada al banquillo blanquiazul. Había siempre en ello una buena dosis de humor.

«Soy un producto de la violencia, pero a mí no me van nada las patadas. La única violencia que me gusta es la verbal.» «El futbolista es el único que puede dar espectáculo. El entrenador que lo promete va jodido, porque es algo que no está en sus manos.» —Presumimos más de lo que creemos que somos que de lo que somos realmente —continúa Clemente, más reflexivo—. En mi primera etapa en el Espanyol, algunos decían, con sorna, que practicábamos un juego galáctico porque el balón estaba siempre en el aire, en las estrellas. Vaya chorrada. Jugábamos, simplemente, con las armas con las que podíamos sacar mayor rendimiento a lo que teníamos. Eso es lo que debe hacer un entrenador. He escuchado a muchos que proponían espectáculo, pero yo soy un profesional, me pagan por vencer y no por hacer películas. Mi guion, sin embargo, es muy abierto, muy del jugador, de mucha libertad y de conceptos concretos y efectivos. Es el futbolista el que puede dar espectáculo con la forma de ejecutar esas instrucciones, no el técnico. El entrenador que promete espectáculo, va jodido, porque se trata de algo que no está en sus manos.

—Pero es el entrenador el que elige a los futbolistas y, a partir de ahí, empieza a definirse el juego —apunto al técnico.

—No conozco a ningún entrenador que no escoja a los mejores que tiene... Mejor dicho, a los que están en mejores condiciones para ganar. En realidad, yo soy un ganador que ha perdido muchas veces, pero siempre he jugado a ganar, estuviera donde estuviera. Si estoy en un club modesto, creo que es posible vencer al campeón,

que existe una forma, guste o no guste. Juego a eso, aunque luego pierda. De la derrota es de lo que más se aprende; si la interpretas bien, te hace mejor.

Clemente ha matizado rápidamente su respuesta, porque quiere diferenciar bien lo que significan, en su opinión, los mejores. A lo largo de su carrera, le han perseguido polémicas con futbolistas como Sarabia, con el que mantuvo un agrio enfrentamiento en Bilbao, o Lauridsen, al que dejó fuera en la final de la Copa de la UEFA perdida por el Espanyol después de desperdiciar una ventaja de 3 - 0 en la ida, en Sarrià.

«Soy un ganador que ha perdido muchas veces, pero siempre he jugado a ganar. No soy nada defensivo.» —Sarabia se creía mejor que los demás y lo proclamaba, pero la realidad es que los necesitábamos a todos para ganar. Se han dicho muchas cosas sobre nosotros, pero algunas de las que yo he dicho, se las dijeron sus propios compañeros en el vestuario, aunque no públicamente. Sobre la final de Leverkusen, la única conclusión de la gente es que yo la perdí por no alinear a Valverde y Lauridsen. Muy pobre. Creo que el planteamiento y la alineación fueron correctas, y lo prueba que acabamos el primer tiempo empatados a cero, y llevábamos tres tantos de ventaja. Recuerdo que les dije a mis hombres que continuaran igual, que íbamos bien. Yo no contaba con que el equipo se hundiría tras encajar el primer gol. No podía hacer nada desde el banquillo, porque es imposible cambiar la actitud de un futbolista que se asusta y se descompone. A Valverde le pregunté si podía jugar, y me dijo que tenía la rodilla hecha polvo. Me pasé toda la semana para decidirme entre Lauridsen y Golobart. Al final, opté por el segundo y resulta que ese día le salió todo fatal. Son cosas del fútbol —explica, con menos vehemencia que años atrás, incluso con algo de pereza.

Nacido el 12 de marzo de 1950, a los seis años, el Día de Reyes, Clemente desarrolló sus regalos. Eran un balón y un uniforme del Barakaldo, similar al del River Plate argentino. Desde entonces, nadie podía negarle un sitio para jugar en el patio del colegio. Era el dueño de la pelota. Los pasos fueron rapidísimos. Primero el equipo de la localidad, destino de todos los hijos de empleados de los Altos Hornos, como Clemente, y el Athletic, la pasión de todos ellos, al que llegó recomendado por una leyenda: Piru Gaínza. Con 18 años entró en el vestuario del primer equipo y se sentó en una banqueta. Cuando le dijeron que era la del capitán, Etxebarria, dijo que no se movía. Iriondo le encontró el sitio en el campo a aquel futbolista técnico y ambicioso, *el Rubio*, y en un año despertó todas las comparaciones más hiperbólicas y exageradas. Hasta con Bobby Charlton, icono de un fútbol en el que siempre se miró el Athletic. También Clemente, en sus inicios como técnico, se inspiraría en el Ipswich Town que entonces dirigía el fallecido Bobby Robson. Un año, nada más, transcurrió hasta la visita maldita a la Nova Creu Alta. Intentó volver tras media docena de operaciones. Tuvo su homenaje y, a partir de ahí, empezó su carrera de entrenador desde cero. Incluso mendigó por un puesto dónde fuera al club de su vida.



Necesitaba un sueldo para su casa, pero José Ignacio Zarza, entonces gerente del Athletic, le dijo que no tenía sitio en Lezama. El Arenas de Getxo y el Basconia fueron sus destinos hasta que Pedro Aurtenetxe, que se había hecho cargo de la comisión técnica del equipo bilbaíno, le dio la oportunidad que antes le habían negado. Tras un paso por el filial, el presidente Beti Duñabeitia le ofreció el primer equipo. Clemente tenía 30 años.

—Mi deseo había sido siempre entrenar al Athletic, siempre. De hecho, tenía tanta fe en mis posibilidades y las del equipo, puesto que a muchos futbolistas los había dirigido en el filial, que le dije al presidente que negociaría después de demostrar si valía. Mientras tanto, que me pagaran lo que quisieran. Era todo ideas, tenía doscientas en la cabeza —recuerda, esta vez algo más emocionado—. Entrar en la historia del Athletic es algo grandioso, pero la verdad es que tuve la suerte de coincidir con un grandísimo equipo, y eso es lo que me ha hecho figurar en las letras. Siempre me he sentido como un socio más, dispuesto a ayudar. La prueba es que volví en dos ocasiones, en las condiciones que fuera, no precisamente las más beneficiosas para mí. Como futbolista me sucedía igual. Sentía esa sensación de pertenencia. Formaba parte de ese grupo de chavales que representa a todo un pueblo.

—Dos Ligas y una Copa, la última ganada, además, al Barcelona de Schuster y Maradona —recuerdo al técnico.

—Ellos no pudieron soportar que un equipo como el Athletic les jugara a ganar. Por eso se lio la que se lio. En ese partido jugamos como perros, porque sabíamos que si dejábamos a Schuster y Maradona tocar la pelota, nos matarían. No lo hicieron y ganamos.

—Tuvo usted muchas polémicas con el entonces entrenador del Barcelona, César Luis Menotti.

—Se ha pasado la vida diciendo eso de que España tenía que elegir entre ser toro o torero, pero ese día pasaron por la piedra. Habría que preguntarle cómo ganó su Mundial con Argentina, con Videla en el palco —reta, irónico.

«La final de Copa que ganamos contra el Barcelona de Schuster y Maradona la jugamos como perros, porque sabíamos que si tocaban la pelota, estábamos muertos.» La salida del Athletic fue traumática, como todas en un personaje sin grises. El destino quiso que el presidente que lo destituyera, Aurtenetxe, fuera el mismo personaje que le había abierto las puertas de Lezama. «Dos veces lloré por el hombre que me echó del Athletic y una por su culpa», recordaría el técnico, que asoció su destitución a determinada prensa. Lo mismo diría tras abandonar el Espanyol, donde reeditó, con menos medios pero las mismas claves, el guion de Bilbao y llegó a sugerir, para ira de algunos parroquianos de Sarrià, que al club le iría mejor si se llamara Cataluña. Años después, la entidad catalanizó su nombre y suprimió la eñe para denominarse Espanyol. Clemente se movía en su salsa en Barcelona. Para matar

la nostalgia y recibir a sus amigos, se habilitó un *txoko* en la calle Manuel Girona, donde residía, e incluso se atrevía a cocinar, como en una sociedad gastronómica.

—Los jugadores del Espanyol eran diferentes a los del Athletic. Tenían unas dimensiones desconocidas. Yo me limité a enseñárselas, a convencerlos y a colocarlos sobre el campo. Los que eran lentos, iban como motos. Si no podíamos pasar al rival jugando por el césped, lo haríamos por arriba. El fútbol es geometría — explica.

Valverde, que acababa de llegar del Sestao; Soler, una aparición en la banda; Golobart, que dudaba si seguir en el fútbol o dedicarse de pleno a sus estudios para ser dentista... A todos los convenció Clemente, que se cruzaba apuestas con Terry Venables, técnico del Barcelona, al que desquició, o era capaz de estrechar el campo para derrotar al incipiente Milan de Arrigo Sacchi. Leverkusen acabó con aquella bonita historia y el técnico se subió al *tiovivo* de Jesús Gil. La selección parecía entonces un camino vetado por una campaña política en su contra, en base a informaciones policiales que relacionaban a su hermana Begoña con el entorno de ETA. Cuando Gil decidió destituir al técnico vasco, con el Atlético de Madrid clasificado en segunda posición, Clemente recibió la noticia en un restaurante y espetó: «Le voy a sacar hasta las butacas del campo».

La España de Clemente también ostentó récords, marcas que la acercaron a las más legendarias: las de Brasil. Estuvo 31 partidos seguidos sin perder, hasta que ese registro, como todo lo demás, como la historia entera, fue devorado por la España de la utopía. Justo antes de que eso sucediera, me pareció interesante charlar con el exseleccionador, al aprovechar un paso por San Sebastián, para comparar su etapa con la actual, presentadas a menudo como némesis la una de la otra, aunque en su génesis existe un factor en común determinante: la fidelidad a una idea hasta sus últimas consecuencias. Al recibir mi llamada, Clemente me responde que se encuentra en Zarautz, en el restaurante de su amigo Karlos Arguiñano, acompañante ocasional de la selección durante su etapa en el banquillo. Al proponerle que cogeré un taxi, contesta, seco: «Ni hablar, ya voy yo. A las seis estoy en tu hotel, en la recepción».

«Mi juego, el que practicaba como futbolista, encajaría mejor en la selección actual que en la que dirigí.» A las seis y dos minutos, suena el teléfono de la habitación.

—¿Sí? —contestó, apresurado.

—Ya estás tardando —resuena, con voz cavernosa.

—Un récord igualado con un juego totalmente distinto —propongo a Clemente, después de escuchar las reiteradas quejas por mi falta de puntualidad.

—Hay que analizar las diferencias, eso lo primero. Nuestros jugadores sabían lo que tenían que hacer a partir de sus características. Es algo básico, porque el

futbolista lo que quiere es salir al campo con instrucciones claras, saber lo que tiene que hacer y creer que puede hacerlo. Monté un equipo en función de las condiciones de los futbolistas que tenía.

—¿Pero cuál le gusta más?

—Mi juego, el que yo practicaba cuando era jugador, encaja más en el estilo de esta selección que en el que impuse cuando la dirigí, porque yo era agresivo y técnico, pero no fuerte. A veces creo que ese hándicap es el que ha hecho que valore las virtudes de los futbolistas físicos. Pero eso no significa que sea para defender, aunque a muchos les interesara manipular las cosas, decir que si jugaba con un montón de centrales, cuando muchos de ellos, como Hierro o Nadal, realizaban ya labores de centrocampistas en el Madrid o el Barcelona. Yo no soy nada defensivo. A pesar de que se me tacha de ello, no lo he sido nunca. La prueba es que, como técnico, he sido muchos años máximo goleador. Se me acusó de sacar jugadores fuertes en la selección, pero eran los que entonces tenían mayor nivel competitivo — contesta, seguro.

Clemente llegó a la selección para cambiar un ciclo, con la misión de realizar una catarsis que solo era posible a partir del cambio de poderes que se visualizaba ya en el fútbol español: de *la Quinta del Buitre* al *Dream Team*. España no había disputado la fase final de la Eurocopa de Suecia de 1992, mientras el Barcelona emergía a partir de un núcleo vasco, integrado por jugadores que el propio Clemente había recomendado al presidente azulgrana José Luis Núñez, antes de la contratación de Johan Cruyff, además de por uno de los pilares de su Athletic campeón: Andoni Zubizarreta.

—La gente pedía un cambio y lo hubo. Fue radical. Me importaban menos los nombres que el estilo, y de hecho tanto Míchel como Butragueño acudieron a algunas convocatorias, pero pronto me di cuenta que la única revolución posible era que Míchel se dejara el alma en el campo. Quería jugadores que metieran el pie, que trabajaran como los de Alemania y que actuaran convencidos de sus posibilidades. Jamás quise vacas sagradas en mis equipos y entonces no iba a hacer una excepción. No creía que los jugadores de *la Quinta del Buitre* estuvieran acabados individualmente como futbolistas, pero sí como colectivo. Su tiempo había pasado, ya no era el momento de que fueran el motor de la selección. No estaba dispuesto a componendas, ni a presiones. Ya las había sufrido en mi segunda etapa en el Athletic, en la que hice el gilipollas y al final la cagué. Llevaba quince años entrenando, era prácticamente un carroza, y no era el momento de ser políticamente correcto — recuerda el técnico, muy convencido de sus decisiones.

—¿Qué tipo de selección buscaba?

—Un equipo rápido, con mucho ritmo de partido, intenso, potente y con temperamento...

—¿Y técnico...? No lo ha dicho.

—Ya estamos... —lamenta—. Claro que la selección tenía técnica, una base muy aceptable. Yo diría que comparable a la que llegó a la final de la Eurocopa, en 1984, aunque lamento que la gente no llegara a reconocerlo. Partíamos de un tiempo malísimo. España se había pasado la vida diciendo que era alguien importante en el fútbol, como si viviera de una especie de título nobiliario, pero no era nadie, no la respetaban, no despertaba ningún tipo de alerta en los rivales. Nosotros tampoco ganamos títulos, es cierto, pero ganamos respeto a partir de la consistencia, el esfuerzo, la ambición y la claridad...

—¿La claridad?

—Sí. Pedí a los futbolistas que fueran claros conmigo, que me hablaran, y yo lo sería con ellos.

A los jóvenes Sergi y Luis Enrique, por ejemplo, los juramentó hasta duplicar su rendimiento en una banda izquierda calificada por Berti Vogts, seleccionador alemán durante el Mundial de Estados Unidos, como la mejor del mundo. En cambio, no le faltaban dosis de realismo y mucho humor, si era necesario, para devolverlos a la realidad. En un entrenamiento en el que Julio Salinas no paraba de intentar piruetas, le gritó: «¡Julito, deja eso para Van Basten y tú a lo tuyo!».

—Como decía antes —prosigue Clemente—, a la selección se la calificaba siempre de superdefensiva, de equipo incapaz de dar espectáculo. ¡Pero si goleábamos en campos donde otros solo ganaban por la mínima o no podían hacerlo! Eso pasó en Dublín o en Bruselas. Contra Irlanda quedó claro el valor de la polivalencia de aquellos jugadores, capaces de defender y de atacar a la vez. ¡Yo para qué hostias quería tener tres, cuatro u ocho delanteros! Yo lo que quiero son tres de mis futbolistas en el área contraria cuando lleguemos allí con el balón. Después no me sirve de nada que se queden. A mí no me gusta hablar de sistemas simplemente. Soy un amante de la táctica, pero eso no tiene nada que ver con los sistemas. La táctica es cómo mover a los hombres en función de la posición del balón. Puede variar muchas veces a lo largo de un encuentro. En mi caso, utilizo siempre variantes del 4 - 4 - 2. Un buen equipo ha de saber jugar de muchas formas y con hombres diferentes, porque las circunstancias y los rivales cambian. Para aquella selección eran clave las bandas y el trabajo de los centrocampistas...

—En la actual, la campeona, los centrocampistas son los reyes. Compárelos —interrumpo.

Antes de hacerlo, quiere acabar con lo que estaba diciendo.

—Creo, sinceramente, que aquella selección tuvo su oportunidad de haber sido también campeona del mundo. Fue en Estados Unidos, en Boston. Teníamos a los italianos muertos... —se detiene, pensativo.

El codazo de Mauro Tassotti a Luis Enrique no provoca la más mínima queja; no

acostumbra a hacerlo el técnico con respecto a ese tipo de situaciones, a las cosas que suceden en el campo entre futbolistas. Defiende, por supuesto, a Julio Salinas de su error ante el portero Gianluca Pagliuca.

—No creo que fuera un error de Julio. Fue un acierto del portero; yo lo veo de esa forma. Julio ha sido uno de los delanteros que he conocido con mejor sentido de la movilidad en el área. Como le sucedió al final a *Zubi*, fue tratado injustamente —añade.

—Vayamos a la selección actual —insisto.

—Me ha preguntado por sus centrocampistas. Pues bien, mire a Iniesta. Lo ves y dices: «Pero si es un enano al que puedes tirar si le soplas». En cambio, no sabes los balones que roba, y en eso se fija poco la gente. No lo hace por físico, intercepta por posición. No choca porque le falta estatura, pero es que no la necesita. Le basta con anticiparse. Luego está la velocidad a la que, tanto él como Xavi, ven la jugada y dan el pase.

—El Barcelona como base de la selección, igual que en su época.

—Este Barça es mejor que el *Dream Team*, aunque aquel tenía más mérito, porque solo podía utilizar a tres extranjeros. Si yo hubiera dispuesto de alguno de estos jugadores, los habría sacado, seguro... ¿Pero quién puede dudarlo? El problema es que la gente cree que con cualquier equipo puedes hacer lo que hacen los grandes y eso es mentira. El entrenador actúa, en la mayor parte, sobre el orden, sobre el juego sin balón, que es el táctico. La ejecución del ataque depende mucho más del jugador, de su inteligencia. ¿Tú crees que Pep le ha enseñado a Messi cómo conducir el balón?

—Pero ha corregido su posición...

—Pero hablo de la forma de conducir la pelota y a la velocidad a la que lo hace, dos cosas que lo convierten en un futbolista único. En el fútbol, la primera criba es poder hacer determinadas cosas con la pelota; la segunda, entre todos los que pueden, la establece la rapidez a la que pueden realizarlas. Messi está en la cima de todos. Puedes trabajar muy bien la cantera, como hace el Barcelona, tener a los mejores entrenadores, pero eso no garantiza un Messi. Un jugador de ese tipo se mejora, pero no se crea. Nace.

—O se compra.

—Claro, claro... —admite, con una sonrisa irónica—. Pero ya veremos cuántos pueden comprar en el futuro. Volvió Florentino y el Madrid gastó millones de euros en fichajes, cantidades que me parecen un insulto para muchos de sus aficionados, que imagino que tendrán problemas para pagar sus hipotecas. Yo he ganado mucho dinero, pero no las barbaridades de ahora. Es una vergüenza lo que se paga en el fútbol mientras muchos equipos se encuentran en la bancarrota.

Lo dice como si este ya no fuera su fútbol, pero ahí sigue, dispuesto ante la última

llamada, llegue de dónde llegue. De equipos que agonizan, como Espanyol, Athletic, Real Sociedad, Tenerife o Valladolid; de selecciones de posguerra, como Serbia, o de naciones de ultramar que quieren una ración de táctica europea para organizar su talento, como Camerún. No es el dinero su principal móvil. Es que su vida solo tiene sentido si rueda como un balón. Si se detiene, revienta.

# Radomir Antic

## *Los futbolistas a los que hice mejores*

—Mira, madre; mira lo importante que es tu hijo.

Un Radomir Antic todavía adolescente llegó a su casa con un periódico local donde aparecía su fotografía vestido de corto, después de haber firmado su primer contrato.

—Muy bien, hijo, mañana mucha gente del pueblo se limpiará el culo con tu página.

Antic me ha recordado esa anécdota en varias ocasiones, acompañada por la sonrisa de la nostalgia, esa variable del amor por las personas y el tiempo perdidos. En su caso, una madre, un país, una forma de vivir... Dice que fue su primera lección de humildad, recibida en la casa familiar de Úzice. El periódico se llamaba *Vesni*. La tiene tan presente que se la ha recordado a muchas personas. El periodista Leontxo García la utilizó, asimismo, en el inicio del libro *Jaque a la Liga*, una biografía del entrenador serbio editada en 1996, el año del doblete del Atlético de Madrid. Más que serbio, Antic se siente yugoslavo, hijo de un tiempo difícil, es cierto, pero en su opinión, siempre polémica, de un tiempo de entendimiento.

Leontxo y Antic comparten una pasión: el ajedrez. El deporte del pensamiento es la representación de una vida en pequeño, como el fútbol. Necesita estrategia, creatividad y ambición, y necesita método. Todas esas palabras definen al preparador, pero es quizás la última la que lo distingue por encima del resto. Antic es un hombre organizado, disciplinado, producto de una educación férrea que partía del padre, militar, y del sistema comunista en el que creció. De la madre ya hemos hablado. Iovo y Milka, los progenitores, eran serbios de Bosnia. Debido a la profesión del padre, Antic, nacido en la dura posguerra en 1949, se acostumbró desde la niñez a los traslados. Pasó en Úzice, cerca de Bosnia, a unos 200 kilómetros de Belgrado, la mayor parte de su infancia y adolescencia. A los 22 años, fichó por el Partizán de Belgrado y, a partir de ahí, inició una diáspora que le llevó a Turquía e Inglaterra antes de llegar a España, al Zaragoza, todavía como futbolista. De todos esos lugares conserva experiencias vitales de las que puede conversar durante horas, y es que este personaje es mucho más que fútbol. Ya abuelo, ha establecido su residencia definitiva en Madrid, en una urbanización de Pozuelo de Alarcón. Muy cerca de su casa solemos vernos a menudo. La última vez, al observar unos jardines a su espalda perfectamente recortados, Antic me preguntó si creía que alguno de los comensales que nos rodeaban habría reparado en lo costosas que eran esas flores. Probablemente, no. Yo tampoco.

—Hablemos de ajedrez —propongo a Antic.

—Es como la vida...

—¿Por qué?

—Porque es una adaptación permanente al medio, a las exigencias del tablero y a las posibilidades de cada pieza.

—Eso también pasa en el fútbol.

—Exacto. Por eso creo que su aprendizaje me ha servido en mi profesión, que es la de ajustarse permanentemente a situaciones diferentes.

—¿Cómo nace su afición al ajedrez?

—En el colegio. Un profesor de ruso me regaló un libro con dibujos y esquemas, y de esa forma aprendí las primeras aperturas —cuenta Antic—. Acabé por ser el campeón de la escuela. Un buen maestro es clave para despertar la curiosidad e inquietud de un niño. Aquella época era dura y, precisamente por eso, creo que mis padres y muchas otras personas consideraron que la educación era algo prioritario para que la situación de sus hijos cambiara. En el fútbol pasa igual, porque parece que lo único importante es enseñar a los niños a chutar o a imitar a las estrellas. Nos olvidamos, en cambio, de cosas que les harán madurar como hombres y que les permitirán sacar el mayor partido de sus cualidades en situaciones de máxima presión. La cultura ayuda a competir. Leí un informe que decía que el 50 por ciento de los jugadores están arruinados cuando terminan su carrera, y eso es porque no supieron asumir su situación. La educación en la antigua Yugoslavia era sólida y muy amplia. Tenías posibilidad de escoger entre cuatro idiomas, además del materno. Yo elegí ruso, porque nos decían que significaba el porvenir. La historia ha cambiado mucho desde entonces.

Antic es un excelente anfitrión, pero si la cita se produce en su país, a la gentileza y generosidad añade la pasión. Dos veces he tenido la oportunidad de recorrer Belgrado con el técnico, de guardia en el *hall* del hotel desde unos minutos antes de la hora de mi llegada. La puntualidad es otra de sus cualidades. Es un privilegio sentarse en los cafés cercanos al Danubio y escuchar a Antic hablar de la historia de su pueblo, debatir sobre los tiempos de Tito y lamentar los estereotipos con los que siempre se ha juzgado a los serbios. Lo hace con compromiso, sin esconderse y, si es preciso, con acusaciones, como la que realiza a la OTAN por los bombardeos durante la guerra de los Balcanes, o al Vaticano por el apoyo a la causa croata.

—Tito logró la hermandad entre todas las repúblicas de la ex-Yugoslavia en un país muy diferente, con varias culturas y religiones. Los Balcanes habían sido duramente golpeados durante la Segunda Guerra Mundial, y él los recuperó para crear una ilusión colectiva en torno al marxismo, a la pretendida igualdad. Trabajábamos para ello, pero de pronto te dabas cuenta de cosas que te defraudaban. Asfaltaban las calles cuando iba a una ciudad y después se quedaban abandonadas.



Yugoslavia, sin embargo, era un país mucho más abierto que la URSS. En 1961, en Belgrado, fuimos los fundadores de la Organización de Países No Alineados. Hubo una gran fiesta. No queríamos ser un satélite más de la URSS —explica el preparador.

—Su posición durante los bombardeos de la OTAN fue entendida por muchos como un apoyo a Milosevic. ¿Lo era realmente?

—El estallido de la guerra fue para mí una derrota interior, porque después de las dos guerras que había habido durante el siglo XX en Europa, creí que el continente no podría soportar ninguna más. Fue una derrota del humanismo, instigada desde fuera. Alemania, que tanto esfuerzo había hecho por su unificación, parecía más interesada que nadie en la división de Yugoslavia. Se agitaron agravios que yo nunca había conocido, incompatibilidades étnicas que afectaban hasta a las familias, a los matrimonios. Una locura. Yo no apoyé a Milosevic ni a ningún político. Apoyé a mi pueblo, a una Yugoslavia que había crecido a base de hermandad, y eso es lo que se estaban cargando —responde, indignado.

Años después, más de una década, Antic tuvo la oportunidad de hacerse cargo de la selección serbia, con la que disputó el Mundial de Sudáfrica. Cuando le pregunté qué era lo que iba a hacer, me contestó: «Lo primero, recuperar el orgullo de sentirse serbio. Después, empezar por dos pases fáciles y uno difícil». La aventura acabó pronto en un lugar donde el fútbol está en ruinas, como el país, a la espera de que lo salve quien lo condenó: Europa.

—El fútbol de mi país está roto y en manos de gente sospechosa. Antes había que formarse muchísimo para ser entrenador: hoy con 4.000 euros y un seminario de tres días tienes el carnet de entrenador —lamenta.

Cuando Antic habla de derrota interior, parafrasea a su compatriota Ivo Andric, premio Nobel de literatura. El autor de esa magnífica historia sobre el cruce de culturas que es *Un puente sobre el Drina* dejó escrito: «Más allá de las destrucciones en objetos visibles, incluso más complejas y dolorosas son las destrucciones que se producen en el interior de las personas. Pero solo algunos, y lentamente, empiezan a entender que detrás de una guerra, ganada o perdida, queda siempre una humanidad derrotada». Otra cita más pragmática aconseja apartarse del laberinto insondable de los Balcanes que, según Winston Churchill, ya antes de su propia guerra producía más historia de la que era capaz de digerir, y centramos en el rol de Antic como entrenador.

—Si algo me distingue de otros técnicos es que he estado por encima de las escuelas y las tendencias —explica, sin rubor alguno, un personaje que no pretende nunca ser modesto—. Me interesé por la fisiología, por ejemplo, cuando no era algo que preocupara a los entrenadores, en general. Lo hice porque buscaba respuestas. Quería saber qué efecto producía sobre el organismo un determinado ejercicio; por

ejemplo, para decidir si era o no conveniente hacerlo. Mejorar las cosas, esa ha sido siempre mi obsesión.

—Y mejorar a los jugadores, se supone.

—Si de algo me siento orgulloso es de que los futbolistas a los que dirigí lograron las mejores estadísticas de sus carreras bajo mi mando.

—Eso suena fuerte. Ponga ejemplos.

—Pero real. Ahora vemos jugar a Xavi más adelantado, pero fue una apuesta mía. Cuando se lo propuse, me dijo que los centrales preferían que él sacara la pelota, y yo le contesté que ese problema me lo dejara a mí. Lo mismo pasó con Butragueño. Le ordené que no presionara la salida del balón y él, sorprendido, me dijo que podía hacerlo. Yo le expliqué que para eso ya estaba Aldana. Quería a Emilio con todas sus fuerzas para que probara su recorte en el área. Creo que solo ha sido una vez *pichichi*, durante mi etapa. También Hierro marcó muchos goles cuando lo adelanté al centro del campo. A Chendo, en cambio, le dije que era muy buen lateral, pero que no hacía falta que defendiera a su rival y a Míchel por delante.

Habla con humor, pero también con mucha nostalgia por las obras que no pudo concluir, porque «siempre fui a los sitios en misión de rescate». En el Madrid lo destituyeron cuando iban líderes y en el Atlético construyó un equipo campeón con poco presupuesto en su primera etapa, para caer al descenso en una segunda de la que tiene muchas sospechas de los árbitros y hasta de los propios jugadores. De su paso más reciente por un grande, el Barcelona de Joan Gaspart, lo más parecido al camarote de los hermanos Marx, guarda un recuerdo agrídulce, por la certeza de que puso buenos cimientos sin confianza de nadie, solo de los futbolistas.

«Ahora vemos jugar a Xavi más adelantado. Yo lo puse ahí. Me dijo que los centrales preferían que él sacara la pelota, y le contesté que ese problema me lo dejara a mí.»«A Butragueño le ordené que no presionara porque lo quería fresco en el área. Me explicó que podía hacer las dos cosas, y le respondí que para eso ya teníamos a Aldana.»«A Chendo le dije que era muy buen lateral, pero que no hacía falta que defendiera al extremo rival y a Míchel por delante.» —En Barcelona no nos acompañaron los resultados, pero otras cosas se hicieron de maravilla —recuerda el técnico—. Consolidamos a Valdés, que había sido apartado por Van Gaal, adelantamos la posición de Xavi, cambiamos de lugar a Motta y Overmars, y Kluivert y Saviola acabaron con 13 goles cada uno. El gran problema fue que se lesionó Cocu. Si no, habríamos aspirado a ganar la Champions. Fue muy duro. Teníamos partido, pero a nadie le interesaba hablar de eso; solo de los líos del presidente y otras cosas. Cinco meses en el Barça fueron como cinco años.

«Cuando llegué al Atlético había 35 jugadores, pero no había equipo. Al año siguiente del doblete, pedí a Ronaldo y Zamorano, y me trajeron a Esnáider.» —Hablemos de su gran obra, del Atlético del doblete. ¿Cuáles fueron las claves? —

pregunto a Antic.

—La primera y más importante fue la implicación de todos en un proyecto, todos en una misma dirección. Cuando llegué, había 35 jugadores en la plantilla, pero no había equipo. Me senté y decidí que veinte tenían que dejar el Atlético. Fue duro pero necesario. Hicimos fichajes baratos, como Molina o Santi, del Albacete. Luego llegó Pantic. Al año siguiente, pedí a Ronaldo, que estaba todavía en el PSV Eindhoven, y a Zamorano, pero me trajeron a Esnáider... —lamenta, antes de proseguir con la explicación—. Lo primero fue definir el equilibrio del equipo en el campo; que todos tuvieran claro por qué hacíamos las cosas y dónde queríamos jugar. A continuación, reflexioné y me hice la pregunta de qué significaba el Atlético, cuál era su idiosincrasia, su afición. La respuesta fue que su base estaba en la clase media y trabajadora, gente honesta, en general, que muchas veces tenía problemas para llegar a final de mes, pero que no se sentía inferior a nadie. El equipo debía ser fiel a esa forma de vivir. Por eso para nosotros estaba prohibido jugar únicamente para contrarrestar al rival. Siempre lo hicimos para ser mejores o igual que el adversario. Eso lo captó el estadio. Creo que en pocos momentos de la historia el Atlético tuvo tanta identificación con sus seguidores. La forma de jugar invitaba al optimismo. En la plantilla impusimos normas que aumentarían la relación entre los jugadores. Los viernes nos reuníamos para tomar una cerveza, un pincho y hablar entre nosotros. En ese ambiente siempre aparecen cosas que es más difícil captar en el vestuario.

—Sacaba usted mucho partido de las jugadas a balón parado, como si colocara piezas en un tablero de ajedrez.

—En ese aspecto los campeones actuales no alcanzan nuestro nivel... —dice, ufano, mientras sonrío.

—¿Cómo fue su cohabitación con Jesús Gil, un devorador de entrenadores?

—Fue una relación continua, en la que cada uno estuvo en su sitio. Él quiso convencerme desde el principio de que no era tan malo. Me decía que el problema de los entrenadores anteriores es que no habían sido profesionales y estaban siempre en la discoteca. Yo le contesté que no tenía que decirme nada de eso, que si estaba en el Atlético era por superarme a mí mismo. Le dije: «En el estado más difícil que existe para un técnico, que es entrenar contigo, quiero ser yo mismo». Y me dejó trabajar. Eso sí, le gustaba saber qué hacíamos y por qué. Lo único que me defraudó es que antes de jugar la final de Copa contra el Valencia, en Sevilla, el entrenador de nuestro rival ya estuviera fichado para el Atlético. Me sentí derrotado de antemano —confiesa, apesadumbrado, en referencia a la final de 1998 y a Claudio Ranieri.

—¿Se arrepintió de volver al club y verse señalado por el descenso?

—Quise ayudar durante unos partidos a un club que siento como mío. Cuando lo hice era ya una época diferente, porque el Atlético estaba intervenido por un administrador. Vi cosas extrañas, la verdad, y siempre pensé que el descenso estuvo

planeado para que Gil pudiera defenderse mejor de la justicia. No es normal que un jugador que falló dos penaltis clave, cobrara el primero.

«Siempre pensé que el descenso a Segunda estuvo planeado para que Gil pudiera defenderse mejor de la justicia.»

Políticamente incorrecto, pero claro. Puro Antic.

## Javier Irureta

### *La virtud del equilibrio y el vicio del gol*

Al acercarnos a la ventana huele a fútbol, al fútbol de siempre. Javier Irureta la abre de par en par, como quien muestra su casa, y de su gesto se desprenden los recuerdos.

—Fíjate si han cambiado cosas en el fútbol, que en este lugar donde está mi despacho es donde antes, cuando yo regresé al Athletic en 1975, celebrábamos misa. Entonces se colocaba un altar en esta planta, donde solo estaba el comedor, y ahora está llena de despachos de técnicos, preparadores físicos, psicólogos...

Probablemente no era todo tan distinto, porque la comida y la oración eran el alimento del cuerpo y el alma, que ahora el club supervisa con nutricionistas y fisiólogos, con el excel en vez del crucifijo, con herramientas al servicio de una fe sin la que es imposible jugar. Irureta ya no ocupa el despacho de director técnico, en Lezama, en el que mantuvimos uno de los últimos encuentros. No lo dejó por los resultados, sino porque unas elecciones apartaron al anterior presidente y, como es costumbre, una mala costumbre, arrastraron al cuerpo técnico en su totalidad, desde Irureta a Joaquín Caparrós. De poco habían servido las buenas campañas de un Athletic de Bilbao en progresión. Marcelo Bielsa fue el elegido. En común, mucha fe.

Como aquel día, seguramente Irureta miró por esa ventana antes de marcharse, y quizás reflexionó como en aquella cita, pero en voz baja.

—Este lugar, Lezama, es la base de esta filosofía, única. El primer equipo es que el que tira de todo, pero aquí está su corazón —dijo el técnico, licuada ya la nostalgia.

—Ahora, además, a favor de corriente, con el futbolista español al alza, de moda, con dos jugadores del Athletic campeones del mundo —continuó.

—Ya era hora de tener ese reconocimiento. Hubo un momento en el que al futbolista nacional se le ponía en duda. En esa época se prefería la lotería de un extranjero medio, que nadie sabía si se iba a adaptar al equipo, al país y a las costumbres, antes que a un futbolista español con cualidades. Recuerdo que cuando llegué al Deportivo, le pregunté a Lendoiro si no había ningún español para ser tercer portero, y me contestó que eran demasiado caros. Insistí al presidente en que era necesario cambiar la tendencia, porque al equipo le faltaba alma y eso no siempre te lo dan los extranjeros. Poco a poco lo fuimos cambiando.

—¿Cómo fue la cohabitación con Lendoiro?

—Ofrecía mucha tranquilidad al entrenador para trabajar, no permitía que estuviera en continua discusión. Es inteligente, hábil. Ha salido de situaciones difíciles y volverá a hacerlo.

El Deportivo ha sido la obra cumbre en la carrera de Javier Irureta como entrenador, donde pudo desarrollar el fútbol que le había distinguido en su etapa como jugador, especialmente en un Atlético de Madrid de leyenda junto a Luis Aragonés, Gárate o Adelardo, con el que conquistó dos Ligas, una Copa y hasta una Copa Intercontinental, además de participar del *día de la maldición* contra el Bayern de Múnich, en la doble final de la Copa de Europa de 1974.

—Yo era un futbolista técnico, con una idea fundamental: el buen juego es el que pasa muchas veces por el centro del campo. Esa es la que quería poner en práctica al hacerme entrenador. Pero cuando vas a equipos más modestos, como el Logroñés, el Oviedo o el Racing, te das cuenta de que no tienes jugadores para hacerlo, de que has de adaptarte a las circunstancias. En el Deportivo tampoco fue fácil, porque llegué un año después de que hubieran pasado apuros, pero encontré futbolistas con los que se podía construir un gran juego, como Fran, Mauro Silva, Donato. Eran supervivientes del Depor que sucumbió después del penalti fallado por Djukic y la prioridad era que pudieran recuperar aquel espíritu. Después llegaron Tristán y Makaay, y ambos fueron *pichichis*. Se hablaba mucho de nuestra fortaleza defensiva, pero nuestro poder real era ofensivo. Teníamos muchas posibilidades de llegar al gol; no dábamos al contrario una única referencia, algo que es más fácil de defender, por bueno que sea el delantero. Todo eso basado en un equilibrio casi perfecto —recordó Irureta.

—Aquel Deportivo ganó definitivamente la Liga, además de una Copa sonada en el Bernabéu. En la actualidad, romper el bipartidismo parece utópico.

—Por eso aquel Deportivo siempre será una referencia, como el Athletic de Clemente, el Valencia de Benítez o el Atlético de Antic. Ahora creo que se valoran más lo que supusieron. Las diferencias actualmente son tremendas si se observan las plantillas, producto del reparto de los ingresos televisivos, pero le recuerdo que nosotros nos enfrentamos al Madrid galáctico y no logró ganarnos durante siete años en Riazor. No teníamos ni *Zidanes*, ni *Ronaldos*, pero el trabajo en equipo y la ambición nos permitió igualarlos. Ambición no es arrogancia; no lo entienda mal. Los grandes suelen hacerlo.

—Lo entiendo.

Mientras jugaba, Irureta, nacido en Irún en 1948, no pensaba en dedicarse al banquillo. De hecho, había estudiado ingeniería técnica, pero poco antes de su retirada, a los 32 años, supo que no podría soportar el síndrome de los domingos.

«El poder del Deportivo era ofensivo, no defensivo. No teníamos *Zidanes* ni *Ronaldos*, pero el trabajo y la ambición nos permitió igualarlos. Ambición no es arrogancia. Los grandes a veces los confunden.» «Luis Aragonés pasó de jugador a entrenador en un día. Llegó con su carpeta, él que nunca llevaba papeles, y nos habló de usted a Gárate, a Adelardo o a mí.» —Me matriculé en el Colegio de Entrenadores de Vizcaya para hacer el curso —recordó el técnico—. Había tenido entrenadores de

todo tipo, por carácter y por juego. Recuerdo a Luis Aragonés, que, de un día para otro, pasó de ser compañero a entrenador. Llegó con una carpeta, cuando en la vida había visto a Luis con papeles, y nos habló a todos de usted, a mí, a Gárate, a Adelardo... A todos los que habíamos jugado y salido por ahí con él. Se puso en su sitio desde el primer día. Ya entonces mostraba su afán competitivo, acompañado de esa frase tan suya de que hay que ganar por lo civil o lo criminal. Antes nos dejó su sello Marcel Domingo, que impuso un contraataque tremendo y dejó una herencia, una tradición de juego en el club. En el Athletic tuve a Koldo Aguirre, que veía el fútbol muy bien, o a Rafa Iriondo.

—Usted tuvo siempre un talante muy pedagógico y sosegado, lejos de los perfiles que reafirman continuamente su autoridad.

—Hubo una época en los años 70 en la que el fútbol europeo lo dominaban alemanes y holandeses, sobre todo, y esa tendencia puso de moda entrenadores muy autoritarios, como Max Merkel, *míster Látigo*, Udo Lattek o Rinus Michels, al que llamaban *míster Mármol*. Yo tuve a Merkel, por ejemplo. Era la época del criterio del entrenador por encima de todo. Nunca creí en eso, siempre fui más partidario del diálogo. Hay que ganar a través de la interpretación del juego, no de la *testiculina*. Por eso comparto la línea de Guardiola o Del Bosque, del que valoro su humanismo, esa naturalidad con el futbolista o los medios de comunicación. Eso es dirigir.

—Después de enfrentarse al Barcelona en el que Guardiola era futbolista, ¿cómo observa su trabajo como técnico? —pregunté a Irureta.

—Es evidente que aquel Barça y este tienen una raíz común, que es de la que parte Guardiola, pero compararlos no es fácil, porque además el fútbol ha cambiado desde entonces. Tácticamente este es más completo, sobre todo por su dedicación defensiva, pero ambos parten de la posición y de la posesión. El actual, además, tiene un poderoso factor diferencial, que es Messi. Tiempo atrás, al argentino le faltaba algo de gol, una faceta en la que ha rectificado de forma colosal. Es como si hubiera subido un peldaño, el que va del regate al gol. En mi opinión, antes se focalizaba en driblar y en la asistencia, y eso implicaba, entre otras cosas, que su definición no estuviera tan trabajada como lo está ahora. Podemos hablar ya de un Messi completísimo.

—¿En paralelo a Cristiano o muy distanciado?

«Me crié en la cultura del entrenador por encima de todo. Nunca lo entendí. Hay que ganar por la interpretación del juego, no por *testiculina*.» —Messi es el número uno, pero Cristiano está en el grupo de los mejores. Es el tipo de futbolista que todos los entrenadores queremos tener, porque es un vicioso del gol —afirmó.

—¿Qué jugadores a los que ha dirigido le han dejado sello?

—Fran era un futbolista excepcional, técnico, de visión. Pocos han dominado el concepto de la posición como Mauro Silva y Karpin ha sido uno de los jugadores más

ganadores que he tenido.

—¿No tiene mono?

—¡Claro! El entrenador se muere entrenador. He pensado muchas veces en que me gustaría volver, pero tendría que ser en un proyecto tranquilo y, si le digo la verdad, veo al fútbol muy alterado, demasiado.



## Rafa Benítez

*Only caesar salad, only football*

Tres veces *thank you*, tres veces gracias, dice a la persona del servicio que acaba de traer una bandeja con agua. Con gas y sin gas, pero solo agua. Sentado en uno de los coloristas sofás que ocupan las estancias de su casa, de espaldas a la vidriera que ofrece una privilegiada vista del estuario del río Dee y rodeado de cuadros de contemporáneos rusos escogidos por su mujer, Montse, Rafa Benítez se permite una confidencia en voz alta.

—¿Cómo les explico a mis hijas que esto no es la realidad?

—¿Lo intenta? —le pregunto.

—Claro, les digo que su padre dormía en una litera con su hermano, en un barrio obrero de Madrid. Tenemos mucha suerte con ellas, lo entenderán, pero no es fácil, no es fácil... —se lamenta—. La necesidad curte el carácter.

Son Claudia y Ágata, epicentro de una familia que mantiene al técnico en el varadero de Liverpool, el lugar donde se ha sentido y aún se siente más querido, algo evidente en un simple paseo. Le ha quedado grabada en la memoria una pancarta: «Rafa es lo mejor que le ha pasado a Liverpool desde el descubrimiento de la patata». Tiene sentido en la ciudad por excelencia del *fish and chips*. Nada reconforta tanto al ser humano como sentirse querido, incluso a la extraña especie del entrenador, al que Benítez define como el «eterno insatisfecho». A la definición llega por introspección.

Se mueve por la casa compulsivamente, como si aún tomara las medidas a esta mansión edificada a principios de los 90, moderna, pero diseñada desde la nostalgia colonial. Cuando se le pregunta por los metros habitables, contesta por aproximación: «Unos 700, 800...». Benítez se la compró a un empresario petrolero, con inversiones en Sudáfrica, y entre las cosas que el propietario dejó en la casa aparece una leona disecada, en el piso de abajo, frente a la piscina cubierta y camino de una sala con billares, un futbolín y un expositor lleno de trofeos.

—Están todos los títulos que se pueden ganar en un club —alerta durante la visita, como un excelente anfitrión.

Es cierto. La Liga y la UEFA con el Valencia; la Copa, la Champions y la Supercopa de Europa con el Liverpool, y la Supercopa de Italia y el Mundial de Clubs con el Inter de Milan.

La residencia de los Benítez se encuentra en la subida a una colina, en el bucólico municipio de West Kirby, en el Merseyside. El viento trae olor a océano y la retirada de la marea deja un paisaje lunar donde solo se escucha el graznido de las gaviotas. Claudia y Ágata son *british* total, pese a haber nacido en España, incluso la pequeña

habla inglés con acento local, acento *scouse*. Al técnico le tranquiliza el buen nivel académico del centro escolar al que acuden, en el que se disfrazan de personajes históricos como los Tudor, para estudiar cada periodo a partir de la interacción.

—Maradona, en un momento de depresión, le dijo a Valdano que únicamente aspiraba a llevar a sus hijas al colegio. Usted lo ha conseguido —apunto, cuando recuerda a la hora que terminan las clases, cita que no puede eludir.

—Esta misma tarde lo haré y después las llevaré a montar a caballo. Durante el tiempo de inactividad, he tenido la sensación de estar recuperando una parte de mi vida, cosas que me había perdido. A veces es bueno para observar tu trabajo en perspectiva, sin la presión del partido. Pero un poco de estrés también es necesario... Cuando me veía inquieto, mi mujer me decía: «¡A ver si te sale ya equipo!».

El eco devuelve las risas mientras la conversación sigue por los pasillos de la casa.

—¿Qué pasó en Italia, en el Inter?

La mímica advierte que tendremos solo media respuesta.

—Llegamos a un equipo que había ganado y, en teoría, con posibilidades de volver a hacerlo —explica—. El análisis objetivo, sin embargo, decía que había quince futbolistas por encima de los 30 años. Era necesaria savia nueva. Se nos dijo que se iba a fichar y no se hizo, y los jugadores que estaban sacaron la conclusión de que el club no apoyaba al entrenador. Lógico. Trabajamos el doble y ganamos la Supercopa y el Mundialito, más difícil e incómodo de lo que se cree para los equipos europeos. Otro de los problemas fue que nos encontramos muchas lesiones reincidentes, porque el equipo había estado muy exigido, por decirlo de alguna manera...

—¿Lo exprimió Mourinho? —pregunto, sin darle tiempo a continuar.

—No puedo juzgar el trabajo anterior —contesta, aunque el tono apunta a que no dice todo lo que piensa—. Yo solo sé lo que me encontré, lo que pedí y lo que no me dieron.

Benítez tuvo una buena relación inicial con el presidente interista, Massimo Moratti, pero todo cambió después.

—Me quedé sorprendido por su falta de apoyo, y más tras observar cómo se gastó el dinero después, nada menos que 50 millones de euros. El Inter posterior no tenía nada que ver con el del principio de temporada. Ficharon a cinco jugadores, cuatro de ellos titulares, y se marcharon seis.

Al técnico español se le ha reprochado reiteradamente que durante su etapa en el Liverpool fichaba demasiado. Se lo vuelvo a recordar y es evidente que le incomoda.

—Era sobre todo desde España, porque mucha gente no entiende —explica, entre indignado y resignado—. Aquí, en Inglaterra, un equipo filial es profesional. Cuando contrataba para ese conjunto, sumaban un fichaje más. La realidad es que en seis años

hicimos unas 40 contrataciones. Si no tienes 20 millones, has de arriesgar con futbolistas de proyección u otros que acaban contrato. El Arsenal, que se dice que trae jóvenes, también gasta mucho. Fichó, por ejemplo, a Walcott con 17 años por 12 millones, cifra que manejábamos nosotros para futbolistas hechos.

Es evidente que esa acusación le duele, por lo que Benítez quiere continuar con su explicación desde lo táctico y lo económico.

—Inglaterra no es fácil para los entrenadores, porque te rompe mucho los conceptos que se manejan en otros países, como España. Allí, por ejemplo, presionas a una banda y después a la otra, porque se juega en transiciones más cortas. En la Premier, si lo intentas, el jugador lanza el balón al área en busca de la segunda jugada y ya te ha desmontado. En las estadísticas se observa que en muchos equipos son los porteros los que dan el mayor número de pases al último tercio del campo. ¿Cómo lo contrarrestas? El primer año en Liverpool nos costó mucho. Acabamos quintos, pero la Champions nos dio crédito. Fichamos a Reina, un portero bueno en el juego aéreo; a Cissoko, centrocampista de trabajo, y a Crouch, alto para recoger el balón y dar opciones en la llegada o segunda jugada. Hicimos 82 puntos, el récord del Liverpool en su historia. Más tarde lo mejoramos, con 86. ¿Por qué? Conocimiento y dinero. Torres, un tiempo después, ya fue un fichaje de otro nivel económico, pero ¿cuánto rendimiento dio y por cuánto lo vendió el club? ¿Y a Xabi Alonso?

Solo ambos jugadores dejaron una plusvalía de 37 millones de euros. Contratado por el Chelsea del magnate Roman Abramovich, Torres se convirtió en el fichaje más caro de la historia de la Premier. El ruso pagó 58 millones de euros al Liverpool, que realizó lo que se considera la operación perfecta con un jugador: después del rendimiento deportivo, rendimiento económico. El delantero siempre repite que debe a Benítez su progresión futbolística y recuerda las correcciones permanentes, las indicaciones continuas que le daba en los entrenamientos.

«Inglaterra no es fácil para los entrenadores. En España presionas a una banda y a otra, porque se juega en transiciones cortas; en la Premier, si lo intentas, mandan balón al área, buscan segunda jugada y te desmontan.» —Es un chico maduro, muy estable psicológicamente. Llegó con muchas ganas de progresar, pero necesitaba aprender movimientos distintos para sacar todo el partido a su potencia, que parece hecha a medida del fútbol inglés. Le costó pero, cuando lo hizo, multiplicó su peligrosidad. Entiendo que cuando debe adaptarse al juego de la selección le cueste más, porque el equipo juega en espacios más cortos. Es natural. España, además, domina tanto que los rivales se repliegan, dejan poco espacio entre sus líneas, justo el que Torres necesita para sacar partido a su potencia. Para nosotros, en cambio, era la pieza definitiva en las transiciones que empezaban en Mascherano y Xabi Alonso, con Gerrard por delante. En eso trabajamos muchísimo hasta conseguir un despliegue rápido, preciso y efectivo. A menudo se piensa que el entrenador interviene poco en

lo ofensivo, pero yo no estoy nada de acuerdo. En mi caso, tengo un defecto que puede ser una virtud: soy profesor. El futbolista tiene una capacidad grande de aprender, y nosotros estamos para enseñar, para darle fundamentos, conceptos. Los que han querido hacerlo conmigo, han mejorado. Ahí están no solo Torres, sino Luis García, Arbeloa, Pepe Reina o Xabi Alonso, distintos después de su paso por el Liverpool. Mista o Curro Torres crecieron mucho en el Valencia porque querían aprender, mejorar. Y he tenido otros muchos, en equipos de menos nivel, como es el caso de Toni Velamazán, al que dirigí en el Extremadura.

Hablar de táctica y de presupuesto, ponerlos en relación, es hablar como un mánager, lo que fue en Liverpool. El técnico, sin embargo, desmitifica el concepto plenipotenciario que se tiene de esa figura en España. No todos son Alex Ferguson, está claro.

—El mánager depende de un director financiero y otro ejecutivo —advierte Benítez—. No puedes hacer lo que quieras. Tampoco es lo mismo en el caso de quienes llevan muchísimos años, como Wenger o Ferguson, que en el de los demás.

Su tensa relación con el entrenador del Manchester United, un poder fáctico en la Premier, capaz de condicionar arbitrajes y horarios si era necesario, dependía de los resultados. Como con Mourinho.

—Si echo la vista atrás, no veo que *Mou* haya cambiado mucho con respecto al que era en Inglaterra —dice, lacónico, aunque es evidente el distanciamiento.

—¿Es difícil trabajar con usted?

«El futbolista tiene una capacidad grande de aprender y nosotros estamos para enseñar, para darle conceptos que lo hagan mejorar individualmente. Quien ha querido hacerlo conmigo, lo ha conseguido, como Torres, Reina, Arbeloa o Xabi Alonso.» —Yo creo que no, pero sí es cierto que el jugador valora más el trabajo del técnico cuando pasa el tiempo y ya no está. Hacemos entrenamientos dinámicos, el 80% del tiempo con balón, y siempre con objetivos. Hay momentos en los que has de dejar que el futbolista se exprese libremente, pero en otros has de conducirlo. Todos los técnicos tienen jugadores incómodos, pero no se pueden conseguir títulos si no haces las cosas bien. Reconozco, eso sí, que el entrenador es el eterno insatisfecho. Si he hecho 86 puntos, quiero 90; si he ganado un título, quiero dos...

—Y si pierdo por 3 - 0 en el descanso, quiero ganar la final... —interrumpo—. Hace falta creer mucho para cambiar eso. ¿Qué les dijo a los jugadores del Liverpool en el vestuario para ganar la final de Estambul, nada menos que frente al Milan?

—Mientras iba para el vestuario, escuchaba los cánticos de nuestros aficionados. Animaban al Liverpool pese a la derrota. En cambio, esa atmósfera no se percibía en el equipo, entre los jugadores, y eso era lo que tenía que conseguir. Hicimos un ajuste táctico, al dar entrada a Hamann para que minara el espacio que aprovechaba Kaká a la espalda de nuestros centrocampistas. Luego les dije que había que meter un gol por

toda esa gente que estaba ahí fuera y que, si lo hacíamos, la dinámica nos metería en el partido. Fueron tres. Tuvimos suerte, claro, pero es que cuanto más trabajas, más suerte tienes.

Benítez decide que continuemos con la conversación durante la comida. Dejamos la casa y acudimos a uno de sus locales habituales en West Kirby. La primera impresión es que es sencillo, muy sencillo. El técnico es recibido de la misma forma, como un vecino más. Nada de vino. Para comer, *only caesar salad*. El plato, frugal, no relaja la conversación: *only football*. Nos acompaña Juan Francisco Sánchez. Periodista extremeño, contactó con Benítez durante su etapa en el Extremadura, en Almendralejo. Se ocupa de la comunicación del técnico por una cuestión clave, la que más valoran los profesionales del fútbol, asediados por su éxito y su dinero. Es la confianza.

«No creo que sea difícil trabajar conmigo, pero reconozco que el entrenador es el eterno insatisfecho.» —Soy un profesional, orgulloso de su origen, pero un profesional. Quiero que eso se entienda —aclara cuando, gracias a la distensión que provoca el ir y venir de los platos, abordo su relación con el Madrid, el club en el que se forjó—. Cuando tuve que retirarme por una lesión de rodilla, que no hacía nada más que darme problemas, ingresé en las categorías inferiores del Real Madrid. Recuerdo que envié una carta para solicitar entrenar a un equipo alevín si era necesario, y Fernando Mata, por entonces preparador físico en aquella casa, me presentó a Vicente del Bosque, que era el coordinador técnico del fútbol base, y a Luis Molowny, al que ya conocía de mi etapa como jugador. Junto con Miguel Malbo, responsable de las categorías inferiores, me asignaron el Castilla B juvenil, que formaban jugadores de 16 años. Estuve entrenando varias temporadas a distintos equipos juveniles hasta que llegó Ramón Martínez como director de fútbol base y me ofreció el puesto de entrenador del Sub-19. Una de las decisiones que tomé en esa etapa fue la de fichar a Raúl, después de las recomendaciones del ojeador Paco de Gracia, que trabajó posteriormente en Liverpool conmigo. Más tarde ascendí al Castilla, en Segunda División, y colaboré como segundo con Del Bosque en el primer equipo, antes de marcharme al Valladolid, en Segunda. Ascendimos y me reencontré con algunos de mis antiguos canteranos, como Marcos, Antía, Santamaría o Fernando.

Benítez llegó al Madrid con 13 años, edad en la que alternaba los puestos de interior, mediocentro o líbero, algo habitual en época de formación. Con la perspectiva del tiempo, recuerda que tenía nivel para haber llegado a Primera de no ser por la lesión, pero admite que no para jugar en el Madrid.

—Con 13 años ya era un poco entrenador —reconoce—. En una libreta que me dio mi padre apuntaba las alineaciones de mi propio equipo, la lista de goleadores y hasta las cuentas de una especie de trofeo de la regularidad. Nadie lo sabía, claro.

Todo eso que ahora te dice el ordenador con apretar una tecla. Empecé a utilizarlo ya como técnico de las categorías inferiores y recuerdo que el señor Malbo me preguntaba si realmente servía para algo. Hoy ningún equipo técnico prescinde de la informática, es impensable.

Licenciado en INEF y con un pasado como profesor y director de instalaciones deportivas, considera básica la ayuda de la tecnología y el conocimiento integral del deporte.

—¿Cuáles fueron sus influencias?

—Siempre he visto y he analizado a cualquier entrenador que pudiera aportarme algo, por sencillo o complicado que fuese. Tengo claro, y puedo garantizar que no es la típica frase hecha, que se puede aprender de todo el mundo, por lo que me fijo en cualquier detalle que me llame la atención de otro técnico, independientemente de la categoría y la competición en la que desarrolle su trabajo. Gran parte de mi forma de afrontar la profesión procede de las enseñanzas e influencias que recibí cuando estudiaba en el INEF de Madrid. Y creo que uno de los profesores que tuve, Felipe Gayoso se llamaba, tal vez sin darme cuenta, tuvo una enorme importancia en mi forma de analizar el juego. Aprendí mucho a su lado y fue una lástima su temprana muerte. Realizábamos innumerables trabajos, con mucho rigor y seriedad todos ellos, y eso estaba en perfecta consonancia con mi forma de ser y de pensar. He viajado posteriormente por España, Italia, Holanda, los Estados Unidos..., viendo trabajar a otros compañeros y haciendo preguntas sobre cualquier tema, ya fuesen de orden técnico, táctico, físico o psicológico, relacionado con los equipos. Y no solo de fútbol, también me interesan aspectos de otros deportes y sus filosofías, como el baloncesto, el rugby, el atletismo... Durante mucho tiempo me dediqué a analizar puntualmente y a fondo el Milan de Arrigo Sacchi, con el que por cierto tengo una magnífica relación. Aquel proyecto revolucionó el fútbol en esa época. Seguí mucho al Barcelona de Cruyff, al Deportivo de Irureta y me llamó mucho la atención el Valladolid de Maturana. También he encontrado trabajos muy bien hechos en clubes a los que he llegado. Es el caso del Valencia, donde partimos de la excelente base dejada por Héctor Cúper. Sobre ella construimos un modelo de competitividad. Era un equipo que jugaba de memoria y era muy superior a los demás en número de ocasiones. Eso creaba un poco de envidia y críticas injustas en el entorno de los grandes. Superó al Barcelona, al *Superdepor* y al Madrid de los galácticos, y además con solvencia.

—¿Y de los futbolistas, con cuáles se queda?

—Mi ídolo era Beckenbauer, quería jugar como él... —dice—. He visto después a algunos de los mejores de la historia, en directo o en vídeo.

«El Valencia con el que fuimos campeones era muy superior en número de ocasiones y jugaba de memoria. Eso creaba algo de envidia en los dos grandes.» —

Defínalos —propongo.

—Pelé, habilidad y remate; Di Stéfano, el más completo; Gento, velocidad y frenada; Maradona, capaz de resolver él solo un partido en un instante; Cruyff, porque jugaba a gran nivel y hacía que lo hicieran quienes estaban a su alrededor. De futbolistas, digamos más cercanos, hay que quedarse con Raúl por su mentalidad ganadora; con Hierro, porque era muy completo y efectivo; con Butragueño, absolutamente imprevisible en el área, y con Hugo Sánchez, rematador puro... En mi lista estarían también en sitio preferente Laudrup, por su calidad y elegancia; Guardiola, gran visión del pase; Zubizarreta, por hacer fácil lo difícil, y Cafú, incansable creando peligro por la banda...

Desde su atalaya de descompresión en West Kirby, Benítez tiene una panorámica privilegiada del pulso Barcelona-Madrid que parece la guerra de los mundos, y del resto del fútbol español.

—El Barcelona tiene años de ventaja, plasmados en su cultura del juego, y eso se refleja en la seguridad con la que actúa. Requiere tiempo, que el Madrid ha perdido con tantos cambios. Ahora no es fácil, porque ganar exige tener a los mejores ya y eso aboca a fichar. En la cantera hay que crear la expectativa. Pep Guardiola lo ha hecho y ahora se beneficia en competitividad y sentimiento de pertenencia. ¿Cuánto valen sus jugadores en el mercado? ¿Cuánto habrían costado Urzáiz, Alfonso o Raúl, a los que yo tuve en las categorías inferiores del Madrid? Eso es inversión. Pep ha cerrado un círculo virtuoso que se retroalimenta: cantera, victoria y respeto. Pero es uno más de los grandes técnicos que hay en España, como Unai Emery, que está haciendo un buen trabajo en Valencia, Luis García, Juan Carlos Garrido y otros muchos.

Habla bien, asimismo, de la labor de Kenny Dalglish en el que fuera su equipo y quién sabe si en un futuro pudiera volver a serlo. De todos los *Yesterdays* que los mitómanos de los Beatles evocan en Penny Lane Street o en el pub The Cavern, Benítez tiene claro cuál es el suyo: ese tiempo y lugar en los que encontró sentimientos, trabajo y victoria, y a los que quiso ser fiel pese a los cantos del Bernabéu. Vaya donde vaya, esta es su casa, donde su mujer ha encontrado su espacio, implicada en varias *charities* (causas benéficas) y donde estudian sus hijas. En su tiempo libre, Benítez se ha ofrecido a ayudar a sus compañeros de clase en el equipo de fútbol.

—¿Qué les dice a los niños?

—Lo mismo que a los mayores: *Pass and move!*

¡Pasa y muévete!

# ESPAÑA EMPIEZA EN LA TIERRA

Asturianos de braveza, vascos de piedra blindada, valencianos de alegría y castellanos de alma, labrados como la tierra y airoso como las alas; andaluces de relámpagos, nacidos entre guitarras y forjados en los yunques torrenciales de las lágrimas; extremeños de centeno, gallegos de lluvia y calma, catalanes de firmeza, aragoneses de casta, murcianos de dinamita frutalmente propagada, leoneses, navarros, dueños del hambre, el sudor y el hacha, reyes de la minería, señores de la labranza, hombres que entre las raíces, como raíces gallardas, vais de la vida a la muerte, vais de la nada a la nada.

MIGUEL HERNÁNDEZ, 1910 - 1942



## Benito Floro

*El técnico más cerebral, recomendado por el jugador más temperamental: Juanito*

Juan Gómez, Juanito, *Juanito Maravilla*, como cariñosamente lo recuerda Benito Floro, nunca dejó de estar en el Real Madrid, a pesar de la diáspora que lo devolvió a su tierra o lo llevó hasta Mérida cuando ya no tuvo más remedio que quitarse la camiseta blanca. Incluso después de su trágica muerte en un accidente de automóvil tras presenciar un partido europeo en el Bernabéu. Lo prueba el canto de las gradas, de la misma forma que la siguiente historia. Cuando ejercía como secretario técnico del Málaga, Juanito seguía a un futbolista de futuro, Juan Antonio Chesa. Con ese objetivo, acudió durante numerosas jornadas a los campos donde jugaba su equipo, el Albacete. Poco a poco, pasó de observar al jugador a fijarse en el conjunto. Finalmente, después de una exhibición a domicilio en Vallecas, Juanito acabó el informe de Chesa, pero, de inmediato, llamó a Ramón Mendoza: «*Presi*, tiene que contratar a ese entrenador para el Madrid. ¡Cómo juega su equipo!». El cerebral Benito Floro acababa de ser recomendado por uno de los jugadores más temperamentales que ha conocido el fútbol español. Detrás de ese volcánico carácter, habitaba un alquimista, un científico del balón.

El consejo provocó la primera aproximación, pero lo que ofrecieron al técnico, hacerse cargo del filial en un periodo de teórica transición, le decepcionó. No había llegado hasta Primera, después de ganar en todas las categorías desde Regional, para entrar en un grande por la puerta de servicio. Esperó. La excepcional progresión del Albacete, conocido como *el Queso Mecánico*, le dio más tarde la oportunidad. Llegó en paralelo al nombramiento como Mejor Entrenador del Año por parte de la Asociación Española de Periodistas Deportivos. Cuando Mari Carmen Izquierdo, como presidenta, le entregó el cheque de 250.000 pesetas con el que estaba dotado el premio, Floro hizo que se lo enviaran a la viuda de Juanito.

El desaparecido futbolista del Madrid no fue el único asombrado por el juego de aquel Albacete. Le ocurrió a muchos jugadores o técnicos de la época que, años después, señalan a Floro como un técnico que creó tendencia, aunque mediáticamente se viera opacada por su corta estancia y sangrante salida de la élite: el segundo y funesto episodio del Madrid en Tenerife y la grabación en Lleida de la intimidad del vestuario en el peor día, que siempre es el día de una derrota.

—Es increíble cómo un equipo modesto pudo dejar semejante sello entre los profesionales —comento a Floro, con el que, años después, vuelvo a encontrarme en Valencia, apartado ya de la acción, «porque los ciclos cambian», pero con la misma pasión por el análisis.

—El Albacete fue la culminación de un proceso en mi trayectoria. Había sido entrenador en las seis categorías del fútbol español: Regional, Preferente, Tercera, Segunda B, Segunda y Primera, a un ritmo de ascenso por año. Pero temporada a temporada, me daba cuenta de que era necesario alejarse de métodos establecidos como el marcaje al hombre, para compaginar el fútbol defensivo con el ofensivo. Mejor dicho, para poner el primero al servicio del segundo. Doy el salto definitivo a lo que quería en el Olímpico de Xàtiva, donde decido abandonar definitivamente hasta los marcajes mixtos para ir hacia un trabajo zonal. Defino ya mi fútbol, con mediocentros con muy buen concepto de la posición, dinámicos y de pase largo, y laterales de mucho recorrido. Creo que es el equipo que mejor ha jugado en toda mi carrera. Una experiencia anterior, en el Torrente, fue también muy buena. En campos de tierra, el equipo era capaz de marcar goles sin que los rivales lo tocaran. Ahí me di cuenta ya de que si los laterales debían abandonar su lugar para hacer marcajes, no estaban en posición, una vez recuperado el balón, de contribuir al juego de ataque.

—¿Todo eso es posible también en campos de tierra?

—El problema de la tierra es que castiga al futbolista, porque el ritmo ha de ser más fuerte, pero los conceptos sirven, claro. Eso de que los equipos modestos no pueden jugar bien lo dicen quienes nunca lo han intentado —dice, sin reparo—. El terreno de juego es lo primero. Por eso, al fichar por el Albacete, mi instrucción nada más llegar fue arreglar el campo. La cal de las líneas había hecho hasta montículos. Ordené dos resiembras al año.

La precisión era clave en los movimientos del Albacete que, de la mano de Floro, pasó en dos años de Segunda B a Primera, donde concluyó séptimo. En ese tránsito, mantuvo al 70% de los futbolistas, pero uno de ellos, llegado en la temporada en Segunda, fue clave: el uruguayo José Luis Zalazar.

—Su incorporación fue fundamental por sus pases largos, pero de esos que van a la espalda del rival, no al pie —explica—. Siempre he intentado tener ese tipo de jugadores. En Segunda B, Chesa lo hacía; era una especie de Martín Vázquez, pero necesitábamos alguien más estable en el centro del campo. Zalazar podía meter seis pases por partido que dejaban al delantero solo ante el portero.

—También fue importante en las jugadas de estrategia, a balón parado —añado.

Antes de contestar, Floro me ofrece un gesto de desaprobación y una elegante reprimenda:

—Debes sustituir la palabra estrategia: es uno de los fallos de estas conversaciones. Es jugada a balón parado, aunque los suramericanos le dicen «táctica fija». Estrategia es un plan. Los fundamentalistas te dirán que todas las jugadas a balón parado tienen una estrategia. Por supuesto, todo tiene una estrategia, hasta esta conversación, que es el plan de desarrollo de una actividad. Es cierto —prosigue, concluido el matiz— que Zalazar era un número uno por su golpeo y precisión, pero

donde más disfruté de eso fue en el Olímpico de Xàtiva, insisto. Metimos más de 60 goles en una temporada y 33 fueron a balón parado.

Las acciones «a balón parado», que quede claro, iban acompañadas de señas entre los futbolistas, de indicaciones. Provocaron algún comentario jocoso, pero ahí están los números. Cuando Floro llegó al Madrid, un futbolista le preguntó por qué las hacían durante los entrenamientos abiertos al público y a la prensa, si así las podían aprender los rivales. Y el técnico le contestó: «Para eso, para que las aprendan bien».

—Tú preparas una acción que tiene cinco salidas. Haces unas señales y el rival las aprende —explica—. Cuando lo ha hecho, selas cambias y entonces le engañas. Para eso necesitas futbolistas inteligentes. Lo asimilan rápido, porque si lo que le ofreces al jugador le ayuda a ganar se vuelca. Cuando ascendimos de Primera Regional a Preferente, con el Torrente, el presidente me preguntó qué regalo quería. Yo le dije: «Una cámara de vídeo». Me dio una de aquellas Thompson antiguas. Le hacía a mi mujer manejarla. Empezamos a montar vídeos rudimentarios para recrear las jugadas.

—¿Fue fácil trasladar todo ese método al Madrid? ¿Lo aceptaron sus estrellas?

—El problema de los grandes clubes es la enorme influencia de lo que yo llamo «agentes externos», que dificultan las acciones profesionales —contesta Floro, con un gesto de resignación—. Tienes que tener una cesión de fuerza por parte del presidente para que el jugador se implique sí o sí. Es difícil y no tiene nada que ver con la idea de juego. Es una cuestión de autoridad. En el Madrid todo fue bien hasta que llegamos al partido de Sevilla y perdimos. Mendoza, que en paz descanse, alguien al que querré siempre, me dijo que quería hablar conmigo después de la cena. Me hice a la idea de que me echaban. Al contrario. «Usted siga recto, no se tuerza y tire para adelante», me dijo. De ahí hasta el partido que nos roban en Tenerife, no perdemos ninguno. Ganamos la Supercopa al Barcelona en su casa y lo eliminamos en las semifinales de la Copa. Aquel Madrid era un equipo de gran calidad táctica. Nos faltó mucho el acierto en los golpes francos de Prosinecki, que venía con grandes números. De 50 que lanzó en el primer año, solo tres acabaron en gol. Pero el ritmo de Butragueño o Zamorano era muy bueno, Lasa era un aluvión, el trabajo de Michel, Luis Enrique o Martín Vázquez en bandas crecía... Ese equipo mereció mucho más y, sobre todo, mereció que al año siguiente se atendieran nuestras peticiones.

—¿Cuáles eran?

—Cafú o Roberto Carlos, uno de los dos, para cubrir el lateral, y David Ginola, que era un futbolista que me encantaba. Pero no vino nadie de nivel y todo se deterioró. Cuando ocurre lo que ocurre, estábamos solo a dos puntos del Barcelona.

Lo que ocurrió es analizado como un destino inexorable por el propio técnico. Su destitución se produjo después de una grabación de Canal + en el vestuario del Camp d'Esports de Lleida, en la que intenta jalearse a sus hombres y les dice: «A estos los ganamos con el pito, que sois el Real Madrid». Perdieron, pero la derrota cualitativa,

la que empieza a escribir ese destino, había llegado en Tenerife, en un encuentro dirigido por Celino Gracia Redondo. De poco sirvió el título de Copa posterior. A ese episodio es al que Floro se ha referido como «robo».

—Una cosa es equivocarse y otra ser consciente de que te vas a equivocar — explica, al requerirle ser explícito—. Lo que allí pasó no se puede negar, es evidente: 37 faltas del Tenerife y la expulsión es para Zamorano. Hay cinco penaltis clarísimos, uno nuestro al final y cuatro de ellos, y ninguno se pita. Tuvimos un partido previo, el miércoles en el Camp Nou, en la Copa, en el que a los 20 minutos nos dejaron con un jugador menos injustamente. Aun así les ganamos. Nos machacamos el miércoles para ir el domingo a Tenerife. Hay, además, cosas anteriores. En el partido Barcelona-Real Sociedad, Toshack se sonrió a pesar de perder...

—¿Le marca ese partido?

—Me quita el único título que me falta en el fútbol español. Los tengo todos, desde Regional hasta Segunda A. Me fastidió por Mendoza, por los futbolistas y por la afición. Si al año siguiente refuerzan bien el equipo, nos salimos. El Madrid tenía enormes deudas y se firmaban futbolistas con criterios distintos. Se fue deteriorando todo. Había desunión interna. Cuando me destituyen estamos a dos puntos del Barcelona y tenía que venir al Bernabéu. Al final, el equipo acabó a ocho de los azulgrana.

«Lo de Tenerife fue un robo innegable: 37 faltas del rival y la expulsión es para Zamorano. Cinco penaltis, cuatro a nuestro favor, y ninguno pitado. Una cosa es equivocarse y otra saber que te vas a equivocar.» Las dos derrotas en Tenerife, la primera con Leo Beenhakker, condujeron al Madrid a un periodo de decadencia. Fue la escenificación del final de *la Quinta del Buitre*, trasladada posteriormente a la propia selección, en la que Javier Clemente sustituyó al bloque del Madrid por el del Barcelona, beneficiado de esas dos derrotas en la isla. Dertycia, jugador del Tenerife, confesó primas a terceros en el primer año y para muchas sospechas más dio el arbitraje de Gracia Redondo la temporada siguiente. Años después, en una comida privada con José Luis Núñez, le pregunté por aquello al expresidente azulgrana, y me respondió enigmático: «Ni siquiera fue necesario que yo hiciera nada». Dio a entender que lo hicieron otros: un gran prócer mediático de la época. Floro tuvo otra etapa en el Madrid como director deportivo, recomendado a Florentino Pérez por Butragueño, futbolista con el que sintonizó durante su paso como entrenador. Pero se trata de una etapa que el técnico enmarca dentro de lo que llama «errores emocionales», como la de volver al Albacete o fichar por el Sporting de Gijón, por tratarse del equipo de la ciudad donde nació en 1952.

—Después de mi salida del Madrid, empieza una etapa que económicamente no es buena pero deportivamente se toman buenas decisiones, y es la que lleva a Pirri como director deportivo —asegura—. Una cosa que hace mal el Madrid es no valorar

a sus exjugadores como asesores, porque saben lo que necesita la entidad. Pero no se les tiene en consideración. En lo deportivo, a Florentino le ocurre lo que a Mendoza. Cuando el segundo llega al club, la base ya estaba hecha con *la Quinta* y los Gallego, Camacho... Florentino recoge la plantilla de Pirri, la que gana la séptima Copa de Europa, la refuerza y gana. Cuando la base desaparece, se pierde.

Del Albacete al Madrid, Floro se trajo metodología, pero sin aplicarla de forma dogmática. En lo táctico, dio un paso adelante por el poder de los futbolistas que se reflejó en el cambio de sistema.

—Si optas por un 4 - 4 - 2, donde los dos mediocentros juegan por igual, tienes grandes posibilidades de creación y más remate. Pero esa formación requiere que tengas muy buena condición física. De esa forma jugamos el primer año en el Madrid, con Prosinecki y Hierro como mediocentros, que eran perfectos, con mucho juego y pase largo. Bandas poderosas con gente como Michel, Luis Enrique o Martín Vázquez, y delanteros como Butragueño, inteligentísimo, o Zamorano, muy listo para ir al segundo poste. En cambio, en el *Alba*, el primer año en Primera, ya vimos que no podíamos jugar de esa forma. Había que cambiar a una formación que es la que ahora tiene el Barcelona.

—¿Un 4 - 3 - 3?

—En realidad es un 4 - 5-1, con un futbolista por delante de los centrales que lo equilibra todo, y dos mediocentros que se ponen a jugar a fútbol a sus anchas. De esa forma, estuvimos quince partidos sin perder, incluidos los dos contra el Madrid. En la etapa de Japón (Vissel Kobe) empleábamos el 4 - 5-1. El equipo jugaba bien, pero nuestra definición era horrorosa. En Monterrey sí llegó el equipo a jugar a un altísimo nivel. Estaba a punto de descender cuando llegamos y acabó por primera vez en los *play off*.

—Usted ha citado al Barcelona actual. Muchos opinan que se trata de la versión más avanzada del mejor equipo que ha conocido el fútbol...

—Vamos a ver —interrumpe, mientras sonrío sibilinamente—. Es un equipo extraordinario, lo primero. Tiene una agresividad defensiva enorme, que se basa en ellos mismos y en que los rivales juegan para él...

—¿Cómo?

—Me explico. Que el Barcelona tenga una agresividad de la que todos participan, es mérito de su entrenador. Que lo logren tan fácilmente, de alguna manera, implica dejadez del rival. No hacen casi nada para evitarlo. Luego está su juego ofensivo. Depende mucho de la calidad de sus jugadores, que es tremenda, pero no crean la jugada: la jugada les viene. Es difícil de entender, pero es así... El fútbol ofensivo, en general, está poco desarrollado. Recuerdo muchos técnicos que decían que iban a ver a Wenger, a Sacchi... y luego venían a ver al tío Benito —dice, mientras se señala—. ¡Qué pena que solo se quedaran con lo defensivo! En el baloncesto hay jugadas que,

si las haces bien, puede que no hagas canasta, pero tiras, seas el equipo que seas. ¿No? Pues ahora pregúntales a varios entrenadores qué jugadas tiene el fútbol que, si las haces bien, el rival no te puede impedir tirar a puerta. Otra cosa es que marques gol. Si muchos no las conocen, cómo van a entrenarlas...

Prefiere detenerse porque no quiere decir nombres, eso ha advertido desde el principio de la charla aunque no siempre lo consigue. Por eso, empieza de nuevo con lo que ha dejado a medias, el Barcelona.

—Lo que le da al Barcelona fuerza es la etapa de Rijkaard. Marca un camino que se rompe cuando se relaja el trabajo, y que crece cuando Guardiola impone de nuevo la disciplina. Todo eso que dicen de La Masía tiene sentido ahora porque está Guardiola. Pero llega otro entrenador y de la cantera pone solo al que pondría mi tía María... Lo de colocar a Busquets y quitar a Touré Yayá solo lo hace la persona que lo ha dirigido antes, que lo conoce y se siente valiente. Es más fácil equivocarse en un fichaje, por la adaptación, que en una aportación de la cantera. En ese sentido, para mí Guardiola, un diez. Cuando volví al Madrid, le dije a Florentino que el 60% de la plantilla, como mínimo, tenía que ser formada en la casa.

—Con Mourinho no parece ese el camino.

—*Mou* es otra cosa —afirma, como si habláramos en planos distintos—. Es una cuestión más mediática que pedagógica, pero el que gana es el que tiene la razón, ya se sabe... La estructura de juego de sus equipos es simplísima. Él lo basa todo en lo emocional. Defiende al futbolista y este se le entrega. Lo que sí tiene es un buen concepto de quién es un buen futbolista, competitivo, y quién no lo es. Como está amparado por una ola de éxito, puede permitirse el lujo de presionar a la institución, aunque, pese a ello, no es un ejemplo a seguir. Eso no se puede hacer, porque no todo el mundo tiene un representante como el suyo...

—Tampoco fue un jugador de élite, como usted. ¿Le pesó eso cuando llegó al Madrid?

—Lo que te pesa es que no sepas lo que tienes que hacer, no lo de tocar mejor o peor el balón. Hay jugadores de Primera con bajo nivel técnico y táctico, y algunos han llegado a internacionales. Muy tonto sería el futbolista que por no haber jugado en el Inter creyera que no sirves como entrenador. El buen jugador quiere que le digas bien claro lo que tiene que hacer. El malo quiere trabajar poco y jugar el domingo.

—¿El bueno acepta al psicólogo? Usted también fue pionero en eso.

«Todo eso que dicen de La Masía tiene sentido porque está Guardiola. Si llega otro entrenador, de la cantera pone al que pondría mi tía María.» «La estructura de juego de los equipos de Mourinho es simplísima. Lo basa todo en lo emocional.» — No lo fui. Vicente Miera ya lo utilizaba en las selecciones inferiores. Yo tengo la diplomatura de magisterio y algo sé de pedagogía. Los técnicos tratamos a jóvenes que se están formando, en la etapa entre la adolescencia y la madurez, mientras

reciben halagos y críticas desmesuradas. Eso desequilibra enormemente, te resta mucha energía. Una figura que pueda ayudarles a soportarlo es adecuada. El futbolista lo admite bien. La dimensión que adquirió en el Madrid posteriormente fue desastrosa, por errores nuestros, como permitir que el psicólogo estuviera en los entrenamientos o que hablara con periodistas. Pero sobre los jugadores le diré algo: hice una encuesta privada, sin nombres, solo con cruces, para que pudieran contestar libremente si querían o no al psicólogo. Un 70% lo hizo afirmativamente y un 30% se abstuvo. No hubo ningún voto en contra. Antes de ir nosotros al Madrid, algunos jugadores visitaban ya a psicólogos en privado.

De todo lo que pasó después del Madrid, incluso de su retorno *express* al club blanco en el declive de la primera etapa de Florentino Pérez, el técnico preferiría olvidarse, salvo, eso sí, del paso por Monterrey. Incluso el buen trabajo en un Villarreal que tomaba las proporciones a la élite se acabó porque nunca, dice, le gustó mirar para otro lado.

—Todos los ciclos acaban, nada más —concluye, resignado—. Aparecen entrenadores jóvenes que seducen a los presidentes y pasa nuestro tiempo. Además, no olvide una cosa muy importante: yo nunca tuve representante.

«Al llegar al Madrid hice una encuesta entre la plantilla, sin nombres, para comprobar si querían un psicólogo. El 70% contestaron que sí. Algunos ya acudían de forma privada.»

## Gregorio Manzano

*En la segunda cerveza, piensa en mí*

Cuando el Talavera ofreció el puesto de entrenador a un profesor, Gregorio Manzano tuvo que decidir si ponía en riesgo el porvenir de su familia por mirar una pelota. Con esa serenidad que uno solo comprende al caminar entre olivares, llegó a la conclusión que una pasión merece el riesgo de quien la siente o la padece, pero no el de los demás. Por eso, cada día, después de las clases, cogía el coche para desplazarse de Jaén a Talavera, dirigir un entrenamiento, y después volver a casa.

—¡Eso son 780 kilómetros!

—Y con los Despeñaperros de antes, no los de ahora —contesta Manzano, un personaje de atinada retranca.

Del Talavera, Manzano saltó una categoría más, al Toledo, que apeó de la Copa al Madrid galáctico, en un día en que algún jugador del equipo blanco desconocía de tal forma la competición, entonces en su anterior formato, que creía que había partido de vuelta. Inaudito. Al siguiente paso, lo mismo: el Valladolid en Primera, categoría de la que Manzano ya nunca volvería a descender. Los riesgos dejaron de ser económicos, pero para que tampoco fueran de otra índole el técnico dejó a la familia varada en la ciudad de su primer equipo grande, con la educación de sus hijas garantizada, y se dio a la vida de marino, a esa mar inalcanzable que es el fútbol. Atrás quedaban los kilómetros al volante, el aprendizaje en los campos donde es necesario inventar o hasta robar lo que no hay.

—Empecé a entrenar en 1982 en Regional, categoría que sirve para curtirte, para buscar recursos, porque ese mundo se aleja mucho de lo que es el fútbol ideal. Hablo de campos de tierra desigual, de poca iluminación, de futbolistas que entrenan a horarios distintos porque trabajan, de desplazamientos en coches particulares... — cuenta Manzano, nacido en Bailén en 1956, y que empezó en los campos del Villacarrillo, el Úbeda, el Martos o el propio Jaén—. Teníamos que lavarnos nuestra ropa, limpiarnos las botas, pintar las líneas de los campos algunos domingos y hasta vender boletos para la rifa del jamón que se sorteaba en el descanso. He tenido que hacer de todo. Recuerdo bien un partido en Benahadux. No teníamos jugadores suficientes, algo que suele ocurrir habitualmente en esas categorías, pero es que además nos habían expulsado a cuatro futbolistas en la jornada anterior. Para poder jugar tuvimos que falsificar algunas fichas, cambiando la foto. Hice que los jugadores aprendieran a imitar firmas que no eran suyas y a memorizar los datos de aquellos a quienes suplantaban por si nos preguntaban en el descanso. Así fue. El árbitro les preguntó y ellos, muy serios, contestaron. Lo hicieron tan bien que no hubo



impugnación, ni sospechas. Ganamos por 1 - 3.

—¿Hay algo de ese fútbol que eche de menos?

—Le diré algo, claro. Si los futbolistas cobraban 5.000 pesetas por partido, eran las mismas para todos, sin las diferencias que hay en los vestuarios de Segunda o Primera. Alguna vez se lo he recordado a jugadores que he tenido posteriormente para bajarlos de la galaxia.

Esas cosas distinguen a Manzano, capaz de darle humor a la seriedad y seriedad al humor. Estudió Magisterio y ejerció. También Psicología y ha impartido clases a nuevos entrenadores. Ciencias del Comportamiento es una de las asignaturas que aprenden en los cursos nacionales y por la que el jienense ha mostrado predilección.

«En Regional, falsifiqué fichas para completar equipos. Hacía que los jugadores se aprendieran todos los datos del DNI de aquellos a quienes suplantaban, porque el árbitro preguntaba.» «En esas categorías faltan medios, pero yo encontré una ventaja: si se cobraban 5.000 pesetas, todos ganaban lo mismo. A veces se lo recuerdo a mis futbolistas para bajarlos de la galaxia.» —Dani Güiza me dijo que en el Mallorca fue pichichi, conoció su mejor momento como jugador, porque usted sabía tenerlo en su sitio, textualmente —recuerdo a Manzano.

«La psicología me ha servido para tratar a todos por igual, al divo y al marginado, porque el fútbol remite a Darwin: si no te adaptas al medio mueres.» —Yo le decía: «Dani, en la segunda cerveza piensa en mí».

—¿Por qué en la segunda?

—Porque la primera se la bebía seguro y lo que había que intentar es que no se bebiera la tercera —responde, entre risas—. En serio, la psicología me ha servido para aprender a tratar a todos, a los divos y a los marginados, porque este trabajo es una permanente adaptación a las circunstancias y a las personas. El fútbol, como la vida, remite a Darwin: quien no se adapta al medio muere...

—¿Cómo se adapta uno a no cobrar? —interrumpo—. ¿Qué le dice entonces a futbolistas como los que tuvo en su segunda época en el Mallorca?

—Si no le puedes dar dinero a un jugador, llega a su corazón como futbolista, a su orgullo. ¡Pones a Dios por testigo, como Escarlata O'Hara! —grita, con el puño en alto y la sonrisa perenne—. En Mallorca, los jugadores habían visto a tantos presidentes en poco tiempo, habían oído tantos discursos y promesas que ya no creían en nada ni en nadie, solo en su juego y a ello se aferraron. Esa etapa me devolvió mentalmente a mis tiempos en Regional.

Se trataba de la segunda en Mallorca. En la primera había conquistado la Copa. A su vuelta, en mitad de la temporada, un Día de los Enamorados, lo primero que se encontró fue un cajón lleno de informes de jugadores de Segunda para contratar porque nadie en el club creía en la salvación. Lo consiguió y hasta provocó la estampida de Florentino Pérez del Madrid tras una derrota blanca en la isla, entre

vergüenzas en el campo y pipas en el banquillo. A la salvación no le siguió, sin embargo, la estabilidad. Todo lo contrario. El equipo era un oasis en el barrizal del club. Manzano salió entre pleitos, que después ganó en los juzgados, pero dejó al Mallorca en Europa, aunque el equipo no pudo jugar al año siguiente un torneo continental debido a los problemas de sus cuentas.

—Siempre tuve la impresión de que al Mallorca le faltaba el apoyo de su tierra, de su gente, algo fría —se lamenta—. También creo que las instituciones y empresas de Baleares nunca han valorado realmente la propaganda que el equipo hace de la isla.

A Manzano, posibilista por definición, le apetece alejarse de las zonas oscuras en la charla. Volvemos, pues, a la psicología. Mejor, a su psicología.

—Puedo presumir, por ejemplo, de haber entrenado al primer japonés que llegó a España en el Valladolid —prosigue, animado—. Era Soji Yo. Llegó con un intérprete que nos acompañaba a todas partes, pero yo, por si acaso, grabé en un casete las instrucciones que habitualmente daba para que las fuera escuchando y se acostumbrara a mi voz. En un partido, me enfadé bastante con el equipo y durante el descanso, con tono de agresividad, les di una buena bronca a todos, no solo a él. Eso rompía, al parecer, las normas del respeto japonés. El intérprete lo reprodujo y Soji Yo le dijo que a él no le permitía decirlo así pero que yo podía seguir haciéndolo. En el Toledo, recuerdo un futbolista muy bueno técnicamente. Se llamaba Quini. Como era tan superior a los demás, si las cosas no salían como quería, a veces se dedicaba a pasear por el campo. Una vez, en El Molinón, empezó a abroncar a sus propios compañeros. En el descanso, le dije que si iba a seguir así, mejor se marchara. Perdíamos por 1 - 0. En diez minutos, marcó un gol y dio una asistencia. Vino directo al banquillo a señalarme... En mi primer paso por el Atlético, recuerdo que sancioné a un grupo de jugadores por incumplir el régimen interno del vestuario. Les hice pagar una cena a toda la plantilla. Acudieron todos menos uno. Cuando terminó la cena, regalaron una camiseta con un lema en tono de broma a cada uno de los que habían incumplido. En ese momento, llegó el que faltaba. Era Musampa. Entonces le dieron su camiseta... Ponía *el Tapado*.

Ese primer paso por el club rojiblanco dejó cosas pendientes para Manzano. Llegó después de Luis Aragonés, que había ascendido al equipo pero cumplido una mediocre temporada en Primera, en la que acabó duodécimo. Con el jienense, el club escaló al séptimo puesto y se quedó fuera de la Copa de la UEFA por un gol. No renovó en una entidad que, a pesar de la muerte de Jesús Gil, continuaba en el *gilismo*. Algo parecido le sucedió cuando lo llamaron para rescatar a un Sevilla que había extraviado las constantes de su periodo de esplendor. Concluyó quinto, pero José María del Nido decidió que no continuara. Al hijo del patriarca Miguel Ángel Gil los ejercicios posteriores, a trituración de entrenador por año, le fueron

convenciendo de que aquella decisión había sido un error. Cuando pudo, y después de que otras opciones no aceptaran, recuperó una antigua idea.

—Creo, sinceramente, que entonces no se entendió el punto cero del que partía el equipo. Nos quedamos fuera de Europa por un gol y, si un gol decide un proyecto, es que el proyecto no era bueno —dice, convencido de que el Atlético está en el camino de reparar esas urgencias—. Llegué al mismo lugar siete años después y me encontré al equipo en idéntico puesto en el que lo clasificamos: séptimo. Es cierto, por ello, que en ese tiempo disputó la Champions, pero no se consolidó. En cualquier caso, es necesario realizar un esfuerzo por jerarquizarlo, por aclarar los roles. Que hablen de fútbol quienes tienen que hacerlo y de economía, o política del club, lo mismo. En confundirse, en tomar caminos distintos es donde está el peligro. El Atlético tiene grandes trofeos en sus vitrinas, por supuesto, pero hemos de ser conscientes de la distancia a la que están Barcelona y Madrid. Decir que es posible competir con ellos en objetivos y calidad es crear una ilusión negativa. Ni por dimensión, ni por sueldos. Hay que fijar una estructura y saber explicarla. El Atlético debe crecer en torno a futbolistas jóvenes y de calidad, con mucha motivación por abrirse camino en el fútbol, siempre desde el respeto a la historia y a la idiosincrasia del club. La cantera es, también, crucial para un futuro complicado económicamente. Hambre, calidad y pertenencia son las claves.

—¿Se olvida de las estrellas, de los grandes jugadores que siempre ha tenido el Atlético?

—Claro que no. Ha de tenerlos, pero sin confundir la estrella con la base. Eso sería empezar al revés —responde, taxativo.

Manzano se ha enfrentado a más grandes futbolistas de los que ha disfrutado. Ha sido su sino y no se queja. Sabe bien lo que es ganar, incluso golear, a los equipos de Madrid y Barcelona.

«El Atlético tiene trofeos en sus vitrinas pero está a mucha distancia de Madrid y Barcelona. Decir que puede competir en todo con ellos es crear una ilusión negativa.»

—Cuando te enfrentas a jugadores de alta calidad, el gran problema es su capacidad de asociación. Individualmente puedes frenarlos con las ayudas defensivas, porque salen de un defensa, pero quizás no de dos. En cambio, si a la rapidez y definición suman compenetración, entonces te destrozan. Es lo que hace el Barça. En mi opinión, en el año de los cuatro clásicos, sumó un elemento más al juego que el Madrid, porque utilizaba mejor el espacio. Xavi e Iniesta, por ejemplo, son una muestra de esa compenetración de la que hablábamos. No recuerdo dos ejes que puedan mover tanto a un equipo desde cualquier zona del campo. Están Xavi, Iniesta... y los otros.

—Y está Goyo Manzano...

—Y usted también está aquí, hablando conmigo. ¿Sabe por qué lo estamos

haciendo? —pregunta, esta vez, el técnico.

Toma el instante de duda como una invitación a proseguir...

—Porque un día hice una apuesta de riesgo... y ya no lo digo por los kilómetros entre Jaén y Talavera. Lo digo porque el fútbol es riesgo.

# Joaquín Caparrós

*¡Que me sigan los optimistas!*

—Antonio, hazme una lista con diez cosas que podamos hacer para mejorar la alimentación de los futbolistas.

—Aquí están —le mostró al cabo de unos días el doctor Escribano.

—Perfecto... Pero vamos a empezar por estas tres nada más, porque son cosas nuevas. La gente del fútbol, al principio, siempre desconfía. Cuando las tengan asimiladas, pasamos a las siguientes.

Con esta breve conversación, Antonio Escribano, endocrino y profesor de la Universidad de Sevilla, empezó su carrera en el fútbol. Lo había llamado Joaquín Caparrós cuando reconstruía al club de Nervión, recién ascendido y sin dinero, pero con dos elementos que son el motor de la humanidad: la pasión y las ideas. Un tiempo después, el Sevilla presumía de una de las estructuras más modernas del fútbol español, con la solidez, además, para sobreponerse a la marcha de su ideólogo. Cargado de idénticas intenciones llegó a Bilbao, como a todas partes, a Suiza o a Mallorca.

En Lezama volvimos a encontrarnos y se produjo esta conversación, aunque con una perspectiva mucho mayor a la del presente. Apareció en un Athletic bajo la niebla, deprimido, perseguido por la amenaza del descenso, sin internacionales y sumido en las dudas. Lo primero que dijo Caparrós es que el club no debía cuestionarse su modelo, sino todo lo contrario: presumir de ser único en el mundo. Y a continuación, gritó: «¡Que me sigan los optimistas!». Lo hicieron y el Athletic espantó sus miedos, volvió a verse en una final de Copa, en Europa... Unas elecciones, algo incontrolable para el técnico, pusieron fin a la etapa de su valedor, el presidente Fernando García Macua, y en consecuencia a la de su proyecto deportivo. En un clima electoral politizado, se impuso Josu Urrutia, que trajo consigo a Marcelo Bielsa. Caparrós pensó entonces en un año sabático. Bien habría hecho, pero la fiebre del balón le llevó a una aventura de muy mal recuerdo, en el Neuchâtel del magnate checheno Bulat Chagaev. Las pistolas, los matones y las amenazas, sin embargo, no están en el manual del entrenador sevillano. En unos meses, de vuelta casa, nuevamente con las intenciones de tomar aire, de contar hasta diez. Pero Caparrós nunca puede pasar de cinco. Siempre recibe una llamada irresistible para quien necesita el entrenamiento de cada mañana, como el monje su Padrenuestro.

El bueno de Escribano le ha seguido por todas partes, hasta La Coruña y Bilbao, pero también ha exportado los métodos que empezaron con una extraña llamada. Ahora son muchos los equipos que han entendido lo que este médico llama los tres

niveles del entrenamiento perfecto: el físico, el técnico-táctico y el biológico. Caparrós lo tuvo siempre en la cabeza. Los dos abandonaron el lugar donde todo empezó, el Sevilla, un club que, según Escribano, dejó escapar a su Ferguson.

—Ha pasado tiempo, mucho tiempo, pero usted está como al principio, hiperactivo, de un lado para otro —dije para empezar a Caparrós.

—Y cuando no esté así es que habrá llegado el momento de dejarlo. Será la señal. Soy así. Pero si cuando empiezo las vacaciones, al cuarto día ya estoy con fútbol y fútbol... Los míos ya no saben que decirme —respondió, mientras se señalaba la cabeza—. Bueno, en algo sí he cambiado: antes contaba hasta diez en una situación comprometida; ahora, hasta cien.

—Pues no da esa sensación. En la banda parece que va a explotar. ¿No le resta esa hipertensión demasiada energía?

«Me gusta tanto el fútbol que disfruto hasta de las malas situaciones. Si no metabolizas la presión, puedes entrenar a juveniles pero no en Primera.» —Para nada, al contrario. Me gusta tanto el fútbol que disfruto hasta de las malas situaciones. Si no asumes esta presión, si no la metabolizas, puedes entrenar en juveniles o en Regional, porque te bastan los conocimientos técnicos y tácticos, pero no en la élite. Todos hemos hecho los mismos cursos, hemos estudiado en los mismos libros, pero lo diferencial en un entrenador es la capacidad de gobernar un grupo, de transmitirle una personalidad, una forma de trabajar. No solo a los futbolistas, sino a tus ayudantes, a los directivos, al club entero...

«Miljanic fue el primer entrenador que me impresionó. Trajo cosas diferentes, con Radisic como preparador físico. Pero quien me indicó el camino fue Benito Floro, un vanguardista.»

—Eso es un líder y el líder nace —sugerí—. Pero los conocimientos se adquieren. ¿De quién aprendió usted?

—El entrenador que me puso todas las ideas en orden fue Benito Floro —respondió sin dudar, a la primera—. Cuando él estaba en el *Alba*, yo tuve la suerte de trabajar en Cuenca. Hablábamos muchísimo y me identificaba totalmente con su concepto. Ya desde mi paso por las categorías inferiores del Madrid, me fijaba en los entrenadores que tenía. El primero que me impresionó fue Miljan Miljanic, que trajo cosas diferentes, con Radisic como preparador físico, un revolucionario. Pero una vez ya en el banquillo, quien me indicó el camino fue Benito. Era un vanguardista, un adelantado a su tiempo. Recuerdo comidas con él haciendo trabajo táctico sobre los manteles. Yo, que siempre he sido muy *pesao*, no paraba de preguntarle. Usaba una terminología distinta a la de los cursos, que realmente entonces solo los hacíamos para tener el carnet. Una de las primeras cosas que Benito me dijo fue la siguiente: «Tienes que leer *Teoría del Fútbol* de Ricardo Olivos». Lo hice en varias ocasiones, lo subrayé una y otra vez. Un tiempo después, durante mi etapa en el Recreativo de

Huelva, tuve la suerte de conocer al autor que era de Valverde del Camino. Ahora todos los técnicos tenemos ya al especialista en nutrición, al preparador de porteros, hasta psicólogos... Pero Benito ya tenía todo eso hace más de veinte años y en Segunda B, con el *Alba*. Tenía hasta el coordinador de categorías, que era Ginés Menéndez (actual responsable del *staff* de la Federación Española). Los resultados no solo fueron buenos en el primer equipo, sino en todos los que estaban por debajo. Y podemos citar a futbolistas que pasaron por esas categorías como Iniesta, Morientes, Santi...

De alguna forma, Caparrós reprodujo ese esquema en el Sevilla, junto a Monchi, uno de los directores deportivos con más prestigio, que ha rechazado numerosas ofertas porque, según dice, nada se paga como vivir en San Fernando, en Cádiz.

—El paso por Segunda dejó al equipo muy tocado económicamente —explicó—. Tanto Monchi como yo decidimos optar por un perfil al que definimos como «futbolista coste cero». Esa era la regla y había que buscarlos. Llegaron los Javi Navarro, Pablo, Casquero, Notario, David Castedo... Era gente profesional y con hambre. Por otra parte, decidimos involucrarnos más en la cantera, rehabilitarla junto con Pablo Blanco. Había materia prima, el Sevilla siempre la ha tenido. Solo era necesario emitir el mensaje de que el primer entrenador creía en ella, crearle al futbolista la expectativa. El resto lo dio el trabajo.

Gracias a aquella expectativa, como la llama, el Sevilla no solo ha disfrutado de grandes futbolistas sino que ha podido sanear sus arcas con lo que se denomina la operación perfecta: que el futbolista ofrezca rendimiento deportivo y rendimiento económico. Reyes o Sergio Ramos son dos casos claros. El defensa y Navas jugaron la final del Mundial. Significaban, junto a Marchena, la representación de esa ciudad deportiva que aparece en la carretera de Utrera, población donde Caparrós nació en 1955.

—Cuando pones a un joven en el campo, estás jugando a ganador —dijo, convencido—. Todo *crack* ha tenido una primera vez. ¡Hay que mirar hacia abajo! Además, refuerzan la filosofía, la identidad del juego. Cuando esa filosofía no existe, el desorden se traslada al jugador.

—Hábleme, pues, de su filosofía, de su juego.

—A todos nos etiquetan y a mí el primero —lamentó—. Me gusta el jugador de talento y rápido, que sepa interpretar las situaciones y que entienda que esto es un juego de asociación. Me ligan al fútbol de músculo, físico, pero mira a quiénes he hecho debutar en Primera: Navas, Antoñito, Capel, Reyes...

—Y Sergio Ramos... —interrumpí.

«Me ligan al músculo, pero hay que ver a quiénes he hecho debutar en Primera: Reyes... Con Monchi, en Sevilla diseñamos un perfil para salir de la crisis: futbolista coste cero.» —Claro. Pero es un jugador engañoso. Se destaca su físico, su fuerza,

pero es que tiene un gran nivel en todo lo demás. Además posee genes ganadores. Si hubiera jugado al tenis, estaría al mismo nivel. Me recordaba al Camacho que conocí en el Madrid. Sergio ya era de jovencito como es ahora en el club blanco.

—Cambiamos de tercio —propuse a este técnico tan taurino—. ¿Cuál fue su diagnóstico al llegar a Lezama? ¿Qué hizo?

—Lo primero elevar la autoestima, recuperar la fibra competitiva que el Athletic había perdido. Era consciente de que se trataba de un reto distinto a todos los demás, pero apasionante. En lugar de dudar del modelo, había que pregonar el orgullo de ser únicos. Muchos aficionados de fuera de Euskadi sienten envidia sana de un equipo formado por jugadores de su tierra. A partir de ahí, había que afilar la competitividad de los futbolistas. Un ejemplo es Fernando Llorente, al que hicimos más agresivo en el área: le dijimos que debía imponerse a los defensas. Esa era la base para que la afición creyera. Si lo hace, en San Mamés todo es posible.

Joaquín fue muy pronto *Jokin*, a sus anchas en un Bilbao que catalogaba de ciudad XXL, de aquí para allá con su acento sevillano. En pocos lugares como en la calle Licenciado Poza se respira fútbol antes y después de cada encuentro. Para quien ha hecho de este deporte no solo su profesión, sino su pasión, es lo más parecido al paraíso. Caparrós se trasladó con su mujer y recibía periódicamente la visita de sus hijos, uno de ellos pintor. Estudió euskera y también algunos cursos de periodismo, hasta cierto punto coherente porque estamos ante un comunicador nato. La hiperactividad es el rasgo de un personaje que tiene un lema: cada día, una cosa nueva.

«En el Athletic de Bilbao, en lugar de dudar del modelo hay que celebrar el hecho de ser únicos en el mundo.» —Es que eso es lo que tiene que hacer un entrenador, preguntarse todas las mañanas: «¿Qué más podemos hacer para mejorar?»». En el organigrama del equipo metimos al jefe de prensa, para que conviviera con nosotros —prosiguió—. Quiero también que el responsable del campo esté en las reuniones técnicas para saber cómo queremos el terreno de juego, que el césped sea el mismo en la Ciudad Deportiva que donde vas a jugar. Algo tan fundamental para el juego como la superficie es lo que tiene menos especialistas. ¿Cómo es posible? Al futbolista hay que trasladarle que todo eso se hace por él, para hacerlo mejor y mediante ese discurso comprometerlo. Hay que explicarle hasta sus analíticas, porque te diré algo: se las están haciendo desde pequeñitos y la mayoría no tiene ni idea de lo que ponen. ¡Eso no puede ser! Hay que hacer al futbolista responsable de los porqués.

—¿Le marcó tener que dejar el fútbol, no tener una carrera larga como profesional?

—No, en absoluto —finalizó—. Yo tenía muy claro que quería entrenar desde siempre. Cuando era chaval, me gustaba organizar a los críos. Tomar la decisión de dejar de jugar no fue un trauma. He disfrutado muchísimo de la profesión de



entrenador, de ver cómo jugadores de Regional, que no cobraban, sufrían en el campo por ti, o de observar cómo algunos de los campeones del mundo te enviaban mensajes de agradecimiento después de la final.

Por las manos de Caparrós no solo han pasado Fernando Llorente o Javi Martínez, sino otros cinco campeones en Sudáfrica: Sergio Ramos, Jesús Navas, Carlos Marchena, Joan Capdevila y Álvaro Arbeloa. Cuando se les pregunta por las personas que han sido claves en su carrera, todos citan a Caparrós, como si los guiara un acto reflejo. Todos.

—De eso, con permiso, sí presumo.

«Sí, presumo de haber contribuido a formar a siete campeones del mundo: Sergio Ramos, Navas, Marchena, Capdevila, Arbeloa, Javi Martínez y Llorente.»

# Miguel Ángel Lotina

## *Preguntarme por qué*

Todo tiene un por qué, incluso aquello más insondable, incluso el fútbol. Miguel Ángel Lotina lo ha buscado a lo largo de toda una vida, sin hacer ruido, con paciencia de orfebre. Con el tiempo, llegó a la conclusión de que tanta humildad había lastrado su carrera en un mundo tan mediático y, por ello, decidió contratar un psicólogo personal. La realidad es que a pesar de ser hermano de misioneras del Sagrado Corazón, su palabra tiene poco que ver con la contrición. Buena parte de esos porqués los descubrió junto a David Vidal, el irreverente técnico que dijo, entre otras cosas, que Maradona no era un futbolista sino una hamburguesa. También aprendió bajo el palio de Augusto César Lendoiro, una cohabitación que, asegura, le hubiera gustado disfrutar veinte años atrás, en tiempos de grandeza y no de crisis.

—De los presidentes que he tenido, es el que mejor conoce el fútbol como deporte y como negocio. Es una gozada para un entrenador, porque no se desestabiliza nunca y te deja trabajar. Cuando fiché por el Deportivo, sabía que era para hacer frente a una dura etapa, en la que la prioridad iba a ser reducir la deuda, y eso implicaba no gastar y correr riesgos. Lo que ocurre es que, después de épocas tan buenas, la gente del Depor creía que el equipo no volvería nunca a Segunda. Pagamos la factura del *Superdepor* y de forma cruel. Ojalá pudiera haber trabajado para ese Lendoiro visionario cuando no estaba subyugado por las deudas. Una lástima. De todas formas, si hubiéramos ganado el último encuentro al Valencia, habríamos acabado décimos —explica Lotina, ya digerido un desenlace no tan inesperado para el técnico a lo largo de la temporada.

Ese Lendoiro al que se refiere fue el que desafió al Madrid y al Barcelona no solo en el campo, sino en los despachos y en la platea. Cuando acudía a una de las dos grandes capitales, solía pedir a algún paisano que le organizara opíparas comidas con los periodistas más influyentes. Si era necesario, devolvía un par de botellas de vino para marcar distancias. No se detuvo hasta ganar la Liga, ya sin Arsenio Iglesias, para el que el error de Djukic fue como una repentina caducidad. «Es más humano perder que ganar», me dijo *o Bruixo*. Lendoiro creyó lo contrario, buscó un por qué y lo encontró con Javier Irureta en el banquillo.

—El del Deportivo no ha sido, en cambio, su único descenso —añado.

—Pero ha sido el único en el que he estado con el equipo de principio a fin, desde el arranque de la temporada. En el Celta o la Real Sociedad fue diferente. Insisto en que no eludo mi responsabilidad. Sabía dónde me metía y también que a la plantilla que quisimos renovar le faltaban perfiles competitivos.

—Se supone que sería de más calidad que la que tuvo en el Numancia, al que convirtió en un *matagigantes*—sugiero.

—La calidad y la competitividad son cosas diferentes. En el Numancia disfruté muchísimo porque pude plasmar plenamente mi idea de entrenador. Llegó a ser un equipo casi perfecto en lo colectivo, que cambiaba de sistema durante el partido sin resentirse, de una línea de cuatro a tres centrales. Es mejor un jugador de medio nivel ordenado que uno talentoso desordenado. Con el tiempo he llegado a esa conclusión.

—Pero el desorden también puede ser beneficioso.

—Sobre todo si eres Cristiano Ronaldo... (*risas*). Entonces tu desorden se convierte en tu mayor peligro.

Al referirse al Numancia, se hace evidente cierta nostalgia de otros tiempos y de otro fútbol para este técnico (y antes jugador) nacido en 1957 en Meñaka, un pueblo de Vizcaya, y que consiguió su mayor éxito con el Espanyol: un título de Copa. Compartió en el Logroñés ambos roles, como jugador sobre el campo y además como segundo de David Vidal en el banquillo, en una época de excelentes recuerdos.

«Prefiero un jugador medio ordenado que uno talentoso desordenado. Con el tiempo he llegado a esa conclusión.»

—David Vidal era un técnico muy bueno, quiero empezar por ahí —explica—. Tácticamente era solvente, pero el personaje acabó por devorar a la persona, al profesional. Su forma de decir las cosas, su carácter, desgastaba mucho a quienes tenía alrededor. Por eso creo que era un entrenador de una sola temporada. Más se hacía complicada la convivencia.

«Raúl ha enseñado cosas positivas a los chavales; no se le recuerdan protestas. Pero hemos preferido reírnos de que dormía no se dónde o machacarlo con la selección. En cambio, decimos qué majos son otros futbolistas que se drogan.»

—¿Ha cambiado esa convivencia en los vestuarios?

—Si lo que me pregunta es si ha cambiado el futbolista, le contestaré que lo que ha cambiado es la sociedad. Hay valores que parece que ya no son importantes.

—Continúe.

—Pongamos como ejemplo a Raúl —propone Lotina—. Tiene una trayectoria ejemplar, ha enseñado cosas positivas a los chavales, no se le recuerdan protestas. Pero preferíamos reírnos de que dormía no se dónde (en una cámara hiperbárica), cuando es una prueba de que se cuida, de profesionalidad. Luego estaba la tontería de la selección, de si se ganó sin él la Eurocopa. Me pareció un trato mezquino. En cambio, decimos qué majos son otros futbolistas que se drogan y a los que hay que cuidar. Esta es la sociedad en la que vivimos... El jugador, en concreto, quiere lo que siempre ha querido. Su prioridad es mejorar individualmente. Si le hablas de eso, trabaja pero necesita pautas para saber que está en progreso. Puedes levantar la voz una vez, pero el reproche, en general, no es efectivo. Si manejas gente joven, es

básica la tendencia y también el tipo de juego. En mi opinión, el futbolista se siente cómodo cuando domina la situación, por eso siempre he apostado por la posesión, aunque fuera con equipos modestos. Todos los entrenamientos nuestros han partido de esa premisa y, a partir de ahí, se definían objetivos distintos cada semana: una buscábamos los cambios de orientación, otra jugar a dos toques, otra las paredes... Cuando le dices a un jugador que hay que tener la pelota, se considera importante. Sabe que lo primero es ganar, pero le llena de orgullo cuando lo hace con buen juego. En el fútbol español, además, ya no se gana a pelotazos. Tienes que defender, de acuerdo, pero también empezar a manejar el balón desde la defensa. Por juego, la Liga está por delante de la Premier, donde hay mucho partido tostón.

—Eso es un mérito de su gremio.

—El principio de la evolución es el *Dream Team* de Cruyff. Hasta entonces los equipos jugaban con dos centrales *tochos*—explica—. Desde entonces, todos hemos querido defensas que saquen el balón jugado. Sea con cuatro o con tres centrales: una formación que te ofrezca muy buena salida y un nivel alto de posesión, aunque a menudo se la tilde de defensiva. Ahora, cuando Busquets se retrasa en el Barcelona o Xabi Alonso en la selección se trata de un paso, aunque circunstancial, hacia ese sistema. Después está la sistematización del trabajo técnico y, en eso, el que fue por delante y nos marcó la pauta a todos fue Rafa Benítez. Yo mismo he evolucionado, no me reconozco. Antes era Lotina y ahora lidero un grupo donde el que menos trabaja soy yo. Han acusado siempre a Benítez de defensivo, pero cuando se fue al Liverpool fichó a Xabi Alonso. Lo que había era trabajo, mucho, aunque aquí eso parezca negativo. El futbolista, además, confía cuando aprecia que las cosas están preparadas. A mí a veces me viene algún exjugador mío y me dice: «Míster, con este no hacemos nada; nos dice que presionemos, pero no cómo».

—No a todos los jugadores les interesan las explicaciones del juego. Su expresidente Lendoiro siempre dice que Fran era un gran futbolista al que no le gustaba el fútbol.

«Los jóvenes llegan a La Masía o a las pensiones con 14 o 15 años, se pierden la vida familiar, donde se aprenden valores. A los 20 ó 21 son inmaduros como personas y están menos preparados para la presión. Hay que replantear el modelo.» —Es cierto. El fútbol tiene un porqué. Yo les digo: «Preguntarme por qué». Pero el futbolista actual, en general, quiere jugar y no pensar. Es producto de la educación, de lo que estamos haciendo como padres. Sigue interesado en sí mismo como antes, pero en esos aspectos se notan las diferencias generacionales. En mi tiempo, el jugador llegaba desde Tercera o Segunda. Ahora, está dirigido desde juvenil, con representantes que no siempre buscan lo mejor, porque la diferencia entre poco dinero y mucho es importante; pero entre mucho y muchísimo, no. Llegan a La Masía o a pensiones con 14 ó 15 años, se pierden la vida familiar, donde se aprenden

valores, y a los 20 ó 21 años son inmaduros como personas. Luego eso se nota en el campo. Recuerdo que el Espanyol fichaba muchos futbolistas en formación de todas partes de España, pero los que llegaban, como Lopo, Jarque, Tamudo o Sergio González eran catalanes, vivían en casa. Hay que preguntarse cuál es la razón. Sucede algo parecido en el Barcelona con la excepción de Messi, aunque no olvidemos que su padre y su familia se trasladaron a Barcelona.

—Recuerde un futbolista que le preguntara por qué.

—Guardiola... y eso que nunca lo entrené. Después de los partidos en los que te enfrentabas al Barça, venía y te preguntaba por qué habías hecho esto o aquello. Tenía ya un entrenador dentro.

# Manolo Preciado

*Dame el fútbol, dame la vida*

En algún vestuario le han llamado Einstein por su aspecto, pero bien podría ser por sus ejercicios de relatividad. Es propia de quienes son capaces de regresar del peor de los lugares para desafiar a la vida de frente, para decirle qué pasa, aquí estoy. Manolo Preciado perdió a su mujer por un cáncer y poco después a uno de sus dos hijos, de 15 años, en un accidente de moto. Unos años más tarde, su padre falleció mientras empujaba un vehículo averiado. Si es posible salir de todo eso, ya no queda ninguna razón para traicionarse. Quizá por ello este entrenador de la vitalidad, como su Sporting, no frena una sola palabra en su interior, de donde brotan como si resonaran en un astillero, porque su voz tiene sal y tiene acero. Astillero es el nombre del pueblo cántabro donde nació en 1957. Eso puede llevarle a desbocarse si alguien le tienta demasiado como hizo José Mourinho, pero también a disfrutar de cada entrenamiento, partido o conversación como si fuera siempre la última vez. Compartirla es imantar energía, es descubrir que, se gane o se pierda el partido, al día siguiente amanece otra vez.

—¡Cuánta tensión! —inquiero para empezar, a propósito de la atmósfera del fútbol.

—¡*Bufff!* No hay nada más que ver los periódicos deportivos, las burradas que venden. Es un mundo excesivamente tensionado en el que, si quieres morir, mueres en dos días.

Preciado, sin embargo, nunca muere. De todo sale: del agrio debate con Mourinho que lo puso en la diana nacional, al cuestionar una de sus alineaciones contra el Barcelona, o de los rumores de destitución que acompañan permanentemente su lucha en el Sporting. Llegará, como una muerte irreparable. Es el fútbol, como es la vida.

—Tengo cero problemas con Mourinho. La palabra rencor no entra en mi vocabulario. Quizá me calenté algo, pero todo se exageró. Antes de venir a España lo tenía idealizado, me parecía un extraordinario conductor de grupos. Me lo parece todavía pero en lo demás cambié de opinión, porque se metió en una parcela que no era la suya.

En lo futbolístico, y no por oposición al técnico portugués, Manolo Preciado se confiesa «fascinado» por el fútbol azulgrana, pero advierte: «Hay equipos que juegan de otra manera y muy bien, porque hay muchas formas de competir. El Real Madrid lo hace con mucha velocidad en la salida y en sus transiciones».

—¿Cómo lo hacen sus equipos, su Sporting, por ejemplo?

—¡Como podemos...! En serio, no tenemos jugadores tan rápidos, pero salimos como motos. Me gusta el *tiqui-taca*, la posesión, pero claro, yo no tengo a Xavi e Iniesta, sino a De las Cuevas, a André Castro... Lo que tienen que hacer mis hombres es mirar a portería, llegar en dos segundos. Nuestros mediapuntas golean tanto como los nueves porque llegamos con mucha gente al área. Yo sé que hay que jugar con balón y sin balón, pero sería un cobarde, un canalla, si le dijera a De las Cuevas, un futbolista muy ofensivo, que solo se dedicara a defender. Hay que correr muchísimo en Primera, pero sin entregar nunca la cuchara.

—¿Mourinho o Guardiola? ¿O quizás sobra la pregunta?

«Yo sé que hay que jugar con el balón y sin él, pero sería un cobarde si dijera a mis futbolistas que únicamente defendieran. Hay que correr mucho en Primera pero sin entregar nunca la cuchara.» —Los dos me parecen magníficos motivadores, cada uno en su estilo. Yo me quedo con el catalán, está claro. Hemos hablado bastante desde que empezó en los banquillos. ¡Pero si fue en El Molinón donde ganó su primer partido en Primera! Recuerdo que al poco me llamó y me dijo: «Manolo, no puedo más, no puedo, lo dejo...». Yo le dije: «Pero qué vas a dejar, tienes que seguir, seguir...». Lo que ha hecho en el Barcelona lo dice todo de su capacidad, pero también sus dudas hablan de su inteligencia. El Madrid, por su parte, mejoró mucho desde la llegada de *Mou*. Carvalho le dio un poso en defensa que le faltaba y Özil y Di María, dos zurdos fascinantes, le hicieron dar un paso adelante en ataque.

El propio Preciado, cuando el Sporting se impuso en el Bernabéu camino de la salvación, fue el que apartó definitivamente al Real Madrid de la Liga en el primer año de Mourinho. El portugués felicitó entonces al técnico y a sus hombres en el vestuario. Cuando falleció su padre recibió, asimismo, la llamada de *Mou*. Dos gestos valorados por el cántabro, un tipo sentimental.

Ha trabajado siempre en el fútbol de supervivencia, como futbolista y como técnico. Racing de Santander, Linares, Mallorca, Alavés, Orense o Gimnástica de Torrelavega de corto y ya en el banquillo en los equipos de su tierra, más el Levante, el Murcia y el Sporting. Suma cinco ascensos de categoría en su carrera. Del Racing dimitió tras la llegada de Dimitri Piterman, un acto de dignidad.

—Pero usted no pensaba en ser entrenador.

—Es más, me caían fatal... Nunca creí que sería técnico; no era algo que estuviera en mi cabeza. Pero sí es cierto que con 21 años era ya capitán en el Racing, supongo que por una cuestión de liderazgo, aunque no era algo premeditado ni que yo pudiera medir. Lo cierto es que cuando acabé mi etapa en activo, la transición fue rapidísima. Al año siguiente, ya formaba parte del cuadro técnico de la Gimnástica de Torrelavega. Uno más tarde ya entrenaba. Al principio no tenía ni el título nacional; solo el nivel uno y dos. Fue una decisión muy personal. Necesitaba la energía de este trabajo. Lo mismo me pasó cuando empecé a jugar y tuve que elegir entre el fútbol y

la medicina.

—¿Tuvo algún modelo?

«Necesito la energía de este trabajo. Lo sé desde que tuve que elegir entre el fútbol y la medicina.» —Me he fijado en muchos entrenadores. De uno te quedas con un concepto táctico, de otro con su trabajo en lo físico... Pero sobre todo, me ha interesado siempre la capacidad de liderar, que es lo básico para sacar el mayor partido a un grupo. En eso, el maestro de nuestra generación ha sido Luis Aragonés. Recuerdo la primera conversación que tuve con él. Fue breve. Estaba en el Levante y acabábamos de eliminar al Mallorca en la Copa. Se me acercó y me dijo: «Bien, bien, chaval». Al poco tiempo, nos encontramos en un restaurante. Luis estaba en una mesa con más gente, Pedro Cortés (expresidente del Valencia) entre ellos. Me llamó, me invitó a sentarme y les dijo a los demás: «Este es uno de los nuestros». No imaginas cómo me llenaron esas palabras, me llegaron muy adentro. El Luis que conocí en aquella mesa era tal y como me lo había imaginado. Nadie conoce como él la química de los vestuarios, su lenguaje y hasta su estado hormonal.

—Escoja a un futbolista de los que ha dirigido.

—Sería injusto, muy injusto... Jugué con gente extraordinaria, como Vítor Damas, el portero portugués que tuvimos en el Racing de Santander, como Manolo Chinchón... En el Sporting he dirigido a Diego Castro y a Rafael Sastre, que ya se fueron; impresionantes ambos. Pero si he de quedarme con uno, me quedo con alguien que ha peleado por esto como por la propia vida. Es Pedro Munitis.

Preciado vuelve rápido a su puesto porque hay algo más que quiere decir de los entrenadores:

«Me dolería trabajar en un campo vacío. A esto se juega para la gente, para las emociones, no para el cemento.» —Se le da demasiada importancia a este puesto. El técnico es una pata del banco, no el banco entero. Los equipos se vuelven locos y lo convierten siempre en el culpable. De un proyecto se pasa a otro como si nada. La conclusión es que no había proyecto. Es el mal de la mayoría. En ese sentido yo puedo considerarme un privilegiado —prosigue—. Entrené en Primera al Racing, el equipo de mi tierra, y vine al Sporting porque me apetecía, a pesar de que el club estaba bajo la Ley Concursal. Sabía que había tenido un campeón de España juvenil y eso significaba que había madera. El primer año, después de perder varios partidos, me llamó el presidente y me dijo: «¿Por cuántos años quieres renovar?». El Sporting tenía entonces 2.000 socios; ahora 20.000. Mareo se caía y se ha arreglado. El Molinón está casi siempre lleno por *la Mareona*. En este tiempo, he tenido ofertas mejores para irme pero he decidido quedarme por razones emocionales. Me dolería trabajar en un campo vacío. A esto no se juega para el cemento, se juega para la gente, para las emociones. Lo que le pasó al Getafe hace un tiempo en la Europa League, con mil y pico personas en el campo, es para replantearse las cosas. El



Racing también jugó la Europa League y no iban ni los gatos. La gente se engaña: hace plantillas para ir a jugar la segunda competición continental, no avanza y luego hay que pagar los contratos. ¡Vamos a nuestra Liga, por Dios!

—¿Nunca se planteó un paso adelante, un grande?

—Déjenme entrenar un día al Athletic de Bilbao y ya sería el tío más feliz del mundo; ya me podría morir tranquilo. Barcelona o Madrid están fuera del alcance de gente como yo. Hay que hacerse sueños reales. Ya lo decía Mourinho: «El Madrid necesita un entrenador *top*» —afirma mientras se parodia con un gesto—. Será cierto porque ni Vicente del Bosque pudo aguantar aquello.

—Usted ofrece mucha energía al fútbol. ¿Cuánta le devuelve? Especialmente después de tragedias personales como la pérdida de su mujer y de un hijo.

—O te pegas un tiro o miras al cielo y sigues adelante. A mis jugadores les digo: «Mirad al cielo y dad gracias todos los días», porque esta es una profesión bendita. Cada día aprendes algo nuevo ya que ninguna situación se repite. Además, esos que dicen que el fútbol no evoluciona, no tienen ni idea. Progresaba día a día. Cambian los jugadores, más rápidos, más inteligentes, más responsables... ¡Pero si se traen hasta la comida pesada en un táper! Cambian los métodos... Solo te diré que yo no tuve preparador físico hasta mi último año como jugador. Hoy no concibo el fútbol sin él. Convives, además, con gente joven permanentemente, por lo que debes ponerte a su altura, y eso te rejuvenece, te mete en su dinámica, te quita años.

—Paolo Maldini me dijo que significa la juventud eterna.

—¡Es la vida eterna...! Y es además un juego... Si casi es pecado llamarle profesión.

—Y encima pagan...

—¡Y de cojones!

«Déjenme entrenar un día al Athletic de Bilbao y ya me podré morir tranquilo.»  
«A mis jugadores les digo: “Mirad al cielo y dad gracias a Dios todos los días”.»

# Víctor Fernández

## *Tácticas en la carpeta de Filosofía y Letras*

Cuando un amigo llamó a Víctor Fernández para decirle si sabía que se encontraba entre los cinco entrenadores que han dirigido más partidos en la historia de la Liga, el técnico contestó extrañado: «¿Estás seguro?». Al mirarse a sí mismo, no se observaba empotrado en el club de dinosaurios que forman Luis Aragonés, el fallecido Miguel Muñoz, Javier Irureta o Javier Clemente. Al contármelo, me sucede lo mismo. «¿Estás seguro?» La primera razón de las dudas es su juventud. Víctor empezó a entrenar en Primera a los 30 años cuando los demás todavía jugaban, menos en el caso de Clemente, que debido a la brutal entrada que cortó su carrera a los 19 años ya se había sentado en los banquillos. Desde entonces, Víctor ha disfrutado de permanencias largas, como los siete años de su primera etapa en el Zaragoza o los cuatro en el Celta de Vigo. Curiosamente es del técnico vasco de uno de los que dice haber aprendido más, aunque el juego los haya situado en las antípodas. Clemente fue uno de sus profesores en el curso nacional de entrenadores. Víctor fue el primero de su promoción, como en todas las etapas de formación cubiertas con anterioridad. El número dos fue Jorge Valdano.

Durante la conversación resulta evidente que se siente orgulloso por un currículum que nunca ha tenido la necesidad de pasar a limpio. Pero su emoción es mucho mayor cuando alude a su colección de fotografías firmadas, al álbum de su niñez.

«Tengo fotos con todos los jugadores de la época. Yo era el niño que siempre esperaba en el hotel. Luis de Carlos ya me conocía y me ayudaba a recopilar las firmas.» —Tenía a todos los jugadores. Una vez fui corriendo con otro amigo detrás el autocar del Madrid hasta su hotel. Me cayó una bronca tremenda al llegar a casa, tardísimo. El presidente Luis de Carlos ya me conocía y, cuando me veía, me ayudaba a que me las firmaran los futbolistas. Juanito me envió una a mi casa. Eso me ganó —explica, realmente como un niño.

En Zaragoza saluda a todo el mundo. Está en casa, se siente querido y corresponde, aunque confiesa que cuando mira al campo, en La Romareda, no reconoce al equipo, ahora en manos del controvertido empresario Agapito Iglesias.

—La situación me produce un tremendo dolor. El Zaragoza fue siempre un equipo de buen gusto, un test para los grandes y una plataforma de lanzamiento para jugadores de futuro. La afición era exigente pero respetuosa. Ahora está resignada después de tanta desgracia, tanta intrascendencia, tanta mediocridad... No identifico al equipo con el nivel de esta ciudad. ¿Cómo puede ser que un club en Ley Concursal tenga solo dos jugadores de la cantera? La promoción de gente de la casa puede ser

producto de dos cosas: la convicción o la necesidad, la crisis. Pues aquí tenemos mucha.

—Usted, sin embargo, compartió una segunda etapa en el club ya con el nuevo propietario —recuerdo al técnico.

—Sí. Creí que podríamos hacer cosas pero acabó de forma desagradable. Le dije al dueño que había un futbolista, D'Alessandro, que por su actitud no era bueno para el equipo, y él me dijo que yo era un caprichoso —contesta con un gesto de incredulidad—. Cuando me echaron, estábamos en la posición duodécima. Fue una mala gestión de la entidad. D'Alessandro es el único futbolista con el que he tenido problemas graves en mi carrera. Creo que actualmente ha aterrizado en el fútbol gente con otro tipo de intereses. Antes un presidente pretendía mostrarse a la sociedad, darse a conocer a través de un club, buscaba imagen. Ahora el fútbol es una plataforma para otros asuntos, para hacer negocios...

«La afición del Zaragoza está resignada después de años de tanta mediocridad. Miro al campo y no identifico al equipo con el nivel de esta ciudad.» El técnico querría decir más cosas pero prefiere apartarse de un entorno que considera tóxico. Le propongo, pues, que empecemos por su formación, por el principio, por el Zaragoza que siempre reconoció y que permitió que el fútbol lo descubriera.

—Yo era un buen jugador pero sin las aptitudes necesarias para llegar a Primera División. Era un pensador fino pero miedoso —confiesa sin rubor—. En cambio, sentía una preocupación por todo lo colectivo. Por ello, cuando era juvenil ya entrenaba a niños, yo con 16 años y ellos con 12. Estudié Filosofía y Letras pero también realicé los cursos de entrenador. Además de pasión tenía capacidad, y me propuse estar preparado por si me llegaba la oportunidad. Me escapaba de la universidad e iba a La Romareda a copiar entrenamientos sin saber lo que copiaba. Entonces no tenía respuesta a todo aquello. Hubo dos técnicos que me impactaron: Vujadin Boskov y Leo Beenhakker, porque priorizaban hacerlo todo con la pelota. En mi carpeta de universitario, en las hojas de los apuntes, anotaba todos los ejercicios sin saber el porqué de la mayoría. A medida que hacía los cursos de entrenador, obtenía respuestas. Luego yo los desarrollaba con mis niños. Tenía mucho prestigio en Aragón en categorías inferiores, porque el equipo al que dirigía, el Stadium, era casi siempre el rival del Zaragoza. Recuerdo duelos a muerte. Yo me movía mucho y seleccionaba jugadores por todos los barrios y la periferia de la ciudad. Gracias a ese trabajo, me llamó Miguel Beltrán, que fue presidente del Zaragoza, en el mismo año en que llegó Radomir Antic al banquillo. Me pusieron como su segundo. La primera temporada me dejaba dar charlas a los jugadores y eso era increíble para mí. Yo me encargaba de los informes de los rivales. Hacíamos vídeos manualmente y Antic me permitía que se los explicara a los futbolistas. Conocí lo que era un vestuario profesional y, además, con muy mal ambiente. Entendí la mano dura de Antic, que,

en la forma de entrenar, era un adelantado a su tiempo. Muchas de las cosas que hacía me recordaban a las que había visto en Boskov. La segunda temporada, en cambio, no me dejó viajar porque fichó a un preparador físico yugoslavo. Ya no me sentía tan querido, la verdad. Pasado el tiempo, nos llevamos bien.

—¿Cómo da el salto al primer equipo?

«Como estudiante, me escapaba de la universidad para ir a La Romareda a seguir los entrenamientos. Me impresionaron Beenhakker y Boskov.»

—Porque hubo un cambio de presidente. Llegó José Ángel Zalba. Antic no continuó, ficharon a Ildo Maneiro, uruguayo, y a mí me mandaron al filial en Segunda B. Pero el primer equipo empezó muy mal, el técnico se marchó y Zalba me llamó a su despacho. Me preguntó si me sentía preparado y también qué pensaría si me ofrecieran el primer equipo. Le dije que por supuesto. Fueron dos meses y medio duros, con un punto de inconsciencia por mi parte. Nos jugamos la permanencia en una promoción de descenso frente al Murcia, con un 0 - 0 en la ida y un 5 - 2 en La Romareda. Era una de las pocas veces que se había llenado el estadio con aragoneses, porque habitualmente solo lo hacía con la llegada del Madrid. Al día siguiente, el presidente me volvió a llamar y me ofreció la renovación, pero me dijo que no había dinero. Solo fichamos a tres jugadores, Gay, Solana y Darío Franco. Pasamos de promocionar a estar quintos casi todo el año y finalizamos sextos.

Tenía 30 años y a partir de ahí vivió siete que lo convirtieron en un técnico de referencia, con un fútbol muy ofensivo que comprometió tanto al Madrid de *la Quinta del Buitre*, ya crepuscular, como al emergente *Dream Team*, del que su gran Zaragoza fue contemporáneo. En su tercer año, perdió la final de la Copa contra el Madrid, pocos días después de la primera hecatombe blanca en Tenerife, y en el cuarto conquistó el título, además de un tercer puesto en la Liga. Fue el puente hacia la Recopa de Europa, sellada con una parábola mágica de Nayim imposible para Seaman, portero del Arsenal. Era el año 1994.

—Tuvimos unos enfrentamientos impresionantes con el *Dream Team*. Era todo ataque-ataque. Me produce orgullo haber escuchado a Guardiola decir que éramos un referente en su vestuario. Jugábamos ya entonces con un 4 - 3 - 3, con Aragón, Nayim y Poyet en el centro del campo, y Pardeza, Esnáider e Higuera delante — explica con entusiasmo.

—Llegaron a marcarle seis goles al Barcelona de Cruyff... —le recuerdo.

—Ellos también nos marcaron seis en otra ocasión.

—¿Se sintió en inferioridad al llegar al vestuario tan joven y sin un pasado como jugador? —pregunto a Víctor.

—Cuando yo entro al vestuario, me pongo en el papel del jugador y me pregunto: «¿De dónde ha salido el universitario este? ¿A ver qué nos dice?». Por tanto, si no podía ganármelos por pasado, solo podía hacerlo por conocimientos. Eso supone que

estás todavía más asfixiado por el tiempo, porque tienes que demostrarlo desde el primer día. Si has sido futbolista, y de nivel, tienes una prórroga. En cambio, de la otra forma también tienes una ventaja: no estás contaminado por los vicios de un vestuario. Es un aterrizaje más difícil, está claro, pero pasado el tiempo la exigencia se equilibra: el entrenador tiene que saber de todo y de todos. Una utopía que aconseja repartir tareas con los colaboradores.

«Cuando entro en un vestuario, me pongo en el papel del jugador y me pregunto: “¿De dónde ha salido el universitario este?”. Si no podía ganármelos por pasado, debía hacerlo por conocimientos.» —¿Qué entrenadores le han influido en su carrera?

—Ya he citado a Beenhakker y Boskov. Mi etapa coincide primero con Antic, juntos, y después con Johan Cruyff como rival, un personaje que marca una tendencia para todos. También me sentí influido por Menotti, cuyas ideas compartía totalmente. En el curso nacional, de uno de los profesores que más aprendí con diferencia fue de Clemente. Después nadie me identifica con su juego, pero es así, y lo digo bien claro. Solo puedo tener palabras de agradecimiento. Me obligó a hacerme preguntas, a pensar, que es la mejor forma de crecer. Algunas todavía no han tenido respuesta. Javier lo sabe porque le he dado las gracias. Defiende su juego y yo el mío, y todos vamos a lo mismo que es ganar. Aquel curso fue muy brillante. Coincidí con Valdano, que jugaba en el Zaragoza, y estaban también Del Bosque, Ginés Menéndez, Jorge d’Alessandro, Julián Rubio, Fabri... De todas formas, el técnico que más impacto tuvo en esa época, en general, el que demostró de forma más clara que detrás de un equipo había un entrenador, fue Arrigo Sacchi. La suya fue la primera gran revolución. Después ha llegado la de Guardiola. El primero organizó el fútbol a partir de la presión y el segundo lo ha hecho a partir de la pelota. Es el paso adelante del fútbol, en el que ya no hay que diferenciar tanto la defensa del ataque porque forman parte de un todo, y es que atacando nos estamos defendiendo. Entiendo, no obstante, que necesitamos un lenguaje para aclarar las funciones al jugador y a los aficionados, pero estamos ante un concepto integral del fútbol —asegura, con la certeza de que necesitaría muchas más palabras para explicarse—. A un entrenador, además, no lo distingue tanto el dibujo como la elección. Podemos jugar con un 4 - 2-3 - 1, pero si tú pones en el medio a Xavi e Iniesta y yo a Assunçao y a otro jugador físico es que jugamos a cosas diferentes. Esa es otra de las grandes mentiras.

—Cambia el fútbol y cambian los futbolistas —sugiero al técnico.

—Pero hay una base egoísta que prevalece: el jugador no quiere escuchar por qué no va a jugar. Le explicaré una anécdota que tuve con Andreas Brehme cuando vino al Zaragoza ya en el ocaso, después de ser campeón de todo, del mundo incluso con Alemania. Estaba poniendo la alineación en una pizarra, durante la charla en el hotel antes de un partido con el Tenerife. Escribí los nombres y cuando llego a Brehme, oigo: «Yo ahí no juego». No entré en ninguna discusión, taché su nombre y puse el de

Lizarralde. A los diez minutos lo sabía media Zaragoza. Cuando íbamos hacia el campo, vino Pardeza, como capitán, y me dijo: «Míster, el alemán se ha ido a su casa». Tuve una reunión con el presidente y le pedí que lo sacara del equipo, porque no iba a ser bueno para la dinámica del grupo. Se puso hecho un cisco, pero lo llamó y rescindieron el contrato. Al año, más o menos, fui como comentarista a un partido europeo y coincidí con él en la tribuna de televisiones, porque comentaba para Eurosport. Vino disparado hacia mí y, cuando esperaba lo peor, me pidió disculpas. Me dijo que yo había actuado como un buen entrenador y que él se había equivocado al ir al Zaragoza, que debía haber vuelto a Alemania —recuerda, sonriente—. Los vestuarios son diferentes a cuando yo empecé, es cierto, aunque por cosas distintas. Antes, las fichas eran importantes, pero las primas eran clave. Suponían el mantenimiento de muchas familias, de los alquileres, los colegios... La lucha por el objetivo creaba, pues, un vínculo muy fuerte entre los jugadores. Después crecieron de forma desorbitada las fichas y las primas pasaron a ser algo secundario, con efecto sobre la competitividad. No me refiero a Madrid o Barcelona, que son un mundo aparte; me refiero al fútbol de la realidad. La sentencia Bosman también contribuyó a la dispersión, lo que hizo más difícil desde entonces la cohesión de los vestuarios.

—¿Cuáles fueron los jugadores que le dejaron sensaciones más positivas?

—Mostovoi era un genio, con un talento y una fantasía impresionantes. De Cafú me impresionó su honradez, su capacidad de trabajo, cómo asumía ser suplente, porque entonces solo podían jugar tres extranjeros. Makelele y Mazinho han sido también grandes ejemplos. Diego Milito es un futbolista superlativo, implicado, que preguntaba constantemente, seguía todo el fútbol. El hermano era más volcánico, a veces no tenía medida.

Después de dejar Zaragoza, donde nació en 1960, en su primera etapa, Víctor pasó un año en el Tenerife, en 1998, y posteriormente cumplió un buen ciclo en el Celta, al que llevó a otra final de Copa. Tuvo dos pasos más controvertidos por el Betis, además de una experiencia en el Oporto que le dejó la sensación de una tremenda injusticia.

—El Celta era un equipo hecho, con una muy buena base heredada de Irureta. Vendimos caro y compramos barato, que es lo que debe hacer un club de ese segmento. Traspasamos a Ito al Betis por 1.000 millones y compramos a Makelele por 400. Ganamos dinero y un futbolista superior. Fue una etapa bonita, jugamos bien al fútbol. No pude dejar títulos, salvo la Copa Intertoto, pero la gente recuerda todavía a aquel equipo, lo que demuestra que no es solo importante lo que consigues sino de la forma en que lo haces. En Oporto tuve la impresión de encontrarme el club mejor organizado que he conocido. Increíble. Tiene muchos profesionales en cada departamento. Sería frívolo decir que Madrid o Barcelona están peor, porque no los conozco bien por dentro, pero tengo mis dudas...

—Con un presidente experto, Nuno Pinto da Costa, pero problemático; todo un *lobbyista* del fútbol portugués —matizo a Víctor.

—Pero sabe de fútbol..., —responde rápidamente—. Fue una experiencia interesante para mí, pero también la más injusta que he vivido.

—¿Por qué?

«Cafú me impresionó por su honradez, Mostovoi era un genio y Diego Milito, un futbolista superlativo, implicado, que preguntaba por todo.»

—Porque llegué después de Mourinho y habían vendido a la mitad del equipo: Carvalho, Ferreira, Deco, Pedro Mendes..., hasta cinco titulares indiscutibles. El presidente me dijo que iba a fichar futbolistas jóvenes para después venderlos, en un ciclo de dos años. Llegaron Luis Alberto, Pepe... Más de diez con el objetivo de hacer operaciones en el futuro. Yo le advertí de que el equipo no podría avasallar en Portugal como lo había hecho con Mourinho. A pesar de eso ganamos la Supercopa nacional, la Intercontinental y nos clasificamos para octavos de la Champions detrás del Chelsea. Íbamos líderes, pero Pinto da Costa me dijo que el Oporto no podía perder tantos puntos en casa. Cierto, aunque se trataba de la consecuencia de su política. Le dije que se equivocaba y a los pocos meses me invitó a un homenaje que le hacían. Cuando acudí, me sentó a su lado. Ha sido el único club del que mi mujer haya llorado al irnos, porque estaba muy identificada con la ciudad. Deportivamente, a mí me dejó una espina —recuerda, apenado—. En el Betis, fuimos séptimos y octavos, pero yo llegaba de ganar títulos y les pareció poco. Se había perdido la perspectiva de lo que era el club. Cuando volví en Segunda, Lopera se portó de forma lamentable. Solo le pedí un delantero y no lo trajo, a pesar de que Sergio García se lesionó. Llegué en la segunda vuelta e hicimos los mejores números y más goles que nadie, pero empatamos con el segundo y el tercero, y no ascendimos. Acabamos en los tribunales.

—¿Queda algo en usted del cazautógrafos?

—La ilusión, que lo es todo. Cuando ganamos la Recopa hubo la mayor manifestación ciudadana que se recuerda en Zaragoza. Había 300.000 personas en la calle, cuando la ciudad tiene 700.000 habitantes. Nunca se había llenado de semejante forma la plaza del Pilar. Me emocionó reconocermes en ellos, en el chaval de un barrio obrero que volvió llorando en el autocar después de una final de Copa perdida contra el Atlético. Fue en Madrid, que para mí era como ir ahora a Nueva York.

—Por lo que se ve, su gente todavía le quiere.

—Es que en Zaragoza hay pasión por mí.

# Unai Emery

## *Contra su propio miedo*

—Quiero hablarle del miedo.

El deseo desarma el punto de partida de la conversación.

—Creía que íbamos a hablar de fútbol —replico, ante mi sorpresa.

—Y vamos a hacerlo. Por eso quiero hablarle del miedo —insiste Unai Emery en el primer encuentro que tenemos, sentados en uno de los banquillos de los campos de entrenamiento, en Paterna.

—Pues empiece.

—Los futbolistas son personas y, como tales, débiles. Necesitan ayuda, confianza, para hacer aquello que quieren hacer. Si no la encuentran, de poco les sirven sus cualidades.

—Habla usted como un psicólogo.

—Hablo como el jugador que fui. De esa experiencia nacen los mecanismos para conocer el estado de ánimo de los futbolistas que ahora dirijo, para saber cuál puede ser su comportamiento. Lo percibo hasta en la forma que tienen de saludarme.

—¿Entonces fue usted débil?

—Claro. Antes de jugar muchos partidos ya los había perdido. Eso es lo primero que he corregido como técnico. Lo afronto todo con mucha positividad, mando mensajes asertivos constantemente. Recuerdo un partido en Almería en el que el futbolista que tiraba los penaltis en los entrenamientos no quiso hacerlo...

—¿Como Beбето en aquel desenlace de Liga con el Deportivo? —le interrumpo.

«Como futbolista, antes de jugar muchos partidos ya los había perdido. Eso lo he combatido y corregido como entrenador.» —Yo a eso no puedo contestar, no estaba allí...

—Continúe. Estábamos en Almería...

—Conozco las sensaciones de ese jugador, su presión interna, que es peor que la externa. También he vivido otras situaciones como futbolista que he captado ya como técnico. Por ejemplo, llega un partido importante, clave, de esos que quieres jugar. Pero cuando el entrenador da la alineación y no estás entre los titulares sientes una liberación enorme. Eso pasa. Mucha gente cree que con lo que se les paga a los jugadores ya está solucionado. ¡Menuda tontería! Las cosas importantes no las cambia el dinero. No libera al futbolista del miedo.

—¿Cómo se combate?

—Con la confianza que le da el técnico, con la forma en la que le hace ver su mejora individual. Y sobre todo con el aliento de su público. No hay otro antídoto



mejor. Si siente que la grada le apoya, probará más cosas. Si no, pueden provocar lo contrario. No le pasa solo a los futbolistas. Capello hizo una *peineta* al público del Bernabéu y Toshack un corte de mangas a la afición de Riazor, a su gente. Son reacciones contra la presión, contra el temor. Tenían experiencia, cobraban mucho dinero, pero nada de eso les hacía invulnerables.

—Es evidente que usted se ha preparado mucho en el aspecto psicológico —digo a Emery, impactado por sus respuestas y por su franqueza.

—Es que los entrenadores somos generadores de confianza, eso lo primero. Sí, me he preparado. He leído muchas cosas sobre liderazgo y autoayuda. Me he interesado por la psicología deportiva, en concreto, e hice un curso en Madrid sobre gestión y administración de empresas deportivas, del que también saqué conclusiones sobre el trabajo en equipo —explica.

Todo eso además de la preparación para ser entrenador, una vocación muy temprana. Como jugador del filial de la Real Sociedad, ya entrenaba a niños en su pueblo, Hondarribia, donde nació en 1971. Hijo y nieto de porteros, su padre fue compañero de Amancio en el Deportivo y su abuelo ganó dos Copas con el Real Unión de Irún. Fue el primero que encajó un gol en la historia de la Liga. El tercero de esta saga donostiarra, en cambio, solo jugó un año en Primera con la Real Sociedad. El resto, en Segunda y Segunda B, categorías en las que asegura que aprendió conceptos de muchos técnicos hasta conformar su propio vademécum. En el Lorca pasó de jugador a entrenador, como Luis Aragonés en el Atlético de Madrid. En dos temporadas llevó al club murciano de Segunda B a Segunda. Repitió en el Almería, de Segunda a Primera, y llegó a un Valencia en guerra y en crisis, una plaza siempre difícil.

—Durante mi estancia en la Real Sociedad, me marcaron mucho dos técnicos —explica—. Uno, Mikel Echarri, por lo táctico; otro, John Toshack, por su personalidad. La figura del técnico tiene esa dualidad. Toshack te decía «a» y con una sola letra ya mandaba un mensaje claro. En Toledo, con 25 años coincidí con Goyo Manzano, del que me gustaba la tranquilidad que era capaz de trasladar a los jugadores. También me influyeron los juegos de posesión y entrenamiento de Miguel Ángel Portugal. No todo es el Milan... Empecé los cursos en Toledo y los acabé en El Ferrol mientras jugaba, con 30 años.

—Y con menos de 40 llegó a un Valencia en unas circunstancias muy difíciles, después de Koeman, con enfrentamientos entre la institución y la plantilla, y en la antesala de la peor situación económica en la historia de la entidad. Eso sí que daba miedo...

—Pero ya le he dicho que como entrenador lo he corregido... —interrumpe, entre risas—. Si te llaman de un lugar es para solucionar problemas, y solo si reconoces las dificultades estás preparado para superarlas. Siempre he tenido claro que me ficharon

por lo que había hecho. Por lo tanto, he intentado ir implantando mis ideas y cumpliendo con una transición que el club deseaba, en la que se han retirado futbolistas y otros se han vendido. Pese a eso, ahí estamos, consolidados en la zona Champions, que era el objetivo que me pidieron.

—Al menos sí encontró un equipo con una idiosincrasia clara en el campo, trabajada desde los tiempos de Ranieri, Cúper o Benítez. Un conjunto con unas constantes claras: despliegue rápido, fuerte en lo defensivo...

«El Valencia estaba más acostumbrado al contragolpe que a la posesión, pero a mí lo que me gusta es lo segundo.»

—Es cierto. El Valencia estaba muy acostumbrado al contragolpe, no a la posesión. Pero a mí lo que me gusta es lo segundo. Creo que toda mi generación está bastante influida por el *Dream Team* de Cruyff. En mi caso, también por la Real y el Madrid de Toshack, con su 3 - 3-3 - 1. Nunca desde entonces me ha parecido tan ofensivo. He procurado darle un toque personal al Valencia sin perder lo bueno de la anterior etapa. Aún me achacan a menudo que soy demasiado defensivo, pero creo que hemos dado un paso adelante ofensivamente. De todas formas, nunca acabamos de tener todo el reconocimiento. Lo asumo. La peor crítica que me pueden hacer, sin embargo, es decir: «Este equipo no sabe a lo qué juega». Eso sí me duele porque si algo quiero es personalidad, saber lo que queremos. A veces, hay que analizar quién lo dice y en la mayoría de las ocasiones llegas a la conclusión de que no tiene ni idea. El entrenador ha de seleccionar muy bien lo que lee.

—En la banda, se le ve hiperactivo.

—Siempre he sido nervioso, intranquilo, igual de jugador —admite—. Funciono así entrenando. Arbitro los partidos de entrenamiento. Intento anticipar lo que pueda ocurrir en el juego. Yo pienso en el fútbol las 24 horas, a veces obsesivamente, lo reconozco. En ocasiones, estoy en la cama sin poder dormir, imagino una jugada, una idea, y me tengo que levantar para anotarla. Esa es otra de las diferencias entre ser jugador o entrenador. El primero se va a casa, come con su mujer, se marcha al cine, vuelve al día siguiente y pregunta: «¿Y hoy qué?». El segundo, en cambio, no para. Vive a una intensidad altísima hasta que la cabeza se le vuelve una pelota.

Las salidas del equipo de Villa, Silva o Mata, tres campeones del mundo, no produjeron quejas en el entrenador, fiel a la hoja de ruta impuesta por Manuel Llorente, de gestor a presidente. El Valencia se reforzó en la clase media, con Soldado, Adúriz, Canales o Parejo, porque tiene claro que debe competir en su segmento, lejos de la irrealidad de Barcelona y Madrid.

«Pienso en fútbol las 24 horas. Si estoy en la cama sin poder dormir, imagino una jugada y me tengo que levantar a anotarla.»«El jugador se va a casa, come con su mujer, se va al cine, vuelve al siguiente día y pregunta “¿Y hoy qué?”. El entrenador, en cambio, no para.» —La afición del Valencia es muy exigente, siempre lo ha sido.

Si eres primero, quiere mejor juego; si eres segundo, quiere que seas primero... — asegura Emery, resignado—. Cuesta adaptarse a la situación de que el Madrid y el Barcelona son inalcanzables. Hay que trabajar con la ilusión de poderles ganar y estar preparados para cuando ellos fallen, pero sin dejar de estar con los dos pies en el suelo, en la realidad. El fútbol suele cometer ese error.

## Juan Carlos Garrido

*Tomando apuntes con Hiddink*

Unos minutos bastan para descubrir que no se trata de un entrevistado al uso, de los que acepta el hilo conductor. Juan Carlos Garrido entra en la conversación con la misma tensión que en un partido. Interrumpe, desdice, pide disculpas, vuelve a desdecir, solicita no incluir una frase y a continuación añade otra quizás más comprometida... Pero dice cosas, muchas cosas y no engaña a nadie. Para empezar, el joven técnico del Villarreal, nacido en Valencia en 1969, se reconoce como alguien muy inquieto en lo físico y lo mental, algo que ya saben sus futbolistas y que han podido comprobar muchos de sus colegas en la banda, aunque las interpretaciones no sean siempre del agrado mutuo. No le preocupa. Solo le importa influir en el partido, como en la conversación.

—¿No se relaja nunca? —pregunto, para intentar llevar el encuentro a ese espacio más sosegado que descubra las reflexiones, ya que Garrido no parece haber abandonado todavía la tensión del entrenamiento.

—Tranquilo, es parte de mi carácter —contesta mientras sonríe, pero sin dejar de pensar en la siguiente respuesta antes de que se produzca la pregunta.

El técnico encarna la exigencia permanente, consigo mismo y con los demás. Un estado que no ha llegado a partir de su salto a Primera. Ya era de esa forma en las categorías inferiores del Villarreal, en el filial. Esa manera hirviente de dirigir los partidos ha llevado a manifestaciones no siempre favorables al técnico por parte de algún colega o futbolista. Los jugadores de El Puig, el primer equipo al que dirigió en Regional Preferente, quisieron amotinarse a las pocas semanas de su llegada al cargo, con poco más de 20 años. Estuvo finalmente seis temporadas y disputó dos promociones de ascenso.

—Trato de activar a mis jugadores, de tenerlos en tensión no solo durante el partido, sino también en los entrenamientos —prosigue, aunque sin intención de justificarse—. Intento que mis decisiones y actuaciones tengan una incidencia, me gusta influir directamente sobre lo que sucede en el campo. No creo realmente que mis jugadores se quejen del trato. Es más, pienso que el futbolista acaba por valorar más al entrenador preparado y exigente, porque lo va a hacer mejor de lo que es. Lo ideal es equilibrar las dosis de confianza y exigencia, pero algo es seguro: la relación entre el técnico y el futbolista no es la de amistad. Aquí no estamos para hacer amigos. El técnico ha de ser un poco psicólogo. Mejor dicho, debe tener conocimientos de psicología, pero para su aplicación colectiva en términos de motivación. En el Villarreal tenemos, además, un psicólogo profesional, pero es para

tratar aspectos individuales, concretos y hasta personales, si es que influyen en el rendimiento, con el futbolista que lo precise.

Después de su etapa en El Puig, pasó al Onda, un filial del Villarreal, y de ahí al cuadro técnico de la institución amarilla, donde ha ocupado prácticamente todos los cargos. Está hecho, pues, a la medida de este club único por su modelo, con la autoridad muy bien definida a través de una pirámide simple y eficaz, al igual que los objetivos. Fernando Roig, todo un patriarca de la zona, tiene a su hijo Fernando y a José Manuel Llana, alma del Villarreal, en una línea clara de gestión marcada por la confianza, sin interferencias. En esa línea está, asimismo, el entrenador. En la coqueta ciudad deportiva en la que se produce el encuentro se cruzan los niños de la escuela con los jugadores de la residencia y de la primera plantilla, y los jubilados que acuden a ver los entrenamientos, en un atmósfera que tiene muy poco en común con la de los equipos de las grandes capitales que viven asediados. Roig, presidente y dueño, me dijo que al principio tenía dos cosas muy claras: ofrecer buen fútbol y cambiar el color del uniforme para que todo el mundo los distinguiera. Por eso viste de amarillo.

—Un entrenador da a un equipo un estilo de juego y un estilo de entrenamiento —explica Garrido—. Propone pero ha de saber dónde está, cuál es la tradición y la idiosincrasia del club y de la afición. Para mí ha sido básico llevar once años en el Villarreal, haber dirigido la escuela, haber entrenado en todas las categorías y haber trabajado cerca de Paquito, Víctor Muñoz, Joaquín Caparrós, Benito Floro o Manuel Pellegrini. De todos he aprendido cosas. Conozco, además, los valores de la entidad, que son algo distinto a los objetivos.

Le pido que lo aclare.

—Los objetivos son siempre ganar. Los valores son otra cosa... Son ambición, exigencia y compromiso con un estilo de juego. Lo primero es que cada día hagamos las cosas bien, que todo el mundo llegue a la ciudad deportiva con esa máxima, sea para ejercicios físicos, de posesión o para una reunión técnica... A partir de ahí, si hablamos del juego, quiero un equipo que toque, que busque la posesión, que entienda los porqués de las cosas colectivamente, que encuentre soluciones y sepa adaptarse a buscar un gol en quince pases o en dos, porque habrá circunstancias para todo. Se suele etiquetar a los equipos: que si este es defensivo, que si este es ofensivo... Eso nos gusta mucho en este país de buenos y malos. Pues bien, yo quiero muchas etiquetas, que sepamos que habrá partidos para elaborar y otros para contraatacar, y que hay que saber hacer las dos cosas, aunque al equipo no lo puedes llevar de la A a la Z en todos los duelos. Por otra parte, quiero compromiso por parte de todos en lo defensivo...

—Que es sobre lo que más actúa un entrenador...

—No, actúa sobre todo... —interrumpe con reflejos—. Ya sé lo que va a decir,

que el ataque es cosa del talento de los jugadores...

—No exactamente, pero sí parece una parcela con menos dirigismo.

«Quiero un equipo que sepa adaptarse a buscar un gol en quince pases o en dos, porque habrá circunstancias para cada cosa. En este país se pone etiquetas a todo. Pues bien, quiero muchas etiquetas.» —¡No, no, no...! No estoy de acuerdo —insiste, vehemente—. Las cosas pasan porque las trabajas. Mire el Barça. Son muy buenos pero tienen organización ofensiva, una idea clara de lo que quieren hacer. Eso es método. Hay quien dice que el ataque fluye... (*se ríe, irónico*). No, no, no..., tiene que haber un contenido colectivo. Otros dicen que en categorías pequeñas no se puede jugar. Pues yo he entrenado en juveniles, Tercera, Preferente, Segunda B y Segunda, y mis equipos siempre han jugado, y no es por ponerme medallas. Los entrenadores que dicen eso no juegan bien en ninguna categoría, porque encuentran un problema en hacerlo.

«Los entrenadores que dicen que en determinadas categorías no se puede jugar bien, no lo hacen en ninguna porque siempre encuentran un problema.» «Soy demasiado joven para analizar la historia del fútbol, pero yo no he visto jamás jugar como el Barça.» —Evitan los riesgos.

—Es cierto, y por ello hacen muy poco para que sus equipos ganen y mucho para que no pierdan. También hay conjuntos de los llamados grandes que buscan cortar rápido y tirarla larga. Con eso también se gana, pero...

—¿Pero?

—Pero no deja nada, no marca tendencia. Por ejemplo, mi generación está marcada por el *Dream Team*, al que yo añadiría el Valencia de Guus Hiddink, un gran olvidado. ¿Ahora quién la marca? El Barça y la selección. El equipo de Cruyff tenía talento y velocidad de balón pero una débil organización defensiva. Este de Guardiola es el mejor de todos, porque le ha dado orden, rigor, equilibrio. Manda con la posesión y, cuando pierde el balón, lo roba rápido. Ahí está la mano del entrenador. Soy joven para analizar toda la historia del fútbol, pero yo no he visto jugar igual. Es el mejor equipo que hemos visto jamás los de mi generación. Otra cosa que se dice, y perdone que insista con los tópicos, es que cualquiera puede ser técnico de un grande. Mentira.

—Eso también lo dice Mourinho, cuando habla de entrenadores *top, top, top...*

—Habría que preguntarle a él a qué se refiere con eso —dice mientras sonrío intencionadamente—. No conozco al detalle su trabajo pero admiro su trayectoria, iniciada desde abajo y sin un pasado como jugador profesional. No es nada fácil, lo sé bien. También me gusta su capacidad para gestionar un grupo y competir. Pero para conseguir un modelo en un club necesitas tiempo, y en el Madrid no lo han tenido. Con Manuel Pellegrini también lo hizo bien, en mi opinión. Sumó muchos puntos y perdió al final con el mejor Barça de la historia. Es evidente que se trata de

personalidades distintas. Creo que Mourinho intenta buscar reacciones con sus declaraciones. Hay premeditación en lo que dice y él sabrá si le da resultados. También Cruyff mandaba mensajes a sus futbolistas vía prensa. Creo que sus jugadores lo respetan y aceptan sus códigos.

Sin necesidad de ser preguntado, Garrido ha dejado claro cuáles han sido sus influencias, y entre ellas no está el técnico portugués. Ha citado a Cruyff y a Floro. Pero su gran referente, como reitera, es Hiddink.

—Benito tuvo un mérito impresionante, fue un avanzado a su tiempo. Tuvo la valentía de poner en práctica sus ideas con un equipo modesto como el Albacete. Aportó organización ofensiva a partir del 4 - 4 - 2. Pero, realmente, quien más me influyó fue Hiddink —reconoce—. Gracias a uno de sus ayudantes pude acudir a presenciar sus entrenamientos en el Valencia, a tomar apuntes. Sus sesiones eran revolucionarias, algo diferente a lo que se hacía aquí, a lo que nos habían enseñado. Yo había presenciado también los de Víctor Espárrago, pero no tenían nada que ver. Rondos, posesiones interminables... Todo lo que llevó Cruyff al Barcelona, también lo ponía en práctica Hiddink, aunque con menos eco. Ellos dos, junto a Jorge Valdano, y me permito incluir a Floro, al menos para algunos de nosotros, cambiaron el fútbol español. No solo por el juego y los resultados que lograron, sino porque influyeron de una forma tremenda en los que entonces empezábamos a formarnos y ahora dirigimos equipos de élite. Quisimos ser entrenadores por esa idea. Los que ganan crean tendencia, es normal, y hasta la selección campeona del mundo es fruto de ella.

Seguir cada instrucción de Hiddink, garabatear a Cruyff, leer el libro de Valdano, pasar nombres de promesas de Valencia a Rafa Benítez cuando se encontraba en el filial del Madrid, o hacer informes de los rivales del Villarreal a Paquito, Víctor, Caparrós, Floro y Pellegrini. Un proceso, en definitiva, marcado por la capacidad de observación y el análisis, que llegó a aplicar, incluso, como periodista para el *Levante* y *El Mundo Deportivo*. Juan Carlos Garrido es quien firma, entre otras, una crónica del Torrent frente a un Barcelona B en el que jugaba Guardiola.

—¿Quién y por qué apostó por usted?

«En el Villarreal se trabaja bien porque la estructura es sencilla y los valores claros. Te lo dan todo y te lo piden todo.» —Fernando Roig, también su hijo... Saben lo que soy y yo sé lo que es el Villarreal. Se trabaja bien porque la estructura es sencilla y los valores claros, como le decía al principio. En este club te lo dan todo y te lo piden todo. Yo me he criado en esta cultura, que es la que se ha de visualizar en el campo.

—¿Es su hermano Raúl su segundo por lo mucho que le quiere? —pregunto rápidamente.

—¿Y por qué no mi otro hermano, también? —contesta de inmediato—. Eso son

tonterías.

Raúl y Juan Carlos han compartido fútbol desde la niñez. Para el entrenador del Villarreal fue fundamental la influencia de Jorge Simó, profesor de Educación Física en los Escolapios y con un pasado como preparador en varios equipos de Primera. Desde entonces, para Garrido todo ha pasado en Valencia y Villarreal, pero no descarta que esta carrera incipiente lo lleve a otros lugares en el futuro. Es más, querría que así fuera porque lo suyo es aprender y hacerlo vorazmente.

—Inglaterra es un pequeño sueño, no lo niego —reconoce—. Si observas, te das cuenta que es el lugar donde más se valora este trabajo y donde tienes el tiempo para desarrollarlo. Es un sitio donde un entrenador siente respeto por lo que es.



## José Luis Oltra

### *Yo conmigo no jugaría*

«Piensa como quien juega cuando diriges; piensa como quien dirige cuando juegas.» Una conversación es un éxito cuando deja una frase con que recordarla. La de José Luis Oltra es clara, nítida. Poco después de pronunciarla, sin embargo, admite su carácter utópico y es que este joven técnico dice conocer a alguien más egoísta que el más egoísta del mundo, eso que tanto se dice del futbolista. Es el entrenador.

La cita con Oltra obedece a una intuición, ya que no estamos ante un gran nombre de los banquillos, ni un exjugador de prestigio. Una intuición que nace a partir de un puñado de cortas conversaciones por teléfono, dos buenos consejos llegados desde el gremio y unos cuantos partidos del Tenerife y el Almería, equipos a los que dirigió en Primera antes de aceptar la difícil empresa de devolver a su lugar al Deportivo. No defrauda, como nunca lo hacen las buenas intuiciones, siempre menos contaminadas que las buenas razones.

—La pasión es el motor de todo lo que mueve el mundo, la vida de las personas. La mía ha sido el fútbol. Mi mujer siempre dice que yo no he tenido infancia, he tenido fútbol.

Oltra empieza, prácticamente, por una declaración de amor que no siempre fue correspondido en la medida en que hubiese querido. Pronto, muy pronto, advirtió que su carrera como jugador no progresaría más allá de Segunda División, porque sus maneras como centrocampista se asemejaban a las que ahora están en valor, pero en un contexto distinto.

—Era un Xavi, un mal Xavi, pero sin la llegada de Xavi... Yo lo tengo muy claro: conmigo no jugaría —asegura, con ironía, pero sin pesar.

«Piensa como quien juega cuando diriges; piensa como quien dirige cuando juegas.» «La persona es lo primero, pero no niego que cuando vives bajo presión, el resultado puede derrotar a la ética.» Como buen posibilista, y es que nadie que no lo sea puede dedicarse a esta profesión, trazó rápidamente su camino hacia el banquillo.

—Empecé a pensar muy pronto como entrenador. Todavía jugaba cuando ya había decidido lo que quería ser en el futuro. Aprendí a ponerme en el lugar del técnico. Siempre digo: «Piensa como quien juega cuando diriges; piensa como quien dirige cuando juegas».

—Eso es difícil para los futbolistas, tan pendientes de sí mismos —interrumpo, incrédulo, al técnico.

—Se suele decir que el futbolista es egoísta. Yo replico: el entrenador lo es aún más, porque el jugador acaba por convertirse para él en algo de usar y tirar...

—¿También para usted?

—Para mí está la persona lo primero, pero no niego que cuando vives presionado, el resultado puede derrotar a la ética.

Después de un periplo como jugador por conjuntos de Segunda y Segunda B, y de un tiempo en el filial del Valencia, Oltra empezó como entrenador en el equipo de Catarroja, el pueblo donde nació en 1969. Levante, Castellón o Murcia fueron algunos de los clubes por los que pasó hasta que llegó al Tenerife. Ascendió a Primera de su mano, pero no pudo lograr la permanencia al curso siguiente. Pese a ello, el público del Heliodoro Rodríguez López coreó el nombre de un técnico recordado en la isla por la profesionalidad y el buen juego coral y ofensivo que desarrolló el Tenerife.

—Me sentí muy identificado y disfruté mucho del fútbol —relata con una innegable nostalgia—. Pero los desplazamientos desde Canarias y la diferencia horaria son un handicap tremendo. En la segunda vuelta del año del ascenso, en que sumamos 47 puntos, que es una barbaridad, viajamos en chárter, una petición que venía de la época de Heynckes. Curiosamente en Primera no pudimos hacerlo y eso nos pasó factura. En Segunda sí y en Primera no: paradójico pero clave para lo que sucedió, en mi opinión. En cuanto a eso de que en Segunda, con un equipo pequeño, no se puede jugar bien, es una tontería. Hay una gran tendencia a colocar etiquetas a los entrenadores, como si no quisiéramos darnos cuenta de que los verdaderos protagonistas son los jugadores. Es evidente que el técnico tiene una idea de juego, pero son las características de sus futbolistas las que le dirán cómo va a jugar el equipo. ¿Podría cambiarse el juego del Barcelona si ahora se fuese Guardiola y llegara otro entrenador? No. ¿Podría jugar el Madrid igual que el Barcelona, como reclaman algunos? No debería ni intentarlo. Nuestra influencia, muchas veces, es menor de lo que creemos. Por supuesto que el entrenador es clave en el sistema de trabajo, en la organización, en la motivación..., pero a menudo todo eso se analiza en función de un solo resultado, y es por eso por lo que yo me hago todas estas preguntas. Si el Deportivo hubiera ganado el último partido de Liga al Valencia, habría sido décimo. Un solo gol, aun sin ganar, le habría dado la permanencia. Y la vida de todos, la de Lotina y la mía, sería distinta.

—Defina usted, pues, al entrenador ideal —propongo a Oltra.

—El que consigue que sus jugadores le sigan porque los convence de las cosas, no porque se las impone. Para eso no debe únicamente saber, sino saber transmitir lo que sabe, ser un comunicador. Ha de ser alguien que sepa convivir con la victoria y con la derrota, y que entre lo que dice y lo que hace haya poca distancia. Que trate a todos con la misma norma pero no igual, porque no lo son ni el talento, ni las jerarquías, ni las personalidades. Por último, un coordinador de especialistas. Hace años, no tantos, muchos equipos no tenían preparador físico ni entrenador de

porteros. Hoy es impensable. No obstante, el entrenador perfecto es una utopía: no existe. Uno domina más lo emocional, otro lo táctico... A mí, por ejemplo, Cruyff me marcó en lo ofensivo; Capello, por su forma de manejar el grupo; Rafa Benítez, por el método...

Lo primero que ha dicho introduce en la conversación la figura de José Mourinho, al que Oltra conoció brevemente durante un encuentro que los enfrentó en Almería.

—En la forma de entrenar es innovador. Ha aportado cosas en la periodización táctica —empieza por detallar, como si quisiera alejarse de lo polémico—. Es verdad que ves a sus equipos y quizás su estilo no esté de moda porque ahora manda el perfil Guardiola o Del Bosque, avalados por sus victorias. En cambio, emocionalmente y en dirección de grupo es un diez. Quien ha trabajado con él lo idolatra. Es un motivador nato, alguien que, como hemos dicho al principio, convence. ¡Algo tendrá! Más allá de que en otras cosas discrepe, aunque las enmarco dentro de una estrategia, es un hombre muy inteligente.

—Usted puede decir que empató con su Madrid cuando el conjunto blanco se jugaba la Liga...

—Empató mi equipo. Yo intenté molestar poco —interrumpe y sonrío—. En el trato cercano, Mourinho te gana. Él se ha creado el personaje y lo que ocurre es que los personajes se suelen comer a las personas. Pero yo creo en la persona y en el entrenador. Hay cosas que yo no haría, ni diría. Mourinho puede hacerlo porque le protege el contexto. Yo creo mucho en los contextos; creo que explican muchas cosas que no se entienden si se analizan de forma individual.

—Es interesante. Explíquese.

—Raúl, por ejemplo. Yo me considero raulista. Es el mejor futbolista en cuanto a valores, el Nadal del fútbol. Pero justo España empieza a ganar cuando sale de la selección por las complementariedades que conforman ese contexto. Eso quiere decir que unos futbolistas se ponían en valor como piezas de un modelo al que no respondía Raúl. Luego el debate fue por otra parte, por lo personal; pero esa era la base. El fútbol del Barça tomó la selección, con sus códigos, a los que ha de adaptarse el que llega; es lógico. Pero el Barça, que tanto beneficio ha hecho al fútbol, ha hecho también mucho daño, porque todos queremos jugar como ellos y casi ninguno podemos. Si te equivocas, estás perdido.

La declaración tiene gran valor por llegar de un entrenador de los que quiere que sus equipos armen el juego desde atrás, que busca niveles altos de posesión, jueguen en la categoría que jueguen.

«El Barça ha beneficiado al fútbol pero también le ha hecho mucho daño, porque todos queremos jugar como él y no podemos. Si te equivocas, estás perdido.» —El mejor libro que he leído sobre este deporte es *Fútbol, dinámica de lo impensado* de Dante Panzieri. Te dice que el fútbol solo hay dos formas de jugarlo: bien o mal. Da

igual la categoría. Esto es una toma de decisiones continua y decides bien o decides mal. Dentro de esa definición general están las diferencias que establece la precisión, la velocidad, pero el marco sirve para todos. La Segunda es más física, el torneo es más largo y tiene mayor igualdad. Aquí sí que es cierto eso de que el colista puede ganar al líder. Lo que más me ha preocupado en el Deportivo es que la plantilla, la afición y el propio club se dieran cuenta muy pronto de que estamos en Segunda, porque eso es lo más difícil para un equipo que viene de ser un referente en Primera. Le daré un dato: en los últimos diez años han bajado treinta equipos. De esos, que hayan subido al siguiente solo hay cinco. Hay más ejemplos de doble descenso, a Segunda y luego a Segunda B, que de retorno a Primera. No hay que fijarse tanto en el objetivo como en el camino. Quien no lo asume, lo pasa mal.

Una de las primeras cosas que hizo Oltra tras aceptar la oferta del Deportivo fue llamar a su antecesor, Miguel Ángel Lotina, que dirigió la etapa más dura en Riazor, en la que la prioridad era reducir la deuda y eso pasaba por dificultades para confeccionar plantillas competitivas.

—Le pregunté sobre los jugadores, sobre la cultura del club... —explica, reivindicativo sobre la figura del técnico al que reemplazó—. Es una persona reflexiva y sensata. En este mundo, como te he dicho antes, a todos nos ponen etiquetas, es inevitable, pero a lo mejor resulta que no somos tan distintos.

## José Ramón Sandoval

### *O puerta grande o puerta de enfermería*

El suyo no es el mundo del fútbol; es el mundo de los sueños. Cuando sale del vestuario no le acompaña el tormento, ni la duda, ni la desconfianza, no parece un entrenador. José Ramón Sandoval camina y habla con la seguridad de quien no teme traiciones, porque en esta nueva vida, insiste, no puede perder tanto como perdió en la real con la muerte de su padre, el patriarca Rafael, que un día se arrodilló ante los porteros del Santiago Bernabéu para que su hijo viera un partido de Copa de Europa en el gallinero. Una fotografía le acompaña ahora en los banquillos. El entrenador del Rayo Vallecano pregunta tanto como responde y se confiesa desbordado por algunas proporciones del fútbol, aunque convencido de que donde no llegue su experiencia lo hará su humanidad, desbordante en todos los sentidos. Es como el marino que se echa a la mar sin saber si avistará tierra, pero a quien no le faltan partidarios confesos porque habla el lenguaje de la cubierta.

—De asar cochinitos a entrenar en Primera sin un pasado profesional. Explíquese usted a sí mismo —pido a Sandoval, que aparece como un niño en un cumpleaños, feliz y perseguido por el aroma de la colonia.

—Es sencillo: o puerta grande o puerta de enfermería. Hace cuatro años me ofrecieron el equipo de Tercera, que iba camino del descenso. Le dimos un vuelco y acabamos entre los diez primeros. Después llegaron una final de Copa Federación, que perdimos, y el ascenso a Segunda B con el filial del Rayo. Eso me dio confianza para proponerme directamente a los Ruiz-Mateos. Como no quería equivocarme, leí todo lo que encontré en internet sobre esa familia y hasta algún libro. La primera entrevista la tuve con Javier, uno de los hijos, que casi me convence para que me quedara en el filial. Él me dijo que lo tenía claro, que quería apostar por mí pero que era muy arriesgado y no podía tomar esa decisión. Me remitió a sus padres, a la presidenta. Doña Teresa habló primero conmigo, me dijo que era muy valiente, pero, a su vez, me envió a su marido.

—¿Qué le dijo finalmente al dueño de verdad?

—Pues que ya había hecho la ESO y el Bachillerato y que, si no me dejaba ir a la Universidad, no iba a repetir el Bachillerato. Prefería tomarme un año sabático. Al final, me dio el sí. Mi modelo, con una apuesta por la cantera y bajos costes, les convenía.

El Rayo explota una excelente ciudad deportiva, levantada por la Comunidad de Madrid y el Ayuntamiento, en uno de los extremos de la Villa de Vallecas. El club, que finalmente vendieron los Ruiz-Mateos, tiene un buen desarrollo de las categorías

inferiores, con una excelente labor en la promoción del fútbol femenino, cuyo primer equipo ha sido campeón nacional en varias ocasiones y que disputó una final europea contra el Arsenal en 2010. Sandoval, curtido en esa red, dejó definitivamente el reputado restaurante familiar que regentaba junto a su hermano en Humanes para dar el paso de mayor riesgo en su vida.

—Desde niño trabajé con mi padre. Me levantaba de madrugada para ir a Mercamadrid y, como no había estudiado restauración como mi hermano, me quedaba en la cocina. Mi jornada empezaba a las cinco de la mañana y acababa a las ocho de la tarde para dedicar entonces tres horas al fútbol. Pasamos adversidades en el negocio, como el Rayo. La más cruel, la muerte de mi padre, el fundador y el hombre que nos había transmitido una forma de vivir, un ejemplo. Yo solo tenía diecinueve años. Entonces había que ganar todas las semanas, pero no a un equipo, sino a los bancos, rivales mucho más duros —explica, emocionado, como siempre que se refiere a su padre—. Tuve el apoyo de mi mujer para dedicarme a un sueño aunque admito que, cuando pierdo, no soy persona y es ella quien lo sufre.

El técnico nació el dos de mayo en Madrid, en 1968, día que conmemora una sublevación y una derrota pero, por encima de todo, una liberación. A pesar de la fe en sí mismo, para no perder el equilibrio en el salto al mundo profesional recurrió a un profesor del *coaching*.

—Me explicó que la victoria y la derrota son dos impostores a los que hay que tratar de la misma forma. El entrenador, además, vive en el permanente *matchball*. Aprendí mucho en aquellas sesiones en las que el profesor me dijo: «Visiona lo que quieres conseguir, escríbelo y clávalo en tu habitación». Me preparé porque el fútbol es como la informática: si no estudias, te quedas obsoleto.

—¿Y qué le dijo usted a sus futbolistas cuando entró en el vestuario de Vallecas sin un currículum profesional?

—Más que decirles, me los gané con los conocimientos. Notaba que cada charla era un examen. Fue clave que comprobaran cómo me puse de su lado ante los problemas económicos que atravesábamos, sin cobrar durante meses. Les dije que estábamos en mitad del mar y que si parábamos de remar nos hundíamos. Aunque parezca extraño, me acabé por beneficiar de esa coyuntura para cohesionar al grupo a mi lado.

El ascenso no apartó a Sandoval de una osada propuesta en el campo, que pone en consonancia con lo que llama la «marca España».

—Intento transmitir a mis jugadores que fallar no es un problema, que hay que intentarlo. Quiero que ellos propongan en el campo todo lo que tienen sin miedo al error, porque eso invita al atrevimiento, que es la única forma de sorprender. Si eres valiente, no siempre ganas, pero el jugador crece individualmente, y eso me produce mucha satisfacción como entrenador. Estoy aquí para eso y me enorgullece ver el

paso adelante de Armenteros, que se fue al Sevilla, o Borja García, que llegó conmigo desde las categorías inferiores. Todos hemos dado un paso adelante pero el fútbol es de los futbolistas; no lo olvidemos. Cuando ascendimos, entré en el vestuario y les dije a mis jugadores: «Gracias, habéis hecho un entrenador de Primera División» —recuerda, vehemente.

«El fútbol es como la informática. Si no estudias, te quedas obsoleto.» «Quiero que mis jugadores propongan en el campo todo lo que tienen sin miedo al error, porque es la única forma de sorprender.» Como aficionado, el técnico cita a futbolistas como Zidane, Hugo Sánchez o Van Basten entre los que más le han impactado sobre un campo de fútbol, en directo. Pero si se le piden referencias para su trabajo, no alberga duda alguna: Vicente del Bosque y Josep Guardiola.

—Al actual seleccionador lo conocí cuando estaba al frente de la cantera del Madrid y yo dirigía la escuela de fútbol de Humanes, porque cogieron a uno de nuestros benjamines. Sabe dar la esencia justa a cada futbolista, sin hacer ruido, con humildad pero con firmeza. Con Pep he hablado personalmente. Nos enfrentamos en Tercera, él con el Barça y yo con el Rayo, y ascendimos juntos de categoría. Yo digo que es el hermano mayor de todos nosotros porque ha demostrado que los técnicos de los filiales podemos dar el nivel en Primera División. En esta categoría todo es más fácil, puedes llevar más adelante tus ideas porque necesitas menos repeticiones para todo: los futbolistas las interpretan mejor y más rápido. Hay entrenadores en categorías inferiores, en Preferente, más preparados que yo, que no han tenido la oportunidad. Lo digo convencido, plenamente —asegura.

Aficionado al coso y con un hermano que tomó la alternativa, Sandoval utiliza a menudo símiles taurinos. Recurre a uno para realizar un vaticinio sobre uno de sus personajes predilectos.

—Guardiola es como José Tomás. Solo se entiende en la excelencia, pero la excelencia lo aproxima al final. Cuando entienda que ya no puede ofrecerla, cortará —sentencia.

—¿Se puede luchar contra la excelencia?

—Quien no lo crea que se vaya del fútbol. Esto es como la vida: hay ricos y pobres, pero el rico también se muere.

Antes de despedirse a palmadas, de la misma forma que ha aparecido, pide que le recuerde el título de la película de la que hemos hablado y que cuenta la historia de superación del campeón de los pesados James J. Braddock.

—Es *Cinderella Man*.

—La apunto —concluye, rauda, y se despide este *hombre cenicienta*.

«Guardiola es como José Tomás: solo se entiende en la excelencia, pero la excelencia lo aproxima al final.» «El fútbol es como la vida. Hay ricos y pobres, pero los ricos también se mueren.»

# **NO SOY DE AQUÍ, NI SOY DE ALLÁ**

Somos nuestra memoria,  
somos ese quimérico museo de formas inconstantes,  
ese montón de espejos rotos.

JORGE LUIS BORGES, 1899 - 1986



## Jorge Valdano

*Mientras Maradona gritaba mamá, Raúl dormía*

El ascensor se cierra. La única solución es echar a correr desde la puerta del *hall* porque la hora de la cita apremia. Al alcanzarlo, ya casi resignado a esperar al siguiente, no puedo reprimir un grito: «¡Esperen!». Una mano sale rauda entre las dos puertas para evitar que se cierren completamente. Al abrirse de nuevo, descubro que se trata de la mano de Jorge Valdano.

—Ha tenido usted suerte —dice.

—Gracias —respondo, aún jadeante—. ¿Tiene usted una entrevista, verdad?

—¿Cómo lo sabe? —pregunta, sorprendido.

—Soy yo quien ha de hacérsela; soy Orfeo Suárez.

—Le dije que estaba de suerte —responde, entre risas.

De esa forma conocí a un personaje que se repite en el Monopoly del fútbol. El encuentro se produjo en Barcelona, el día anterior a un partido que afrontaba como entrenador del Tenerife, frente al Espanyol. En aquella época, tenía la costumbre de acercarme a los hoteles en los que pernoctaban los equipos que jugaban en la ciudad, aunque no hubiera fijado, como sí era en este caso, cita alguna. Era una buena forma de conocer a técnicos y jugadores, de abonar espacios de confianza en un mundo muy endogámico, en el que sus actores, como Valdano, van y vienen de casilla en casilla.

El técnico me indicó que nos sentáramos en la cafetería, en el primer piso. Al lado, a una prudente pero vigilante distancia, Ángel Cappa hojeaba los periódicos. Con su segundo, al que había conocido mientras jugaba en el Zaragoza y Cappa era ayudante de César Luis Menotti en el Barcelona, formaba una sociedad futbolística e ideológica. El propio Menotti, mentor de ambos, dijo en una entrevista en la publicación argentina *Página 12*: «Ellos eligieron el mismo camino por un montón de cosas pero siempre lo tuvieron dentro. Lo fundamental es que estamos completamente comprometidos en la vida, no solo en el fútbol». Cappa acompañó a Valdano también en el banquillo del Madrid. Después separaron su camino y la distancia fraguó lejos del campo, aunque sin apartarse de la idea que compartían en torno a la pelota.

Al entrenador del Tenerife se le observaba ilusionado con una carrera en los banquillos que había empezado, como siempre que acometía un proyecto, cargado de palabras que transportaban a su vez intenciones. En ese viaje iniciático a la isla, ha admitido que tuvo sensaciones similares a las que había experimentado cuando a los 19 años atravesó el *charco*, contra el criterio de buena parte de sus seres más queridos. Viajaba hacia una nueva vida, la vida de entrenador que tanto había

conocido pero que tanto desconocía. Era una mezcla de ilusiones, inquietudes y temores, de romanticismo por desarrollar una idea y vértigo por la exposición que, a menudo, desemboca en la locura. Al iniciar este libro pedí a Valdano recordar aquella época, hablar de su paso por los banquillos de Tenerife, Madrid o Valencia, de su rol como técnico. Me pidió no hacerlo porque era algo que había relegado al último rincón de la memoria, el lugar donde menos se reconocía, y me dijo que utilizara sus reflexiones de entonces. Quizás hubo otras sombras, no precisamente del pasado, que no deseaba encontrarse en la conversación. Por eso he vuelto al ascensor, a ese viaje, también para mí iniciático, en busca de un personaje que supone una reflexión global sobre el fútbol, se siente o no en el banquillo, se sienta o no ya entrenador.

—Me considero un privilegiado por haber podido empezar a entrenar en la élite, pero llevo incorporada una enseñanza de mi etapa como futbolista: la falsedad del éxito. No me engaño —empezó Valdano en aquel encuentro, ahora recuperado.

—¿Se siente todavía futbolista? —pregunté.

«Seguramente me hice entrenador al retirarme porque el banquillo es el lugar más cercano al campo. Pero no sueño con tácticas; sueño que marco y fallo goles.» — Claro, por eso siento un poco de envidia. Seguramente me he hecho entrenador porque el banquillo es el lugar más cercano al campo. Cuando la pelota llega a mi altura, la devuelvo siempre con el pie o con la cabeza, jamás con la mano. En los sueños, además, soy siempre y voy a ser siempre jugador. No sueño con planteamientos ni tácticas ni fichajes. Sueño que marco... y fallo goles —contestó, con humor. Esa misma respuesta me ha vuelto a dar varias veces, incluso en las dos etapas en las que fue la máxima autoridad del Madrid después de Florentino Pérez. Nunca se encontró en sus sueños con José Mourinho. Quizás en sus pesadillas.

—Se siente jugador pero manda a jugadores.

—Quiero que se genere entre ellos y yo una complicidad, porque es la mejor forma de comprometerlos con una idea. Detrás de este trabajo, que es angustiante, subyace una relación humana con veinte jóvenes que viven en tensión, que para algunas cosas son más maduros de lo que corresponde a su edad y para otras no.

—¿Tanta complicidad no puede comprometer la autoridad?

—Son personas durante toda la semana, menos cuando tengo que tomar decisiones. Entonces son jugadores. El futbolista tiene una inteligencia natural, un instinto que le hace detectar todas las debilidades a su alrededor. Entra en un lugar público y, de pronto, sabe quién lo está mirando y con qué intención. Lo da este trabajo. Las debilidades del entrenador son de las cosas que capta primero.

El propio Valdano explica cómo fue su primera sesión de entrenamiento con los futbolistas del Tenerife en el libro *Sueños de fútbol*, escrito por los hermanos Carmelo y Martín Rivero. Cuenta que junto a Cappa organizaron un partidillo con los supuestos titulares contra los suplentes y armaron una defensa en zona a partir de una

formación de 4 - 4 - 2, con un medio campo en *rombo*. Les dejaron moverse con libertad para observar si interpretaban bien la zona. «Vamos a tratar de mover este barco como si fuera un transatlántico, muy lentamente», les dijimos. Fue un fracaso y el supuesto equipo titular acabó deprimido. Reunieron a los jugadores en el centro del campo y les dijeron si no les daba vergüenza, como profesionales de alto nivel, jugar de esa forma. «El que no interprete apasionadamente el fútbol no puede vivir de esto», les dijo. «No hablo de disciplina ni de responsabilidad, porque estamos entre gente madura y eso se da por entendido —prosiguió—. Ganas de perfeccionarse y deseos de jugar bien tienen que ser los motores de todo entrenamiento. Valoro las intenciones más que los aciertos. ¿Están cansados? Seré sincero: así no se puede jugar al fútbol. Si pasara por aquí y los hubiera visto, habría dicho que eran veteranos. Prefiero un equipo atropellado que anodino. Vamos a jugar otros veinte minutos. Vamos a salir y nos vamos a matar. Vamos a jugar al límite para recuperar la pelota, con un esfuerzo colectivo, y después la vamos a cuidar, siempre con la intención de agredir al contrario, no con el miedo a perderla. Agredir quiere decir atacar para marcar, no solo tocar y tocar, tener la pelota por tenerla. Tocar, pensado en el gol, eso es». El segundo tiempo fue distinto totalmente, como si hubiera jugado otro equipo. «Les dijimos que se fueran a sus casas, que ya sabíamos cuál era el problema y el remedio. Les dijimos también que pensarán en lo que acababa de ocurrir; es decir, en la capacidad de un hombre de estimularse en apenas minutos para encarar un objetivo», concluyó. En el siguiente entrenamiento, el cambio fue aún mayor, según el relato de Valdano: «Parecían ya más seguros y por ello empezamos a practicar en pequeños grupos las esencias del sistema: la defensa en zona, el achique de espacios. El cambio era brusco para ellos. Pero lo importante es que se contagiaron de nuestra irresponsabilidad. Ellos estaban al borde de un precipicio y nosotros les gritábamos: corran, corran para adelante que ya verán como no se caen. Y salieron corriendo».

Unas jornadas después nada más, había salvado al Tenerife, al que llegó en una situación límite, a falta de cinco jornadas. En la última, además, apartó al Madrid de la primera de las dos Ligas que se dejó en la isla. A la temporada siguiente se produjo nuestro primer encuentro, cuando estaba ya bajo el foco principal.

—Vivo una tortura ante la petición de autógrafos. Sé que es un defecto —confesó apesadumbrado—. Tampoco me gustan los halagos exagerados. Hablan de mi imagen pero no es nada impostado. Me gusta afeitarme todos los días y salir a la calle bien vestido, pero en ambos casos se trata de hábitos contraídos antes de ser entrenador. Son cosas que forman parte de tu educación.

Sé que hasta eso genera opiniones, pero no me importa. Yo tengo las mías, las digo, y por eso también tengo adversarios. Me considero buen amigo y también buen enemigo. Para ambas cosas sirvo.

Que nadie lo dude.

—Espero devolver algún día al Madrid todo lo que le he quitado.

Con esas palabras aventuró su futuro Jorge Valdano después de impedir por segundo año consecutivo que el Madrid conquistara el título, al derrotarlo en Tenerife en la última jornada de Liga. La isla pasó a ser un lugar maldito para el madridismo y Valdano no dejó de ser un personaje sospechoso para los sectores más radicales de la afición blanca. Hombre de fútbol, hombre de letras, hombre de izquierdas, argentino y español, siempre fue demasiado híbrido para un mundo que recela del debate y se acomoda mejor en la uniformidad y el maniqueísmo. Así es la grada. No han faltado, asimismo, algunos reproches al personaje desde el madridismo ilustrado, como la demanda de una posición más comprometida con sus principios a partir del inicio del *tsunami Mou*. Pero eso nada tiene que ver con descalificaciones y pintadas anteriores a la llegada del portugués, nacidas de los peores sentimientos que agita el fútbol, sea con el color que sea. Incluso el blanco inmaculado puede mancharse.

Un año después de aquella profecía, de la que ya había hablado con Ramón Mendoza, al que dijo que estaba preparado para dirigir al Madrid mucho antes de empezar por el Tenerife, Valdano se sentó en el banquillo del Santiago Bernabéu. El romance duró año y medio, pero pasaron tantas cosas que es injusto, como muchos pretenden, pasar de puntillas sobre un periodo con todos los ingredientes de un ciclo inacabado. El Madrid de Valdano incorporó a Laudrup del Barcelona y devolvió al *Dream Team* un doloroso 5 - 0, preludeo del título de Liga que cerraba el esplendoroso periodo azulgrana. El entrenador hispano-argentino sentó a Butragueño, excompañero y uno de los futbolistas por los que más devoción ha sentido. Intentarlo condenó previamente a Leo Beenhakker, al que Mendoza advirtió: «Con el patrimonio del Madrid no se juega». Valdano incrementó ese patrimonio con la llegada de Raúl González, un imberbe de diecisiete años, un juvenil, al que hizo debutar en Zaragoza. Ese día lo falló todo pero estuvo siempre cerca del gol. Fernando Redondo llegó para incorporarse al santoral del Madrid y le acompañaron, además de Laudrup, Quique Sánchez Flores y un enérgico Amavisca. Fue un Madrid coral, un Madrid eficaz, un Madrid campeón, pero un Madrid demasiado efímero. Como el fútbol.

—¿Quieres saber cómo es Raúl? —me preguntó Valdano durante una comida en uno de sus restaurantes de cabecera, cerca del Bernabéu, años después de haber dejado el banquillo—. Te lo definiré con una anécdota del día en que debutó. Habíamos hablado previamente de esa situación, pero entendía que debía estar muy nervioso. Por eso, en mitad del silencio del autocar que nos llevaba a La Romareda, me levanté para ir a sentarme con él, para tranquilizarlo. Cuando llegué a su asiento... ¡estaba dormido! ¡Iba a debutar en el Madrid con 17 años y un par de horas antes se dormía! ¿Cómo es posible? El tipo ya era como ahora: frío y duro, un

superviviente.

A la siguiente jornada, Raúl marcó en el Bernabéu en un derbi contra el Atlético de Madrid. Desde entonces, no dejó de hacerlo hasta batir los récords del club, encerrado en un concepto templario de la profesión y la vida: el fútbol y la familia. Eran los dos sueños del chico de un barrio duro de Madrid, acostumbrado a observar las dificultades y los desencuentros a su alrededor, demasiado cerca. Es un jugador en una coraza que solo abre a determinadas personas, a hombres contados a los que, cuando se encuentra, da dos besos en la mejilla. Como a un hermano. Valdano es uno de ellos, un compadre en la distancia, por encima de las filiaciones circunstanciales. El primogénito de los cinco hijos de Raúl se llama Jorge.

—El Barcelona le había quitado al Madrid la pelota pero nosotros entramos en la discusión —explicaba entonces Valdano—. A pesar de ello, nos llevaban cinco años de ventaja. En la mayoría de enfrentamientos que habían tenido lugar en ese tiempo, el Madrid había interiorizado su inferioridad como punto de partida. Eso lo cambiamos y creo que podríamos haberlo hecho más tiempo con algunas contrataciones, con cuatro o cinco jugadores. No sé si habríamos ganado la Champions pero sí más Ligas, seguro. Cruyff no la ganó en sus dos primeros años pero continuó en el banquillo. Tiene una gran significación para su club, algo que yo no he tenido nunca, lo sé. Creo, además, que es más fácil ser holandés en el Barcelona que argentino en el Madrid. Nos acusaron, en ocasiones, de haber sido un equipo coreográfico. Es cierto que el madridismo cree en un fútbol más vertical, más racial. A lo largo de su historia se ha permitido pocas excepciones: la más expresiva por su patrón creativo es la de Butragueño, sin cuotas de sacrificio en su juego. Esa es la prueba de que hay muchos más caminos para emocionar. El fútbol está lleno de frases hechas que nadie sabe si son o no ciertas. Parece obligatorio colocar a un mediocentro que corra, por torpe que sea, porque lo importante es que robe y que sude. Yo no lo creo. Butragueño apenas sudaba. El orden es suficiente para arrebatar la pelota o provocar el error del rival y el torpe interfiere cuando se recupera la pelota. Un equipo que pretende asumir la iniciativa del juego durante todo el partido solo puede conseguirlo a través del talento. Por eso fuimos a por Redondo, a por Quique o Laudrup. El Madrid, además, no admite la mediocridad, va contra su naturaleza. Para mí, la mejor forma de buscar la grandeza, de recuperarla, era a través del juego que proponían esos futbolistas.

Redondo, al que dirigió en Tenerife, era el mediocentro puro, el inicio del *rombo*, la representación de casi todas las cosas que Valdano buscaba en un jugador: talento, técnica, autoridad, personalidad y una desbordada autoestima.

—Cuando sacaba el portero rival, Redondo era el primero en enfrentarse a la lucha aérea. Cuando nos pasaban por los lados, acudía al espacio de los centrales para cubrir sus salidas a las bandas. Cuando recuperábamos la pelota, proponía los

caminos. Cada vez que daba un pase era como si dijera al compañero: «Inténtalo y, si no puedes, vuelve que me encuentras». Era un eje incomparable —recordaba Valdano del futbolista argentino.

—Fue una dura decisión prescindir de Butragueño. ¿Cómo se enfrentó interiormente a ella? —pregunté.

«Parece obligatorio colocar a un mediocentro que corra, por torpe que sea, porque lo importante es que robe. Yo no lo creo. El orden es suficiente para arrebatarse la pelota. Redondo era un eje incomparable.» —Afectivamente lo llevé muy mal. Tener autoridad sobre un amigo te lleva irremediabilmente a situaciones desagradables, porque es posible que debas ejercerla en detrimento suyo. Lo que ocurre es que cuando uno ocupa un puesto de responsabilidad tiene derecho a sentir pero no a explicar aquello que siente.

Raúl reforzó los argumentos de Valdano, los acabó por hacer incontestables, y Butragueño los asimiló desde la racionalidad. En una conversación con *el Buitre*, me dijo: «Jorge obró como un técnico que busca lo mejor para el equipo. Cuando yo llegué a la primera plantilla del Madrid, me encontré con una situación semejante. Entonces sentar a Santillana era un pecado. Yo fui el elegido y Raúl el elegido para sentarme a mí. Si observas esas cosas en perspectiva, encuentras las razones que no quieres escuchar». Con Butragueño, Valdano volvió a compartir etapas en el Madrid de Florentino Pérez de inesperado final para el hispano-argentino. Con Mourinho o sin él, la mirada al lugar más duro de la grada hizo girar siempre hacia abajo el dedo del César. Al contrario que con Butragueño, con Laudrup o con Míchel se originaron distanciamientos en un segundo año que no acabó en el banquillo del Bernabéu. Un paso más por el Valencia, en el que intentó optimizar a Romario, fiel al talento por encima de todo, cerró su ciclo como técnico. Si se recuerda en ese lugar del campo, algo que hace pocas veces según dice, lo hace en Tenerife, en el banco donde mejor sintió aquello que escribió Juan Carlos Onetti: «La vida es uno mismo y uno mismo son los otros».

Después de pasar algo más de una hora con Leo Messi, durante una entrevista y una sesión fotográfica, no pude resistirme y envié el siguiente SMS a Jorge Valdano: «¿Cómo es posible que alguien que lleva en España desde los doce años sea todavía tan jodidamente argentino?». A los pocos minutos, sonó el pitido de mi teléfono: «Yo llegué a los diecinueve y, después de más de media vida aquí, ni siquiera tengo la respuesta».

«Tener autoridad sobre un amigo, como Butragueño, te lleva a situaciones desagradables, porque es posible que debas ejercerla en detrimento suyo.» He hablado otras veces con Valdano de la argentinidad como un misterio, un enigma indestructible, perenne, algo que va más allá de una nacionalidad, de una cultura. Para muchos, como Messi, es un Macondo, un lugar propio del realismo mágico, en

el que mentalmente pueden habitar se encuentren dónde se encuentren. El fútbol forma parte de ese lugar que tiene en el altar a un jugador, Diego Armando Maradona, junto a Carlos Gardel y Evita Perón. La pelota, el tango y el peronismo, tres palabras que vertebran la historia y el pensamiento de un país, y al mismo tiempo lo mantienen atrapado. El juego unido al engaño, la pasión al sentido trágico de la vida, y el populismo a la alienación. En el interesante libro *Comediantes y mártires, ensayo contra los mitos*, el argentino Juan José Sebrelli establece paralelismos entre Gardel, Evita y Maradona hasta descubrir sus dos caras: la verdad y la mentira.

En una de las citas que tuvimos en el mismo lugar de siempre, Valdano acababa de llegar de Argentina. Me confesó que había recorrido un país que abandonó casi en la adolescencia y que, realmente, no conocía. Nacido en 1955 en Las Parejas (Santa Fe), llegó a la Segunda División española, concretamente al Alavés, en 1975. En Vitoria conoció a su mujer y desde entonces ha sabido mantener el equilibrio entre su tremenda exposición pública y la intimidad personal. Valdano pertenecía a una familia acomodada que le auguraba una carrera universitaria, la de Derecho. El fútbol lo hizo imposible. A los diecisiete años debutó en el primer equipo del Newell's Old Boys en Rosario y desde entonces todo fue rodar, volar. A Vitoria y de ahí a Zaragoza con el destino como aliado. Tres futbolistas habían sido contratados del Alavés: Valdano, Señor y Badiola, el mejor de todos según confiesa el hispano-argentino. Llegaron por separado. Badiola se alojó en el hotel Corona de Aragón el día del incendio en el que fallecieron 80 personas en 1979. Ante las llamas, se tiró por la ventana. Nunca se recuperó psicológicamente y acabó pidiendo limosna por los semáforos de Bilbao. Valdano tenía que haber pasado el día con su compañero pero, por unos flecos en su incorporación, retrasó el viaje para firmar un día después. Firmó también su vida. Años después sufriría un accidente de helicóptero, en México, en el que falleció una persona que viajaba a su lado. Por eso confiesa su suerte de agnóstico, nada más.

De Zaragoza al Bernabéu, con una hepatitis B a costas que tardó en descubrir y que no le impidió ganar dos Ligas, dos Copas de la UEFA y marcar 40 goles en el Madrid, una estación siempre de vuelta. Afincado en la capital, Valdano adquirió una de las residencias que perteneció al general Perón. En 1986 levantó la Copa del Mundo en México, como paje de Maradona y bajo el mando de Carlos Salvador Bilardo, lo que pone de manifiesto su capacidad de adaptación: emparentado a Menotti por pensamiento y a Bilardo por el título mundial. Meses después, la enfermedad le obligó a retirarse, lo que hizo con «el dolor de quien deja un amor». El amor a la pelota.

—Es que en Argentina se quiere más a la pelota que al fútbol —bromea, al empezar a conversar sobre lo que este deporte representa en su país—. Ella al que más quería era a Maradona. En mi caso no creas que fue un amor correspondido.

Valdano tiende a menudo a infravalorarse como futbolista, a colocarse un escalón por debajo de lo que dice su trayectoria, sus títulos, su Mundial. No solo hay una modestia excesiva sino que a veces llega a esas conclusiones por comparación, por la admiración que siente por lo que otros han hecho con la pelota: por Cruyff, por Maradona...

—Yo corría por la otra banda mientras él sorteaba ingleses en México. Me debatía entre pedirle el balón o presenciar su magnífica obra —confiesa, al recordar el que está considerado como el mejor tanto de la historia del torneo.

*El Diego* ha tenido desde entonces encuentros y desencuentros con Valdano que han llegado hasta el exabrupto, sobre todo en su etapa como seleccionador argentino por la situación de algunos compatriotas en la plantilla del Madrid. Prudente, Valdano mantuvo siempre su posición, entre el deber institucional con el club y el intento por comprender a un talento atormentado, a un Van Gogh de la pelota.

—Diego perdió la inocencia hace mucho tiempo para vivir en el exceso. El único lugar donde la recuperaba era en la cancha. En realidad solo en el campo se sintió libre, inocente y feliz. Y es ahí donde se conoce a la gente. Yo le he visto rajar una bota para que entrara su tobillo hinchado, jugar con diez kilos de más y también exhausto porque una noche se le hizo demasiado larga. Estaba dispuesto a aguantarlo todo si el fútbol, el deber, lo llamaba. El coraje por ganar siempre era tremendo. Recuerdo que en México los periodistas preguntaban a todos quién sería el mejor jugador. Zico y Platini respondieron con evasivas. Diego dijo: «¡Maradona!». En lo que muchos advirtieron soberbia había valentía. Ha habido grandes jugadores, como Cruyff, en los que siempre hubo un punto de cálculo. En Diego todo era pasión, entrega sin límites, al fútbol como a la vida —explica, apasionado, mientras arrecia su acento argentino, su jerga de vestuario.

—¿Nunca se apreciaba en Maradona el miedo?

—En la caseta, en el vestuario. Allí era como un niño, frágil como cualquiera. Antes de la final de México, llamaba a su mamá a los gritos. «¡Tota, *ayudame*, que estoy *cagao!*», gritaba. A veces me he preguntado si lo hacía solo para quitarnos nuestro miedo o si realmente lo tenía. Es difícil hablar de Maradona como ser humano porque el personaje se llevó al hombre hace demasiado tiempo. Es el ejemplo del hombre pasado por la celebridad, una enfermedad que no deja una neurona en su lugar. No ha conocido la intimidad y esa carencia acaba por convertirse en una tortura. Una vez, cuando entrenaba al Tenerife, vino a verme. Estuvimos hablando mucho tiempo y me dijo, desconsolado, que a lo único que aspiraba era a llevar a sus hijas al colegio. Cualquiera hubiera elegido su lugar y el escogía el lugar de cualquiera. Yo solo me he peleado con periodistas dos veces y ha sido por Diego, por ver cómo lo agredían. Recuerdo que Paco Umbral escribió un artículo en el que decía que Maradona le recordaba a su gato porque se había subido a un árbol y no



sabía cómo bajarse. Era una buena comparación. Muchas veces he pensado cómo murió Lady Di, al estrellarse contra una columna a más de 200 kilómetros por hora, mientras era perseguida por periodistas, y me he preguntado si no va Diego hacia esa columna y no sabemos cómo pararlo. Nunca creí que tomara drogas para mejorar su rendimiento en el campo, nada de eso. Después de oír durante tanto tiempo que era Dios, probablemente la cocaína era lo único que podía acercarle a él —lamenta.

«Maradona es el ejemplo del hombre pasado por la celebridad, una enfermedad que no deja una neurona en su lugar.»«Maradona no se parecía a Di Stéfano, ni a Cruyff ni a Pelé. Messi lo hace todo más rápido que ellos. Aún descubriendo su patrón creativo, no hay forma de pararlo. Solo en jauría y fuera del reglamento.» Con veinte centímetros de altura más que Maradona prácticamente, Valdano siempre creyó que le sobraban un puñado para ser más hábil en un reino de pequeños. «Los grandes delanteros, como los buenos perfumes, viven en frasco pequeño», ha repetido. De Maradona a Messi, Agüero o Tévez, descubre en ellos pureza e instinto, como antes en Butragueño, algo indescifrable para la «revolución defensiva de los generales del banquillo». Tienen algo del protagonista de Rudyard Kipling en *El libro de la selva*, algo salvaje.

—Para todos ellos, los argentinos, existe el problema de que Diego se ha convertido en una unidad de medida y la mayoría no ha resistido la comparación. Quizás Messi se acerque al ideal platónico, pero es un error buscar réplicas. Mejor parecerse a sí mismo. Maradona no se parecía a Di Stéfano, ni a Cruyff ni a Pelé. En la actualidad, Messi lo hace todo más rápido y mejor que nadie. Gana partidos él solo, y muchos. Aún descubriendo su patrón creativo, no hay manera de pararlo. Únicamente en jauría y fuera del reglamento. Agüero y Tévez te devuelven al juego primitivo, con ese aspecto de los tipos que le perdieron el miedo a todo. Tévez contó que sufrió un tiroteo a la puerta de su casa y todos se echaron al suelo. ¿Cómo hablarle de miedo escénico a quien le pasaron balas por encima? Es saludable, mucho, que cuando hay tantos que pretenden reducir los riesgos del fútbol, aparezcan estos personajes que se ríen de todas las fórmulas. No conocen ninguna y, en cambio, las resuelven todas —explica.

—Esas cosas no se aprenden en entrenamientos —afirmo.

—Todo lo contrario. El entrenamiento es una manera de vencer los defectos mediante la repetición. Por eso se habla de automatización de los movimientos. Pero si intentas sistematizar a un genio, corres el riesgo de matar su creatividad. La mecanización eleva a los mediocres pero hunde a los creativos. Es muy difícil, sin embargo, dañar a jugadores como Messi o Agüero, porque son personalidades que han sobrevivido a todo el proceso. Cuando llegan al primer equipo, no hay quien les haga cambiar el patrón de juego.

—Guardiola ha modificado la posición de Messi para sacarle mayor partido.

—Lo ha optimizado en el ecosistema en el que se siente más cómodo, que conoce. Lo ha llevado al centro, a esa posición conocida con la expresión tan argentina de «delantero centro mentiroso».

A Guardiola lo unen ideas y personajes comunes, algo mucho más fuerte que los colores y los bandos, además del compromiso estético que en su opinión debe asumir la victoria.

—Esto es un mundo competitivo en el que el resultado se impone a todo, es cierto —dice Valdano—. Ahora bien, creo que la ética y la estética es lo que engrandece el fútbol, que es lo que es por lo que hicieron Pelé, Maradona o Zidane. Guardiola prosigue esa búsqueda y por eso merece respeto, mucho, aunque al principio se viera perseguido por la desconfianza y los prejuicios. La inteligencia es sospechosa y Guardiola la representa. Estamos ante un fanático de una escuela, a la que estoy seguro de que será fiel en la derrota como lo es en la victoria.

—Un mundo competitivo y público que no deja una neurona en su sitio, según ha dicho. ¿Cómo conserva usted el equilibrio, al menos aparentemente, después de tanto tiempo?

—Porque entro y salgo, y me reciclo.

«Con Guardiola nos encontramos ante un fanático de una escuela a la que estoy seguro de que será fiel en la derrota como lo es en la victoria.»

# Fabio Capello

## *El sentido de la justicia*

Fabio Capello atravesó el *hall* mientras repartía palmadas a los que llamaba sus «amigos españoles». Realmente, no tenía tantos en aquel momento. Hacía dos años que se había hecho cargo del Milan con la pesada herencia de la era Sacchi. Antes, un solo paso circunstancial por el banquillo lombardo en 1986, cuando sustituyó a un personaje legendario de la profesión en Italia, el sueco Nils Liedholm, un pozo de ciencia por el que Capello ha sentido siempre una devoción especial. En 1993 el técnico italiano ni siquiera había obtenido su primera Copa de Europa, en Atenas contra el Barcelona, y tampoco sospechaba entonces que pudiera dirigir un día al Madrid, lo que haría en dos etapas, en 1996 y 2006, con diez años de diferencia pero un denominador común: dos Ligas. Aquel encuentro, el primero de los que tendríamos, se produjo en Oviedo, donde el Milan había acudido para disputar el torneo de la capital asturiana en el mes de agosto. Capello accedió a departir amistosamente con Paco Aguilar, un periodista de larga trayectoria, y conmigo porque le interesaba intercambiar opiniones. Preguntaba tanto como respondía. Nacido en 1946 en el norte de Italia, cerca de Trieste, acababa de cumplir 48 años, pero su aspecto era muy juvenil, en pantalón corto, con ese rostro varonil de marino, de *Popeye*. La preocupación por su aspecto, por su imagen, forma parte de un concepto de la disciplina que no solo define su trabajo, sino que vertebra su personalidad. Es un sibarita, amante de la buena mesa y los grandes vinos pero en las proporciones justas. De su paso por nuestro país, al que adora, además de grandes amigos, le quedó la certeza de que «las noches de Madrid son demasiado largas».

—¿Cómo está España, amigos? —dijo, nada más sentarse.

—Con un poco de crisis, señor Capello... —contestamos, aunque aquella situación económica no era comparable a la que sufriría el mundo quince años después.

—No me llamen *signore, per piacere* —interrumpió, con una mezcla de español e italiano que no le impedía hacerse entender.

El diálogo continuó de forma distendida, muy lejos de la tensión habitual entre periodistas y profesionales curtidos. Capello había tenido una larga carrera como futbolista, principalmente en la Juventus, pero todavía se iniciaba como entrenador y se encontraba en aquel momento alejado de la presión que le rodeaba en Milán. A lo largo de citas posteriores, la mayoría en España, comprobaría de qué forma se elevaría su nivel de crispación. Nunca volví a encontrar a un Capello distendido como el de aquella tarde en Oviedo. No era solo por el clima de pretemporada, sino

por los surcos que la presión deja en el carácter de los actores de este fenómeno de masas que es el fútbol. Era difícil imaginar que aquel hombre haría una *peineta* al público del Bernabéu, su gente, más de diez años después. Tuve la oportunidad de volver a hablar con el técnico del Milan brevemente unos meses más tarde en Milanello, un lugar exquisito, definido por el trabajo, la estética y los silencios de la Italia del norte. Eran años grandes para el *calcio*, un fútbol referencial a finales de los 80 e inicios de los 90. Esa circunstancia y el hecho de que el Barcelona jugara dos finales de Champions, en 1992 y 1994, contra equipos italianos, me llevó a frecuentar con cierta asiduidad sus campos de entrenamiento. El primer descubrimiento fue la normalidad con la que sus protagonistas te recibían, lejos de la desconfianza que a menudo se encontraba en los equipos españoles. Semanas antes de la final de Wembley, aproveché un viaje a Génova para acercarme al cuartel de entrenamiento de la Sampdoria, finalista contra los azulgrana en 1992. Llegué sin cita, sin anunciarme. Vujadin Boskov salió del vestuario para dirigir la sesión y en ese momento le abordé y le dije que me gustaría hablar con él. Me hizo una señal con la mano para que me esperara. Después de una hora en el campo, dio instrucciones a sus jugadores para que empezaran a hacer estiramientos. Formaron entonces un gran corro. Boskov, con un potente silbido, me llamó y con la mano me indicó que entrara. No podía creerlo. Al comprobar que dudaba, me gritó: «¡Español!». El responsable de prensa de la Sampdoria me insistió: *avanti, avanti...* Entré en el campo, Boskov me cogió por el hombro y nos pusimos hablar en el centro del círculo que formaban Vialli, Mancini, Lombardo y Toninho Cerezo, entre otros. A ninguno le importó. Me habría gustado incorporar a Boskov a este trabajo, porque lo considero un personaje imprescindible en la historia de los banquillos, pero solo tuve aquel breve encuentro con el técnico balcánico, ya fallecido, y autor de una expresión simple y profunda: «Fútbol es fútbol». Qué verdad. Volvamos, no obstante, a Oviedo.

«No me gusta la palabra disciplina. Prefiero hablar de respeto, trabajo y humildad. Mi experiencia como jugador me dice que los triunfos llegan con orden, no con anarquía.» —Siempre que se habla de usted, se habla, sobre todo, de disciplina y rigor. Parece más alemán que italiano... —sugerí a Capello, recostado sobre un sofá como si estuviera en casa.

—A lo mejor eso me viene de mi padre, que era maestro, o quizá sea porque he nacido en una zona que estuvo ocupada por los austriacos e igual tengo algún origen germano... Pero yo en vez de disciplina prefiero hablar de palabras como respeto, trabajo o humildad. Mi experiencia como jugador, además, me dice que los triunfos llegan con orden, no con anarquía. Nunca permitiré que un futbolista llegué tarde a un entrenamiento, se llame como se llame, porque eso significa que no tiene respeto por los que llegan a la hora. En este equipo todos somos iguales, yo siempre digo que tengo veinticinco titulares...

—Y un líder... Antes Arrigo Sacchi, ahora usted...

—Yo no quiero ser ese líder que dice usted; quiero líderes en el campo. Tenerlos es la suerte de un entrenador. Pero cuidado, no todos los que creen que mandan en el campo son líderes en un equipo, porque eso implica serlo en el vestuario. Han de ser personas capaces de defender a sus compañeros, de levantar al equipo en los malos momentos, de transmitir seguridad y de ser justos con el esfuerzo de los demás. El problema de la mayoría de los jugadores es que solo piensan en sí mismos. Yo intento hablar con ellos, uno a uno si es preciso, pero no se puede pretender tener 25 amigos en un vestuario. Somos profesionales. Si tengo que criticar a alguno, se lo digo a la cara, no acudo a un periodista para enviar el mensaje —dijo, mucho más serio, con una clara intencionalidad.

Los inicios de Fabio Capello en el Milan no fueron fáciles, dado el tremendo impacto del trabajo de Sacchi, no solo en Italia, sino a nivel internacional por la tendencia que creó su defensa zonal. Cuando en 1991 lo llamó Silvio Berlusconi para hacerse cargo del equipo, Capello era gerente de Mediolanum, una de las compañías de *Il Cavaliere*, que supervisaba las gestiones deportivas del grupo Fininvest. Durante ese tiempo a la sombra, se preparó a conciencia por si llegaba su oportunidad.

—Sé que todos me están juzgando; lo supe desde el primer partido en que dirigí al Milan en 1986, cuando el presidente me llamó para sustituir a Liedholm por unos meses —explicó el técnico—. Jugábamos en San Siro contra el Torino. Ganábamos por 1 - 0 pero las cosas no iban bien. Cambié a un delantero y le di unas instrucciones muy precisas. No las cumplió y a los diez minutos de entrar lo volví a sustituir. «¡Capello está loco!», dijeron. Me era igual. O tienes personalidad o no vales para esto, y la personalidad se demuestra con decisiones duras pero justas, que los futbolistas entiendan. Después necesitas preparación, conocimientos técnicos y colaboradores de confianza. Todo dentro de un vestuario, de un club en el que ganamos y perdemos todos.

—¿Cuál es su fútbol?

—Mis ídolos fueron Di Stéfano, Luis Suárez, Sívori y, por supuesto, Puskas, pero no pertenecían a mi tiempo. Como equipos, me encantaron la Holanda de Cruyff y Neeskens, y la de Gullit y Van Basten. ¡En tres o cuatro toques, arriba y gol! Eso es fútbol. Ustedes los españoles tocan demasiado la pelota... —dijo entonces.

«Si tengo que criticar a algún jugador, se lo digo a la cara, no acudo a un periodista para enviar el mensaje.»«Me encantaron la Holanda de Cruyff y Neeskens, y la de Gullit y Van Basten. ¡En tres o cuatro toques, arriba y gol! Eso es el fútbol.»«Eso que se dice de mí, de que dejo poco espacio a la fantasía, es una tontería. En un equipo son tan necesarios el método como la imaginación.»«Un equipo ganador ha de tener la mentalidad de que la victoria es lo normal, no lo excepcional. En mi casa no hay copas en las vitrinas, ni fotos en las paredes.» —¿No

le gusta el jugador español?

—Los buenos futbolistas me agradan, claro, sean de dónde sean. Los españoles tienen algo muy valioso, su técnica, una de las mejores. Siempre ha sido así, pero no siempre es suficiente. Lo que quiero decir es que el fútbol es velocidad. El futuro pertenecerá a los que sean más técnicos pero también más rápidos. El Milan ha hecho escuela con la zona, con la presión constante, pero en adelante la copiarán y serán necesarias más cosas para progresar —explicó.

Ese mismo día, antes de la charla, un grupo de enviados especiales habíamos asistido a un entrenamiento del Milan. Acostumbrado a las sesiones de los equipos españoles, me sorprendió la intensidad, especialmente en pretemporada, con trabajos de presión en espacios muy reducidos.

—Lo importante no es trabajar muchas horas, sino hacerlo de forma intensa y con mucha concentración —manifestó cuando se lo comentamos—. Hay que intentar reproducir las situaciones de estrés del partido, porque como entrenas, juegas.

—Usted estudió geometría. ¿Observa el fútbol bajo sus reglas?

—Pueden tener en común la búsqueda del equilibrio, sí, pero si se refiere a eso que se dice de mí, de que todo está dirigido y hay poco espacio para la fantasía, es una tontería —contestó, algo molesto—. En un equipo son tan necesarios el método y el sistema como la imaginación, porque al final desequilibra el talento, la técnica. Por eso, en los últimos treinta metros el jugador debe ser libre para desarrollar su creatividad. El entrenador es muy importante en un proyecto, pero no se gana sin buenos futbolistas.

—¿Qué significa para usted la victoria?

—El paso hacia la siguiente victoria. Un equipo vencedor ha de tener la mentalidad de que ganar es lo normal, no algo excepcional. Por tanto, nada de vivir de lo conseguido. En mi casa no hay copas en las vitrinas, ni fotos de mis triunfos en las paredes. Eso es vivir de recuerdos.

En esa última declaración reflejaba la mentalidad que le haría encajar de tal forma en la cultura del Madrid, la cultura de la victoria, con independencia del juego. Dos pasos efímeros pero cruciales para la recuperación del club blanco. En el primero, dejó la base del Madrid que conquistó la séptima Copa de Europa, que se reconcilió con su historia. En el segundo, detuvo al primer Barça de Messi. Antes, mucho antes, hizo una vía de agua irreparable en el *Dream Team* con un 4 - 0 en Atenas. Ya en Oviedo, avisó de que eso podía suceder. Dos días después de aquel encuentro, el Milan barrió al Barcelona de Cruyff en el viejo Carlos Tartiere con un 0 - 3.

Nada más empezar, un pequeño reproche: Fabio Capello no entiende por qué los españoles echamos tanto vinagre de Módena a las ensaladas. Son necesarias solo unas gotas, en su opinión. Sobre la mesa de uno de los asadores que frecuenta a menudo en Madrid no falta el jamón. Es su debilidad y la de su familia, por lo que suele llevar

más de un pata negra cuando regresa a Italia. Capello se siente en España como en casa. Antes de fichar por el Madrid ya había visitado el Museo del Prado. Una vez instalado en la capital, lo hizo varias veces junto a su mujer, Laura, para detenerse frente a *El jardín de las delicias*, de El Bosco, o ante las obras del periodo negro de Goya. Acudía a Las Ventas esporádicamente, donde aseguraba encontrar una atmósfera que le atrapaba y, sobre todo, encontraba valor. El técnico ha viajado prácticamente por todo el mundo, enamorado de las civilizaciones antiguas, pero admite haber visto pocos lugares tan mágicos como la Alhambra de Granada. Habló de todo eso en una animada y concurrida sobremesa, durante su segunda etapa en el Madrid, pero también habló de fútbol.

—Al llegar esta segunda vez detecté que el Madrid había perdido una parte del espíritu ganador que encontré hace diez años —explicó—. Entonces era perceptible de inmediato. Yo me dirigía a los futbolistas para darles ánimos, transmitirles seguridad, pero eran ellos los que me decían a mí: «Tranquilo míster, ganamos la Liga. Seguro».

—Usted tampoco debe ser el mismo —sugirieron en la mesa.

—Es evidente. Yo también me he tenido que adaptar a los tiempos, evolucionar. El sistema que manda ahora en el fútbol competitivo es el 1 - 9 - 1...

Las risas cortaron su explicación.

—¿Por qué se ríen? —preguntó, no sin hacerlo él—. Es cierto. Primero, el portero; al final, el delantero. Los demás, a correr.

—¿Eso es lo que va a hacer el Madrid?

—No, aquí no es posible porque no hay futbolistas para eso, físicamente tan poderosos. Aquí hay técnica por encima de todo y por lo tanto hay que adaptarse a ella. Será distinto.

Los equipos de Capello se han percibido siempre en el campo: intensos, disciplinados, directos. Presionan y matan en episodios, en golpes, pero es cierto que las características de los futbolistas han establecido diferencias, matices. Totti, al que dirigió en la Roma, es uno de los ejemplos. El técnico había ganado cuatro títulos nacionales con el Milan antes de llegar al Madrid, pero no pudo hacerlo después de su vuelta al club *rossonero*. En aquella comida calificó la decisión como uno de los «errores más grandes» de su carrera. Después, repitió *scudettos* con la Roma y la Juventus, revocados éstos últimos posteriormente por los casos de corrupción en el *calcio* y el procesamiento del director general juventino Luciano Moggi. Tanto en el banquillo de *la Vecchia Signora* como en el de la Roma se enfrentó al Madrid, dirigido por uno de sus buenos amigos en la profesión: Vicente del Bosque. Uno de aquellos choques se celebró en el 11-S en Roma. Toni Grande, segundo del seleccionador español, lo fue también de Capello.

—Con el tiempo, me he dado cuenta de que puse las bases de algo grande en el

Madrid, pero también de que no supe darle continuidad. *La séptima* la ganó Heynckes, lo sé; pero la ganaron mis futbolistas, la ganaron Roberto Carlos, Seedorf, Panucci..., que llegaron conmigo, además de Hierro y Raúl, dos grandes de España. No es agradable dejarle la casa que has construido a otro, pero hay que asumir las decisiones —se sinceró Capello.

«*La séptima* la ganó Jupp Heynckes, lo sé. Pero la ganaron mis futbolistas: Roberto Carlos, Seedorf o Panucci, además de Hierro y Raúl, dos grandes de España.» Diez años después, encontró a un Raúl maduro, con el mismo compromiso —«el primero en llegar al entrenamiento y el último en marcharse»—, pero cuyo cuerpo demandaba cosas distintas en los entrenamientos, trabajos más específicos en la definición, que realizó a la carta junto a Italo Albiati, su ayudante de siempre, y Grande. En un Madrid inestable, el que correspondió al mandato de Ramón Calderón, estuvo a punto de ser destituido y relevado por Michel, pero el presidente decidió finalmente sostenerlo y el equipo se recompuso para conquistar la Liga. A pesar de ello fue destituido, hecho que el entrenador consideró como una traición, incluso por parte de aquellos que había creído siempre de su lado en el vestuario. El paso siguiente fue una selección, Inglaterra, algo que nunca había estado en su cabeza en el pasado. Recuperó el concepto de equipo en un grupo de futbolistas de gran calidad, pero que no había logrado clasificarse para la fase final de la Eurocopa en 2008 y realizó una excelsa fase de clasificación para el Mundial de Sudáfrica. Alemania los dejó en el camino, con un gol fantasma no concedido a Lampard de por medio. Capello felicitó a Del Bosque tras la final, de seleccionador a seleccionador, de amigo a amigo y de madridista a madridista.

Durante una conversación con Diego López en Villarreal, el portero me hizo una confesión inesperada: «Buena parte de lo que soy futbolísticamente se lo debo a Capello». Se remitía a un entrenador con el que había sido suplente en el Madrid, en la segunda etapa del italiano en el Bernabéu. «Sé que no jugué, pero hizo que me sintiera importante y progresé una barbaridad con sus entrenamientos», añadió, ante mi sorpresa. Es extraño, muy extraño, escuchar elogios de ese tipo por parte de un futbolista hacia el entrenador que lo mantiene en la suplencia, por mucho que el titular sea el mejor en su puesto, Iker Casillas en este caso. El jugador vive en su mundo, presionado por todas partes, por la competición y por el entorno, y le cuesta razonar desde un prisma colectivo. Lo reconocen especialmente quienes hacen la transición hacia el rol de entrenador. Cuando eso sucede, sin embargo, es que al vestuario lo gobierna, por encima de los sistemas y los estilos, el sentido de la justicia.

Víctor Sánchez del Amo tuvo una experiencia muy distinta a la de Diego López diez años atrás. Se consolidó en el Madrid con Capello, rescatado de una cantera que el italiano no conocía en profundidad, pero de la que recabó información. Cuando el



italiano dejó el club, después de ganar una Liga, Víctor también acabó por hacerlo, porque no quería enfrentarse a una carrera en el banquillo. Del Racing al Deportivo, donde sumó otro título de Liga y una Copa, nada menos que ante el Madrid en el Bernabéu, en el día del *centenario*. «El místico era muy claro en los planteamientos y las intenciones, no tenía dobleces. Supo imponer desde el principio una línea de respeto y orden en un vestuario con muchas estrellas. Esa capacidad es fundamental en clubes como el Madrid. Podía pecar de ser directo, duro, brusco, incluso por la forma en la que se expresaba en momentos determinados, pero el jugador nunca lo interpretaba como una vejación. No generaba ningún doble sentido, la impresión de que podía tener favoritos. Era capaz de tener a la gente del perfil más diverso involucrada en el trabajo», explica el exjugador, que trabajó con Míchel como segundo en el banquillo del Getafe y que ahora prepara su carrera como técnico.

«La palabra entrenador indica cuál es el objetivo: entrenar a los jugadores. Los profesionales sentíamos que eso estaba bien hecho. Para mí, que era joven, fue un descubrimiento en todos los sentidos. Incluso aprendí a ver partidos por televisión gracias a Capello. Recuerdo que en el Castilla los visionábamos enteros, pero con él empezamos a ver fragmentos, y eso que no existía la tecnología actual. Paraba el vídeo, adelante y atrás, adelante y atrás..., hasta que captabas la idea. Recibías mucha información, pero rápida y clara. Los jugadores llegábamos a los partidos con la seguridad de que los encuentros estaban muy bien preparados, y eso te daba una confianza enorme», prosigue Víctor, que utilizó parte de esas enseñanzas como comentarista de TVE. «Cambiamos la preparación física clásica, con zapatillas, gimnasio, series... —añade—. Capello fue pionero en la introducción del trabajo físico en el campo, integrado con el balón, y dando mucha prioridad a la explosividad, con entrenamientos cortos pero intensos. Trabajaba mucho específicamente, y eso era otra novedad para mí, con sesiones de posesión de balón para que el equipo las tuviera cuando las necesitara. No era un entrenador, como le tildaban, defensivo. Para nada. Se adaptaba a los jugadores que tenía. En aquel año, la plantilla estaba muy equilibrada, y él no quería renunciar a tener el balón. Por eso lo entrenábamos. Las posesiones eran fundamentales. Luego había mucho trabajo de situaciones de defensa y ataque, en superioridad y en desequilibrio. Por último, las definiciones, que también se realizaban aparte».

El delantero había debutado un año antes en el Madrid de la mano de Arsenio Iglesias, pero según reconoce, de forma «ficticia». Al recordarle la dureza del italiano, responde: «Era muy exigente, es cierto. Apretaba al máximo y ello le permitía tener a los jugadores muy cerca siempre del cien por cien. Eso es muy complicado, porque hay muchos picos a lo largo de una temporada. Era igual si venías de la cantera o eras un gran fichaje. Por mucho que apretara a Seedorf, Mijatovic, Suker o Roberto Carlos, le defendían a muerte. Era franco hasta en lo

malo. Si un jugador no estaba bien, no tenía pelos en la lengua para decírselo. Igual que salías del equipo, entrabas. En el manejo de las estrellas tenía otra virtud, y es que era capaz de que su juego no tapara al del resto de futbolistas. Vemos casos de equipos que dependen de una estrella, como el Madrid con Cristiano, y eso puede mermar el rendimiento de otros. Con Capello no era así. Tampoco nadie podía esconderse detrás de un *crack*». «Con él —concluye Víctor— sientes algo muy importante en un vestuario.» Al preguntarle qué, lo dice bien claro: «Igualdad y justicia».

# Louis van Gaal

## *Cita con la incomprensión*

El enemigo está enfrente. Louis van Gaal marca la distancia y espera para contraatacar desde su trinchera. Está encorvado sobre uno de los sofás de su amplio despacho en las tripas del Camp Nou, ocupado por un ordenador, una mesa propia de administrador general, archivadores, bolsas de deporte y numerosas revistas de fútbol. Todas están perfectamente organizadas, en una mesita junto al sofá, por cabeceras, por números, unas sobre otras, alineadas con obsesiva meticulosidad. Los párpados que cubren su mirada escrutadora se contraen a medida que oye las primeras palabras y antes de que concluya la explicación, dispara.

—¡No, no! ¡No es mi deseo hablar de mí! No lo necesito —clama, grita, mientras se mueve compulsivamente.

De esa forma empezó un encuentro cuyo objetivo era indagar en la personalidad de un entrenador que vivió en un absoluto desencuentro, en la incomprensión, durante su paso por el Barcelona. Se trataba, en realidad, de un Barça *guerracivilista*, minado por el final de la era Cryff y su enfrentamiento con José Luis Núñez. Apenas salió de la pecera de los Núñez, Van Gaal fue el escudo humano del presidente y acabó devorado por el entorno, término que tan acertadamente acuñó su compatriota y némesis personal. En su primera etapa, el Barcelona ganó dos Ligas e hizo un doblete al conquistar también la Copa del Rey, pero todo era, como bien dijo, «siempre negativo, nunca positivo». Se le acusó de marginar a la cantera en favor de los fichajes holandeses, aunque la realidad es que futbolistas como Xavi, Puyol o Valdés, con el que tuvo un agrio episodio por un asunto disciplinario, debutaron en el primer equipo azulgrana con Van Gaal en el banquillo. Analizado en perspectiva, es justo que los periodistas nos preguntemos por nuestra labor en aquella etapa. Uno de los articulistas que más duros y ácidos habían sido con el técnico holandés, falleció un tiempo después a causa de un cáncer. En la fase más dura de la enfermedad, un día sonó el timbre de su casa. Era Van Gaal.

—La prensa miente, no es honesta y tiene unos intereses distintos a los míos —proseguía, colérico, en aquella cita que empezó a gritos.

A menudo insistía a sus jugadores en que la prensa era el enemigo número uno. Una animadversión que trajo en su equipaje desde Holanda a España y de la que ya no se desprendió en su paso por la selección o por el Bayern de Múnich, aunque en ningún lugar la sintió con tanta intensidad como en Barcelona, en sus dos etapas. La grabó a fuego en su férreo código. Fiel a la rigidez moral y a la santidad del trabajo predicadas por el calvinismo, Van Gaal llevó su lógica hasta el dogma. Un error.

Antes de dar por cerrado el encuentro, creí conveniente dejar claras ciertas cosas.

—En mi profesión hay tantos periodistas honestos y deshonestos como entrenadores honestos y deshonestos en la suya. No creo que la proporción sea muy diferente —manifesté, en voz baja, y me dirigí hacia la puerta para marcharme.

Sorprendido, Van Gaal me agarró por el hombro y me pidió que me sentara. Le gustaba el cuerpo a cuerpo, era evidente, que le hablaran claro. Pidió a uno de los responsables de prensa del Barcelona, presente en el despacho, que delimitara de nuevo el terreno de juego. Volvimos a empezar. Volvimos de nuevo a su mala imagen.

—Este es el club de las manos izquierdas, todo el mundo me habla de la mano izquierda... —prosiguió, hecho un lío, sin entender nada de lo que sucedía a su alrededor.

Todos, desde el presidente hasta el último de sus colaboradores, se encontraron con la misma respuesta cuando le hicieron semejante recomendación: «Sería como traicionarme a mí mismo». Núñez organizó encuentros privados con líderes de opinión de la órbita azulgrana, consciente de la desventaja que suponía la falta de carisma del técnico holandés para positivizar el día a día del club en las pantallas de televisión y en el papel impreso.

Van Gaal consideraba haber hecho un gran esfuerzo, incluso en contra de sus principios, por dulcificar su imagen. Accedió a una aparición en TV3 junto a su compañera Truus Opmeer, que desvelaba a un Van Gaal jovial y accesible por las calles de Sitges, donde residían. Truus se mostraba como el reverso del técnico. Comunicativa, hábil y seductora, es una profesional de las relaciones públicas que había trabajado para National Nederlanden. Van Gaal tenía asesor de imagen en casa, aunque no lo utilizaba. Truus es la persona con mayor poder de persuasión sobre el técnico, pero entonces él decía que no tenía necesidad de comentar con ella los asuntos profesionales.

Puede que no le preocupara lo que se pensaba de él, pero sí lo que se decía o escribía. Van Gaal amenazó con querellarse contra Bert Dijkstra, periodista del diario holandés *De Telegraaf*, por compararlo con Hitler. Las personas ajenas al Barcelona que pudieron acercarse al entrenador describían a un hombre despistado, al que no le enseñaron a moverse en las arenas movedizas del *més que un club*. Desconocía los intereses, las guerras mediáticas y las presiones políticas, y de qué forma todo eso condicionaba a la opinión pública. De los Núñez, padre e hijo, en el piso de arriba y de abajo de su casa en Sitges, recibió la mayor parte de la información, siempre interesada.

Tampoco tuvo demasiada ayuda para establecer relaciones más allá de los muros del Camp Nou. Cuando fue a Valencia para ver a José Antonio Camacho, entonces seleccionador español, lo hizo junto a un ejecutivo de Nike, empresa con la que firmó

un contrato de asesoramiento que podía apreciarse en su aparatoso reloj.

Fue también otra persona alejada del club la que le dijo a los jugadores que Van Gaal no oía bien por su oído izquierdo. Ello explicaba que pidiera a los cámaras que se situaran siempre del mismo lado, pero no justificaba los gritos a sus hombres.

—A los jugadores no les puedes pedir las cosas por favor. Has de decírselas fuerte y con contundencia. El fútbol profesional funciona así —explicaba entonces—. Tampoco habría cambiado nada aunque hubiese tenido más información del Barcelona. Habría actuado de la misma forma. Si usted cree en algo, lo siente y tiene argumentos para defenderlo, hágalo. Si entonces su entorno no puede aceptarlo, mejor váyase. Yo siempre intento razonarlo todo, mientras que los españoles actúan más movidos por la emoción. En Holanda decimos que la emoción es mala consejera. También tengo dudas, y por eso me pregunto muchas veces cada día por qué voy a hacer esto o lo otro... hasta que doy con la respuesta. En un encuentro anterior, Van Gaal deslizó un consejo muy definitivo de su personalidad: «Cuando usted tenga dudas, consúltelas con su mujer, pero no las muestre en su trabajo».

Los empleados del club que despachaban diariamente con el técnico coincidían en que sus palabras preferidas eran «¿por qué?» Escuchaba mientras miraba a los ojos, esbozaba media sonrisa y preguntaba: «¿Por qué?». Existía una especie de desafío, de reto psicológico, de afirmación de autoridad en la pregunta. Las respuestas debían ser rápidas, de peso. Si era así, si apreciaba seguridad en el encuestado, ejecutaba sin dudar. Todos aseguraban que podía ser tan estridente en las reprimendas como efusivo en las felicitaciones. Se confesaban sorprendidos por lo mucho que delegaba cuando se habían ganado su confianza.

—El éxito está en el trabajo en equipo y para eso es necesario una organización estricta y mucha disciplina. Estoy orgulloso de ser disciplinado, creo que es una virtud. Pero no me gustan otras cosas de mí mismo. Tengo defectos y el principal es que no tengo paciencia. Me enfado demasiado deprisa —confesaba.

El médico de la plantilla se sorprendió cuando le ordenó colocarse el chándal y posar junto a jugadores y técnicos. «Usted es parte del equipo», le dijo. También reprimió a un directivo porque pidió un plato distinto en la comida. Todos los jugadores debían sentarse y levantarse mesa por mesa, como si estuvieran en el colegio, para acceder al *buffet*. La primera mesa en la comida era la última en la cena, siempre por delante de los técnicos.

Insistía en que cualquier detalle, por insignificante que fuera, era importante porque podía influir en el rendimiento del equipo. A su llegada, Van Gaal sometió a un duro test a todas las personas que debían trabajar con él e incluso preguntó al médico cuánto tiempo debían cocer las verduras para no perder sus propiedades. El desayuno se organizó después de que mandara habilitar un *playersroom* donde no faltaba la fruta para que los jugadores repusieran líquidos y azúcares. Toda la

dinámica en la alimentación que aplican ahora la mayor parte de los equipos de élite ya la incorporó entonces Van Gaal.

«En Holanda estaba acostumbrado a decir los errores a un jugador delante de los demás. Me di cuenta de que los latinos lo interpretaban como una humillación.»«Las estrellas juegan para la gente y, cuando lo hacen mal, quieren justificarse, salvarse individualmente.» «Perdí a mis padres, a mi mujer y a dos hermanos, pero hay que hacer un esfuerzo por positivizar la vida. Si no, seguir aquí no merece la pena.» Pero era precisamente entre los jugadores donde encontró más problemas para aplicar su filosofía de trabajo en equipo, donde le faltó tacto.

—En Holanda estaba acostumbrado a decir los errores a un jugador delante de todos los demás, porque creo que todos han de conocer las faltas que se cometen en todas las posiciones —explicaba—. Además, de esa forma se fortalece el carácter del grupo. Pero me di cuenta de que los jugadores latinos lo interpretaban como una humillación. Por eso he optado por charlas individuales. No es lo mejor, pero me he adaptado. Así es la cultura española. Las estrellas juegan para la gente y, cuando lo hacen mal, quieren justificarse, salvarse individualmente. Yo pienso de forma diferente.

Tampoco logró que las mujeres de los jugadores se reunieran en el Camp Nou, en un intento por cohesionar el vestuario. El portero Hesp, por ejemplo, se sorprendió de que Van Gaal recordara el aniversario de su mujer.

—En el Ajax los jugadores venían a explicarme sus problemas personales y yo intentaba aconsejarles. Además de la confianza, aquí tengo la barrera del idioma. Mi castellano vale para el fútbol pero me faltan palabras para hablar de la vida —se sinceró.

Aparecía entonces el Van Gaal patriarca, el menor de una gran familia, nacido en 1951 en la dura posguerra, que se quedó sin padre siendo un niño. También el profesor y el hombre que perdió a su primera mujer por un cáncer pero antes le prometió no abandonar Holanda hasta después de un tiempo para atender a sus dos hijas. Por esa razón no llegó al Barça un año antes, procedente del Ajax, con cuya última gran generación conquistó la Champions.

—Perdí a mis padres, a mi mujer, a dos hermanos, pero creo que las personas han de hacer un esfuerzo por positivizar su vida, por encontrar ilusiones. Si no, continuar aquí no merece la pena.

# Manuel Pellegrini

*El que conduce el balón, lento; el resto, rápido*

Hay algo en el aire, *something in the air*, una expectativa seguida de un presentimiento por todas las cosas que han pasado en Málaga, en su club de fútbol. Se percibe en las cañerías de La Rosaleda: un caudal de gente de un lado para otro, con papeles, con móviles que no cesan de sonar. No es un día de partido. Apareció un rey mago, un jeque, puso el dinero que nadie tiene y llegaron los futbolistas que antes solo lo hacían para disfrutar de ese lujo al sol que es Marbella. Abdullah Bin-Nasser Al-Thani, empresario multimillonario emparentado con el emir de Catar, no solo compró el club en situación de concurso de acreedores —y se hizo cargo de su deuda—, sino que planea importantes inversiones en las infraestructuras de la zona. Esa implicación que va más allá de donde llega la pelota, que impone un plazo largo, es la garantía por la que Manuel Pellegrini aceptó su oferta y decidió regresar desde Chile, donde permanece su familia. Su nombre era el primero que el jeque tenía en su agenda.

—¿Por qué le escogió a usted? ¿Se lo dijo?

—Debería hacerle esa pregunta al dueño. Pero será porque algo habremos hecho en el fútbol español...

Algo no, mucho. Pellegrini dirigió al Villarreal durante un largo periodo, entre 2004 y 2009. Consolidó a un recién llegado en la élite del fútbol nacional y lo llevó hasta la antesala de una final de Champions, que se escapó por un penalti. Pero por encima de los excelentes resultados, este pequeño club, modélico en su gestión pero sin una gran ciudad detrás, se distinguió por el juego, con la aportación de futbolistas como Capdevila, Senna o Cazorla a los grandes éxitos de la selección española.

En la coqueta Ciudad Deportiva del Villarreal me recibió por primera vez un hombre que marca distancias, elegante y educado, pero poco dado a departir con periodistas. No tuve la oportunidad de poder hacerlo durante su paso por el Madrid, pero al día siguiente de ser destituido por Florentino Pérez recibí una llamada en el móvil: «Soy Manuel Pellegrini, solo quería despedirme. Regreso a Chile. Que tenga mucha suerte». Una lástima, porque siempre pensé que aquel entrenador que había conocido tenía la ciencia y la pausa necesarias para un gran proyecto. Quizás, como dice ahora, el Madrid buscaba otra línea y encontró con Mourinho la que quería su presidente. Hablamos, aquella primera vez, del Universidad de Chile, equipo en el que jugó, aunque Pellegrini matizó que no en la época en que fue denominado *el Ballet Azul* por su extraordinario juego. Fue algo después. Sí coincidió, sin embargo, con Fernando Riera, *el Tata*, un gran nombre propio del fútbol en el cono sur.

—De *el Tata* aprendí a hacer este trabajo con simplicidad, pero con profesionalidad y exigencia personal: a convencer al futbolista a través del juego, sin muchas horas de pizarra ni de charla, sino con el trabajo en la cancha. En esta profesión a menudo se confunde poder con autoridad. Son cosas distintas. El primero te lo da el cargo. La autoridad, en cambio, se basa en un principio de liderazgo que se consigue cuando convences a la gente de lo que haces y por qué. Es entonces cuando el jugador no siente dudas. Es difícil mantener ese convencimiento porque en el fútbol se desarma a cada momento, por un mal resultado o por un problema mediático. El futbolista mira en esa situación al entrenador en busca de amparo —me explicó entonces, todavía en Villarreal.

—¿Y usted qué les dice? —pregunté a continuación.

—Intentas demostrarles que no se puede jugar en función de una circunstancia, de un solo resultado, de una posición en la tabla, de un incidente, de una noticia... Pero todos los futbolistas no son iguales, como las personas, y reaccionan de forma distinta. Las relaciones humanas son más difíciles que el 4 - 3 - 3. Son cosas que no tienen que ver tampoco con el dinero. Hay muchos aspectos de la relación entre técnico y jugador que los periodistas desconocen. Hay reuniones que hay que tener en común y otras, en cambio, con los futbolistas por separado. Yo incluso las fomento. Es necesario que ellos se digan las cosas a la cara, que hablen los líderes del vestuario, la gente positiva, con una gran influencia sobre los jóvenes —me contestó.

«Si hubiéramos formado una plantilla como yo quería, con Sneijder y Cazorla, el fútbol del Madrid sería otro.» «Nunca hubo intención conmigo de que el entrenador tuviera autoridad en el Madrid. Ya le había pasado a Del Bosque. Si son diferentes la mentalidad de un presidente y un técnico, salta el técnico.» Los postulados de Pellegrini no han cambiado, ni siquiera debido a un paso por el Madrid que debía ser la cumbre de una carrera de éxito, después de los títulos logrados en su país, en Ecuador o en Argentina, donde dirigió a San Lorenzo de Almagro y al River, y la consolidación de *matagigantes* del Villarreal.

—¿Qué sucedió en el Madrid para que todo acabara tan pronto? ¿Fue por no ganar un título? —pregunto a Pellegrini, ya en Málaga, dos años después.

—Si me hubiera tenido que ir del Madrid por eso me habría parecido hasta aceptable. Lo que me disgustó es que no se dieran las condiciones para intentar conseguirlo —contesta—. Para las circunstancias en las que trabajamos, hicimos una gran temporada. Si hubiéramos juntado una plantilla al menos un poco de las características que yo pedía, con Sneijder y Santi Cazorla, el fútbol del Madrid hoy sería otro. No digo ni mejor ni peor, sino otro distinto. Seguro que de esa forma habríamos tenido más oportunidades de ser campeones. La prueba es que estuvimos hasta la última jornada con posibilidades frente al mejor Barcelona de su historia. Nunca logró el Madrid tanta puntuación y eso sin tener las variantes necesarias.



Nosotros también hicimos un gran partido en el Camp Nou, donde perdimos por 1 - 0 tras una jugada aislada de Ibrahimovic. Ese día se nos escapó el título, en mi opinión. Jugadores como Cristiano Ronaldo, Benzema o Kaká afrontaban su primera temporada en España y perdimos durante dos meses al primero por una lesión. Por eso insisto en que, en esas condiciones, lo hicimos bien y lo habríamos hecho mucho mejor en la siguiente temporada con todo más estructurado. Esa no era únicamente la opinión del técnico, la mía, sino la de la dirección deportiva. Sin embargo, nunca hubo intención de que el entrenador tuviera autoridad en el Madrid. Ya había pasado en casos anteriores y me remito al propio Vicente del Bosque.

—¿Se ha preguntado por qué usted no la tuvo y posteriormente se la concedieron toda a José Mourinho?

—Porque la idea de desarrollo que tenía el Madrid no se corresponde para nada con lo que yo pienso acerca de cómo se logran los títulos y de lo que es un equipo dentro de un terreno de juego. Cuando vieron que yo no estaba en esa línea, que no me sentía obligado a poner a ningún futbolista, creo que empezaron a aislarme. Si son diferentes la mentalidad de un presidente y de un técnico, lo lógico es que salga el técnico. El Madrid tomó entonces la línea que quería su presidente.

—Usted sentó a Raúl.

—Y, pese a ello, mantengo una buena relación con él. Ya dije que era «titularísimo», y eso significa que se trataba de alguien clave para el equipo. Otra cosa es que tuviera un momento bajo, que entrara Higuaín y se pusiera a marcar goles. Las decisiones se toman semanalmente en virtud de muchos factores circunstanciales, pero Raúl no era circunstancial. Es el jugador que todo entrenador desea tener en un vestuario, por su rendimiento y compromiso. Habría sido uno de los abanderados del proyecto que teníamos para el Madrid.

En el momento de marcharse, de regresar a Chile, Pellegrini no pensaba en una vuelta inminente a la Liga española. Parecía en el camino que podía llevarle a dirigir a la selección de su país, un sueño eternamente aplazado.

—Un equipo que estaba el último, un club arruinado, un nuevo propietario árabe... ¿No eran demasiados riesgos? —sugiero al técnico, inalterable.

—Desde luego, pero no por el perfil del inversor sino por la situación deportiva. Uno mira hacia atrás y se pregunta dónde estaba metido —responde, mientras abre los ojos de forma muy expresiva—. Pero el propietario me contó el proyecto en profundidad. No quería un técnico circunstancial para sacar al Málaga de una situación complicada, sino alguien capaz de desarrollar un proyecto de futuro en todos los órdenes, desde la formación hasta el primer equipo.

—El inicio fue horroroso. ¿No dudó el dueño de usted ni usted de sí mismo?

—Sin haber realizado la pretemporada ni diseñado la plantilla, es difícil imponer tu idea de juego. Pero precisamente esa situación midió mi capacidad de

convencimiento con respecto a los jugadores. Les dije que había que empezar por poner unas bases, no buscar puntos desesperadamente. Si hubiéramos jugado mirando a la tabla, el Málaga habría descendido, estoy seguro, y eso habría sido un atraso en el desarrollo del proyecto. Por eso tardamos más en empezar a puntuar, pero al final casi acabamos en Europa. La clave fue que intentamos jugar con independencia del lugar que ocupábamos en la tabla. Es lo que también decía en Villarreal: juguemos y después ya veremos dónde nos deja la clasificación. Yo no tuve dudas en ningún momento, pero quería saber si no las tenía el club. Por eso, cuando arreciaron las críticas y aparecieron las informaciones en las que se decía que el jeque no me echaba porque mi contrato era muy caro, evalué esa confianza. Lo llamé y le dije que me iba sin cobrar el resto del contrato. Me respondió un «no» rotundo.

—¿Tiene algo en común este proyecto con el del Villarreal?

—Son totalmente distintos por su dimensión. Cuando llegué a Villarreal, además, ya existía un modelo desarrollado en cuanto a formación e infraestructura. Aquí hay que empezar. Málaga es una ciudad mucho más grande, con más posibilidades en ese sentido, aunque ojalá lleguemos tan alto en lo deportivo. Aunque tenga limitaciones en impacto mediático o seguimiento de espectadores, Fernando Roig y José Manuel Llana han realizado un trabajo excepcional en Villarreal, para quitarse el sombrero.

—¿Y en lo futbolístico?

—El juego será el mismo, porque además esta plantilla se ha confeccionado según mis instrucciones. Recuerdo que cuando empezamos en el Villarreal tuvimos muchas críticas, porque se decía que jugábamos sin bandas...

—Si lo dice por los extremos, España juega sin extremos...

—Ahora son muchos los que juegan de esa forma, pero entonces se decía que eran sagrados. No solo España cambió, también el Barcelona, que con Rijkaard tenía a Messi y Ronaldinho mucho más fijados en los costados, con Eto'o por dentro. Una cosa es estar fijo para el uno contra uno o el uno contra dos, y otra es disponer de los mecanismos que te permitan crear los espacios y ocuparlos cuando lo necesites. El Barça de Guardiola los ataca y los ocupa mejor, aunque Rijkaard realizó un gran trabajo.

—¿Cómo se entrena para conseguirlo?

—La pelota y el espacio reducido son la realidad del fútbol. Por eso nosotros hacemos todo el trabajo con balón, sea táctico o físico. Hay que pensar antes de que llegue la pelota, tener más de una solución, saber si juegas a un toque o a dos. Eso es lo que busca este tipo de entrenamientos: la automatización de los gestos.

—Balón y espacio, los dos conceptos que mejor ejemplifican las diferencias entre el fútbol de Suramérica y el europeo —propongo a Pellegrini, a continuación de su explicación.

—Pero se pueden combinar ambos. En Suramérica se da mucha importancia a la

pelota y poca al movimiento sin ella. En Europa, al revés. Por eso, siempre le digo a mis jugadores: el que lleva el balón, lento para pensar; el resto, rápido. Si el que conduce va a cien por hora, no tiene tiempo para desarrollar su técnica; si los demás no son veloces, no pueden darle alternativas.

—¿Para cuándo Chile, su selección?

—Tuve la oportunidad de dirigirla antes y después de la etapa de Marcelo Bielsa, cuyo trabajo admiro. Me gustaría hacerlo en el futuro, si se pueden coordinar los tiempos. Creo que Málaga será mi último destino en Europa.

Hasta la Costa del Sol se llevó futbolistas *de fortuna* con los que se cruzó este entrenador que iba para ingeniero y acabó por errar a través de medio mundo, como el protagonista de las *Memorias del Míster Peregrino Fernández* del escritor argentino Osvaldo Soriano. Demichelis, con quien coincidió en el River; Van Nistelrooy, al que dirigió en el Madrid, o Cazorla, que creció bajo su mando en el Villarreal, son algunos de los que le siguieron.

—Bien pagados, claro. Mucho dinero en un mundo sin dinero... —digo a Pellegrini al despedirnos, apremiado por la hora del entrenamiento.

«La pelota y el espacio reducido son la realidad del fútbol, por eso hacemos todo el trabajo táctico y físico con balón.» —Esa es nuestra suerte, pero hay que trabajar para cuando se presenta.

# Mauricio Pochettino

## *Número dos de la promoción española*

—¿Sabes cuántos kilómetros corraste en el último partido?

El rostro de Javi Márquez, mitad sorpresa, mitad respeto, se queda en blanco.

—Once y medio. ¿Y sabes cuáles fueron los más rápidos?

De nuevo, silencio.

—¡Los últimos, los últimos...! Eso es resistencia y es fuerza, es campo y es gimnasio. Lo necesitamos todo, todo...

Mauricio Pochettino le da una palmada y reparte más entre los coches aparcados dentro de la Ciudad Deportiva del Espanyol, en Sant Adrià del Besós, cerca del barrio de la Mina, al otro extremo del área metropolitana de donde se encuentra el estadio de Cornellà. De extrarradio a extrarradio. Contagia su optimismo con esa sonrisa perenne que pasea sobre el andar genu varo, la curva del fútbol puro. Lo sigue Ramón Planas, el director deportivo, más contenido, su media naranja, su medio balón.

—Tanta química entre director deportivo y entrenador no es lo habitual —sugiero cuando nos sentamos a la mesa de un peculiar restaurante que linda prácticamente con el campo, una antigua masía que resistió a la urbanización industrial y a las rondas de circunvalación de Barcelona.

—Desde luego... —contesta Pochettino—. Y eso que nació de la nada, porque hace dos años no nos conocíamos. La confianza es el resultado de una relación que no la sustentan los compromisos sino un puñado de valores compartidos.

—¿Cuáles son?

—Los de este club, que no solo tienen que ver con el juego, sino con su tradición, su idiosincrasia, la afición, la estabilidad económica, con muchas cosas. Por eso siempre digo que soy un entrenador atípico.

—Explíquese —pido al técnico, mientras el director deportivo lo mira de forma escrutadora.

—Los entrenadores, en general, se preocupan por el resultado del domingo y poco más. Yo quiero que una parte de ese resultado sea consecuencia de la estructura, de que hemos formado futbolistas, de que somos estables, y eso también pasa por los números...

—Y porque le vendan futbolistas —interrumpo su explicación.

—Lamento perderlos, claro, pero entiendo que mi trabajo es dar resultados que contribuyan tanto a la posición en la tabla como a la buena salud de la institución. Pienso en la clasificación y en la cuenta de resultados. Si no es así, malo.

—Resulta un pensamiento bastante atípico, desde luego.

—Ya se lo dije.

Pochettino sabe de lo que habla porque ha conocido la diáspora de un club muy especial, siempre sobre el alambre como consecuencia de largas etapas de mala gestión, de desfalcos, de personajes incapacitados propios de cómic, al frente de una institución estigmatizada. Jugó en Sarrià y en Montjuïc, dirigió, asimismo, en el estadio olímpico y estrenó el recinto de Cornellà, una *bombonera*. «Si el Barça es más que un club, el Español —entonces con ñe— es una causa», me dijo en una ocasión un exvicepresidente. La causa del antibarcelonismo, el reverso de lo que representaba, incluso en lo político, el gigante azulgrana. El traslado a Cornellà, la apuesta por la cantera y una buena dosis de realismo han tamizado antiguos complejos y han puesto un rumbo nuevo.

El mecenazgo de los Lara, y algo más, permitió al club sobrevivir hasta que tuvo que vender Sarrià para hacer frente a sus deudas. El imperio editorial creó Planeta Deportiva, que adquiría los derechos de los jugadores y técnicos, y se los cedía al club. Uno de sus ejecutivos casi provoca las lágrimas de Pochettino cuando le dijo que no podía irse al Madrid, la oportunidad de su vida, porque el club de Chamartín no pagaba lo que le pedían. Duró poco el lamento de este posibilista nato. De nuevo, al campo. Era como si el destino lo ligara para siempre al Espanyol, adonde llegó joven procedente de Newell's Old Boys. Debutó en la Primera argentina a los dieciséis años y, tres después, fue campeón del torneo de Apertura de la mano de Marcelo Bielsa, un referente. Ya por entonces era apodado *el sheriff de Murphy*, pueblo donde nació en 1972, por su autoridad como hombre de área. Bielsa y Pochettino volvieron a encontrarse en el Espanyol y en la selección albiceleste, en el Mundial de Corea y Japón, pero resuelta con el peor fracaso en la carrera de *el Loco*. Pochettino jugó en el Espanyol durante una década prácticamente y volvió al club blanquiazul para retirarse y ganar su segunda Copa del Rey, tras un breve paso por el fútbol francés. En apenas dos años, del campo al banquillo.

—Usted pasó a dirigir a varios de los que habían sido sus compañeros de equipo —recuerdo a Pochettino—. ¿Qué sensaciones produce?

—Extrañas, aunque siempre mandé mucho... —dice y se interrumpe por sus carcajadas—. No es fácil, porque hablamos de roles distintos. El futbolista piensa mucho en individual, en sí mismo. Es inevitable. El entrenador tiene que hacerlo colectivamente. El jugador, cuando está en activo, es imposible que se meta en la piel del entrenador.

De un central duro, como era Pochettino, podía esperarse un equipo defensivo, pero nada de eso.

—Nuestra propuesta es la de respetar el balón y moverlo por el piso —explica—. El Espanyol es un equipo que se asocia bien, que tiene una agresividad muy medida y que lo basa casi todo en el dinamismo, en la velocidad de las ejecuciones. Busca a los

rivales arriba, los presiona en su terreno y finaliza rápido. Siempre digo que tratamos el balón como lo hacían los equipos de hace veinte años, tenemos su toque, con mucha asociación, pero con la rapidez del fútbol moderno. Me gustan las cosas que proponen el Barcelona, el Villarreal y hasta el Getafe en temporadas pasadas: movimiento, toque, rapidez, ambición... De todas formas, más allá de mis gustos personales, cualquier partido de fútbol te aporta algo nuevo. Solo necesitas verlo con pasión y curiosidad...

—Camacho, uno de los entrenadores que tuvo en su carrera como jugador, dice que aprende cosas viendo partidos hasta de Segunda B o Regional...

«Quiero que se trate el balón como hace veinte años, con su toque, pero con la asociación y la velocidad del fútbol moderno.» —Claro, de cualquier partido... A esto no se deja de aprender nunca.

—Su Espanyol tiene algo de aquel en el que usted jugaba con Camacho por la intensidad, pero no por todo lo demás que cuenta.

—Es cierto —asiente rápidamente—. Nosotros iniciamos la jugada desde atrás y evitamos el fútbol directo, como era más habitual en mis tiempos. Quiero que el equipo ofrezca muchas soluciones a quien tiene el balón, y eso solo se consigue con el movimiento de las piezas para que aparezcan las líneas de pase. Implica muchísimo desgaste. Para hacerlo necesitas futbolistas con afán de superación. El otro día llamé a un cadete africano, de diecisiete años, para entrenar con el primer equipo por la tarde. Al acabar, me dijo que le había gustado mucho el entrenamiento, y yo le contesté: «Pues gánate volver otra vez». El entrenamiento es básico. Como lo hagas, jugarás.

—Todo eso es más fácil con jugadores de cantera que con veteranos, con estrellas —sugiero.

—Creo que no. Lo que manda es la dinámica, la tendencia. El jugador es un superviviente y se adapta a lo bueno y a lo malo. Por lo tanto, qué más da... El Espanyol no puede hacer grandes contrataciones, pero puede fichar. Ahí están ejemplos de buenos futbolistas que han pasado recientemente, como Osvaldo. La apuesta por la cantera es una filosofía en nuestro caso, no solo la respuesta a una coyuntura económica. El jugador formado en la casa ha de tener nivel, claro, pero si lo consigue, siempre aportará un plus, porque sabe lo que su club quiere. Eso lo han de crear el área deportiva, el cuerpo técnico y la directiva: todos a una.

—Usted jugó en Sarrià y en Montjuïc, y ahora dirige en Cornellà. ¿Qué le ha aportado al equipo el nuevo campo?

—Volver a sentir que tienes casa. Para mí el valor es casi más importante en lo psicológico que en lo patrimonial. Es la base del futuro.

«Hay que ofrecer muchas soluciones a quien tiene el balón, y eso solo se consigue con el movimiento de las piezas para que aparezcan las líneas de pase.» Argentino de

nacimiento y de formación, aunque con dos apellidos de origen italiano, Pochettino puede considerarse casi totalmente un producto español en lo futbolístico. Cuando le recuerdo que fue el segundo de su promoción en los cursos nacionales de entrenadores de la Federación Española, estalla a carcajadas de nuevo.

«Me considero un entrenador español, pero condimentado con la mentalidad argentina de supervivencia, de picaresca, de calle.» «Trabajas para dirigir equipos, pero nadie te prepara para gestionar el dolor tras la muerte de un futbolista, como pasó con Jarque.» —¡Dicen que fui segundo! —clama en voz alta—. Yo creo que fui primero de cuarenta, pero bueno... A lo mejor el primero fue Fernando Hierro, que luego estuvo en la federación... (*más risas*). Ya en serio, yo me considero un entrenador español, porque me he formado en este país, pero condimentado con esa mentalidad argentina de supervivencia, de reflejos, de picaresca... De calle, en una palabra.

—De argentino a argentino y de central a delantero, ¿cómo ordena a sus hombres que paren a Messi?

Mueve las manos como si se quisiera dar aire, como si se diera por vencido, pero no lo hace...

—Hay que anticiparse, no dejarle espacios. Para defender a futbolistas como Leo o como Cristiano son necesarias ayudas constantes. En la teoría, todos los entrenadores tenemos fórmulas. La práctica es otra cosa, es como ver venir a un toro..

Messi es el mejor del mundo en su opinión, sin duda, pero a pesar de compartir nacionalidad, no es con quien se intercambia mensajes después de los partidos del Barcelona. Es con Carles Puyol. Con el central azulgrana comparte una forma de entender el puesto, una forma de vivir el fútbol, esa patria común.

—¿Cómo se enfrenta un entrenador, un líder, a lo más inesperado, a la muerte de un jugador, como sucedió con el fallecimiento de Dani Jarque? —pregunto antes de concluir.

—Con la obligación de gestionar el dolor. Para eso nadie te prepara.

# Michael Laudrup

## *Ni Caín, ni Abel*

Se habla de fútbol, solo de fútbol, en una sala de prensa que parece una balsa. Si suena un móvil, Michael Laudrup no pone mala cara. Espera a que deje de hacerlo y continúa, paciente. Derrota sin palabras, únicamente con su arma, la pelota, de la que lo sabe casi todo. Siempre un casi, porque odia los valores absolutos. Con el pelo y el peinado intactos, y hasta con idénticos tejanos que hace veinte años, el técnico ofrece la misma estampa que el personaje que pasó por el Camp Nou y el Bernabéu como si levitara, que sintió sus cantos y sus iras, sin hacerse un solo rasguño.

—¿Siempre habla nada más que de fútbol? —le pregunté poco después de escuchar una rueda de prensa limpia, sin aristas, y didáctica en la Ciudad Deportiva Antonio Asensio, cuando dirigía al Mallorca.

—Vosotros estáis para preguntar, quizá no para hacer siempre las mismas preguntas... —respondió, irónico, es evidente—. Yo estoy para responder. Lo demás es respeto, de ida y vuelta. Fácil.

Las mismas preguntas, es cierto. Las salas de prensa se han vaciado de contenido, de fútbol. Laudrup lo echa de menos porque jamás fue un personaje polémico, al contrario, pero tampoco dejó de hablar claro cuando quiso hacerlo. El día que se marchaba del Barcelona dijo con claridad por qué lo hacía: por el hartazgo del personaje que le había hecho vivir los mejores años de su fútbol. «No lo aguanto más», manifestó, en referencia a Johan Cruyff. Pasado el tiempo, considera ambas cosas compatibles.

—La presión es necesaria para sacar el máximo de una persona, pero también puede acabar por desbordarla —explica con naturalidad—. Se trata de saber cuándo llega ese momento y anticiparse para conservar lo bueno de cada etapa. Es simple.

El pragmatismo que muestra en su argumentación es uno de los rasgos de Laudrup. Es alguien que ha sabido tomar lo mejor de cada lugar, que conserva la calma nórdica pero desde un sentido muy hedonista, muy latino, de la vida, como prueba su gusto por el vino, al que dedicó una actividad empresarial. Es alguien muy consciente de la suerte que ha tenido desde que sorteaba flores y hortalizas con una pelota en los pies en el jardín de su casa junto a su hermano Brian. Es allí donde, cuenta, desarrolló su maniobra predilecta sobre el balón, la *croqueta*, de la que llegaron a realizar un estudio biomecánico en el Centro de Alto Rendimiento de Sant Cugat. Ni los ordenadores la descifraron. Es alguien que no cree en las verdades únicas, que aprecia el juego del Barcelona con la pelota pero conoce las virtudes de la alianza del Madrid con la victoria. Es alguien que sabe que el fútbol que disfrutó



pertenecía a la irrealidad, a los sueños que solo cumplen unos pocos, y que la realidad es otra cosa.

«Los futbolistas se tienen que dar cuenta de que empieza otra época, con menos salario, y los clubes de que deben bajar sus presupuestos. De lo malo siempre surge algo bueno y es que el fútbol se volverá más racional.» —Es evidente que no he entrenado a clubes del nivel de aquellos en los que jugué, como Juventus, Barcelona o Madrid —explicó—. Pero tampoco mis tiempos son como los de antes, y menos lo serán los del futuro. Solo hay una receta: más trabajo, en el campo y en los despachos. Hay jugadores buenos a bajo coste, pero para encontrarlos hay que echarle horas y horas, estar informados, verlos... Jonathan de Guzmán (exjugador del Mallorca fichado posteriormente por el Villarreal) ha sido un ejemplo de que se puede contratar bien a un precio razonable. Eso va a ser el futuro del fútbol. Los jugadores se tienen que dar cuenta de que empieza otra época y los clubes de que deben bajar sus presupuestos. De lo malo siempre surge algo bueno y eso hará que el fútbol sea más racional. Con lo que se hacía antes nos habrían echado a todos de muchas empresas. Los gastos no pueden ser mayores que los ingresos en ninguna parte.

—¿Menos dinero significa menos juego? —cuestioné.

—Hay cosas que no se aprenden. El talento lo tienes o no lo tienes. El que es lento, lo podrá ser menos, pero nunca será rápido, ni entrenando ocho horas al día. Pero la intención no depende de eso, sino de lo que quieres hacer en el campo. Hay que saber jugar sin balón, está claro, aunque se debe encontrar el equilibrio. La calidad manda, pero el fútbol siempre da una oportunidad a quien tiene menos, y eso lo hace diferente, único, mágico, en comparación con otros deportes o aspectos de la vida. El peor puede ganar al mejor y el que juega mejor puede perder. Este juego, además, admite a todos: a los altos, los bajos, los gorditos, a todos...

—Por eso decía Cruyff que era el deporte más democrático...

—Lo iguala el factor mental, la capacidad de sobreponerse a la presión —contestó después de sonreír por el personaje aludido—. En el fútbol tenemos que aprender todavía de lo psicológico, hay mucho que avanzar. Yo me pregunto por qué ganamos más en casa que fuera si en muchos campos hay unos pocos miles de aficionados. ¿Por qué? La cabeza.

Es inevitable abordar con Laudrup, dado su paso por los dos grandes, la dualidad Madrid-Barcelona. La comparación produce por primera vez a lo largo de la conversación cierta incomodidad en el personaje, que señala esa obsesión tan nuestra por representar en todos los contextos a Caín y Abel.

—¿Por qué esa obsesión por compararlos? Los españoles siempre lo queréis comparar todo... ¿Por qué? —reaccionó airado—. Representan dos estilos distintos. Ya lo eran cuando yo llegué a España en 1989. Uno basado en la circulación, el toque

y un tipo de jugador, hecho a medida; otro, con más pegada, directo, buenas individualidades y un espíritu de supervivencia que ningún otro equipo tiene en el mundo. Eso es el Madrid. Donde otros se dejan ir, el Madrid lucha. Es único.

«Este juego siempre da una oportunidad al que tiene menos y eso lo hace único y mágico. El peor puede ganar al mejor y el que juega mejor puede perder.» «El espíritu de supervivencia del Madrid es único. Donde otros se dejan ir, él lucha. El Barça de Rijkaard era mejor que el nuestro y el de Pep mejor que el de Rijkaard. ¿Pero por qué ese afán de los españoles de compararlo todo?» —Pues compare, al menos, a este Barça con el suyo, con el *Dream Team* —le pedí.

—Creo que el de Frank Rijkaard era un poco mejor que el nuestro, con más talento individual, y este es mejor que los dos —aseguró—. Además de la calidad en todas las posiciones, el triunfo del Barça muestra lo importante que en el fútbol es conocerse. Pedro y Busquets están en el primer equipo porque Pep los conocía. Si no..., imposible. La base, además, debe madurar, no se puede variar durante cuatro o cinco años. No es bueno lo que ha hecho el Madrid en estos últimos tiempos. Lo mantiene su poder económico y su competitividad, pero es imposible crecer en otros sentidos, en identidad, en juego.

—Cuando usted se retiró, dijo que era un futbolista a extinguir, que el físico iba a tomar el fútbol. Pero ahora vemos a Iniesta, que siempre tuvo en Laudrup a su ejemplo, a Pedro, a Özil...

—Ahora hay más gimnasio, atletas como Cristiano, que en mi época no abundaban. Pero el fútbol, como le decía antes, es tan fuerte que te devuelve a su origen, y regresa el bajito, el gordito... En el baloncesto o el tenis, en cambio, no tienen sitio. El futbolista perfecto, ideal, no existe. Para un equipo es conveniente el pequeño, por su juego, y para otro el poderoso físicamente. Tampoco existe el equipo perfecto, claro.

—¿Cómo se contrarresta como entrenador a los casi perfectos, a Cristiano o a Messi?

«Atletas como Cristiano en mi época no abundaban, aunque el fútbol es tan genuino que te devuelve al origen, al gordito, al bajito...» —Nunca con marcaje al hombre. Yo he sido jugador ofensivo y sé que si tú me marcas, decido yo cuándo y dónde vas a jugar. Tú actúas en función mía en todo el campo, no al revés. Y, cuando recupera tu equipo el balón, no juegas. Conclusión: tu equipo lo hace con uno menos. No me sirve. Yo creo en reducir espacios o impedir que estos jugadores reciban. ¿Quién le da más balones a Messi o a Cristiano? Xavi o Xabi Alonso. Pues habrá que estar más encima de ellos que de los primeros. Todos sabemos cómo jugar contra los grandes equipos, pero el campo te cambia continuamente la pizarra, exige decisiones de los futbolistas. Nunca puedes planificarlo todo, porque el movimiento es algo humano, intuitivo... Esto es un juego de errores. Si no, terminarían los partidos cero a

cero. Es normal que haya más fallos que en el tenis. Aquí juegan 22, allí dos. Cuanta más gente hay en un campo de juego, más variables, más errores. Por eso el fútbol es tan difícil de clasificar. El Madrid de Mourinho, por ejemplo, explota más que nadie los errores de los demás. Es más peligroso cuando no tiene la pelota.

—Eso también lo decía Carlos Bianchi de Riquelme o Eto'o lo explica de su propio juego —sugerí, para profundizar en el argumento.

—Claro, claro... Porque son gente que se desmarca antes del robo, cuando el rival tiene el balón y está construyendo su juego. En el momento en que lo pierde, pase y *¡pam!*, muerto.

España es el sueño y la pesadilla a un mismo tiempo para Laudrup, nacido en 1964 en Frederiksberg, una municipalidad de Copenhague. En nuestro país encontró el hábitat para su juego, al llegar al Barcelona procedente de la Juventus, y contra la selección española se estrelló como internacional, ya fuera en Querétaro, cuando supo lo que era enfrentarse a un *buitre*, o en Sevilla, frente a la dura España de Clemente.

—Creo que me sobraron partidos contra España: con perder una vez habría sido suficiente —bromeó para acabar—. Aparte de eso, me siento muy identificado con este país y muy bien tratado. He tenido una gran carrera como jugador y la he empezado como técnico, con los pasos por Getafe y Mallorca. En lo futbolístico me ocurre lo mismo. Yo era de los que siempre decía, antes de un gran campeonato: «Cuidado con España». Y todos me respondían: «Pero si siempre pierde». Por eso cuando ganó el Mundial en Sudáfrica sentí el título también como algo propio. De alguna forma, ganaron los míos.

# Marcelo Bielsa

## *Entiendan mi locura*

Quiero empezar por una advertencia. Solo en una ocasión he hablado cara a cara con Marcelo Bielsa, por lo que mi interpretación del entrenador argentino puede diferir en algunos aspectos de la realidad aunque sospecho que, incluso aquellos que han tenido la suerte de intimar con el técnico, han sido incapaces de alcanzar todos los rincones de una personalidad insondable. Me bastó, en todo caso, una pequeña charla en su primer salto a Europa, para descubrir que me encontraba ante un hombre fascinante, cuya aparente inseguridad estaba sostenida por un trípode de convicciones: un amor obsesivo por el fútbol, un compromiso inquebrantable con la profesión y la lealtad a sus principios. Bajo ese aspecto de Mefistófeles, se esconde un entrenador con alma de benedictino, que hace de su fe, su locura.

Bielsa daba una de sus primeras ruedas de prensa en Montjuïc tras su llegada al Espanyol en 1998, todavía en pretemporada. A todas las preguntas respondía con la mirada baja y una voz casi inaudible en las tripas del Estadi Olímpic. Todas tenían que ver con jugadores que podían o no ser titulares, con el Barcelona, con el Madrid... Antes de finalizar, pedí la palabra y le pregunté si se sentía preparado para trabajar en un fútbol donde el espacio era más importante que la pelota. Levantó la cabeza, me miró un instante, volvió a bajarla y me contestó que por supuesto, que conocía bien el juego europeo y, en concreto, el de la Liga Española. Al acabar la comparecencia, atendió a algunas televisiones y, antes de irse, se detuvo donde yo me encontraba. Me habló de usted y me explicó, brevemente, las diferencias entre el fútbol argentino y el europeo, al tiempo que me mostró su preocupación por la posición para dominar el espacio y ejercer la presión. Se refirió precisamente a su colega Louis van Gaal, que en esa época dirigía al Barcelona, y al Ajax al que hizo campeón de Europa como un buen ejemplo de los objetivos que perseguía. Era evidente que tenía la sensación de no haber contestado explícitamente en la rueda de prensa y quería dejarlo más claro, cuando aún realizaba esfuerzos por superar una impostada introversión y cierta animadversión a la prensa. El paso posterior por la selección argentina elevaría ambas características a la epidermis.

Estaba claro que Bielsa era argentino, pero en lo futbolístico significaba mucho más. Se trataba ya de un entrenador transnacional, transcultural. Muy pronto se dieron cuenta sus futbolistas en el Espanyol. El técnico cuadrículó el campo, lo llenó de señales para marcar las posiciones, los espacios en los que debía moverse cada jugador y, sobre todo, dónde debía ejercerse la presión, una de las características de sus equipos. Una victoria en un amistoso contra la Juventus disparó las expectativas,

pero posteriormente llegó la oferta de la selección, eventualidad por la cual Bielsa había hecho constar una cláusula en su contrato. El pulso con la directiva de Dani Sánchez Llibre y, sobre todo, con el director general Fernando Molinos acabó por relajar la dinámica del equipo. La caída de los resultados al iniciarse la Liga llevó al Espanyol a prescindir de sus servicios antes del plazo fijado.

Juan Eduardo Esnáider fue uno de los futbolistas que compartió esa etapa con Bielsa. «Si quieres, como jugador, puedes aprender muchísimo con *el Loco*, mejoras todos los días, y esas enseñanzas te quedan para el futuro», me explicó durante una comida que compartí con el exdelantero y con *el Mono* Burgos. El portero estuvo, asimismo, bajo el mando de Bielsa en la albiceleste y vivió uno de los peores momentos de su carrera, la eliminación en la primera fase en el Mundial de Corea y Japón, en 2002. A pesar de ello, *el Mono* asintió: «Si lo escuchas, si te contagias, creces como jugador». Esnáider, con mucho humor, aludió también a lapsus incomprensibles. «Al empezar los entrenamientos en el Espanyol, vino y me preguntó: “¿Por qué sale usted hacia la izquierda en ese regate?”. “Siempre lo hice así”, le contesté. “Mejor salga usted a la derecha”, me corrigió. Al cabo de unas semanas de intentarlo, me llamó: “¿Cómo ha hecho usted siempre eso?”. “Hacia la izquierda”, le dije, sorprendido. “¿Entonces qué carajo hace?”, me soltó el tipo. Es único.» Las risas desbordaron la mesa.

Bielsa fue un central abnegado, pero solo disputó cuatro partidos en Primera con el Newell's Old Boys de Rosario, donde nació en 1955. Coincidió en el club con Jorge Valdano. El año de su debut disputó el preolímpico de los Juegos Olímpicos de Montreal'76, en el que Argentina concluyó tercera. Su obsesión por los equipos le llevaba a entrar en el vestuario de los rivales para arrancar la lista de las alineaciones. Hijo de un abogado y una profesora, era nieto de un importante letrado del país, al que ofrecieron un cargo en la Corte Suprema. Su hermano Rafael es un experto constitucionalista y fue ministro durante una breve etapa en el gabinete del fallecido Néstor Kirchner. Marcelo, menor, se graduó como perito mercantil y se matriculó para el examen de ingreso en la Facultad de Ingenieros Agrónomos. Sacó un diez en matemáticas, pero solo un tres en castellano, lo que lo dejó fuera, según cuenta Román Lucht en el libro biográfico *La vida por el fútbol*. Extraña circunstancia para un lector infatigable de Jorge Luis Borges o Fedor M. Dostoievski. Adora las letras del tango y, entre sus otras aficiones, está la de ver películas antiguas de cine español.

El camino del fútbol estaba, pues, despejado. Dirigió al equipo de la UBA (Universidad de Buenos Aires), pero la dedicación que exigía superaba el umbral de los estudiantes. Apadrinado por Jorge Griffa, trabajó en las divisiones inferiores de su antiguo club y asumió definitivamente la dirección del primer equipo de Newell's Old Boys en 1990, con el que consiguió dos títulos. En esa etapa empezó a crecer la leyenda de su *locura*. Cuentan que dividió el país en setenta partes para buscar

talentos, de pueblo en pueblo, aunque es cierto que sacó de la cama por la noche a un niño de 14 años para comprobar si su físico era como le habían contado. El niño se llamaba Mauricio Pochettino. También que se hizo instalar un vídeo en la furgoneta para no perder tiempo durante los viajes, aunque no llevara 7.000 filmaciones, como dicen que hizo empaquetar antes de viajar al Mundial de Corea y Japón. Leyendas que crecen a su paso por todos los lugares. Tras su éxito en Newell's Old Boys, decidió marcharse a México, donde dirigió al Atlas y al América, y dejó un profundo sello en una generación de futbolistas liderados por Rafa Márquez. A su vuelta a Argentina, se hizo cargo de Vélez Sarsfield, que había dominado el fútbol argentino con Carlos Bianchi y Osvaldo Piazza, y lo llevó a conquistar el torneo de Clausura. De ahí dio el salto al Espanyol junto a uno de sus futbolistas, Martín Posse.

«Lo más destacable de Marcelo es la fidelidad a su pensamiento, a su estilo de juego», dice Martín Posse. «Recuerdo que cuando llegó a Vélez, nosotros jugábamos con un 4 - 4 - 2. Durante cinco años lo habíamos ganado todo, con Bianchi y con Piazza. Él apareció con ideas totalmente distintas, con su 4 - 3 - 3, su presión arriba... Los primeros seis meses fueron muy malos. Los jugadores del plantel nos reunimos y le dijimos que jugábamos de memoria desde hacía tiempo y que a lo mejor nos estábamos equivocando con los cambios. Marcelo siguió a lo suyo contra el criterio de todos. Perseveró en su idea y ganamos el Clausura sin perder ningún partido. Su mayor obsesión es la reacción a la pérdida de la pelota en campo contrario, como hace el Barça de Guardiola. Te demuestra el beneficio de ese sacrificio con vídeos, te convence. A mí, como delantero, me costaba muchísimo correr hacia atrás para robar. Él me enseñó a presionar. Trabaja en espacios reducidos, por cuadrados, con la presión organizada por sectores. No debías conocer solo tu movimiento, sino el que hacía también el compañero. Yo llegué al Espanyol cuando ya había acabado la pretemporada y me di cuenta de que los chicos ya habían asimilado los conceptos. Fue muy rápido», recuerda el delantero. Pep Guardiola y Bielsa han tenido largos encuentros y charlas sobre fútbol, una de ellas en Rosario, antes de que el primero se hiciera cargo de la primera plantilla azulgrana.

Sobre la personalidad del técnico, Martín Posse concluye: «El jugador valora que es muy sincero, que te dice las cosas de frente y, si tiene que pedirte perdón, lo hace. Es una persona frontal y eso se tiene muy en cuenta en un vestuario. Es transparente. Cuando lo conoces más en la intimidad, descubres su humor. Cuenta chistes, es divertido. No da esa imagen que ofrece en las salas de prensa». El humor era parte de la convivencia familiar en su niñez. Fieles a la tradición argentina por los apodos, a su padre Rafael lo llamaban *Miseria* por su aspecto desaliñado, como Marcelo. A Rafael, su hermano, *Cristo Rafael*, por su refinamiento. Al futuro entrenador, simplemente *el Loco*.

Fue en Corea, durante el Mundial, cuando volví a asistir precisamente a una de

sus adustas comparecencias ante los medios de comunicación. El entorno de la albiceleste es siempre una caldera. Bielsa contestaba sin apartar la mirada de un punto en el infinito. Al parecer, de esa forma pretende evitar cualquier tipo de complicidad, de conexión con el periodista. El tiempo de Montjuïc había pasado, era evidente. Al llegar a la selección, se impuso el principio de no conceder entrevistas individuales. La razón era, en teoría, no establecer diferencias entre los grandes medios de Buenos Aires y los modestos de provincias, pero sonaba a pretexto, a coartada. Cuando no ha estado en activo, Bielsa ha colaborado con medios de comunicación como, por ejemplo, *El País*. Pepe Sámano, redactor jefe del periódico y amigo, que ha llegado a tener mayor contacto con el técnico, sostiene que se trata de un «personaje auténtico, que nunca se traiciona a sí mismo». Coincide con Martín Posse.

En el campo, Argentina parecía otra durante el Mundial. Iba más rápido que nunca y eso me hizo preguntarme si tanta velocidad no la despersonalizaba, en un fútbol donde el jugador se siente mejor cuanto más toca la pelota. Fue una reflexión personal, admito que rebatible, porque casi todos sus jugadores militaban en clubes europeos, por lo que no la pongo en relación con la inesperada eliminación. No tuve un conocimiento exhaustivo de su trabajo en la selección para atreverme a sacar conclusiones. Bielsa, apadrinado por José Pekerman, asumió la responsabilidad del fracaso y renovó para permanecer en el cargo hasta la Copa América de 2004, en la que fue subcampeón, y los Juegos Olímpicos de Atenas ese mismo año, donde logró una medalla de oro que no le supo a redención. Se tomó entonces un tiempo para reflexionar y aceptó la oferta para dirigir a Chile, una selección insípida que acabó por convertir en un tormento. España lo sufrió repetidamente. El día antes de su duelo en el Mundial de Sudáfrica, asistí a la rueda de prensa de Bielsa en Pretoria. En una sala atestada, donde nos amontonábamos los periodistas, levanté la mano para realizar una pregunta. El técnico, de nuevo con la mirada fija en un punto, no podía verme y el delegado de la FIFA que dirigía la comparecencia, me señaló: «Sí, el señor calvo». Pese las risas, Bielsa, hierático, ni se inmutó y contestó a la pregunta sin mover la cabeza ni los ojos. España ganó después de pasar por un potro de tortura, por una presión que solo es posible si se consigue hacer de un jugador, un cruzado. Cuando eso sucede, hay que mirar al banquillo.

Chile se clasificó igualmente para caminar una ronda más y el técnico cerró una etapa para abrir otra más arriesgada, de nuevo en la Liga española, por el modelo y el buen nivel del trabajo realizado con anterioridad por Joaquín Caparrós en el Athletic de Bilbao. *La catedral*, San Mamés, espera de Bielsa la excelencia donde hace unos años se suspiraba por la supervivencia. Antes de llegar, estudió al equipo, visionó vídeos, se preparó a conciencia, como siempre. Al empezar a entrenar, apartó a Aitor Ocio y Koikili, pero después de que la Asociación de Futbolistas Españoles

protestara, porque su decisión contravenía el convenio profesional de los jugadores, pidió disculpas y dijo sentirse avergonzado por su desconocimiento. Apasionante pero difícil reto le aguarda en un mundo sin memoria.

Es extraño que una persona de profundas reflexiones no aprobara la asignatura de lengua castellana en un examen de ingreso universitario. Durante su etapa en Chile incluso ofreció una conferencia sobre el liderazgo a la que asistió la expresidenta Michelle Bachelet, además de los principales creadores de opinión del país. Podría editarse una antología de principios profesionales y morales, en veinte puntos que definen la cordura del más *loco* del banquillo.

1. El éxito es deformante, engaña, relaja, nos vuelve peores, nos ayuda a enamorarnos excesivamente de nosotros mismos; el fracaso es formativo, nos vuelve sólidos y coherentes, nos acerca a las convicciones. En cualquier tarea se puede ganar o perder. Lo importante es la nobleza de los recursos utilizados, el tránsito. No permitan que el fracaso les deteriore la autoestima.

2. Uno necesita jerarquizar virtudes. El deporte me dio ese parámetro. Por el deporte aprendí que la generosidad es mejor que la indiferencia, aprendí el valor de la significación del coraje, aprendí la importancia del esfuerzo y lo trascendente de la rebeldía. Son los elementos con los que después traté de organizar mi vida.

3. El liderazgo se ve en la derrota. El conductor solo es bueno si ha superado la adversidad. Las operaciones y los cambios se hacen en la victoria, no en la derrota. La adversidad es el momento de observación de las cosas.

4. Cuando el líder entra al vestuario hay una pausa en el murmullo. Cuando habla, hay silencio y, cuando con el mismo chiste contado por alguien nadie se ríe, con él todos se ríen.

5. Uno debe querer a quien conduce. Por eso hay que incluir al que no protagoniza y entender que los rebeldes no nos desafían, sino que simplemente están informándonos. Lo que no podemos permitir es que dejen de luchar.

6. Hay jugadores que son más importantes que otros, pero no les podemos permitir ser imprescindibles. El eje del aprendizaje es la copia. Es mucho más lindo ser creador que imitador, pero los vulgares copiamos.

7. Los números no se analizan; tienen comienzo y fin en sí mismos: gané tanto, perdí tanto y empaté tanto. El análisis es otra cosa. Es preguntarse qué merecí en función de lo que hice, considerando el recorrido y los recursos.

8. Un entrenador no es mejor por sus resultados ni por su estilo, modelo o identidad. Lo que tiene valor es la hondura del proyecto, los argumentos que lo sostienen, el desarrollo de la idea.

9. Nadie estimula condiciones que no existen y nadie activa potenciales afectivos que el ser humano no tiene.

10. Crear lo pueden hacer pocos, correr está al alcance de todos.



11. Prefiero que nadie me conozca a que me conozcan equivocadamente.

12. En las peleas callejeras hay dos tipos de golpeadores. Está el que pega, ve sangre, se asusta y recula. Y está el que pega, ve sangre y va a por todo, a matar. Muy bien, muchachos: vengo de afuera y les juro que hay olor a sangre.

13. Se escucha mucho la pregunta ¿ganar o jugar bien? Creo que debería ser una afirmación: jugar bien para ganar, y no una interrogación entre dos opciones.

14. La única manera en la que entiendo el fútbol es la de la presión constante, jugar en el campo rival y el dominio de la pelota.

15. Soy partidario de un fútbol más urgente y menos paciente, porque soy ansioso y también porque soy argentino.

16. Yo siempre les digo a los muchachos que el fútbol para nosotros es movimiento, desplazamiento. Que hay que estar siempre corriendo. A cualquier jugador, y en cualquier circunstancia, le encuentro un motivo para estar corriendo. En el fútbol no existe circunstancia alguna para que un jugador esté parado en la cancha.

17. El arma suya como periodistas es la palabra escrita. Mi arma es la palabra hablada. Yo uso cincuenta frases para redondear una idea y después ustedes tienen que ponerla en una línea.

18. El periodismo es el elemento educativo central que tiene la sociedad. La influencia del mensaje periodístico sobre la capacidad de la gente es absoluta, sobre todo cuanto más ignorante es la gente, cuanto menos capacidad tiene de discriminar entre lo que está bien y lo que está mal. De cualquier forma, yo no me describo como un inocente. Soy una expresión de este pueblo. Soy igual de malo que los que describo.

19. La alegría de un triunfo en un partido dura cinco minutos, termina y hay una sensación de efervescencia, de adrenalina que genera excitación y felicidad. Pero son apenas cinco minutos y después hay un vacío enorme y grandísimo. Una soledad indescriptible.

20. Los hechos son más importantes que las palabras. Demostrar es más importante que hablar. Hay que permitir que ingrese la información que riega nuestra parte noble y evitar que lo haga la que estimula nuestros bajos instintos.

# **EL MAR QUE NOS SEPARA, EL LENGUAJE QUE NOS UNE**

Según el hombre, así es su charla.

PLATÓN, 427 - 347 a. C.

# Ángel Cappa - Juan Manuel Lillo

## *La incomprensible comprensión del juego*

Iconoclastas e irreverentes, si es preciso, hay pocos entrenadores a los que les importen menos los convencionalismos y el corporativismo que a Ángel Cappa y a Juan Manuel Lillo. Les importa, por encima de todo, el juego, un hecho insobornable. Argentino el primero, llegó a España hace más de treinta años. Fue ayudante de César Luis Menotti en la selección argentina que ganó su primer Mundial, en 1978, y en el Barcelona, de cuya corriente es un confeso, y segundo de Jorge Valdano en el Tenerife y en el Real Madrid. Español el segundo, Lillo se define a menudo como un futbolista que no pudo llegar a serlo; pero esa pasión le llevó a un banquillo de Primera División antes de la treintena, cuando quienes sí cumplieron su sueño todavía jugaban. Fue en el Salamanca, al que ascendió en dos temporadas consecutivas de Segunda B a Primera. Tenía 29 años. Cappa, por el contrario, tuvo un pasado como jugador profesional en el Olimpo de Bahía Blanca, donde nació en 1946. En su país, además, ha tenido experiencias como primer entrenador, en Racing, River, Huracán o Gimnasia y Esgrima, con subcampeonatos que pudieron ser más sin algunas situaciones para la polémica. Nacido en 1965, Lillo también se inició, en este caso en el banquillo, en el equipo de su localidad, Tolosa, con pasos posteriores por el Mirandés o la Cultural Leonesa.

La razón de reunirlos para este diálogo, sin embargo, no únicamente tiene que ver con el fútbol, sino con su preocupación por observarlo con una perspectiva mucho más amplia, que lo pone en relación con su historia y con la evolución de la sociedad. Son entrenadores y son pensadores, además de conversadores infatigables. Proceden de culturas diferentes, pero ambos se han preocupado por contrastarlas. Cappa estudió Filosofía y Pedagogía.

Con su aspecto de figura literaria, es un erudito que ha publicado interesantes trabajos sobre fútbol. Lillo busca explicaciones al devenir del balón en la *teoría del caos* o en la espiritualidad del indio Jiddu Krishnamurti si es necesario. Tienen detractores, lo saben y lo dicen, pero el fútbol necesita de su debate. Como la sociedad, como la vida.

—¿Qué descubre a su llegada al fútbol español, en el inicio de los años 80? — pregunto a Cappa, con la intención de encontrar un punto de partida, algo nada fácil ante semejante torbellino de ideas. Como en su fútbol, hay que parar para volver a empezar, se necesita pausa.

ÁNGEL CAPPA: Lo primero que compruebo es la destrucción de un mito.

—¿Cuál?

A. C.: El mito de que en Suramérica había futbolistas técnicos y en Europa jugadores que luchaban. En los dos lugares hubo siempre las dos cosas y eso que entonces no se sabía tanto de los futbolistas; ahora conocemos hasta a los hijos de los jugadores de Groenlandia. Eran presuntas diferencias que, curiosamente, marcó el director de cine Pier Paolo Pasolini al decir que en Europa había jugadores en prosa y en Suramérica jugadores en verso. Pero cuando llegué al Barcelona encontré a futbolistas como Carrasco, como *Tente* Sánchez, como Migueli, al que Menotti transformó en el campo. En Argentina había también jugadores físicos. Es decir, que no se ganaba en ningún sitio ni por *taquito*, ni corriendo nada más.

—Pero en Argentina siempre se jugó más con la pelota y en Europa más con el espacio —insisto, en busca de la diferencia.

A.C.: En Argentina se repetía lo de «cortita y al pie», pero tampoco era así: se jugaba al paso y deprisa. Lo que sí es cierto es que aquí en España entre un jugador cerca y uno lejos, los compañeros preferían al que estaba lejos. No se por qué. Eso lo cambió *la Quinta del Buitre* y definitivamente lo está cambiando el Barcelona. A Latorre <sup>[1]</sup> yo le decía: «Si quieres la pelota, vete a un espacio porque, si no, no te la van a dar nunca».

JUAN MANUEL LILLO: Ellos suelen decir que tienen más amor a la pelota que al fútbol, porque es un juego construido desde el engaño. Aquí éramos más sinceramente exquisitos, menos engañadores. Pero esa teórica sinceridad iba en nuestra contra, porque lo que en el fútbol tiene valor es mostrar todas las intenciones menos la verdadera. Mandas señales constantes al contrario diferentes a lo que quieres hacer en realidad. Es lo que hace el Barça: se la pasan en espacios cortos para buscar lejos al que está libre. Es la base del juego de posición.

A.C.: El engaño es propio de todos los juegos, hasta del ajedrez. Por eso cuando hablan de «fútbol directo» es una barbaridad, porque significa la negación del juego. Imagínate el ajedrez directo, no tiene sentido.

J.M.L.: Panzeri <sup>[2]</sup> decía: «Si todos sabemos lo que va a pasar es que no va a pasar nada».

A.C.: Si tú haces lo que anuncias, tienes que ganar por fuerza, por velocidad o por habilidad. En cambio, si haces lo contrario de lo que anuncias, sorprendes.

—El fútbol, no obstante, ya es el deporte con mayor número de casuística, de situaciones incontrolables, ya tiene bastante sorpresa por sí mismo —preciso a los

contertulios.

A.C.: Claro. Cuando un jugador recibe la pelota, no sabe lo que va a hacer con seguridad. A lo mejor piensa algo, que se la pasará a un compañero, pero después tiene que cambiar. Hacerlo bien no está al alcance de todos. Es lo que decían de *Pipo Rossi*, [3] que siempre tenía una jugada titular y una suplente...

—Iniesta me dijo que él siempre tiene una jugada más, además de la que piensa y de la que cree el contrario.

A.C.: Eso es así en los grandes jugadores.

J.M.L.: Y es así cuando Andrés (Iniesta) se sienta a hablar

—¿Frustra al entrenador esa proporción tan alta de situaciones fuera de control? —pregunto a ambos.

J.M.L.: Eso es maravilloso...

—En el balonmano o el baloncesto, en cambio, se pueden prever muchas más cosas, según los especialistas en teoría del entrenamiento.

A.C.: En primer lugar, porque se juega con la mano. Paulo Freire [4] dice que el mejor profesor es el que pasa desapercibido, el que consigue que el alumno crea que finalmente fue idea suya. El gran maestro del fútbol es el que da al jugador la fuerza para tomar decisiones propias desde el conocimiento del juego, si es que se puede conocer realmente el juego. Yo siempre digo que mi gran alegría como entrenador es que mis jugadores me sorprendan y no que me obedezcan.

J.M.L.: El futbolista es como el niño. No es un bote que hay que llenar, sino una llama que hay que encender. Se trata de despertar lo que el jugador ya tiene. No es que tú se lo vayas a incorporar, que es algo a lo que nos lleva la vanidad de los entrenadores. El futbolista es un hecho táctico en sí mismo, hecho por la calle en muchos casos. No necesita que tú le des barniz. Desconfío de esos entrenadores que dicen: «Yo saqué lo mejor de este o el otro jugador...».

A.C.: Pero tú puedes ayudarlo o retrasarlo.

J.M.L.: Simplemente lo alertas de lo que tiene, como un orientador. No es que tú le vayas a dar nada. Si no, ¿por qué no se lo dan a todos? Hay técnicos a los que hasta molesta que se diga que el equipo juega más como son los futbolistas que como son ellos.

—Pero el entrenador puede transmitir a un equipo su personalidad —afirmo, con voluntad de contradecir la explicación.

A.C.: Uno puede hacer equipos atrevidos o equipos *cagones*, son maneras de entender el juego. El futbolista se siente importante si lo animas a jugar. Para eso ha de entender que el error forma parte del juego y que no pasa nada si se equivoca. En cambio, hay otros entrenadores que penalizan el fallo. Tenía un jugador en Racing que les gritaba a los compañeros: «¡Segura, segura!». Yo le dije: «No se puede jugar así; no es así ni el fútbol, ni la vida, ni nada...». Si el tipo no arriesga, ¿cómo va a

jugar? Hay jugadores que ante el miedo, se quitan la pelota de encima, se quitan el problema.

—Quique Sánchez Flores me explicó que había conocido técnicos que a la pelota la llamaban el «problema».

A.C.: Seguro... (*risas*).

J.M.L.: Hay quienes entienden por esto alentar la frivolidad y no es así, es todo lo contrario. No hablamos de frivolidades ni de caprichos. A mí lo que me parece una frivolidad es estar todos juntitos detrás, sin ningún rival cerca, y darle un patadón a la pelota.

A.C.: Escucho a periodistas que ante eso dicen: «Es que no quiere problemas». No, no, al contrario: quiere problemas porque se la da a los rivales.

J.M.L.: Y hay otra, Ángel, cuando dicen: «No se complica la vida». Claro, se la va a complicar al siguiente compañero. Hay mediciones estadísticas que premian al que conspira contra el juego, porque dicen que ha robado muchos balones, en lugar de al que arriesga, porque pierde muchos más.

—En cambio, hay muchos futbolistas a los que el juego, colectivamente, no les interesa, que quieren instrucciones claras, dirigismo —aseguro, ante la difícil misión de plasmar en un equipo las ideas que proponen.

A.C.: Porque los han educado así.

J.M.L.: También a veces uno tiene que percibir, como técnico, que ese jugador se siente más a gusto en una jaula. Si eso redundaría en beneficio de los demás, se le pone la jaula y ya está. Lo único que hacemos nosotros es dejarle la puerta abierta, por si quiere salir...

A.C.: ¿Pero estamos hablando de jugadores de Primera División o no? Llegar a Primera es muy difícil, pero doy por supuesto que el que lo consigue es capaz de darle la pelota a un compañero. Si no, es que estamos todos equivocados. No digo que sea Iniesta, pero sí que se la dé a un jugador que lleve la misma camiseta.

—Ustedes reclaman jugadores más independientes. Pero hay pocos.

J.M.L.: No creo que tengamos que separar al hombre del futbolista. Creo que la falta de independencia individual es un problema de la sociedad actual.

A.C.: Los han hecho como son. No se cuestionan nada... como hábitos que no valen para un carajo. Por ejemplo, van a pasear los jugadores a las diez de la mañana. ¿Por qué? ¿A quién se le ocurre que eso espabila al futbolista? Hay algunos que quieren dormir hasta las doce. ¿Por qué les obligan a ir a caminar como unos gilipollas por un parque? Eso es una idiotez. Luego, claro, en la cancha, solo obedecen: corren de aquí allá y luego a casa. Obedecen, nada más.

J.M.L.: También estamos en un sistema educativo donde a los niños se les obliga a aprenderse todos los nombres de los ríos de España o de su comunidad, en vez de ir a ver el nacimiento de un río y entender cómo se forma su cauce.

A.C.: Hay jugadores que han viajado toda la vida y no saben sacarse una tarjeta de embarque. Se lo han hecho todo... Nos levantamos a las nueve, desayunamos a las diez, comemos a la una y treinta, jugamos a las ocho y tiramos el córner con la izquierda...

J.M.L.: «Pero sé tú mismo», le dicen.

A.C.: Redondo era un tipo que dormía hasta las tantas. Él se sentía bien de esa forma. Zamorano igual; Paolo Montero o Pastore, también. Hay otros que son muy nerviosos, se levantan a las siete, incluso tienen que ir a entrenar, a estirar un poco por la mañana si el partido es por la noche. Pues bien, que lo hagan... Pero no, va uno y le dice: «No, no, usted descanse». Y el tipo se vuelve loco. Redondo venía con el pelo mojado a comer y se iba a echar la siesta. ¿Estaba bien? Si el creía que sí, pues claro. Esa voluntad de dirigir todo en la vida del futbolista merma después su independencia en el campo.

—También están las tradiciones de concentrarse, de viajar el día antes aunque la ciudad esté cerca... —ahondo en los argumentos de Cappa.

J.M.L.: Porque se vivía bajo la sospecha...

A.C.: Hay que acabar con eso de la vigilancia y, si alguno se equivoca, ya estoy yo para decirle: «Te voy a apartar, pero no por indisciplina sino por idiota».

J.M.L.: Si hay algún idiota, el propio grupo acabará por censurarlo. Si uno se quiere emborrachar, lo hará en su casa y seguro que cumplirá todos los horarios. Prefiero alguno que transgreda alguna norma pero que no sea desleal con los demás. Hoy en día nos importa mucho qué es lo que le parecemos a los demás.

—¿Cómo nos observan ustedes a los periodistas, la relación del entrenador con los medios de comunicación en esta profesión de tanta exposición? —pregunto.

J.M.L.: Muy fácil: ya no hace falta explicarse la derrota o la victoria. Al siguiente día tenemos un montón de *explicadores*.

A.C.: Se perdió y los periodistas preguntan por qué: «Y yo qué sé». Una vez, cuando dirigía a Racing, jugábamos contra Boca. Tenía un central que, en un tiro libre, cuando salíamos para hacer el fuera de juego, él volvió...

J.M.L.: Se le olvidaron las llaves... (*risas*).

A.C.: Cuando fui al vestuario, le pregunté y el *pibe* me contestó: «No me diga nada, no sé por qué lo hice».

—En la actualidad, muchos técnicos opinan que este Barcelona es el mejor equipo de la historia. ¿Han visto ustedes jugar mejor?

A.C.: Lo dicen pero todo el mundo está esperando que ese fútbol fracase, porque altera. No entienden de qué se trata.

—¿Cómo? —pregunto, sorprendido.

J.M.L.: La gente repele la excelencia, porque lo zafio se identifica con lo zafio. Aquí estamos encantados de haber ganado el Mundial pero no de cómo lo hemos

ganado, digan lo que digan.

A.C.: No pasa solo aquí, también en Argentina. ¿Sabes lo que es allí el fútbol ahora? Una vergüenza. No hace tres pases seguidos ningún equipo. La hinchada solo grita: «¡Huevos, huevos, huevos!». ¿Sabes lo que decía Discépolo <sup>[5]</sup> en los años 50 en un tango? «La gente es brutal y odia siempre al que sueña.»

—La inteligencia es sospechosa...

A.C.: Y el soñador es un hijo de mil putas.

J.M.L.: Esa forma de jugar está muy alejada de la comprensión de la gente y en España no estamos identificados con ella. Sí con la consecuencia pero no con el proceso.

A.C.: Hace treinta años que llegué a España, donde se ha dicho siempre que no se podía jugar sin doble pivote, que un referente de área es esencial, que hay que luchar, que hay que tener jugadores que recuperen... El Barcelona rompe todos esos mitos, los hace mierda. Entonces, tenemos que cambiar nuestro discurso pero no somos capaces de entender que un referente de área es un *pelotudo* que está ahí porque no sabe jugar al fútbol. El Barcelona juega sin 9, con tres volantes que entre los tres pesan veinticuatro kilos. ¿Dónde están los luchadores? Como no entendemos una mierda de eso, estamos esperando que fracase para tener razón.

J.M.L.: Ya les pasó a Mozart, al Greco... ¿Cuándo se les premió? Con el tiempo, como siempre. Nos acordaremos de esto cuando nos falte.

A.C.: Dicen: «Acá hace falta un 9 que juegue de espaldas». Alguien que juegue de espaldas es un tipo que no sabe jugar. Que alguna vez te encuentres de espaldas al arco, bien, pero si juegas así es que no sabes. En los años cuarenta, en Argentina se jugaba sin referente de área. Ni Pedernera, ni Di Stéfano, ni Pontoni..., ninguno era referente de área. Todos los nueves venían atrás a jugar: Walter Gómez..., <sup>[6]</sup> todos.

J.M.L.: En el Stade de Reims, <sup>[7]</sup> los delanteros venían de atrás y los extremos jugaban muy abiertos, igual que el Barça ahora...

A.C.: Los tipos a los que les gusta el fútbol no leen su historia. Yo he tenido la suerte de hablar con Pedernera, con Di Stéfano... No de hablar: de preguntar, de aprender...

J.M.L.: Yo he empezado a ver todo el fútbol desde los años treinta en adelante. Ahí está la verdad.

—¿Cómo observan la nueva apuesta de Marcelo Bielsa en la Liga española, alguien a quien conocen muy bien?

A.C.: Todo lo nuevo es sospechoso, en la vida también. Al soñador se le dice: «Tú no vas a progresar». Y yo digo: «Escucha, a mí me importa un carajo el progreso, a la mierda». La vida es otra cosa, es inquietud, es disfrutar de la amistad. En el fútbol pasa igual. *El Flaco* Menotti y tipos que han hecho algo en el fútbol, no yo, están diciendo que aprenden con este Barcelona. Yo, por ejemplo, siempre pensé



que Piqué era un gordito que no podía jugar al fútbol. Ahora digo que es el único tipo que ha sucedido a Hierro. ¿Que me equivoqué? Claro, y lo haré más veces.

J.M.L.: Yo ya decía que tenía que ir a la selección cuando jugaba en el Manchester United. También afirmo que Iniesta es el mejor jugador del mundo.

A.C.: Ahí no me equivoqué... Las columnas ideológicas del Barcelona son Xavi e Iniesta. Otros se han unido a su alrededor por mérito de Guardiola, que modificó a Puyol, a Messi... Con Cristiano Ronaldo no ha pasado nada de eso. Juega con lo que le dio la naturaleza, que es muchísimo, pero no mejoró nada, ni lo va a hacer, en la medida en que siga siendo el ególatra que es.

J.M.L.: Cuando se habla del juego, en su complejidad, se relaciona la palabra con Iniesta. Cuando se habla de jugadas, con Messi. El argentino es el mejor haciendo jugadas, pero de fútbol, Iniesta, sin duda.

A.C.: Para mí también, pero si aparece Xavi, me aparece la duda...

J.M.L.: Las cosas que hace Xavi también las hace Iniesta, pero no al revés. Hay espacios con los que Xavi tiene más problemas para relacionarse, pero Iniesta no, va de extremo a extremo.

—Aún no me han contestado a si es o no el mejor equipo de la historia —reitero.

A.C.: El mediocampo de Brasil en el 82 era parecido, pero...

J.M.L.: Pensar que el *picapedra*, entre comillas, era Toninho Cerezo, que jugaba como los ángeles. La Francia de aquella época, igual, con Platini, Tigana, Genghini, Giresse...

A.C.: De todas formas, colectivamente, yo no he visto a ningunos jugar como éstos. Lo que agregan, además, es que recuperan la pelota en segundos.

J.M.L.: Al Barça no se le puede ganar, solo él puede perder.

A.C.: En juego no le puede ganar nadie; en resultado, sí. El Madrid es al revés: en juego le gana cualquiera; en resultado, no, porque te matan todos los jugadores que tiene.

—¿Tuvo la sensación de que a Menotti le quedaron cosas por hacer en Barcelona, de que fue una obra inacabada? —pregunto a Cappa.

A.C.: Le diré algo. Urruti, el arquero, me preguntó: «¿Es cierto que Menotti se va? Pero si el año que viene somos campeones, de calle... Es increíble que se vaya». ¡Cambiaron a Maradona por Archibald y fueron campeones! Es igual que si sale Pelé y entro yo. A *la Quinta del Buitre* le pasó igual. Ganó cinco Ligas y estaba bajo sospecha. Yo iba al campo a ver a Butragueño. Era exquisito y algunos le pitaban.

J.M.L.: Los críticos apelan a que nunca ganó la Copa de Europa ¿Y qué? Pese a no ganar una Copa de Europa, se sigue hablando de ellos. Lo que importa es ganar ligas, porque una copa se puede ir en una parada de Van Breukelen al *Buitre*.

A.C.: Cuando estaba entrenando en Argentina, una de las veces que vine a Madrid fui al Bernabéu y me peleé con la gente. Estaban silbando a Martín Vázquez

en los primeros minutos. Ganaron por goleada. Nunca *la Quinta del Buitre* fue realmente elogiada, solo fue tolerada. Este Barcelona gana tanto, títulos los lunes, miércoles y viernes, que es imposible hacerle reproches. Y eso que Guardiola tendría que decir algo alguna vez en favor del fútbol, sin ser tan político, algo sin pelearse con nadie, alguna cosita, porque hay mucha gente pendiente de eso, mucho entrenador en Preferente esperando que un compañero se la dé a otro, y una palabra de él sería muy importante. Di algo, por favor...

—El Barça ha marcado tendencia. ¿Todo empieza realmente en Cruyff?

J.M.L.: Siempre quiso jugar bien el Barcelona. Hay una línea que une a Laureano Ruiz, Michels, Kovacs <sup>[8]</sup> y Johan Cruyff pero, ojo, al juego de posición el que más contribuye es Van Gaal.

—¿Eso cree de verdad? —cuestiono a Lillo.

J.M.L.: No lo creo, lo afirmo, y Pep también. Ves el 3 - 4 - 3 de ese Ajax y madre mía...

A.C.: Yo lo padecí en el Bernabéu (como segundo de Jorge Valdano). Estábamos mirando la hora. Fue un baile espantoso.

J.M.L.: Pues bailemos todos.

—Bailemos.

# Notas

[1] Diego Latorre, 1969. Futbolista argentino, iniciado en Boca Juniors. En España jugó en el Tenerife y en la U.D. Salamanca. Ganó la Copa América de 1991 con Argentina, junto a Batistura, Ruggieri o Caniggia. <<

[2] Dante Panzeri, 1921. Periodista argentino que escribió un libro de cabecera para muchos entrenadores: *Fútbol, dinámica de lo impensado*. <<

[3] Néstor *Pipo* Rossi, 1925. Futbolista argentino que marcó una era en el River Plate y en los Millonarios de Bogotá junto a Alfredo di Stéfano. contigo. Instintivamente no se para a pensar que tiene esa jugada, porque en realidad tiene ocho más. Posee la cualidad de adecuar sus decisiones en función de la situación y eso hay muy pocos que lo puedan hacer con éxito. <<

[4] Paulo Freire, 1921. Prestigioso pedagogo brasileño. <<

[5] Enrique Santos Discépolo, 1901. Compositor, músico, dramaturgo y cineasta argentino. <<



[6] René Pontoni, 1920. Futbolista argentino, fue considerado como el mejor delantero de América en los años 40. Adolfo Pedernera, 1918. También argentino, formó parte de una legendaria delantera del River Plate, conocida como *la Máquina*: Muñoz, Moreno, Pedernera, Labruna y Loustau. Walter Gómez, 1927. Futbolista uruguayo que obtuvo títulos en Uruguay y en Argentina, donde militó en varios clubes. <<

[7] El Stade de Reims es un equipo que actualmente milita en la Ligue 2 francesa (Segunda). Fue uno de los grandes equipos europeos de la década de los años 50, subcampeón de la Copa de Europa en dos de las ediciones conquistadas por el Real Madrid (1956 y 1959). René Jacquet, Michel Hidalgo, Just Fontaine, Albert Batteaux y Raymond Kopa, luego jugador blanco, fueron algunas de sus grandes estrellas. <<

[8] Stefan Kovacs, 1920. Jugador, entrenador y seleccionador rumano, está considerado el creador, junto a Rinus Michels, del concepto «fútbol total». Dirigió al Ajax de Amsterdam en los años 70, con el que conquistó dos Copas de Europa en 1972 y 1973. <<